Tomo I

¿El capitalismo argentino en su etapa final?

Fuchs, Jaime
¿El capitalismo argentino en su etapa final? : impacto de la presencia del imperialismo y de la burguesía terrateniente : un ensayo marxista / Jaime Fuchs ; con prólogo de Osvaldo Bayer.

1. Ensayo. 2. Marxismo. 3. Capitalismo. I. Bayer, Osvaldo, prolog.

Tomo I

¿El capitalismo argentino en su etapa final?

Impacto de la presencia del imperialismo y de la burguesía terrateniente

Un ensayo marxista

Jaime Fuchs

¿El capitalismo argentino en su etapa final? Impacto de la presencia del imperialismo y de la burguesía terrateniente. Un ensayo marxista. Tomo I

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Impreso en Argentina

Agradecimientos

Quisiera agradecer al periodista Raúl Queimaliños, de una meritoria trayectoria en el periodismo argentino, por su valiosa e inestimable colaboración en la corrección de esta obra y por la profesionalidad con que llevó adelante el intercambio de ideas y sugerencias, sobre todo en el capítulo sobre el movimiento obrero, tema en el cual se ha especializado. Agradezco su paciencia, sus opiniones y el respeto que ha mostrado hacia mis convicciones, que expreso en este trabajo, en el cual las someto a la crítica y al debate fraternal y constructivo.

Agradezco también a la dirección y al personal de las bibliotecas públicas y privadas, quienes me han brindado un inestimable apoyo.

Las opiniones expresadas en esta investigación son de exclusiva responsabilidad del autor.

Sumario

Prólogo
En el camino a la Noble Igualdad (Una sabia búsqueda) 13
Osvaldo Bayer

Capítulo I
Acerca de la metodología 19
Diferentes acepciones del concepto de "estructura" / El pensamiento abstracto, herramienta indispensable / La importancia de la ley del valor / Estructura y superestructura en relación dialéctica / La plaga de las vulgarizaciones de la economía / Por qué Argentina no funcionó para las mayorías / La construcción de la conciencia y del contexto propicio / El cambio requiere tomar el poder político / Una crisis mundial, un vasto proceso de cambio

Capítulo II
El 2001, fuente de sufrimiento y de conocimiento 45
Neoliberalismo, convertibilidad, globalización / Un debate mundial y el FMI en el banquillo / Una serie de omisiones notorias mantuvo el debate en la superficialidad / Una crisis bancaria y financiera preanunciada / Seminario ruso-argentino para comparar las crisis / La experiencia de los rusos con el neoliberalismo / Seminario argentino-francés con acento en la regulación

Capítulo III
El capitalismo argentino se dirige a su transformación revolucionaria 77
De la Argentina agraria-industrial a la industrial-agraria / Retroceso del capital nacional en la estructura económico-social argentina / Las privatizaciones: el mayor cambio estructural / Drásticos cambios en el segmento de las

PYMES / Las grandes empresas definen la vida económica argentina / La élite capitalista captura dos veces el total de los salarios del país / La irrupción de los nuevos pobres / La marcha errática de la industrialización argentina / Una burguesía terrateniente transnacionalizada / La acumulación de poder mediante el control de los alimentos / El contenido de la "modernización" del agro / El saqueo de los recursos energéticos / Emerge el negocio de los biocombustibles / Inversiones extranjeras y dependencia / El capital financiero es el principal motor de la globalización / La participación extranjera en la economía cambió de carácter / El papel de las transnacionales en el endeudamiento / La acumulación capitalista en la Argentina / Unir los aspectos técnico-económicos y los socioeconómicos / Un lugar en el mundo dependiente

Capítulo IV
La clase obrera argentina 165

La explotación viene de lejos y es cada vez más concentrada / Repaso autocrítico del análisis de las políticas económicas peronistas / Del pleno empleo a la crisis devastadora / Siguiendo la pista del Banco Mundial / La crucial cuestión de determinar las estrategias / La clase obrera cambia con la Revolución Científica y Técnica sin perder peso en la sociedad / Las nuevas tecnologías informatizadas tornan el trabajo humano más indirecto / Importar equipamiento degrada la capacidad nacional para producirlo / El perfeccionamiento constante de los mecanismos de explotación / El lugar del hombre ante los cambios generados por la Revolución Científica y Técnica / La RCT en el marco de la globalización capitalista / Cuba ofrece una experiencia aleccionadora en Latinoamérica / Apropiación del conocimiento para acaparar sus beneficios / El avance científico no suprime la contradicción entre trabajo y capital / El papel histórico de la clase obrera mantiene plena vigencia / La clase obrera argentina refleja la estructura socioeconómica dependiente

Capítulo V
El movimiento obrero argentino 215

Un pionero alemán fundador del periódico *El obrero* / Las luchas, el problema de la unidad y la habilidad del enemigo de clase / Crece la clase obrera, aumentan su organización y sus luchas / El Golpe del 43 y el cambio de curso de la Segunda Guerra Mundial / La visión de Horacio Badaraco en perspectiva / La Unión Democrática y el Partido Comunista de Argentina / La asimilación de los sindicatos al aparato estatal / Colaboracionismo dirigente,

independencia de los trabajadores / La actitud frente al golpe de 1955 / Los cambios en el movimiento obrero tras la caída de Perón / La mirada de los dirigentes comunistas en 1965 / La CGT de los Argentinos / Agustín Tosco y el sindicalismo de liberación / El nuevo gobierno de Perón / El terrorismo de Estado se ensañó con el movimiento obrero / Otro análisis comunista tras la recuperación de la democracia / La irrupción de la CTA hizo frente a la ofensiva neoliberal / Reflexiones sobre el peronismo en primera persona / Hay que juntar y cohesionar a los partidarios de los cambios profundos

En resumen 273

Bibliografía 275

Prólogo
En el camino a la Noble Igualdad (Una sabia búsqueda)*

Osvaldo Bayer

Un libro para leer repetidas veces: una vez por día recorrer algunas páginas para aprender, para debatir. Los argumentos son fieles a la realidad argentina. No hay promesas ni bellos futuros. La realidad vista por un analista profundo, lejano de todas las demagogias. La realidad argentina. Tal como es y sus desaciertos y esperanzas. El aprender. Sus análisis desbordan de datos y acontecimientos históricos y presentes incontrastables. Esa es la palabra. Un libro para seminarios, para cursos de quienes quieren saber toda la verdad y todos los ensayos de caminos hacia el verdadero progreso. La justicia social como meta, el aprender como experiencia para no repetir ni las equivocaciones ni los principios casi religiosos de algunos experimentos.

Aprender con la discusión. Aquí están los hechos. Aquí están las críticas y autocríticas. Aquí está la historia de nuestra economía que es la Historia, en fin. Es un texto universitario para que se discuta en las cátedras, en las aulas, en los congresos, en los partidos políticos, en las asambleas barriales, en los hogares. Aquí están los hechos. Aquí están las pautas. Aquí está la pregunta, la respuesta y las soluciones: ¿qué nos pasó a los argentinos? Sin demagogias pero con fe para comenzar a pisar tierra firme. Que no es otra cosa que cumplir con la "Noble Igualdad" que cantamos en nuestro Himno Nacional desde 1813.

Aquí está la experiencia del autor, la curiosidad interminable nunca saciada. O que se pudo hacer y no se hizo. La nación que podía haber alimentado a todos los niños del mundo, que nos presenta niños con hambre en su propia tierra, villas miseria. Latifundios por un lado y expulsados de la tierra por el otro. La "pérfida desigualdad".

* N. del E.: El Prólogo fue escrito para la presente obra de Jaime Fuchs que será publicada en dos tomos. El primero es el que el lector tiene en sus manos; el segundo será editado en los primeros meses de 2013.

De cantar el "Libertad, Libertad, Libertad" en nuestro Himno a la dictadura de la desaparición de personas. Una historia más que trágica. Desde aquel 1813 de la gloriosa asamblea al 1976 de la desaparición. La Argentina azul y blanca tirando prisioneros vivos desde aviones al mar. Un resumen más que escatológico. Y en todo esto, claro está, la economía. La propiedad. El latifundio. La Sociedad Rural. Los grandes consorcios internacionales. El poder mundial del capital. El sistema capitalista. El llamado neoliberalismo. La globalización de ricos y pobres en ricos y pobres. De poderosos y obedientes. Pero la rebeldía siempre presente.

Y también la culpa propia. Las inauditas claudicaciones e históricas traiciones de los gobiernos democráticos argentinos después de la dictadura militar. Los años noventa. Para llegar al 2001 "que llevó a la Argentina en brevísimo plazo a ser uno de los países más endeudados del planeta, con récords de desocupación y pobreza".

Para salir de esto: aprender, debatir, analizar las experiencias vividas por el mundo e intentar algo nuevo pero aprendiendo de esas experiencias que nos han llevado hasta esta crisis permanente de la economía mundial. Y para esto: repasar una y otra vez estas páginas que poseen una honestidad a toda prueba. No hay exageraciones ni olvidos. Y hay optimismo, como cuando el autor nos dice: "Hoy, incluso, para el análisis socioeconómico se cuenta con maravillosos instrumentos informáticos, que permiten plantear hipótesis y problemas a corto y a largo plazo, y realizar en unos minutos operaciones que antes hubieran requerido años de trabajo experto para ser resueltas".

Otras de esas cosas valiosas de este libro son el análisis y las citas de otros autores que se han distinguido en las búsquedas históricas. Por ejemplo, cuando hace mención a los economicistas y cita a Engels, quien escribió: "Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda". Y agrega la importancia que tienen las teorías políticas, jurídicas y filosóficas y las experiencias de las luchas del hombre por su dignidad.

Con respecto a la experiencia argentina, el autor Jaime Fuchs señala: "En la Argentina, bajo fachadas academicistas, el neoliberalismo, el neokeynesianismo, el neoestructuralismo y el neodesarrollismo, entre otras corrientes, acuden bajo el paraguas de lo nuevo al viejo arsenal ideológico de la armonía y la conciliación de clases para pregonar que es posible poner fin a las crisis con medidas gubernamentales y con regulaciones; para sostener que la modernización capitalista de la clase terrateniente hace superflua la reforma agraria; para anunciar

que es factible una mejor distribución de la renta sin tocar la propiedad monopólica transnacional ni local, y para proclamar que el sistema capitalista y la transnacionalización de la economía argentina nada tienen que ver con la expansión de la miseria y la pobreza en el país".

Nos explica luego cuál es la búsqueda de este libro: "Aquello que se desea señalar y poner en cuestión en este libro es el esquema de poder que domina la vida económica y financiera del país, y que es, por lo tanto, responsable de su crónica frustración. Pues no se trata de establecer si Argentina tiene más o menos riquezas y posibilidades, sino de desentrañar por qué el país no funcionó para su gente y sí enriqueció en cambio a unos pocos, a quienes les sigue proveyendo enormes ganancias".

También hace un estudio del movimiento obrero argentino, al cual lo sintetiza en estas líneas claves: "El movimiento obrero ha escrito en esa historia páginas memorables que lograron arrancar importantes mejoras, e incluso llegó en ocasiones a las puertas mismas de cambios revolucionarios. Sin embargo, en sus filas también la moneda tiene otra cara, representada por dirigentes traidores, deshonestos, seducidos por la ambición de convertirse en empresarios vendiendo al mejor postor los derechos de sus representados, algunos capaces de llegar al extremo de liderar proyectos mafiosos, otros simplemente desorientados por carecer de vocación para transformar la sociedad".

Después de un análisis profundo cita a Raúl Prebisch quien luego de ser un defensor de la llamada economía de mercado terminó definiéndola: "La libertad económica es la libertad de ser pobre". Palabras que lo definen todo. Y el autor de este libro se define con toda honestidad cuando escribe: "Va llegando la hora de preparar el juicio a un sistema político, económico y financiero que no ha tenido escrúpulos en difundir el hambre, la miseria, el sufrimiento y la violencia en el mundo para satisfacer sus monstruosas ansias de dinero".

Su análisis del 2001 argentino es completo y basado en todos los documentos y estadísticas de la época.

En síntesis, Jaime Fuchs, este profundo economista y sociólogo, nos da en su libro un panorama irreprochable de lo que significó para la Argentina el neoliberalismo, la convertibilidad y la globalización. Es un capítulo que, principalmente, va a interesar a los estudiosos de Economía y Política, por su sentido didáctico y argumentación consistente. Va a los hechos y no se pierde en palabras.

Lo mismo cabe en el análisis de las privatizaciones: "política clave del Consenso de Washington, en cuya aplicación Argentina fue el país que más lejos llegó". Además, lo que significó el juego que se llevó a cabo con las jubilaciones: "En lo que se refiere a los fondos de jubilación, existe abundante documentación en el país sobre el enorme saqueo realizado mediante la privatización del sistema".

No deja de analizar el autor algo de lo cual poco se ha hablado: de la experiencia de los rusos con el neoliberalismo, al cual dedica un capítulo que resulta necesario para el debate y como experiencia para el futuro.

Luego de explicar también los resultados de la teoría de la regulación, el autor nos introduce en la transformación argentina, de la agro-industria a lo industrial-agrario, y hace un análisis profundo del peronismo hasta llegar al período de las privatizaciones que produjeron el mayor cambio estructural. Concentración, privatización y desnacionalización que constituyen los rasgos principales del capitalismo argentino de las últimas décadas. Y llega a la conclusión de que las grandes empresas definen la vida económica argentina. Y, por supuesto, la especulación financiera. De todo esto hace un estudio profundo acerca de la propiedad actual de la tierra. Y además, señala que del "despliegue de las transnacionales monopólicas, lo más destacado y preocupante son sus vínculos cada vez más robustos con la burguesía terrateniente y su control del comercio exterior argentino".

Otro acápite importante de este estudio es el titulado: "El saqueo de los recursos energéticos". Lo denomina "historia del saqueo" llevado a cabo fundamentalmente por las dictaduras de Onganía, Videla y "culminadas en forma escandalosa por el gobierno de Menem". Y sobre el aspecto ecológico y humanitario reproduce la comprobación de que "llenando un tanque de una camioneta de doble tracción con etanol se consume suficiente maíz como para alimentar una persona por un año".

Todo un apartado está destinado a "las inversiones extranjeras y dependencia" y llega a la conclusión de que "el capital financiero es el principal motor de la globalización".

Otro de los capítulos fundamentales de este verdadero tratado de ciencias económicas es el dedicado al papel de las transnacionales en el endeudamiento y el de la acumulación capitalista en la Argentina. Y como no podía faltar en el aspecto económico argentino, el autor le dedica un capítulo especial a la clase obrera argentina y a su rol en estos aspectos, de la cual se hace aquí una interpretación sociológica e histórica profunda.

Así va tocando la totalidad de los aspectos de la sociedad argentina y el porqué de sus errores y fracasos pero también acerca de los intentos sociales y económicos a través de su historia. Por ejemplo, la reducción industrial del 11% que se produjo durante la dictadura militar de 1976 a 1983, y que después de una pequeña recuperación volvió a caer hasta 1990. Y el autor llega a una sabia reflexión. Nos dice: "Lo que el trabajo, el genio y la experiencia acumulados por la especie humana vienen produciendo, creando y descubriendo a lo largo de la historia; el desarrollo alcanzado por la ciencia, la técnica y la organización social han tornado posibles los profundos cambios necesarios para mejorar sustancialmente el nivel y la calidad de vida de toda la humanidad

y para brindarle extraordinarios beneficios. Pero esas capacidades se desperdician en su mayor parte en manos del capitalismo actual, malogradas por el insaciable apetito de ganancias de sus grandes estructuras monopólicas que acaparan esos logros". Una innegable comprobación ante los niveles de pobreza y desocupación del mundo actual. Para no hablar de las crisis crónicas a través de la Historia.

Luego, el autor nos detalla los efectos de la Revolución Científica y Técnica en el marco del sistema capitalista y llega a la conclusión de que el avance científico no suprime la contradicción entre trabajo y capital.

Muchas páginas de este libro están dedicadas a analizar el movimiento peronista y resalta la figura independiente en ese período de Agustín Tosco y sus búsquedas, innegable protagonista de una línea diferente y por demás honesta y de verdadera vanguardia.

Con respecto al dominio del poder por parte de las grandes empresas están los profundos capítulos acerca de su influencia en la vida política y económica del CEA (Consejo Empresario Argentina), actualmente AEA (Asociación Empresaria Argentina).

Pero el autor no se conforma con describir las causas del drama argentino sino que ensaya búsquedas de soluciones basadas en las experiencias históricas de la reacción de las masas y en el coraje civil de los seres de talento comunitario que pueden abrir frentes de luchas para el verdadero progreso. En esto ensaya varias interpretaciones marxistas llegando a la conclusión de que la concentración económica facilita la socialización. Y aquí no deja de hacer un amplio análisis de la era kirchnerista. Para ello suma los "nuevos vientos" que soplan en la actual América Latina.

Luego, hace un interesante resumen de "las principales propuestas para el cambio estructural". Es decir que el autor no se queda solamente en describir el panorama que presenta nuestra sociedad sino que propone salidas para lo cual se basa en que "desarrollar la democracia debe ser parte constituyente de los cambios". En esto, el autor convoca a leer el escrito "Por qué el socialismo", de Albert Einstein, una página en todo sentido esencial.

Y volvemos a repetir lo que escribimos al principio: el autor de este libro es un verdadero docente, su idioma es claro, bien claro, nada de academicismos que confundan o marquen un camino abstruso, sino que va pasando revista a una experiencia histórica para aprender. Aprender a descubrir las verdaderas falsedades en las que se ocultaron los intereses propios. Ójalá que este libro sea comprendido en todos sus alcances. Ojalá que aprendamos, para conseguir por fin aquello que debe ser el verdadero fin de la humanidad: la paz eterna en la cual cada uno tenga a su alcance lo que pueda significar la felicidad, el verdadero sentimiento de fraternidad en haber por fin encontrado la "Noble Igualdad", aquello que cantamos en nuestro Himno y estuvo contenido en nuestro pensamiento de Mayo.

Capítulo I
Acerca de la metodología

El Bicentenario de la República Argentina llegó con sorpresa y decepción. El grueso de los vaticinios acertó apenas en un aspecto en lo concerniente a cómo el país conmemoraría dos siglos de la Revolución de Mayo y la Declaración de la Independencia. Efectivamente, como muchos predijeron, Argentina hoy crece rápidamente como potencia productora de alimentos, pero lo hace nutriendo con suculentos negocios a las transnacionales, los terratenientes y los grandes grupos empresarios locales, mientras carga con la vergüenza de no alimentar adecuadamente a su pueblo ni eliminar el extenso manto de pobreza. El país llega a la celebración, además, rodeado de las amenazas de una crisis en los países centrales del capitalismo, a la espera de la onda expansiva.

Argentina ha sufrido crisis en forma recurrente, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial. Algunas veces propias, otras importadas. Se trata de crisis económicas y financieras con repercusiones políticas y sociales de gravedad creciente. Ningún país capitalista es inmune a las crisis. Estas son el mecanismo natural del sistema para salir transitoriamente de situaciones de desequilibrio que se gestan en su interior y traban su funcionamiento. Usualmente, esos desequilibrios se corrigen a costa de los más débiles. Por eso la salida de las crisis es conflictiva y dolorosa para el pueblo, y provoca un aumento de la injusticia social como cruel precio que se paga para que el sistema inicie un nuevo ciclo de crecimiento.

Argentina es un de los pocos países donde se han experimentado tantas políticas para intentar prevenir estas situaciones, pero aquí esas tentativas hasta ahora han tenido resultados limitados o directamente han fracasado, con la consiguiente acumulación de problemas sin resolver. Es oportuno recordarlo cuando se difunde la idea de que esta vez el país estaría bien preparado para eludir los efectos de lo que sucede en Estados Unidos y Europa.

La crisis de 2001, inédita por sus proporciones, atrajo la atención del mundo y generó un rico debate nacional e internacional, en el

cual participaron las más variadas tendencias políticas y económicas. Fluyó así un nutrido caudal de análisis, muy valioso para quienes se proponen afrontar el gran interrogante respecto de cómo evitar que la situación se reitere. Sin embargo, esa variada biblioteca presenta un punto débil notorio.

Hubo coincidencia respecto de que no se trató de una crisis coyuntural ni pasajera sino profunda, que puso en cuestión no sólo un modelo socioeconómico sino la propia organización política e institucional del país. Sin embargo, como ocurrió anteriormente con tantas propuestas impotentes y planes fallidos, tampoco esta vez se llegó a percibir con claridad la base estructural del fenómeno.

La mayoría de los trabajos que se propusieron explicar el fenómeno no descubrieron la causa principal de la crisis argentina: un sistema capitalista firmemente controlado por empresas transnacionales asociadas con los capitales locales concentrados, en un proceso de dependencia que se denomina explotación imperialista, al que se suma la explotación de una burguesía terrateniente de viejo cuño que está estrechamente relacionada con aquellos. Estudios, propuestas, análisis y planes de aquí y de allá eluden en forma casi unánime mencionar que esos sectores reconcentrados manejan los controles y hacen su negocio, mientras todos los demás pagamos las cuentas.

Tampoco el pueblo llega a percibir que hay una estructura que conduce a las crisis. En el imaginario popular, las crisis se circunscriben principalmente a la vida política y son consecuencia de malas gestiones de gobierno. No hay una percepción clara de su relación con la organización económico-social del país ni de su conexión con las crisis que tienen lugar en algunas potencias capitalistas y en sus zonas de influencia. Esta confusión no es fruto de la casualidad. Muchos trabajos desnudan un conocimiento muy deficiente de las relaciones sociales dominantes, y existe un predominio de los elementos subjetivos en la interpretación de los procesos económico-sociales, estimulado por los apologistas del statu quo.

Aquí reside la debilidad sobre la cual este libro se propone hacer foco, mediante un análisis guiado por principios metodológicos marxistas y con la declarada intención de promover la reflexión y el debate en este Bicentenario. Porque mientras no se comprenda que el origen de las crisis argentinas está en la estructura de la sociedad, no se hallarán soluciones verdaderas ni podrá evitarse que las crisis se reciclen indefinidamente.

Así, con el propósito de identificar la verdadera causa de las crisis en Argentina, en este libro se analiza el grueso caudal de debates y estudios sobre 2001 (Capítulo II) y se desentraña la esencia de la estructura socioeconómica argentina y la evolución del capitalismo en el país en un derrotero que lo ha llevado a un callejón sin salida (Capítulo III). Luego, se presenta una radiografía de la clase obrera

(Capítulo IV) y se recorre la historia del movimiento obrero (Capítulo V), principal componente de las fuerzas que pueden cambiar el curso de esta historia. En el próximo tomo, se describen el poder económico concentrado, su responsabilidad en el diseño de un país injusto y su complicidad en los mayores crímenes perpetrados contra el pueblo y la Patria, como la instauración de la dictadura de 1976 y la política de terrorismo de Estado. Por último, se propone el debate sobre las transformaciones necesarias, ineludiblemente revolucionarias, y sobre la construcción de las condiciones para realizarlas, comenzando por la confluencia en un frente multitudinario de las fuerzas interesadas en lograr la transformación.

El 2001 creó una oportunidad que no pudo aprovecharse

El estallido de 2001 no fue un acontecimiento accidental ni aislado en la historia argentina, sino un evento claramente vinculado con los golpes de Estado militares con complicidad civil que se sucedieron desde mediados de los años cincuenta del siglo pasado. El gigantesco quiebre fue el resultado de la política neoliberal impuesta a sangre y fuego por la dictadura, ampliada y perfeccionada con inauditas claudicaciones e históricas traiciones de los gobiernos democráticos posteriores, especialmente en la década del noventa, en el marco de la globalización imperialista, tras el derrumbe del socialismo en Europa oriental, que durante el siglo xx había funcionado como su gran contrapeso.

La respuesta fue una convulsión gigantesca de la sociedad que casi desintegra la República. Sin embargo, ante la ausencia de una alternativa consistente, el orden político, económico y social fracasado se salvó de caer en el basurero de la historia. Fue emparchado y paulatinamente restaurado sin que su esencia resultara alterada. Una vez más quedó claro que los sectores dominantes no desean cambiar sino conservar indefinidamente el limitado diseño de país que lleva a la Argentina de crisis en crisis. También quedó demostrado que no es posible forzar su reemplazo con meras consignas revolucionarias lanzadas al viento, como supusieron algunos en esos días de efervescencia. El clamor popular que exigía "que se vayan todos" constituía una reacción legítima frente al drama que se vivía pero no pasaba de ser un grito en el cielo.

En momentos revulsivos como aquel se requiere la participación activa de las masas populares con la clase obrera como actor protagónico, de los sectores medios, de los intelectuales, de las organizaciones políticas y sociales democráticas y progresistas, todos ellos organizados conscientemente con el objetivo de conquistar el poder político y económico. También es preciso contar con una conducción coherente y con aliados y adversarios bien identificados. Tal situación estuvo muy lejos de configurarse en aquel episodio, pese a su carácter excepcional.

En las cuatro décadas previas al Bicentenario, la Argentina vivió procesos y conflictos de una intensidad dramática. No es sencillo alcanzar una conciencia cabal de todo aquello

que aconteció en el terreno político, social, ideológico, económico, incluidos hechos de carácter inédito. La interpretación adecuada no puede provenir de estudios parciales, requiere un abordaje interdisciplinario. Además debe proponerse la transformación revolucionaria de la sociedad, pues de otro modo sólo será un esfuerzo testimonial más o incluso un mero relato descriptivo de la época. Encarar esa tarea con seriedad no exenta de apasionamiento, y teniendo muy claro el objetivo de identificar las causas determinantes de ese devenir del país, requiere hacer foco en el modo de producción dominante y en el nivel de sus fuerzas productivas.

Un relato terrible para el pueblo argentino se despliega con toda su crudeza al estudiar la historia del modo de producción capitalista en el país, las necesidades de reproducción del capital en cada etapa de su desarrollo para asegurar ganancias, su estrecha vinculación con las estructuras políticas e ideológicas para consolidar intereses y privilegios, su manipulación de los medios y de la psicología social para neutralizar la resistencia de los sectores y las clases a los que oprime y que, pese a todo, nunca dejaron ni dejarán de luchar.

Encabeza la enumeración la tragedia sin precedentes del terrorismo de Estado de la dictadura; fueron frecuentes las crisis políticas e institucionales, con gobiernos que no terminaron su mandato; se experimentaron en el país, como en un laboratorio, políticas económicas y sociales, casi todas elaboradas en los centros imperialistas, con resultados ruinosos para las mayorías; se aplicó, con una intensidad desconocida en el mundo, el modelo neoliberal, que permitió a las transnacionales caer como aves de rapiña sobre el patrimonio nacional y estatal.

Bajo el hechizo de tener en los bolsillos pesos que equivalían a dólares, los ciudadanos fueron embriagados con la ilusión de que vivían en el "primer mundo", y así se convirtió a la Argentina, en un brevísimo plazo, en uno de los países más endeudados del planeta, que alcanzó récords impensados de desocupación y de pobreza al estallar la inédita crisis de 2001. Invocando el mito de la libertad de mercado, los grandes capitalistas crecieron sobre las ruinas de centenares de miles de negocios de la pequeña y mediana burguesía nacional de la ciudad y del campo, que sufrió incluso la expropiación de sus ahorros en los bancos; la clase obrera, el conjunto de los asalariados y las capas medias de la sociedad recibieron los golpes más duros, que demolieron sus condiciones de vida y empujaron a millones a la zozobra, la exclusión o directamente a la miseria.

Luego se produjo uno de los "milagros" del capitalismo. Siguieron siete años de crecimiento a tasas "chinas", de entre el 8% y el 10% anual, pero nunca se produjo el tantas veces anunciado derrame de bienestar y justicia social, y sí en cambio se hicieron crónicas muchas de las peores secuelas de la crisis. Así, mientras la sociedad se degradaba aceleradamente, con la expansión del consumo de drogas, la propagación del delito, la corrupción extendida de funcionarios y políticos, y la especulación financiera desbocada, se producía una fuga récord al exterior de las riquezas generadas por el sudor, las lágrimas y aun las vidas de muchísimos argentinos. Quizás la prueba más flagrante de la

injusticia sistémica sea que un tercio de la población argentina no consigue alimentarse adecuadamente ni satisfacer otras necesidades básicas, mientras los fondos colocados en el exterior de un grupo de "ciudadanos" triplican las inversiones extranjeras en el país y bastarían con creces para cancelar la deuda externa.

Una guía científica para una disyuntiva histórica

Fueron necesarios miles de años para que el hombre ampliara y afinara el uso de sus manos y del lenguaje y desarrollara, con su trabajo, la extraordinaria máquina de su cerebro. Con la práctica y la acumulación de experiencia, el hombre fue logrando, con avances y retrocesos, cambios extraordinarios en sí mismo, en la naturaleza y en los sistemas de producción y de cambio, todos ellos en mutua interrelación, que fueron creando una vida socioeconómica cada vez más compleja. Sin embargo, ese desarrollo generó desigualdades que a lo largo de la historia se han hecho cada vez más marcadas y en el siglo XXI ya han alcanzado tal punto que ponen a la humanidad ante una alternativa crucial: o la mayoría de la humanidad toma las riendas del futuro o una minúscula minoría seguirá haciendo prevalecer sus intereses egoístas, sus ansias insaciables de poder y riqueza.

El camino recorrido por el hombre tuvo hitos como la Revolución Industrial iniciada en el siglo XVIII; los profundos cambios políticos, revolucionarios y emancipadores de toda la época capitalista y las terribles guerras de los siglos XIX y XX; las enseñanzas y las dolorosas experiencias de los setenta años del socialismo europeo, encabezado por la desaparecida Unión Soviética, y el desarrollo sin pausa de la actual y extraordinaria revolución científica, técnica e informática. El ser humano enfrenta ahora la disyuntiva definitiva de sucumbir en un planeta letalmente depredado por la ambición desenfrenada y congelado por un invierno nuclear, o encaminarse hacia la construcción de una vida nueva, sin miseria, hambre, guerras ni explotación.

Por otro lado, la historia enseña que los pueblos han debido pagar un alto precio, sin acertar la solución, cuando actuaron a ciegas, con voluntarismo, espontáneamente, sin prever cambios bruscos ni posibles fracasos, sin el respaldo, en suma, de una teoría científica y de una práctica adecuadas para cada momento histórico concreto, que recogieran todo lo valioso acumulado por generaciones anteriores y que sirvieran de orientación.

Esa guía existe, es el marxismo-leninismo, con sus tres componentes: la filosofía materialista, la economía política científica y el socialismo científico. Una filosofía y un método científico que no fueron elaborados por un genio, sino por un hombre de una gran inteligencia, un profundo compromiso y una enorme capacidad de análisis y de investigación, el economista y filósofo alemán Karl Marx, quien empeñó su vida en realizar su obra cumbre, *El capital*. A través del estudio y de la participación en las luchas obreras a lo largo de toda su vida, con la inestimable ayuda de Friedrich Engels y apoyándose en las más valiosas contribuciones elaboradas por el genio humano desde la antigüedad,

ayudó a identificar las causas, las leyes del funcionamiento del capitalismo y los principios vitales e históricos que indican de dónde viene la humanidad y hacia dónde se encamina.

La existencia de esa guía también es obra de Vladimir Lenin, quien no sólo encabezó en Rusia la primera revolución socialista triunfante de la historia, sino que continuó la tarea de Marx y Engels en la etapa imperialista del capitalismo, e hizo un aporte que se funde de modo inseparable con el caudal original para dar origen al marxismo-leninismo.

Muchos han visto en *El capital* una "biblia de los trabajadores"; no obstante, al margen de la intención elogiosa de semejante apelativo, debe quedar claro que su contenido nada tiene que ver con dogmas, como los de tipo religioso que se definen como válidos para cualquier época y lugar. El marxismo obliga a tomar en cuenta sus principios en forma creativa, a verificar en la práctica la validez de sus orientaciones, sujetas a cambios y modificaciones sustanciales en concordancia con las experiencias realizadas y con los nuevos descubrimientos. Sobre todo, somete a una dialéctica científica la compleja y maravillosa red de interrelación material y espiritual que ha tejido la acción humana en la sociedad.

La diferencia fundamental del marxismo con las otras concepciones filosóficas o sociológicas consiste en que ubica al ser humano, no a una divinidad ni a una autoridad sino al propio hombre, en el centro de la historia política, económica, cultural, con vistas a lograr el desarrollo múltiple de su personalidad, de su capacidad y su energía, y con un contenido ético, para alcanzar la felicidad, el bienestar y el amor de uno y de todos.

Por supuesto, continúan gravitando enormemente en el pensamiento marxista y en la acción revolucionaria la caída estrepitosa del mundo socialista europeo y la disolución de la Unión Soviética. Son acontecimientos que han puesto en tela de juicio la validez de la teoría y la práctica del materialismo dialéctico e histórico. Es un debate abierto, y este libro también trata de aportar algunos elementos para abordar esta apasionante y necesaria discusión entre la militancia revolucionaria. Sin eludir un honesto análisis crítico del socialismo real, es necesario meditar también sobre las miserias y tragedias que trajo la restauración del sistema capitalista en esa parte del mundo.

Las juventudes revolucionarias tienen ante sí una extraordinaria labor de aprendizaje a partir de las experiencias heroicas que arrancan con la Comuna de París de 1871, la Revolución Bolchevique de octubre de 1917, la Revolución China de octubre de 1949, la Revolución Cubana de enero de 1959 y la histórica victoria de Vietnam de 1975. Es menester apreciar los aciertos y aprender de los errores que tanto sacrificio les han costado a los hombres, saber diferenciar los aspectos positivos de los negativos y nunca olvidar el papel principal que jugó el pueblo soviético para salvar a la humanidad del siniestro proyecto imperial nazi-fascista.

Terminado el baño, no se puede tirar el agua sucia con el niño adentro. Hay que cargar en la mochila las experiencias revolucionarias y esforzarse en no repetir errores. Hay una filosofía descripta por Marx y Lenin como la herramienta más poderosa de que disponen

la clase obrera y los pueblos del mundo que sufren la explotación capitalista; hay un camino abierto para superar definitivamente las miserias, las crisis económicas, la explotación del hombre por el hombre.

Al respecto son oportunas las reflexiones del notable intelectual cubano contemporáneo, Rubén Zardoya Loureda: La superación, en sentido estricto, del pensamiento de Marx, estaría a la orden del día para la ciencia social si la realidad que constituye su objeto hubiera roto ya sus marcos, si las contradicciones fundamentales del sistema de relaciones sociales que sometió a la crítica hubieran sido solucionadas por la propia historia y otras contradicciones ocuparan su lugar […]. Pero en tanto perdure este imperio (de la propiedad privada), la ciencia social se verá obligada a volver una y otra vez al autor de *El capital* y los *Fundamentos de la crítica de la economía política*, se verá compelida a pensar con sus categorías, [en cuanto] categorías objetivas de la realidad capitalista, y a erigirse sobre los fundamentos teóricos y metodológicos por él echados (Zardoya Loureda, 1996).

Diferentes acepciones del concepto de "estructura"

Existen enormes discrepancias sobre el uso de la palabra "estructura", resultado de un dispar conocimiento sobre Argentina así como de las diferentes acepciones que las escuelas económicas dan al término. Para muchas de estas, la estructura comprende sólo aspectos técnico-materiales de la economía, como el peso de algunas ramas, su despliegue territorial o sectorial, o la distribución de las fuerzas del trabajo. Otros hacen hincapié en la distribución de los recursos naturales y en su empleo, en la tasa de inversión del capital, en las proporciones entre los mercados interno y exterior. Es decir que cuando la mayoría de los textos de economía hablan de estructura aluden a una descripción. De modo similar utilizan el término la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Esos factores son, por supuesto, muy importantes para cuantificar las disponibilidades de una sociedad, sus medios de producción, la circulación de bienes o los niveles de distribución y de consumo, pero ¿son suficientes para explicar los cambios en el interior del sistema económico, mostrar las contradicciones en su funcionamiento, indicar su vitalidad o decadencia, poner en evidencia su transitoriedad, anticipar las crisis y dar el alerta cuando se requieren transformaciones revolucionarias? Definitivamente, la respuesta es negativa.

Karl Marx lo explicaba del siguiente modo:

> En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su

> voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social [...]. En la producción los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino también los unos sobre los otros. Producen sólo en cuanto colaboran en una forma determinada e intercambian recíprocamente sus propias actividades. Para producir establecen entre sí vínculos y determinadas relaciones, y sus acciones sobre la naturaleza, la producción, tienen lugar solamente dentro del cuadro de tales vínculos y relaciones sociales (Marx, 1973a: 384, Tomo IV).

Con estas palabras, el fundador de la economía política científica proponía el análisis de las vinculaciones entre los hombres y no entre las cosas. Aclaraba luego que la naturaleza de las relaciones de producción está determinada por la propiedad de los medios de producción (tierra, agua, materias primas, instrumentos de producción). Esas relaciones de producción pueden ser de colaboración, de ayuda, de dependencia, de sumisión o de explotación. Pueden ser de amo a esclavo, de señor a siervo, de capitalista a asalariado o de hombre libre a hombre libre. Así lo muestra la historia humana.

Marx afirmaba entonces que la estructura económica de la sociedad es el conjunto de estas relaciones, y esta es la acepción empleada en esta obra. Su estudio abarca las formas de propiedad de los medios de producción; el lugar que ocupan los hombres en la producción, lo que determina la formación de clases sociales, y las formas de distribución del producto social, que a su vez derivan de la propiedad de los medios de producción y de la posición de los hombres en la producción.

El pensamiento abstracto, herramienta indispensable

También ha dado lugar a controversias y confusiones el pensamiento abstracto, no en cuanto reflejo simple, directo de la realidad, sino como parte de un proceso complejo de descubrimiento de la esencia de los fenómenos socioeconómicos en sus diversas manifestaciones e interrelaciones. Marx lo consideraba una herramienta indispensable para este propósito, a tal punto que en el prefacio del libro primero de *El capital* escribió que "ni el microscopio ni los reactivos químicos pueden servir para el análisis de las formas económicas".

Hoy, incluso, para el análisis socioeconómico se cuenta con maravillosos instrumentos informáticos, que permiten plantear

hipótesis y problemas a corto y a largo plazo, y realizar en unos minutos operaciones que antes hubieran requerido años de trabajo experto para ser resueltas. Sin embargo, esa extraordinaria capacidad no proporciona las claves para evitar las crisis económicas ni la concentración de la riqueza, junto al crecimiento simultáneo de la pobreza y la miseria. Si no se dispone de una teoría revolucionaria, de una metodología científica que sirva de guía para aproximarse a la realidad concreta tal como es y no como se la imagina, para lo cual es imprescindible la abstracción, por más extraordinarios que sean los instrumentos siempre se permanecerá en el terreno de las especulaciones y los juegos, que abundan en la historia del pensamiento económico y que han adquirido mayores dimensiones en la época actual, caracterizada por el predominio del capital financiero especulativo.

El filósofo soviético Mark Rosental, nacido en Ucrania, remarcaba que "la fuerza de abstracción reside en el hecho de que gracias a ella el pensamiento descubre las causas profundas de los fenómenos y de este modo nos los torna inteligibles. Por esta razón la abstracción científica refleja la realidad de manera más profunda que la observación misma [...]. Veamos cómo hace la abstracción científica el papel del microscopio, de los reactivos químicos, cuando se trata de solucionar el problema que constituye la piedra angular de toda la economía política del capitalismo: la plusvalía" (Rosental, 1961: 288).

Precisamente, un buen ejemplo de la abstracción científica lo ofreció el descubrimiento de la ley del valor y de la plusvalía realizado por Marx, es decir, de cómo el capitalista se queda con la mayor parte de lo que produce el trabajador, el secreto de su enriquecimiento.

La importancia de la ley del valor

La ley del valor es la piedra de toque para diferenciar la economía política marxista de las teorías que tratan de disfrazar, ocultar, confundir las causas de la explotación capitalista. ¿Qué hay de común en el intercambio de mercancías de diferentes usos, productos de trabajos concretos, que motivó desde la época de Aristóteles preguntas sin respuestas? El elemento común es el trabajo en general y, fundamentalmente, la fuerza de trabajo. Marx lo aclaraba de la siguiente forma:

> Esta reducción aparece como una abstracción, pero se trata de una abstracción que se realiza todos los días en el proceso de producción social. La reducción de todas las mercancías a tiempo de trabajo no es una abstracción más grande ni al mismo tiempo menos real que la conversión en aire de todos los cuerpos orgánicos [...]. Dicho de otro modo, el trabajo tal como se presenta en los valores de cambio podría ser calificado de trabajo

> humano general. Esta abstracción de trabajo humano general existe en el trabajo medio que puede realizar todo individuo medio de una sociedad determinada; es un gasto productivo determinado de músculos, nervios, cerebro, etcétera, humanos (Marx, 1970: 19).

En el capitalismo, toda mercancía producida en la empresa privada pertenece al dueño, al capitalista, quien, al contratar al obrero, le compra su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Tiene todos los derechos jurídicos pues él compró la fuerza de trabajo, la pagó y puede usarla como desee.

> La plusvalía es el valor creado con el trabajo de los obreros asalariados durante el tiempo de trabajo adicional, del cual se apropia gratuitamente el capitalista. Representa en sí el valor producido por los obreros asalariados por encima del valor de su fuerza de trabajo. Es el resultado del trabajo no retribuido del proletariado, la fuente del enriquecimiento de la burguesía. Expresa los vínculos económicos, las relaciones de producción entre la clase obrera y la burguesía. Sobre la apropiación y el empleo de la plusvalía descansa todo el régimen capitalista (Vólkov y Vólkova, 1986: 61).

En la sociedad capitalista, la plusvalía no aparece como tal a la vista, sino que se presenta bajo la forma indirecta de la ganancia, de la ganancia media. En la práctica adquiere formas concretas particulares: ganancia industrial, ganancia comercial, interés y renta del suelo. Haciendo abstracción de las formas concretas de la ganancia, Marx investigó el elemento idéntico que esas formas contienen, y esa unidad es la plusvalía, que ningún economista había puesto anteriormente en evidencia. Hasta ese momento se confundían forma y contenido, ganancia y plusvalía. De tal confusión sobrevino otra, como resultado de la cual se piensa que el conjunto del capital es el que produce el nuevo valor y no sólo el capital variable equivalente al salario. Así, los economistas anteriores a Marx oscurecían las formas particulares de apropiación del trabajo no pagado de los obreros.

El descubrimiento de la "fuerza de trabajo" constituye un hecho de trascendental importancia para la clase obrera:

> La dificultad contra la que se estrellaban los mejores economistas cuando partían del "valor del trabajo" desaparece tan pronto como, en vez de esto, partimos del valor de la "fuerza de trabajo". La fuerza de trabajo es, en nuestra actual sociedad capitalista, una mercancía: una mercancía como otra cualquiera y, sin embargo, muy peculiar. Esta mercancía tiene, en efecto, la especial virtud de ser una fuerza creadora de valor, una fuente de valor. Y, si se la sabe emplear, da mayor valor que el que encierra

> en sí misma. Con el estado actual de la producción, la fuerza de trabajo humana no sólo produce en un día más valor del que ella misma encierra y cuesta, sino que con cada nuevo descubrimiento científico, con cada nuevo invento técnico, crece este remanente de su producción diaria sobre su costo diario, reduciéndose, por tanto, aquella parte de la jornada de trabajo en que el obrero produce el equivalente de su jornal, y alargándose, por otro lado, la parte de la jornada de trabajo en que tiene que regalar su trabajo al capitalista, sin que este le pague nada (Engels, 1973: 129-130, Tomo IV).

Al abordar la ley de valor, es oportuno repasar algunos conceptos de Marx, recogidos en *Trabajo asalariado y capital*: "¿Cuál es el costo de producción de la fuerza de trabajo? Es lo que cuesta sostener al obrero como tal y educarlo para este oficio".

> El fabricante, al calcular su costo de producción y, con arreglo a él, el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo [...] del mismo modo hay que incluir en el costo de producción de la fuerza de trabajo simple el costo de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. El desgaste del obrero entra, por lo tanto, en los cálculos, ni más ni menos que el desgaste de las máquinas [...]. El precio de este costo de existencia y reproducción es el que forma el salario [...] es lo que se llama el salario mínimo (Marx, 1973c: 138 y 139, Tomo IV).

> A grandes rasgos podemos designar como otras tantas épocas del progreso en la formación económica de la sociedad el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana (Marx, 1973a: 385, Tomo IV).

El pensamiento dialéctico materialista de Marx ahondó también en las leyes que motorizan los cambios en los modos de producción:

> [En] una fase determinada de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la

> expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social (Marx, 1973a: 385, Tomo IV).

De donde viene la contradicción antagónica de la producción social capitalista y la apropiación privada capitalista de lo que produce la fuerza de trabajo.

El estudio de las relaciones sociales permitió pues descubrir y observar la repetición y la regularidad de los fenómenos en el sistema capitalista, así como notar que había diferencias de un país capitalista a otro y apreciar las particularidades de cada uno.

Eso significa que para el conocimiento de la Argentina y de su futuro inmediato es necesario considerar juntas la estructura técnico-material y la estructura económico-social. Ambas forman una unidad en constante interacción y entrelazamiento, y están condicionadas en última instancia por el modo de producción dominante, en el cual la plusvalía que crean los que trabajan es capturada por los propietarios de los medios de producción y de cambio, clase social a la que históricamente se denomina burguesía. Ese mecanismo de apropiación del producto social se observa en todo el sistema capitalista, pero para desentrañar las peculiaridades de la estructura es preciso analizar su funcionamiento local.

Estructura y superestructura en relación dialéctica

También la relación entre la estructura y la superestructura es motivo de desinteligencias, tanto con los defensores del sistema capitalista como entre los propios marxistas. No aciertan quienes creen que la superestructura define la sociedad, ni quienes sostienen que la estructura es lo único determinante, pues, aunque esta última es la base, entre ambas se establece una relación dialéctica. Marx afirmaba que la superestructura jurídica y política, que se monta sobre la estructura, no permanece como un cuerpo independiente, sino que incide en mayor o menor medida en el proceso económico, acelerando u obstaculizando su desarrollo.

Al respecto, Antonio Pesenti, ex ministro de Economía del primer gobierno popular de la posguerra en Italia, comentaba:

> He aquí, pues, el vínculo profundo entre la objetividad de lo real y la libertad creadora de la acción humana, de la historia. La aplicación del método dialéctico en el campo de la ciencia económica permitió lograr una exacta comprensión de las leyes de la economía y, en particular, de las leyes de la dinámica de los fenómenos singulares y de todo el sistema. Es evidente que

> tal resultado no podía obtenerse sin un continuo relacionarse con la realidad, sin una investigación seria de los fenómenos tal como ellos se presentan y rechazando su inclusión en esquemas aprioristas (Pesenti, 1965: 24).

Esto desautoriza a quienes ven al marxismo como un esquema inflexible y detenido en el tiempo pues, por el contrario, los principios marxistas incitan a observar los cambios, a actualizar permanentemente el conocimiento de la realidad bajo estudio y a adquirir un saber imprescindible para trabajar eficazmente en su transformación. En sus estudios del capitalismo, Marx y Engels se empeñaban en eludir las vulgarizaciones del pensamiento de sus principales teóricos, Adam Smith y David Ricardo, y advertían a las futuras generaciones sobre las que pudieran sufrir sus propios trabajos.

Engels, en una carta enviada desde Londres a J. Bloch el 21 de septiembre de 1890, escribía:

> Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero en el curso del desarrollo histórico de la lucha ejercen influencia también, y en muchos casos prevalecen en la determinación de su forma, diversos elementos de la superestructura: formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, es decir, las constituciones impuestas por la clase triunfante después de su victoria, etcétera, las formas jurídicas, e incluso el reflejo de todas estas batallas reales en el cerebro de quienes participaron en ellas, las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las convicciones religiosas y su evolución posterior, hasta convertirse en un sistema de dogmas (Marx y Engels, 1973: 381, Tomo VIII).

En una carta posterior, del 25 de enero de 1894, dirigida a H. Starkensberg, Engels explicaba qué entendía por "condiciones económicas", consideradas base determinante de la historia de la sociedad: a) las relaciones sociales entre productores basadas en la división del trabajo, donde se producen medios de subsistencia y se intercambian los productos; b) la técnica de la producción y del transporte. "Según nuestra concepción, esta técnica determina igualmente el método de cambio y además la distribución del producto, la división de clases, y por lo tanto la división de señorío y servidumbre y con estas el Estado, la política, el derecho, etcétera"; c) las condiciones económicas incluyen además "la base

geográfica sobre la cual actúan y los vestigios de etapas anteriores del desarrollo económico que realmente han sido transmitidos o que han sobrevivido (a menudo por tradición o por inercia); también luego el ambiente externo que circunda a esta forma social". Y añadía:

> Consideramos que las condiciones económicas son las que en última instancia determinan el desarrollo económico. Sin embargo, al respecto hay dos puntos que no deben pasarse por alto: a) El desenvolvimiento político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etcétera, se basa sobre el desarrollo económico. Pero estos elementos interactúan entre sí y también vuelven a actuar sobre la base económica. No es que la causa económica sea la causa y la única activa mientras que todo lo demás es pasivo. Hay, por el contrario, interacción sobre la base de la necesidad económica, la que en última instancia siempre se abre camino. El Estado, por ejemplo, ejerce una influencia mediante los aranceles proteccionistas, la libertad de comercio, un sistema financiero bueno o malo; e incluso la inacción e impotencia mortales del pequeñoburgués alemán, que provienen de la miserable situación económica de Alemania de 1640 a 1830 y que se manifiestan en el pietismo, primero, y luego en el sentimentalismo y en el abyecto servilismo para con los príncipes y la nobleza, no dejaron de reflejarse en la economía.
>
> Los hombres hacen su propia historia, sólo que en medios dados la condicionan, y con base en relaciones reales ya existentes entre las cuales las condiciones económicas –por mucho que pueden ser influidas por las políticas e ideológicas– siguen siendo las que deciden en última instancia, constituyendo el hilo rojo que las atraviesa y que es el único que conduce a comprender las cosas.
>
> b) Los propios hombres hacen su historia, pero hasta ahora no la hacen con una voluntad colectiva o según un plan colectivo, ni siquiera dentro de una sociedad perfectamente definida. Sus esfuerzos se entrechocan y por esta misma razón todas estas sociedades son gobernadas por la necesidad que es complementada por, y aparece en, la forma de azar. La necesidad que aquí se impone en medio de todos los accidentes es nuevamente y en última instancia la necesidad económica. Es aquí donde interviene la cuestión de los llamados grandes hombres […].
>
> Cuanto más se aleja de la esfera económica el dominio particular que investigamos, acercándonos al de la ideología puramente abstracta, tanto más lo encontraremos mostrando azares en su desarrollo, tanto más zigzagueante será su curva. Así y todo, usted verá que esta curva será cada vez más casi paralela a la del

> desarrollo económico, cuanto más largo sea el período considerado y cuanto más amplio sea el campo tratado (Marx y Engels, 1973: 441-414, Tomo VIII).

En el párrafo siguiente, Engels le recomendaba a su destinatario la obra de Marx *El dieciocho Brumario*, porque proporcionaba mucha información sobre todos estos temas, y le advertía: "Le pido que no analice con excesivo cuidado cada una de las palabras que anteceden; recuerde el conjunto. Lamento no disponer de tiempo para elaborar lo que estoy escribiendo en forma tan rigurosa como la que me [exigiría] su publicación" (Marx y Engels, 1973: 414, Tomo VIII).

También Vladimir I. Lenin, el jefe de la Revolución Rusa, comentó la base metodológica del marxismo. Al respecto decía:

> Marx no se limitó sólo a la "teoría económica", en el sentido habitual de la palabra, al explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada exclusivamente por las relaciones de producción. Marx, no obstante, siempre y en todas partes estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre. Por ello *El capital* obtuvo un éxito tan gigantesco, pues esta obra del "economista alemán" ha puesto ante los ojos toda la formación social capitalista, como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales efectivas del antagonismo de clases propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etcétera, con sus relaciones familiares burguesas (Lenin, 1960b: 153, Tomo I).

La plaga de las vulgarizaciones de la economía

En esta obra, cabe advertir especialmente a los lectores acerca de la profusión de vulgarizaciones presentes en la economía política burguesa. Marx, que dedicó la mayor parte de sus investigaciones a estudiar a los mejores exponentes de la escuela clásica y que valoró sus aportes científicos, expresó reiteradamente su preocupación por la economía política vulgar.

> De una vez por todas quiero señalar que entiendo por economía política clásica toda economía que a partir de William Petty trata de penetrar en el conjunto real e íntimo de las relaciones de producción en la sociedad burguesa por oposición a la economía vulgar, que se conforma con las apariencias, rumia sin

> descanso, para sus propias necesidades y para la vulgarización de los fenómenos más groseros, los materiales ya elaborados por su predecesores, y se limita a elevar a un pedante rango de sistema, y a proclamar como verdades eternas, las ilusiones con que el burgués gusta de poblar su mundo propio, el mejor de los mundos posibles (Marx, 1973b: 85, Tomo I).
>
> Una característica de la economía política vulgar consiste en retomar ideas que en una etapa de desarrollo anterior eran nuevas, originales, profundas y justificadas para repetirlas en una época en que resultan chatas, falsas y han quedado superadas. De esa forma confiesa su ignorancia total respecto de problemas que han preocupado a la economía política clásica. Los confunde con los que sólo era posible formular en un momento en que el desarrollo de la sociedad burguesa se encontraba aún en una fase inferior. Otro tanto sucede con su incesante y satisfecho rumiar de las tesis de los fisiócratas sobre el libre cambio: hace tiempo que éstas perdieron todo interés teórico, sea cual fuere el interés práctico que les muestre tal o cual estado (Marx, 1973b: 771, Tomo III).

Al analizar la inconsistencia e incongruencia de la fórmula trinitaria capital-interés, tierra-renta y trabajo-salario como fuentes de valor y riqueza, que significa la mistificación del modo capitalista de producción, la cosificación de las relaciones sociales, Marx decía:

> Es el mundo encantado e invertido, el mundo del revés, en que Monsieur le Capital et Madame la Terre, a la vez caracteres sociales y simples cosas, bailan su ronda fantasmal. El gran mérito de la economía política clásica consiste en haber disipado esas apariencias y esas ilusiones, no obstante que todos ellos en mayor o menor medida caen en las incoherencias, las verdades a medias y las contradicciones no resueltas. [Y sin abandonar la ironía, definía como] natural que la economía vulgar, que es una simple interpretación didáctica, más o menos dogmática de las concepciones corrientes de los agentes reales de la producción –en las cuales introduce, por lo demás, cierto orden inteligible– encuentre en esta trinidad, en la cual han quedado borrados todos los vínculos internos reales, la base natural, y que no se trata de poner en duda, de sus presuntuosas superficialidades (Marx, 1973b: 811, Tomo III).

En la actualidad, en plena crisis mundial, cuando el sistema expone las dramáticas consecuencias de la explotación capitalista e imperialista, la economía política vulgar se ha potenciado en toda la línea. En la Argentina, bajo fachadas academicistas, el neoliberalismo, el neokeynesianismo, el neoestructuralismo y el neodesarrollismo, entre

otras corrientes, acuden bajo el paraguas de lo nuevo al viejo arsenal ideológico de la armonía y la conciliación de clases para pregonar que es posible poner fin a las crisis con medidas gubernamentales y con regulaciones; para sostener que la modernización capitalista de la clase terrateniente hace superflua la reforma agraria; para anunciar que es factible una mejor distribución de la renta sin tocar la propiedad monopólica transnacional ni local, y para proclamar que el sistema capitalista y la transnacionalización de la economía argentina nada tienen que ver con la expansión de la miseria y la pobreza en el país.

Siguiendo a Marx, el filósofo cubano Rubén Zardoya critica la forma profesoral de la ciencia:

> Precisamente de las universidades suelen salir los heraldos negros que se encargan de difundir y "masificar" la teoría vulgar y profesoral por todos los canales del cielo y de la tierra en forma de "libros de bolsillo", folletos con ilustraciones y gráficas cuyo costo de producción no supera el centavo, reflexiones radiales y televisas, columnas "para leer con calma" en los diarios… El ejemplo, la anécdota, el aforismo, la sentencia y el epitafio encuentran su feudo en este arte bastardo y, en virtud de su fuerza figurativa extensiva y de su capacidad de entrelazarse con las tradiciones, los sentimientos y los prejuicios populares, multiplican, generan y regeneran el entendimiento escaso y la visión acrítica y fetichista de la realidad. En épocas de Marx, estos infraproductos de la "sociedad de consumo" que hoy constituyen el pan nuestro de cada día apenas comenzaban a modelar su fisonomía (Zardoya Loureda, 2000: 77).

La vulgarización también está presente en las filas marxistas, una debilidad acentuada después de la caída del socialismo soviético y europeo. Cuando se lee y se interpreta el marxismo con juicio apriorístico se cae fácilmente en la vulgarización, cuando no en la preeminencia de la subjetividad idealista en todos sus matices. Sin embargo, la simple y honesta lectura de los autores clásicos del marxismo-leninismo pone en evidencia la enorme distancia que existe respecto de las deformaciones que se difunden frecuentemente para desprestigiarlo presentándolo como un dogma o, como dijera Marx en respuesta a una crítica capciosa, como una teoría histórica válida para todos los tiempos y para todos los países, independientemente de su desarrollo económico, político y cultural. Para el marxismo, los cambios en la sociedad, los avances en la ciencia, los movimientos del contexto político y las variaciones en el ambiente natural, es decir, la constante dialéctica entre el mundo material y el mundo espiritual, que se proyectan sobre el fondo de un sistema económico-social determinado históricamente, son en definitiva el motor que impulsa a las sociedades.

Es necesario eludir esos engaños y esos falsos atajos para poner en una nueva dimensión al estudio de la realidad argentina o de cualquier otro país. Quien se proponga entender su funcionamiento y hallar las claves para el cambio de fondo no puede desentenderse de lo que ocurra en la superestructura, y está obligado a aplicar en forma creativa este instrumento de análisis que es el marxismo, el materialismo dialéctico, en correspondencia con las novedades que se produzcan. ¿Cómo ignorar, por ejemplo, los efectos sobre la subjetividad de los argentinos de haber vivido crisis sucesivas, de haber sufrido la tragedia de las decenas de miles de desaparecidos, y de haber soportado la devastación de la sociedad como resultado del fundamentalismo neoliberal de los noventa?

Al respecto, el pensador comunista Héctor Agosti decía:

> Una de las debilidades principales de los filósofos marxistas, si no la principal, es haber desdeñado los problemas de la personalidad y del yo, que entregamos graciosamente a otras corrientes, extrapolando hasta límites de caricatura la incuestionable incidencia del modo social sobre el comportamiento de los hombres. [...] Y si bien es cierto –añadía– que en términos muy generales las reglas de su comportamiento, es decir las reglas de su ética, están dictadas por las condiciones sociales de su pertenencia a determinada clase, no es menos cierto que en el orden de la subjetividad, que es intransferible, los reclamos pueden asumir urgencias desparejas y las respuestas no ser siempre simétricas ante los mismos estímulos; lo contrario equivaldría a pensar que no estamos ante hombres sino ante autómatas (Agosti, 1964: 84-85).

Por qué Argentina no funcionó para las mayorías

Esta obra no se propone precisar el grado de desarrollo capitalista de Argentina, que en un determinado momento alcanzó un alto nivel por el privilegio de contar con valiosos recursos naturales, mano de obra calificada, elevado desarrollo industrial y rápida incorporación de adelantos técnicos y científicos. Llegó a decirse que el país estaba a un paso de convertirse en una potencia capitalista, pero esa moneda siempre tuvo dos caras. La otra mostraba la acumulación de enormes carencias, profundas deformaciones y pronunciadas desigualdades, que se manifestaron en caídas sucesivas de la producción, así como en el aumento de la miseria y de la desocupación, y en el desarrollo desigual en el interior del país.

Aquello que se desea señalar y poner en cuestión en este libro es el esquema de poder que domina la vida económica y financiera

del país, y que es, por lo tanto, responsable de su crónica frustración. Pues no se trata de establecer si Argentina tiene más o menos riquezas y posibilidades, sino de desentrañar por qué el país no funcionó para su gente y sí enriqueció en cambio a unos pocos, a quienes les sigue proveyendo enormes ganancias.

El estudio de las condiciones políticas y económicas en que se desenvolvió el capitalismo en Argentina muestra, en forma sintética y dejando momentáneamente de lado los aspectos sociales y culturales, la combinación de tres factores decisivos: 1) el sistema capitalista con su lógica de explotación y de concentración, 2) el proceso de dependencia con el dominio de las transnacionales extranjeras en los principales sectores económicos, y 3) la presencia de una minúscula pero poderosa burguesía terrateniente, potenciada por su entrelazamiento con el capital concentrado de otras actividades. Los tres factores combinados engendraron el bloque hegemónico de la vida económica y financiera del país. Se trata de un conjunto tan privilegiado como minúsculo, que utiliza en su beneficio el poder político por medio de las principales instituciones del Estado y de las políticas oficiales que han robustecido sistemáticamente sus posiciones. Pese a todo, su poder no se expande sin oposición, sino que tropieza con la resistencia y las luchas de los sectores populares, las cuales pueden adquirir enorme envergadura.

El pueblo, en particular, su clase obrera, ha llegado a este Bicentenario con una historia de explotación y de sacrificios, pero también de luchas mediante las cuales enfrentó terribles injusticias derivadas de un desarrollo capitalista que, si bien tuvo períodos benignos, es esencialmente cruel porque su funcionamiento conduce a excluir a las mayorías de cualquier beneficio. El movimiento obrero ha escrito en esa historia páginas memorables que lograron arrancar importantes mejoras, e incluso llegó en ocasiones a las puertas mismas de cambios revolucionarios. Sin embargo, en sus filas también la moneda tiene otra cara, representada por dirigentes traidores, deshonestos, seducidos por la ambición de convertirse en empresarios vendiendo al mejor postor los derechos de sus representados, algunos capaces de llegar al extremo de liderar proyectos mafiosos, otros simplemente desorientados por carecer de vocación para transformar la sociedad.

En definitiva, sigue vigente una histórica definición de Esteban Echeverría quien en 1836 describía el proceso iniciado en Mayo de 1810 como la "revolución interrumpida", y marcaba el contraste de los objetivos independentistas y de organización de la nación sobre la base del progreso y de la autodeterminación con la persistencia patente de las tradiciones aristocratizantes, con el mantenimiento de formas atrasadas de producción y de comercio heredadas de la etapa colonial, y sobre todo con la continuación de la explotación de los pueblos indígenas, junto con sistemas excluyentes de tenencia de la tierra.

Ahora, el Bicentenario convoca a revaluar aquellos ideales, sintonizándolos con la nueva época histórica, con vistas a completar la emancipación y desarrollarla para suprimir toda explotación. La fecha invita a realizar un gran debate y a generar propuestas para resolver los profundos conflictos estructurales de la sociedad argentina, transformando de raíz la estructura socioeconómica, núcleo de los antagonismos y fuente de bruscas oscilaciones en el desenvolvimiento económico, social y político del país, así como causante de su gran paradoja: a medida que avanza la "modernización capitalista", se acelera la desigualdad y crece en forma geométrica la pobreza.

La construcción de la conciencia y del contexto propicio

Generar conciencia sobre la necesidad de estos cambios no será fácil. La constante prédica apologética de la "libertad de mercado" y de la "libre empresa" que se realiza por medio de la educación, de muchos cultos religiosos y de los principales medios de comunicación sostiene un mundo de ideas desgajado del sistema económico vigente y de la realidad diaria. Esta ideología que pretende eternizar el capitalismo es hábilmente ofrecida durante las 24 horas del día como la expresión de la "libertad de elección", según la cual cada uno sería el dueño de su destino y tendría la oportunidad de hallar la salida de la explotación a la vuelta de la esquina.

Entre los muchos testimonios que refutan lo anterior sobresale y sorprende el del ex director de la CEPAL, Raúl Prebisch, artífice en 1956 del primer plan de austeridad y maestro de varias generaciones de economistas, quien en sus últimos años pasó de ser un defensor acérrimo de las teorías neoclásicas sobre las cuales se funda el neoliberalismo a convertirse en un detractor implacable de estas:

> El mercado –dijo– no regula la acumulación de capital ni la distribución del ingreso; y estas grandes fallas imprimen al capitalismo periférico su carácter excluyente, y también conflictivo, cuando frente al poder económico se levanta el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Sentido excluyente, sobre todo de los estratos inferiores de ingresos que permanecen al margen del desarrollo. La libertad económica es allí la libertad de ser pobre. La libertad política no es otra cosa que la libertad de decidir sin tener medios efectivos de discernimiento. Y la libertad de pensar y expresarse, así como la vigencia de otros derechos fundamentales, seguirán siendo un convencionalismo retórico, mientras haya estratos sociales sumergidos en la ignorancia y en la indigencia, como son una quimera también los conceptos vitales de igualdad de oportunidades y movilidad social (Prebisch, 1979).

En tanto, la presencia de los monopolios extranjeros en sectores clave del país configura un problema de soberanía nacional, la cual es susceptible de ser vulnerada groseramente cuando las decisiones se toman en las casas matrices del exterior según sus propias estrategias, que son totalmente indiferentes respecto de la opinión de las autoridades elegidas por el voto popular y saben cómo publicitar a sus filiales como "empresas a las cuales les interesa el país".

Suman problemas adicionales el gigantesco segmento no declarado de la economía y el enorme caudal de negocios ilegales que impregnan todo el cuerpo social. Ambos, por su propia naturaleza, provocan un vacío de la presencia del Estado y generan áreas donde los derechos y la ley desaparecen. No se trata únicamente de una fuga de recursos tributarios, como tienden a verlo quienes reducen los objetivos de un gobierno a velar por el equilibrio fiscal. Constituyen procesos severamente corrosivos de la organización social, que barren con los derechos de los trabajadores y maximizan la explotación; desplazan la actividad económica honesta y extinguen empresas lícitas por competencia desleal o por prepotencia mafiosa; reclutan políticos, sindicalistas, policías y jueces para el delito, minando las instituciones; y engrosan los núcleos políticamente más conservadores, pues hay pocos segmentos tan interesados como este en que nada cambie.

Por el contrario, al crecimiento de la conciencia colectiva mucho ha contribuido la lucha de los organismos de derechos humanos y del movimiento obrero, que ha logrado llevar a juicio a muchos militares y civiles ejecutores del terrorismo de Estado de la dictadura, cuyo blanco principal fueron los dirigentes sindicales y populares. Este es un hecho de extraordinaria trascendencia en el continente, aunque aún incompleto, porque por el banquillo de los acusados todavía no han pasado los ideólogos ni tampoco los dueños de las grandes empresas extranjeras y locales que, con nombre y apellido, financiaron al régimen mientras acumulaban enormes fortunas gracias a sus políticas. Se trata de un núcleo cuya complicidad con el plan genocida es inocultable, y mientras siga impune y detentando su enorme poder económico y financiero constituirá una espada de Damocles sobre las libertades y los derechos humanos en la Argentina.

El marco internacional del Bicentenario está signado por la crisis que las potencias capitalistas tratarán de descargar sobre los países dependientes, pero también por el desarrollo simultáneo en el continente de variados procesos revolucionarios antiimperialistas y anticapitalistas inspirados por Cuba, la hermana y heroica república que, a la vista del coloso imperial y a despecho de sus furias, construye una sociedad socialista, con todo derecho. Mientras tanto avanza en la región la marcha hacia la integración sobre las bases de la soberanía y

de la dignidad, y cada día da un paso más hacia su realización el viejo sueño de los forjadores de una Patria Grande latinoamericana.

El conjunto define un momento histórico de enorme responsabilidad para la intelectualidad argentina. Si esta última realmente pone sus conocimientos y experiencias al servicio del pueblo, debe advertir con toda claridad que la Argentina está conectada con la crisis capitalista mundial por su estructura económico-social y que por lo tanto se encuentra bajo amenaza de padecer otra vez graves daños, y a la vez debe valorar lo que ocurre en la región y asumir que la transformación del país debe tener en cuenta los profundos cambios políticos y sociales que tienen lugar en el continente.

La economía subterránea o informal

Alberto Abad, ex titular de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP), estima que la economía subterránea o "en negro" equivale a un tercio de la economía formal. De este modo, el producto bruto interno (PBI) "oficial" de 177.945 millones de dólares debe corregirse, adicionando 59.315 millones para determinar un PBI total de unos 237.260 millones. Eso significa que si la presión tributaria para el PBI "en blanco" es del 28%, la evasión, que surge de aplicar ese porcentaje a la economía informal, suma 16.608 millones (*Clarín*, 8 de junio de 2006).

La Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), por su parte, sostuvo que el sector formal de la economía paga impuestos por el 39% del PBI, en tanto que el informal lo hace por el 17,4%, es decir que tributa un 40% menos que el promedio (*La Nación*, 21 de mayo de 2006).

El cambio requiere tomar el poder político

Las transformaciones estructurales que requiere la Argentina sólo serán factibles mediante la conquista del poder político por los trabajadores y por la mayoría del pueblo, con un claro propósito de revolución democrática, antiimperialista y antiterrateniente en transición hacia el socialismo del siglo XXI. Si 130 años de capitalismo transitados desde la organización nacional han engendrado, como resultado de la combinación entre sus leyes y las particularidades locales, riqueza sin límites para un puñado y una crisis tras otra para el conjunto, se desvanece toda esperanza de alcanzar un futuro próximo sin pobreza ni miseria y una vida digna y libre de opresión, a menos que se emprendan transformaciones revolucionarias.

Diseñar salidas verdaderas requiere un análisis a fondo, científico, que pone en evidencia que el capitalismo argentino, más aún en la

actual etapa de globalización del sistema, ha perdido para siempre el papel que le atribuía la Constitución Nacional de 1853. Si se admite este diagnóstico al menos en parte, si se toma nota de que más allá de la desinformación y de la confusión crece en el pueblo el ánimo de protesta y de rebeldía que exige cambios, resulta evidente que nos encontramos frente a un dramático cuadro con complejos problemas a resolver, y que el debate para afrontarlo resulta ineludible e impostergable.

Una vez iniciado el proceso político, económico y social transformador, surgirán naturalmente nuevos fenómenos y habrá que afrontar nuevos desafíos que exigirán enfoques actualizados de la realidad. La nueva situación requerirá ser considerada con especial cuidado, porque los partidarios de los cambios de fondo ya han caído en otras ocasiones en el error de pensar y de actuar como si lo viejo simplemente se repitiera bajo nuevas formas, cuando la mayoría de las veces no es así. La constatación de regularidades del sistema capitalista no significa que se pueda aplicar la misma vara para enfrentar los problemas de ayer y de hoy.

Es por eso que el estudio de la estructura argentina requiere hoy considerar hechos y situaciones tales como: a) la época, marcada por una crisis mundial del capitalismo, del cual Argentina forma parte; b) el proceso de dependencia económica, política, cultural e ideológica; c) el ascenso de la producción agropecuaria y de la agroindustria sobre la base de propiedad terrateniente; d) la presencia dominante de las empresas transnacionales y las nuevas pérdidas de posiciones del gran capital nacional; e) los cambios en la composición de la clase obrera, el grado de conciencia adquirida y el fenómeno de la precarización laboral, así como el papel significativo de las capas medias en lo económico y en lo político; f) los impactos en la subjetividad de la gente del terrorismo de Estado, de los brutales cambios económicos generados por décadas de políticas neoliberales, del desempleo persistente, de la deserción del Estado de muchas de sus responsabilidades y del agigantamiento de las distancias entre ricos y pobres, y finalmente g) las repercusiones de la profunda crisis de los partidos políticos.

Una crisis mundial, un vasto proceso de cambio

El capitalismo contemporáneo se caracteriza por un elevado grado de concentración, monopolización y apropiación de la riqueza que crean los pueblos. El carácter inhumano del sistema se exhibe abiertamente cuando, en su afán de lograr beneficios infinitos, pisotea los derechos humanos más elementales, arrasa los recursos naturales y degrada el medio ambiente. Más grave aún, también se apropia de los extraordinarios avances científicos, de la medicina, de la biología, del propio conocimiento del genoma humano, de tal modo que controla según sus

intereses el derecho a la vida y a la salud de una parte de la humanidad. Ahora, en la enésima crisis, desde sus centros de gestión pone en marcha los mecanismos para descargar sus efectos devastadores sobre el resto del planeta.

Ante ese panorama resulta manifiestamente insuficiente decir que "la crisis es consecuencia de decisiones incorrectas que se tomaron en materia de política económica en el mundo, especialmente en los Estados Unidos, Gran Bretaña y el Fondo Monetario Internacional" (CEMOP, 2009). Consideraciones tan superficiales, que disimulan el hecho de que el propio funcionamiento del sistema conduce a crisis cada vez más graves, contribuyen poco a entender la realidad mundial.

Para comprender la crisis actual es preciso advertir que las grandes potencias capitalistas han transformado una parte significativa de la economía productiva en especulación financiera sin límites, llegando al extremo de violar las propias leyes del capitalismo al someter la producción de mercancías a la vorágine de un casino mundial de papeles y títulos. Ese desenfreno dantesco del imperialismo en su faz más destructiva y expropiadora transcurre en paralelo al perenne armamentismo, los conflictos fratricidas y las guerras endémicas, que constituyen las evidencias más dramáticas de la degradación de un sistema que siempre se jactó de ser capaz de inundar al mundo con bienes y de generar una mejora social continua, y que en los hechos aprovecha cada adelanto científico y tecnológico para perfeccionar la apropiación de la riqueza por los poderosos, ahondando la desigualdad, la injusticia y la exclusión de miles de millones de seres humanos.

Del mismo modo en que el sistema nazi-fascista originado en el seno del capitalismo fue condenado para siempre en la conciencia de la humanidad cuando los pueblos, con la participación decisiva de la Unión Soviética, juzgaron a sus líderes por los crímenes de lesa humanidad que dejaron un saldo de 27 millones de muertos, va llegando la hora de preparar el juicio a un sistema político, económico y financiero que no ha tenido escrúpulos en difundir el hambre, la miseria, el sufrimiento y la violencia en el mundo para satisfacer sus monstruosas ansias de dinero.

En tanto, aquí y ahora, mucho contribuirán a ese camino todos los esfuerzos que se realicen para comprender a fondo la realidad a transformar y para construir la base teórica necesaria para no hacerlo a ciegas. Como bien dijo el dirigente comunista cubano Raúl Valdés Vivó en el discurso de clausura del curso 1998-1999 de la Escuela Superior Ñico López del Partido Comunista:

> No acudimos a la teoría como un fin en sí mismo, sino como método de análisis que se propone robustecer la voluntad y esclarecer la conciencia para la transformación revolucionaria de la práctica. La teoría que a nada práctico conduzca es como

> luz de un absurdo faro que equivocadamente sólo alumbra hacia la tierra firme y deja que los barcos pierdan el rumbo y choquen con la costa. Esa falsa teoría, por mucho que se la recubra de citas de los clásicos, o de los académicos posmodernistas de los países industrializados, es simple teoricismo y fraseología hueca, que el enemigo procura inculcar abierta o sutilmente en sustitución del pensamiento creador desde las posiciones socialistas (La Habana, 15 de julio de 1999).

Es natural que en estos agitados momentos históricos no pocos investigadores y científicos burgueses hojeen páginas de Marx en busca de explicaciones y de soluciones. A ellos, la recomendación especial de que recurran a las fuentes originales del marxismo-leninismo para su correcto aprovechamiento en esa tarea. No es casual que en el mundo capitalista se puedan contar con los dedos de las manos las universidades y los centros de estudio que enseñan el marxismo-leninismo mediante la lectura de sus textos originales.

Las fuerzas contrarias al esclarecimiento de la realidad mundial y nacional tienen mucho poder, pero son apenas una minoría de las minorías. Karl Marx, en el prefacio a la primera edición alemana de *El capital*, lo advertía:

> En el campo de la economía política, la libre investigación científica encuentra muchos más enemigos que en todos los otros campos. La naturaleza peculiar del asunto que trata llama contra ella al campo de batalla a las más violentas, mezquinas y rencorosas pasiones del corazón humano, las furias del interés privado (Marx, 1973b: 23, Tomo I).

Capítulo II
El 2001, fuente de sufrimiento y de conocimiento

Cuando el 19 y el 20 de diciembre de 2001, tras cuatro años de recesión económica, la Argentina estalló, la explosión impresionó al mundo entero. El "caso argentino" se instaló en los diarios, en los foros internacionales y en la literatura especializada. No era para menos. Hasta ese momento, Argentina era considerada la encarnación del paradigma mundial de las políticas económicas neoliberales que producirían un enorme derrame de riqueza y de bienestar general en el marco de un sostenido crecimiento. Se afirmaba que el país había conquistado un lugar digno de ser imitado. El propio director gerente del FMI lo destacaba: "La Argentina tiene una historia que contar al mundo, una historia sobre la importancia de la disciplina fiscal, el cambio estructural y el riguroso mantenimiento de la política monetaria" (Michel Camdessus, Asamblea Anual del FMI, Conferencia de Prensa, 1 de octubre de 1998).

Apenas unos pocos días después de aquel elogio comenzaba un largo ciclo recesivo, y el pueblo argentino iniciaba un penoso camino de creciente desocupación, hambre y miseria, que alcanzaría el paroxismo con el gran estallido de 2001. Mientras la gente común sufría un descenso en su calidad de vida de una magnitud pocas veces vivida en la historia, la élite del poder económico y financiero, tanto extranjera como local, acumulaba ganancias colosales. Argentina se había degradado como nunca hasta convertirse en una factoría de las transnacionales que actuaban en sociedad con la oligarquía criolla, sacrificando así una vez más a su pueblo y a su futuro.

El neoliberalismo, como instrumento de subordinación a los intereses imperiales, demostraba una vez más que es de enorme utilidad, particularmente cuando se trata de suprimir cualquier barrera o intervención estatal que pueda obstaculizar la actividad usurera, especulativa y predatoria de las empresas transnacionales, o de impedir el uso irracional al cual someten a los recursos naturales, aun los no renovables, de los países que se encuentran bajo influencia del imperio. Tal comportamiento no sería posible sin la colaboración de los gobiernos

locales y de los dirigentes políticos y sindicales, así como de aquellos intelectuales que lo justifican y lo convalidan. Esta complicidad permitió acrecentar como nunca en los últimos años la injerencia del capital monopólico financiero en la vida interna de los países, como lo muestra el Cuadro 1 para el caso argentino.

Cuadro 1

Peso del capital financiero extranjero en la economía argentina, con primacía del estadounidense (en porcentajes sobre el total de cada rama)

	1989	**2001**
Industria	35-40	70
Comercio exterior	40	75
Comercio minorista	45	75
Sistema financiero	13	68
Servicios públicos*	15	80
Medios de comunicación masiva	20	95
Minería	20	90

Fuente: INDEC, Cuentas Nacionales, Ministerio de Economía, Revista *Mercado*, Fuchs (1994), Fuchs y Vélez (2001).
* Energía, telefonía, ferrocarriles, aviación, puertos, agua, marina mercante, petróleo, gas, etcétera.

En la Argentina de 2001, las posiciones clave ganadas por el capital extranjero en la economía se complementaban con las rentas y ganancias obtenidas por la burguesía terrateniente tras cuatro grandes cosechas consecutivas y ciclos de elevados precios internacionales de sus productos. Además, ese rendimiento hizo que sus grandes propiedades se valorizaran considerablemente, como podía comprobarse por ejemplo en la provincia de Buenos Aires, donde los precios de estas experimentaron un aumento anual promedio del 5,48% en dólares entre 1990 y 2000, según datos publicados en *La Nación* del 16 de diciembre de 2000. Que esta situación estuviera acompañada de la liquidación de alrededor de 100 mil chacras y tambos se corresponde perfectamente con las leyes del capitalismo.

Se trata en todos los casos de datos esenciales para comprender cabalmente el proceso económico. La comparación cuantitativa de variables requiere un cuidado especial porque en la economía la

producción de información siempre tiene lugar bajo la presión de intereses. Cuando se menciona, por ejemplo, que la producción industrial de 1997 fue un 45% mayor que la de 1990, no puede pasarse por alto que en ese período muchas fábricas se degradaron a plantas de ensamblaje y que se perdieron 500 mil puestos de trabajo. Algo parecido sucede cuando se analiza la caída de la inversión interna bruta que afectó a la producción de bienes, a la construcción y a otras ramas durante la segunda mitad de la década del noventa y no se la vincula con la extraordinaria capitalización que tuvieron en el mismo período las acciones de las empresas líderes, la mayoría extranjeras, que entre 1997 y 2000 aumentaron más de tres veces sus cotizaciones en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, llegando a multiplicarlas por diez a fines de 2003. También hay datos sustanciales de una realidad que ni se mencionan, como la transferencia de ingresos de la clase obrera a la clase capitalista, estimada entre 300 mil y 350 mil millones de pesos durante la década del noventa, hecho sin precedentes en la historia del país.

Otro hecho tremendo de la década de gobierno de Carlos Menem (1989-1999) fue el crecimiento de la deuda externa pública y privada a través de un diabólico mecanismo implementado para permitir una inmensa fuga de fondos de los más ricos al exterior, lo que causó además una sangría del presupuesto público por los elevados intereses y comisiones pagados y redundó en la merma de las partidas destinadas a la salud, la educación, la construcción de viviendas económicas y las obras e inversiones para el desarrollo. De acuerdo con un informe del diputado nacional Mario Cafiero, entre 1991 y fines de 2000 la deuda externa total pasó de 61.337 millones de dólares a 176.997 millones. Por supuesto, quienes terminarían pagando esa enorme hipoteca, de origen mayormente espurio, serían los trabajadores, como venía sucediendo desde la época de José Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la Junta Militar que secuestró el poder en 1976.

Los efectos de la crisis argentina que culminó en 2001 fueron devastadores. Se produjo la mayor moratoria de deuda de la historia mundial, no declarada por una decisión soberana sino admitida como una quiebra por agotamiento de los recursos; las actividades productivas se desplomaron hasta alcanzar niveles comparables con los de un país bombardeado; los indicadores sociales registraron un deterioro récord que alcanzó extremos propios de un desastre humanitario; y el terremoto político que tuvo lugar derribó al gobierno y puso en jaque la institucionalidad como nunca antes desde la organización nacional en 1880.

Neoliberalismo, convertibilidad, globalización

Fueron tres, entonces, los factores de mayor incidencia en la crisis que explotó en 2001, que sacudió no solamente la base del sistema

capitalista argentino sino también las esferas política, social y cultural, y desestabilizó la propia existencia del Estado-nación y de sus principales instituciones:

1) La aplicación de una política neoliberal en forma de choque. El país acumulaba ya los efectos de décadas de medidas orientadas en esa dirección, en una historia iniciada a mediados de la década del cincuenta con el Plan Prebisch, que siguió, con sus particularidades, con el "desarrollismo" del gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) y que fue en ascenso bajo la dictadura militar fascista iniciada por Juan Carlos Onganía (1966-1973); luego adquirió un ritmo acelerado con el golpe cívico-militar terrorista de marzo de 1976 y con Martínez de Hoz, y culminó en forma vertiginosa con Carlos Menem (1989-1999). Con guión del FMI y del Banco Mundial, se aplicaron programas de ajuste, de apertura de la economía y de privatizaciones de los servicios públicos, y se impulsó por todos los medios una mayor concentración de la vida económica en manos de poderosos grupos. Esto originó, entre otras, las siguientes consecuencias: a) una disminución drástica del salario real y del poder de compra del mercado interno; b) altos niveles de desocupación, trabajo en negro e intensificación de la explotación; c) un proceso inédito de desindustrialización, y numerosas fusiones y ventas de empresas líderes de capitales locales; y d) el desmantelamiento, mediante las llamadas reformas del Estado I y II, de organismos e instituciones gubernamentales instalados desde hacía muchos años como producto de luchas populares libradas en defensa del nivel de vida y del patrimonio nacional. El proceso destructivo culminó con la privatización, récord en el mundo por su extensión y volumen, de actividades estatales ligadas a la producción, la investigación y los servicios, y con la enajenación de las reservas de recursos naturales no renovables.

2) El espejismo de un peso igual a un dólar presentado bajo la fachada de la llamada "convertibilidad" por el ministro de Economía de Menem, Domingo Cavallo. En la práctica, esta política dio impulso al movimiento de entrada y salida de fondos especulativos. Durante diez años esos fondos lograron generar enormes ganancias que, gracias al mantenimiento artificial del mismo tipo de cambio, pudieron ser transformadas a dólares en el momento en que se decidió que esos fondos abandonaran el país. El mecanismo incentivó el endeudamiento externo e interno, y el país se vio envuelto en enormes negociados, corrupción, emisiones de billetes sin respaldo. Entre sus consecuencias, cabe mencionar que gran parte de la pequeña y la mediana burguesía, la "clase media", se vio despojada y expropiada sin que importara en este caso el "sagrado derecho de la propiedad" ante los implacables dictados del "mercado".

3) Los cambios que se estaban produciendo en el sistema capitalista mundial, y especialmente en las grandes potencias encabezadas particularmente por Estados Unidos, desde mediados de los años setenta. La globalización capitalista produjo una enorme concentración y expansión internacional del capital monopólico financiero, que opera en la mayor parte del mundo con sus empresas transnacionales y sus decenas de miles de filiales. En aras de un mayor beneficio, esto dio lugar a importantes cambios en la división capitalista mundial del trabajo, valiéndose de los avances científicos y técnicos y de los adelantos de la revolución informática. Entre sus múltiples operaciones ha ido cobrando un papel dominante la especulación financiera, que alcanza niveles incontrolables.

Producido el desastre, interesa dilucidar si la salida elegida significó una reorganización sustancial del funcionamiento económico con miras a evitar otra caída en el futuro, o si sólo se trató de una suerte de emparche del viejo esquema que, después de haber funcionado un tiempo más, ahora muestra costosas consecuencias y engendra nuevas crisis. Desde 2002 hubo un lustro de crecimiento económico a alto ritmo, así como una mejora notable en los indicadores sociales. Esto llevó a muchos a entusiasmarse con el "cambio de modelo".

Es cierto que en 2003 y en 2004 la economía argentina venía creciendo al 8% anual, alcanzando una producción de granos de más de 70 millones de toneladas con la soja como principal producto; el comercio exterior arrojaba un enorme saldo favorable, y el presupuesto nacional exhibía un abultado superávit anual. Al mismo tiempo, sin embargo, las tasas sumadas de desocupación total y de subocupación oscilaban entre el 38% y el 40% de la población económicamente activa, y por cada puesto de trabajo registrado existía 1,16 en negro. Entre diciembre de 2001 y fines de 2004, el ingreso real de los asalariados sufrió una baja de entre el 35% y el 40%. La Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) calculó que en 2004 los trabajadores recibían el 21,1% del ingreso nacional, frente al 30% que obtenían en 2001.

Pese a la rotundidad de los indicadores, su difusión no alcanzaba a transmitir la dramática situación que representaban para la vida de los argentinos. Mucho más elocuentes resultaban las voces de alerta, como la del prestigioso médico pediatra Abel Albino, fundador de la Cooperadora para la Nutrición Infantil (CONIN)[1], sobre las secuelas de la alimentación insuficiente en los primeros meses de vida, cuando el cerebro se desarrolla. Este destacado médico advirtió que en Argentina estaba creciendo una generación de niños débiles mentales.

1 Ver sitio web de la Cooperadora para la Nutrición Infantil, disponible en <www.conin.org.ar>.

Según datos oficiales, pese al crecimiento que entonces mostraba el país, 6 millones de niños seguían siendo pobres. La desocupación y el subempleo afectaban sobre todo a la franja de jóvenes de entre 15 y 19 años de edad. En 1995 había en el país 252 mil niños de entre 5 y 14 años de edad que trabajaban, mientras que a fines de 2004 el total de chicos que se encontraban en esa situación se estimaba en 1.503.925. Agustín Salvia, destacado sociólogo y autor de un estudio sobre los jóvenes, la educación y el empleo, sintetizaba de esta manera el drama de la juventud: "Sienten el estigma y la frustración de dejar de ser un joven prometedor para ser un nadie sin futuro" (*La Nación*, 24 de junio de 2003).

La Coordinadora de Villas calculó que entre 2004 y 2008 la población de las villas porteñas creció un 30%, y que sus habitantes pasaron de 110 mil a más de 150 mil. En la ciudad hay además 200 mil personas que viven en casas tomadas, 70 mil que viven en inquilinatos y otras 70 mil, en hospedajes. Unas 120 mil se alojan en piezas rentadas. En suma, el 20% de los habitantes de la ciudad se encuentran en una situación habitacional deficitaria (Palomar, 2009).

En definitiva, no es posible disimular ni ocultar la realidad. En Argentina, que cumple 200 años de existencia como país soberano e independiente, persiste una injusticia sistémica, estructural, que viene de lejos, que abarca todos los ámbitos y que desata más o menos conflictividad según la forma en que se combinen a cada momento las circunstancias nacionales e internacionales. En lo sustancial, se mantiene la explotación de la mano de obra asalariada, que alimenta el crecimiento de la riqueza y su concentración, mientras expande la pobreza y ahonda los abismos sociales.

Un debate mundial y el FMI en el banquillo

Así como la gravedad de la crisis de 2001 fue inédita, también lo fue el debate que esta crisis generó en el mundo. Aquel episodio tremendo con el cual el país inició el siglo XXI abrió un caudaloso torrente de informes, interpretaciones y opiniones que, si son sometidas a un análisis crítico, pueden entregar provechosas enseñanzas. Ninguna otra etapa de la historia argentina ofrece tal caudal de material disponible para conocer qué pasó, y sobre todo para determinar si una situación tan grave podría volver a ocurrir.

En la década del noventa, entre los principales promotores del rumbo que condujo a Argentina al desastre estaban las más altas autoridades del FMI. Entre 1991 y 2001, el país firmó con este organismo cinco acuerdos por un enorme volumen de "ayuda financiera", uno de los mayores del mundo en esa década. Durante ese período el FMI envió al país cincuenta misiones de asesoramiento y control. Con los resultados a la vista, el organismo recibió una avalancha de críticas por

sus definiciones políticas y por su injerencia prepotente en los asuntos internos de los países a fin de imponerles la implementación de esas políticas. Entre las respuestas con que el organismo se defendió, se destaca el *Informe sobre la evaluación del papel del* FMI *en Argentina, 1991-2001*, realizado por su supuestamente imparcial Oficina de Evaluación Independiente, el cual fue difundido a mediados de 2004. Es significativo el capítulo titulado "Factores que contribuyeron a la crisis", que distingue entre los "factores subyacentes que generaron vulnerabilidad y los factores inmediatos que hicieron estallar la crisis" (FMI, 2004). Parecen muy importantes los primeros, pues, según el informe, "de no existir una vulnerabilidad subyacente [...] los mismos acontecimientos adversos no habrían producido efectos catastróficos con la crisis, aunque podrían haberse producido algunos efectos negativos" (FMI, 2004). El texto enumeraba los siguientes "factores subyacentes":

1) La inconsistencia entre la debilidad de la política fiscal y la adopción del régimen de convertibilidad.

> Los deficientes resultados fiscales [se deben] a la debilidad de las instituciones políticas argentinas, que impulsaron persistentemente al sistema político a comprometer un volumen de recursos fiscales superior al que podía movilizar [...]. El gasto público no podía controlarse porque con frecuencia se utilizaba como instrumento de favoritismo político. La administración tributaria también era ineficiente, lo que condujo a una difundida elusión y evasión de impuestos. Si bien en un primer momento [la convertibilidad] resultó sumamente eficaz como herramienta de estabilización, a mediano plazo fue una opción riesgosa para la Argentina [...] dificultó el ajuste frente a shocks externos al eliminar la depreciación nominal como instrumento de política económica [...] si los salarios y los precios hubieran sido lo suficientemente flexibles a la baja, podría haberse logrado la depreciación requerida del tipo de cambio real a través de la deflación de precios (FMI, 2004).

Como se ve, las restricciones para reducir los salarios siempre constituyeron un problema para el FMI.

2) El reducido tamaño del mercado de deuda en el país y su limitada capacidad para emitir instrumentos de deuda a largo plazo en moneda nacional. El citado informe decía que por ese motivo el gobierno debió recurrir al endeudamiento externo en moneda extranjera. Cuando se produjo la interrupción de los flujos internacionales de capital, "se elevó cada vez más el costo del financiamiento externo y [se] deterioró aún más la situación fiscal" (FMI, 2004).

3) Los factores políticos. El informe del FMI concentraba su atención en las debilidades del gobierno de Fernando de la Rúa, en su heterogeneidad y en el hecho de que el opositor Partido Justicialista controlara el Senado. "Las diferencias internas dentro del gobierno y su incapacidad de recibir un amplio apoyo del *establishment* político socavaron la credibilidad de muchas de sus iniciativas". Al respecto, el mencionado informe recordaba las renuncias del vicepresidente Carlos "Chacho" Álvarez y de dos ministros de Economía en veinte días, José Luis Machinea y Ricardo López Murphy, y señalaba que estas dimisiones tuvieron "un devastador impacto sobre la confianza del mercado en un momento crítico". Agregaba que "todos estos hechos, incluso la derrota de la coalición gubernamental en las elecciones legislativas, también contribuyeron a la percepción de que el gobierno no estaría en condiciones de adoptar las difíciles medidas necesarias para resolver la crisis" (FMI, 2004).

En el capítulo sobre las reformas estructurales, el FMI alegaba que había determinado correctamente la necesidad de reestructurar el área fiscal, la seguridad social, el mercado laboral y el sector financiero para mejorar la viabilidad a mediano plazo del régimen de convertibilidad, fomentando la disciplina fiscal, la flexibilidad y la inversión. No obstante, aclaraba que "la característica sobresaliente de los sucesivos programas respaldados por el FMI con la Argentina fue la escasa condicionalidad estructural formal", pese a la retórica sobre la importancia de las reformas estructurales que se observaba en los documentos. El texto explicaba que el personal técnico del FMI había expresado constantemente sus reservas ante el débil contenido estructural de los sucesivos acuerdos, pero que la Gerencia, respaldada por el Directorio Ejecutivo, no había aceptado las objeciones del personal técnico en cuanto a la aprobación de los programas con una débil condicionalidad estructural. "Se estimó que era mejor respaldar un programa débil pero mantener la influencia, que insistir en la adopción de un programa enérgico con pocas probabilidades de ser implementado, lo cual daría lugar a la suspensión del respaldo y, en definitiva, a la pérdida de influencia", resumía. Por las mismas razones, el informe criticaba el acuerdo contingente de enero de 2001 y subrayaba que los recursos del FMI habían sido utilizados para respaldar a un régimen económico cada vez más insostenible.

El informe incluía una confesión significativa: "Las decisiones cruciales a veces se adoptan fuera del Directorio Ejecutivo en interacciones directas entre la Gerencia y los principales accionistas del FMI". Esos accionistas son, en primer lugar, Estados Unidos y, a cierta distancia, Japón, el Reino Unido, Alemania y Francia. Son los cinco principales miembros del Grupo de los Siete (G7), que está compuesto por los países más ricos del planeta, los cuales, en una clara conducta

imperialista, se han atribuido el derecho de imponer sus decisiones al resto del mundo, y mediante ese organismo coordinan cómo hacerlo.

La réplica del gobierno argentino se conoció en julio de 2004, en el documento "Argentina, el FMI y la crisis de la deuda", elaborado por el Ministerio de Economía y Producción bajo la dirección de Roberto Lavagna, con el propósito de "evaluar la experiencia de la Argentina en sus relaciones con el FMI tras el derrumbe de la convertibilidad, los errores de pronóstico en las recomendaciones de política y en el diagnóstico del organismo, la imposición de condicionalidades en materia de reformas estructurales por parte del FMI y la falta de adaptación del organismo a la situación particular de cada país".

El texto argentino recordaba que desde principios de los años ochenta, en un contexto de globalización en que las crisis de la deuda se contagiaban entre los diferentes países con una fuerza y una velocidad sin precedentes, hubo salvamentos diseñados para cada caso. Las naciones asiáticas, México, Brasil y Rusia recibieron el auxilio de las instituciones financieras internacionales, que actuaron como prestamista de última instancia. Sin embargo, en el año 2000 el Tesoro de los Estados Unidos y el FMI decidieron abandonar esa política con el argumento de que era injusto para los contribuyentes de los países que aportaban fondos, y sostuvieron que se habían generado incentivos "perversos" y que era preciso volver a imponer las "leyes del mercado". De este modo, las instituciones no sólo dejaron de prestar dinero fresco, sino que además reclamaron la reducción de la deuda que los diversos países habían contraído con ellas. Argentina fue el caso testigo del nuevo enfoque. Sin embargo, cuando más tarde les llegó el turno a países de importancia estratégica, como Brasil y Turquía, ni el FMI ni el Tesoro estadounidense aplicaron la nueva restricción.

El documento elaborado por el Ministerio de Economía y Producción argentino subrayaba que el abandono de la práctica de los salvamentos había reducido significativamente el margen de maniobras del país para reestructurar las obligaciones con los acreedores, considerando que Argentina tenía una deuda pública de magnitud y que se encontraba en medio de la crisis probablemente más profunda y prolongada de su historia. También recordaba que durante el crítico año 2002 los técnicos del FMI no habían respaldado la mayoría de las medidas clave tomadas por el gobierno argentino en materia fiscal, monetaria y de política económica. "Pero además –señalaba el documento– fallaron rotundamente en sus pronósticos sobre la evolución de la economía", que en el segundo trimestre de 2002 "tocó piso y comenzó una incipiente recuperación".

Entre las recomendaciones que el texto oficial juzgaba inadecuadas se mencionaba que el FMI exigía la completa liberalización del mercado cambiario y objetaba que el Banco Central dispusiera de

sus reservas, pues en opinión del organismo, dada la magnitud de la deuda, esos recursos ya no le pertenecían al país. El documento también destacaba que en política fiscal los técnicos del FMI reclamaban, como es tradicional en su doctrina, un mayor ajuste fiscal. Dado que "prácticamente el único rubro del gasto fiscal primario que creció en el transcurso de 2002 fue el relacionado con la asistencia social, lo cual permitió amortiguar el impresionante deterioro de los indicadores evitando la profundización de la crisis social, en la práctica la exigencia del FMI de reducir el gasto primario conspiraba contra la disponibilidad de recursos para restablecer la paz social".

"La concepción predominante en el FMI –sostenía el documento– era que la crisis argentina se debía fundamentalmente a desequilibrios fiscales y que con la solución de los mismos la convertibilidad podría haber sobrevivido". Y agregaba:

> Por supuesto que el gobierno argentino reconoce que los desajustes fiscales fueron un factor desencadenante del desmoronamiento de la convertibilidad; sin embargo, el Fondo tiende a restar importancia a otro factor de relevancia equivalente: la elevada dependencia del esquema de convertibilidad del ingreso de capitales externos para sostener el crecimiento.

A su vez, el FMI tampoco tomó en cuenta la extrema volatilidad de los flujos de capitales.

El documento del gobierno argentino le criticaba al Fondo su empeño en imponer reformas estructurales. Sostenía que el organismo debería concentrarse en objetivos macroeconómicos, como el desempeño fiscal, el tipo de cambio, las políticas monetaria y financiera, e "inmiscuirse lo menos posible en las decisiones de política económica interna". No obstante, el principal cargo que el gobierno argentino le hacía al FMI era haber permitido que la deuda del país alcanzara niveles insostenibles. Se afirmaba que el organismo internacional había tratado a Argentina con los criterios laxos del viejo paradigma a la hora de avalar su endeudamiento, y luego le había aplicado rigurosamente la nueva restricción cuando el país tuvo que afrontar la crisis. Pese a todo, el texto destacaba que el gobierno argentino había respetado la condición de acreedor privilegiado del FMI y que había realizado pagos netos por 7.700 millones de dólares desde el inicio de la crisis hasta junio de 2004.

La conclusión era una reprobación sin atenuantes de la actuación del FMI: "El asesoramiento recibido inmediatamente después de la crisis rara vez fue oportuno y acertado. Más aún, en ciertos casos parecía no tener en cuenta la situación económica concreta del país".

Asimismo, en este análisis oficial llamó poderosamente la atención la ausencia de toda mención del Banco Mundial, una entidad subordinada a las directivas del gobierno estadounidense en grado

mayor que el FMI, con el cual mantiene una estrecha colaboración. En los años noventa, además de darle al país créditos por un valor de 12.600 millones de dólares, este organismo le proporcionó a Argentina "asistencia técnica" para llevar adelante la reforma del sector público, las privatizaciones y la reforma laboral, así como para manejar el sector financiero y diversas cuestiones sociales. Su injerencia en aspectos estructurales de la Argentina fue superior a la ejercida en cualquier otro país del continente. En su informe sobre la Argentina, el FMI hablaba expresamente de su cooperación con el Banco Mundial y con el BID cuando "las autoridades argentinas emprendieron un programa intensivo de reformas pro mercado, abandonando una tradición de fuerte intervención estatal que había prevalecido durante décadas. Se privatizaron empresas estatales, se desreglamentaron los mercados laboral y de bienes y servicios, y se liberalizo el comercio exterior".

Acerca del papel del Banco Mundial en la década del noventa, se reunió abundante información en el artículo "La anatomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y qué podemos aprender de ella", de Guillermo Perry y Luis Servén (2002). A su vez, el propio Banco Mundial reseñó su actuación en el país y en el resto del continente en aquellos años en un documento titulado "Crecimiento económico en los '90. Enseñanzas de una década de reformas", editado por el organismo en Washington, en idioma inglés, en marzo de 2005.

Una serie de omisiones notorias mantuvo el debate en la superficialidad

En este debate, además de las acusaciones mutuas entre el FMI y el gobierno sobre la responsabilidad del estallido, resultaron muy notorias algunas omisiones conceptuales clave. La primera era que se trataba el caso como un análisis del momento o a lo sumo se contemplaba un corto período, haciendo abstracción de los problemas acumulados en la economía del país como resultado de procesos que se habían desarrollado durante décadas y que aún persistían. Otra era que apenas se mencionaba la etapa en que esta crisis tuvo lugar, la cual estaba caracterizada por la transnacionalización y la desnacionalización de la economía argentina, el fortalecimiento de la burguesía terrateniente y la expansión de la especulación financiera, en medio de profundos cambios en el sistema capitalista mundial. Tampoco se asignaba importancia a las luchas sociales y políticas de los pueblos para modificar la estructura de poder de sus países.

Que tantos observadores resultaran sorprendidos por lo que ocurrió en Argentina se explica porqué sus análisis se circunscribían tan sólo a lo que sucedía en la superficie, y eso no basta para entender los procesos que engendran las crisis. Se guiaban muchas veces por

los ritmos de crecimiento del producto nacional y pasaban por alto las condiciones en que se realizaba la producción y reproducción, así como quiénes las controlaban. Básicamente no tomaban en cuenta la esencia del sistema capitalista. Se concentraban, por ejemplo, en las medidas del gobierno de Fernando de la Rúa y pasaban por alto –tal vez fuera ingenuo esperar otra cosa– que esas decisiones se acomodaban en gran parte a los intereses del poder económico y financiero. Lo mismo sucedía con el FMI cuando criticaba la rigidez nominal en materia de salarios y de precios, y la inflexibilidad real al ajuste deflacionario en respuesta a la depreciación del euro y del real, a una sobrevaluación del peso argentino respecto del dólar. Sin embargo, el organismo multilateral no exhibía la misma insistencia en este tipo de críticas cuando hacerlo implicaba cuestionar intereses de tal o cual potencia capitalista y de sus empresas.

Un dato trascendente para elaborar un buen análisis de la situación eran las privatizaciones de los años noventa, política clave del Consenso de Washington, en cuya aplicación Argentina fue el país que más lejos llegó. También era sustancial considerar la acentuación de las desigualdades entre el interior del país y los principales centros urbanos. Asimismo, era relevante contemplar el vaciamiento ideológico, el naufragio de los principios, la inercia y, en definitiva, la profunda crisis que carcomía a los principales partidos políticos, ya fuera que integraran el gobierno o la oposición. Ni qué decir de la actitud ajena, pasiva, que había asumido la mayor parte de la dirigencia sindical argentina, aun sin suspender los reclamos por reivindicaciones inmediatas; o de la enorme dispersión de las fuerzas populares, junto con la desorientación y el debilitamiento de las luchas antiimperialistas y nacionales tras el golpe extraordinario sufrido por la militancia política y social en la dictadura; o del impacto adicional que para muchos luchadores políticos y sociales significaron la caída de la Unión Soviética y el desmoronamiento de una alternativa tangible al capitalismo.

Si se consulta el material estadístico sobre Argentina que presentaba el mencionado informe del Banco Mundial (2005), se puede observar que entre 1991 y 1997 el país tuvo el mayor crecimiento del PBI por habitante de todo el continente después de Chile, con términos de intercambio sumamente favorables y fuerte ingreso de capitales. Simultáneamente se produjo un aumento importante de la pobreza, y la desocupación pasó del 6,7% en 1990 al doble en 1997.

El texto del Banco Mundial atribuía el empeoramiento de la situación social al descenso de la productividad obrera, y cuando mencionaba las causas del déficit del presupuesto estatal puntualizaba que este no debía ser explicado como un resultado de la privatización del sistema previsional adoptada en 1994. Pero, entonces, ¿acaso falseaba sus datos la Organización Internacional del Trabajo (OIT) cuando señalaba la

elevada productividad obrera argentina de ese período? ¿Cómo se explicaba una menor productividad obrera cuando se había registrado un importante aumento del producto nacional por habitante? ¿Provenía de la nada el enriquecimiento extraordinario del capital extranjero y de la burguesía terrateniente de esos años? En lo que se refiere a los fondos de jubilación, existe abundante documentación en el país sobre el enorme saqueo realizado mediante la privatización del sistema.

Es particularmente interesante el capítulo en que el Banco Mundial exponía la vulnerabilidad del sistema bancario argentino. El organismo internacional señalaba que las reformas monetarias de la década del noventa implementadas para construir un poderoso y sólido sistema financiero habían sido impresionantes. Agregaba que, como resultado, a fines de 1998 Argentina ocupaba el segundo lugar en la tabla Camelot Index, que muestra la evaluación de la entidad de la solvencia financiera, detrás de Singapur y por encima de la poderosa Hong Kong. Luego describía con satisfacción los cambios que se habían producido en esa década gracias a la convertibilidad, y destacaba como ejemplo la transformación fundamental registrada en la composición del sistema bancario, con la desaparición de la mitad de los bancos de capital nacional, públicos o privados, cuyo lugar fue ocupado por la banca extranjera, la cual aumentó cuatro veces el número de sus filiales en el país y logró que sus activos sobre el total del sistema bancario argentino pasaran del 15% en 1994 al 73% en 2000. Después de presentar esta visión optimista, que se correspondía con la ideología de la "libertad de mercado" y con los principios neoliberales, ¿cómo explicar la quiebra del sistema, la fuga de capitales, la expropiación de centenares de miles de pequeños ahorristas y la ruptura de la cadena de pagos?

El documento del Banco Mundial identificaba tres factores principales que afectaron, según decía el citado informe, la estabilidad y el sistema de regulación implementado: 1) la relación entre la capacidad de pago de las deudas y las exigencias que implicaba el ajuste deflacionario para mantener el equilibrio del tipo de cambio real, notablemente desvalorizado; 2) la exposición del sistema bancario a un cese de pagos oficial; 3) la insuficiente planificación respecto de cómo actuar en caso de que la elevada liquidez general no fuera adecuada para proteger la devolución de depósitos en una corrida bancaria.

El documento aclaraba que la primera vulnerabilidad era el resultado de que el peso estuviera sobrevaluado en un 50%, por lo cual debería haberse previsto el especial riesgo que asumían quienes prestaban fondos a deudores que operaban con productos que no se exportaban. La segunda vulnerabilidad se debía, según el organismo, a que no más del 20% de los activos bancarios correspondían al sector oficial. Respecto de la tercera apuntaba que, a falta de una entidad financiera

acreedora que fuera capaz de contener en última instancia una corrida bancaria, debería haberse previsto un sistema que evitara la congelación de los depósitos y la suspensión de los pagos.

Pocos ejemplos deben ser tan claros para mostrar en qué consiste la vulgarización de la economía como este documento del Banco Mundial. Los argumentos de este organismo cobijado por Estados Unidos proporcionaron elementos muy ilustrativos sobre la superficialidad, la falta de objetividad y la apología al extremo de las bases del capitalismo monopolista financiero, especulativo y expoliador. Con todo lo que este proceso significó para la vida de millones de personas que quedaron expuestas a las medidas y a las especulaciones más insólitas e infantiles, los ideólogos de este organismo no encontraron otro recurso que echar más leña al fuego que ellos mismos habían encendido. De este modo, es muy atinente preguntarse qué incidencia tuvo la actuación del Banco Mundial en el estallido de la crisis de 2001, que propició e indujo a llevar adelante la transnacionalización y la desnacionalización de la economía del país, el fortalecimiento de la burguesía terrateniente y la expansión extrema de la especulación financiera, detrás de la cual se encontraban los buitres financieros de Wall Street.

Una crisis bancaria y financiera preanunciada

El dato esencial de la eclosión de la crisis en el sistema bancario y financiero es que golpeó a millones de argentinos, a quienes privó de sus ahorros, en una expropiación de magnitud sin precedentes, realizada en nombre de la defensa del sistema capitalista y de los grandes intereses financieros extranjeros, con la desvergonzada complicidad de los gobernantes de turno.

A mediados de la década del setenta, con la oportunidad histórica que le ofreció en 1976 la dictadura de Jorge Videla y de José Martínez de Hoz, el capital monopólico financiero transnacional inició su ofensiva para posicionarse en forma dominante en Argentina. El proceso de transnacionalización del sector financiero durante el cuarto de siglo siguiente, hasta la quiebra del sistema bancario argentino en 2001, está marcado en cada extremo por acontecimientos trágicos. En el comienzo, el terrorismo de Estado, con los 30 mil desaparecidos; en el final, el criminal ataque a tiros de la guardia del banco HSBC situado en Avenida de Mayo contra un grupo de manifestantes el día 20 de diciembre de 2001, que causó dos muertos, un episodio de alto valor simbólico por el papel que cada quien representaba en ese momento.

En todo el período, la política sostenida por los sucesivos gobiernos, que alcanzó su más completa expresión en los noventa, consistió en asignarle al mercado, controlado por los monopolios, la función de "mejorar la solvencia y la liquidez y promover la modernización" del

sistema bancario, y en invitar a la banca extranjera, encabezada por la estadounidense, a liderar ese proceso. Se fomentó la dolarización del sistema, combinada con la creación de los argendólares (pesos convertibles en la moneda estadounidense), lo cual le sustrajo al Estado el control de la moneda nacional; también se expandió la especulación financiera con ayuda del régimen de convertibilidad, y esto le permitió a la banca extranjera, que ilusoriamente presentaba menos riesgos, asumir en tiempo récord un papel hegemónico en el sector, a costa de la liquidación y privatización de los bancos estatales, la absorción de entidades de capital nacional y la liquidación de cooperativas financieras.

La cantidad de entidades de propiedad pública pasó de 35 a 15; de las 57 de capital privado quedaron 39, y de 44 cooperativas sobrevivieron sólo dos. A principios de 2001, los depósitos dolarizados constituían el 70% del total del sistema bancario. En la primera mitad de la década del setenta, los primeros diez bancos del país, seis de ellos extranjeros, captaban entre depósitos y préstamos el 50% de los fondos. En 2001, reunían el 73%. A finales de ese año, la banca extranjera tenía el control efectivo del 53% de los activos del sistema bancario, aunque hay estimaciones que llevan el porcentaje al 65%.

Esos bancos orientaron la mayor parte de sus préstamos a las grandes empresas, muchas de ellas vinculadas con las propias entidades financieras, y fue notoria la falta de acceso de las compañías pequeñas y medianas a los fondos. También hicieron suculentos negocios con la jubilación privada, los seguros y los fondos de inversión, y mediante su participación activa en la Bolsa de Comercio.

Algunos economistas le atribuyen una alta responsabilidad en la inestabilidad financiera de aquel momento a la vigencia de un régimen cambiario y monetario rígido, con escasa aptitud para eludir los impactos externos, como la crisis financiera rusa de agosto de 1998. No se puede descartar la influencia de las crisis externas, máxime cuando la presencia dominante de las transnacionales le otorgaba a Argentina el dudoso privilegio de participar en la globalización financiera especulativa.

No obstante, hubo factores sin duda más relevantes en la gestación de la crisis. Por ejemplo, entre 1998 y 1999, solamente en concepto de salida de capital neto y de pagos de intereses de la deuda pública externa, se transfirió al exterior el equivalente al 3,5% del PBI. Entre 2000 y 2001, esa proporción se duplicó. En efecto, el capital monopólico financiero se apresuró a retirar fondos del país –más de 20 mil millones de dólares– ante la inminencia de una crisis financiera de la cual era en gran parte responsable. Pronto quedó en evidencia la falsedad de la promesa de los bancos extranjeros de responder ante cualquier emergencia con fondos de las casas matrices. Ningún banco internacional cumplió su palabra.

Producida la corrida bancaria y cambiaria, el gobierno intervino en el mercado en favor del gran capital extranjero y local. Reprogramó los depósitos a plazos, limitó los retiros en efectivo y convirtió a pesos los depósitos y las deudas establecidos en dólares. Determinó que los depósitos se canjearan a 1,4 pesos por dólar y las deudas a un peso por dólar. Consideró, no obstante, que esa pesificación forzosa asimétrica perjudicaría el patrimonio de los bancos, y se hizo cargo de la diferencia. También asumió las pérdidas por las considerables deudas bancarias con el exterior, mediante la entrega a los bancos de bonos en dólares.

El economista José María Fanelli calculó que "el costo total de las operaciones (tanto las que involucraron créditos como depósitos) para el Estado debió rondar 55.000 millones de pesos" (Fanelli, 2003: 165). Está claro que ese aporte estatal no fue canalizado hacia los pequeños y medianos depositantes, que por primera vez en la historia financiera argentina fueron expropiados de sumas tan considerables.

Entre el conjunto de medidas adoptadas, resultan llamativas las que fortalecieron como nunca antes al gran capital monopólico extranjero y local. Mediante la devaluación del peso, las empresas exportadoras y quienes tenían fondos en dólares en el exterior obtuvieron un beneficio extraordinario de un día para otro, y la pesificación de todas las deudas bancarias a razón de un peso por cada dólar permitió la licuación de las deudas contraídas por créditos. Esos créditos habían sido captados en gran medida por el capital monopólico transnacional radicado en el país, que a su vez tenía una participación significativa en las exportaciones, de modo que este resultó doblemente beneficiado.

Un trabajo del Instituto de Estudios y Formación de la CTA calculó que los beneficios de las grandes firmas resultantes de la pesificación y de la devaluación alcanzaron 26.264 millones de pesos y 13.132 millones de dólares (Basualdo et al., 2002).

Pocas veces en la historia del país tuvo lugar una valorización financiera del capital de esa magnitud. Quedó claro en aquella oportunidad que, cuando están en juego los sagrados intereses del capital financiero monopólico, no existe impedimento para expropiar a los ahorristas ni para echar mano a los fondos públicos. En definitiva, la crisis financiera y bancaria se descargó con todo su peso sobre los sectores productivos y laboriosos y sobre el pueblo, como lo reflejaron el aumento brusco de la desocupación y la drástica reducción de los ingresos de los trabajadores que conservaron el empleo, de los jubilados y de otros vastos sectores populares.

La historia de la crisis bancaria argentina tiene aún capítulos pendientes. Lo demuestra la insistencia del FMI, del Banco Mundial y de los representantes en Argentina de los círculos financieros transnacionales para exigir la privatización de los dos mayores bancos estatales, el Banco Nación y el Banco de la Provincia de Buenos Aires. Menos

pública pero igualmente presente es la presión en pos de una mayor participación del capital financiero estadounidense y de sus asociados frente a las posiciones que ha conquistado la banca transnacional española, cuyos activos en el país duplican los de los norteamericanos. Se trata de pugnas entre grupos monopólicos que van acompañadas por el fomento de la corrupción política y sindical, y que constituyen un auténtico saqueo del patrimonio nacional.

La crisis del sistema bancario estuvo estrechamente relacionada con el cese de pagos de la deuda pública externa, la cual, con los intereses incluidos, llegaba entonces a unos 100 mil millones de dólares. Una tercera parte estaba en manos de bancos y de entidades privadas que administraban los fondos de previsión social de millones de trabajadores. Tras largas negociaciones, el gobierno argentino obtuvo una quita del orden del 50% del capital nominal de los títulos, inferior a la desvalorización que esos papeles habían sufrido en el mercado financiero internacional, según cálculos del Instituto de Investigación Social Económica y Política Ciudadana (2007). Sin embargo, la objeción central es que tal operación legalizó una deuda externa que ha sido merecidamente calificada de "odiosa e ilegitima", la cual, en los hechos, ya ha sido pagada varias veces. Al respecto existe una valiosa investigación judicial que duró cerca de 20 años, cuya contundente conclusión final es que tal endeudamiento puso "a la Argentina de rodillas".

En síntesis, la crisis bancaria argentina puso de relieve que la especulación financiera constituye la forma dominante del capital monopólico transnacional. Asimismo, la forma en que fue resuelta no hizo más que reforzar la estructura económica y social que Argentina arrastra desde hace muchas décadas, que es la matriz de desigualdades cada vez más profundas.

Una investigación titulada "El vaciamiento del sistema financiero argentino en el 2001", realizada por Javier Llorens y Mario Cafiero, respondió con valiosa documentación a los argumentos apologéticos del Banco Mundial en defensa de la banca transnacional, encabezada por los bancos estadounidenses, que realizó un saqueo "ordenado y silencioso" del sistema financiero argentino.

> Luego de haber operado durante varios años –decía– un sistema de capitales especulativos de altísima rentabilidad con el seguro de cambio de la convertibilidad, la banca privada operó en menos de un año, concretamente en nueve meses, desde marzo a noviembre de 2001, o sea durante la gestión del ministro de Economía Domingo Cavallo, un proceso de vaciamiento del sistema financiero. La disminución de los activos de los bancos privados explica más del 80% de la caída total del sistema, y la de los diez primeros bancos privados el 59% del total del mismo […].

> Resulta evidente entonces que mediante una estrategia anticipatoria de la crisis, se habría producido una "retirada silenciosa y ordenada" por parte de los capitales internacionales, para reducir sustancialmente su exposición al riesgo argentino. En el sector privado la caída del 30,1% de los activos sólo produjo una disminución del 2,2% de sus patrimonios netos, revelando haber tenido un verdadero "blindaje" frente a la crisis (Llorens y Cafiero, 2002).

El documento de Cafiero y Llorens denunció además que existían dos sistemas financieros: uno formal de depósitos y préstamos, y otro configurado como una gigantesca mesa de dinero, una verdadera "patria financiera" a cargo principalmente de las filiales de los bancos extranjeros en el país. Es muy ilustrativo conocer cómo operaba el principal banco estadounidense, el Citibank:

> El "blindaje" de diciembre de 2000, el "megacanje" de junio de 2001, el "salvataje" de agosto de 2001, y el "canje y conversión de deuda en títulos a préstamos garantizados" de noviembre de 2001 fueron las acciones que de manera directa o indirecta puso en marcha el FMI o fueron aprobadas por este para intentar resolver la crisis financiera argentina, pese a que desde hace varios años estos "salvatajes" venían siendo severamente cuestionados en Estados Unidos porque la ayuda de los organismos internacionales terminaba resolviendo en realidad el problema de los banqueros, y no de las economías de los países en crisis. En esta ocasión el capital financiero especulativo pudo armar nuevamente una estrategia "silenciosa y ordenada" de salida, porque el "orden" fue provisto por las asistencias del FMI y el "silencio", o sea, la complicidad por las autoridades del Banco Central de la República Argentina, los gurúes de la economía, y de los grandes medios de comunicación, especializados o no. Estos estaban más ocupados en demonizar a la dirigencia política para obligarla a los ajustes del "déficit cero", que en ocuparse de discutir el "riesgo moral" cero de los banqueros que habían prestado a usurarias tasas de interés. En tal sentido no parece casual que el economista israelí y funcionario de una antigüedad de 20 años en el FMI, Mario Blejer, haya sido designado el 1 de agosto de 2001, por Decreto 978, vicepresidente en comisión del Banco Central, en forma previa al otorgamiento en ese mismo mes por parte del FMI del "salvataje financiero" de 8.000 millones de dólares. Casualmente Blejer fue confirmado en ese cargo con acuerdo del Senado, el 29 de noviembre por Decreto 1560, en vísperas de que se dispusiera el "corralito bancario" por Decreto 1570. Así como en el caso de la quiebra de la empresa norteamericana Enron,

> que arrastró con su debacle a su consultora Arthur Andersen, la debacle de la Argentina debiera permitir una profunda investigación sobre la corresponsabilidad de su tradicional auditor: el FMI. El caso argentino es un ejemplo de cómo los "salvatajes" son en beneficio directo de los acreedores financieros y como los países deudores están prisioneros de mecanismos de reciclado de deudas externas eternas que sólo alimentan permanentes fugas de capitales. Esta salida "ordenada y silenciosa" del capital financiero internacional de la Argentina debía necesariamente contar con un escenario de fondo que oxigenara la situación financiera, proveyera divisas externas, y generara señales de "confianza" a los mercados internacionales. En todas estas operaciones de crédito del FMI tuvo una especial intervención su ex número dos, Stanley Fischer, considerado por algunos medios especializados como un "amigo" de la Argentina. Tras abandonar su alto sitial en el FMI, Fischer pasó inmediatamente a desempeñarse como vicepresidente del Citigroup, razón por la que cabe preguntarse de quién era en realidad "amigo" Fischer, resultando necesario investigar si esas operaciones no fueron en realidad montadas para posibilitar la estrategia de salida de la Argentina, a costo cero, de los grandes bancos e inversores internacionales, habiendo sido precisamente el Citibank uno de los principales beneficiados en ese juego (Llorens y Cafiero, 2002).

Seminario ruso-argentino para comparar las crisis

Los días 14 y 15 de noviembre de 2002 se llevó a cabo en Moscú un seminario en el que participaron economistas argentinos y rusos para comparar las experiencias de dos de los países que sufrieron las crisis más devastadoras de los últimos años, Rusia en 1998 y Argentina en 2001. La realización del encuentro fue apoyada por ambos gobiernos. La delegación argentina estuvo integrada por la Embajada Argentina en Rusia, las universidades privadas Torcuato Di Tella y Siglo 21 y la Oficina de la CEPAL en Argentina. Entre los anfitriones había miembros de las academias de Economía y de Administración de Empresas de la Federación Rusa. Las principales intervenciones fueron recogidas en el libro *Crisis económica y políticas públicas. Las experiencias de Rusia y Argentina*, que fue compilado por el entonces embajador Juan Carlos Sánchez Arnau (2003).

En su intervención, el embajador Sánchez Arnau consideró que la política de privatizaciones y desregulaciones de comienzos de la década del noventa había sido sumamente positiva, aunque se lamentó de que hubiera tenido como "efecto secundario" el aumento de la desocupación. En sus conclusiones, tras mencionar algunos subproductos

negativos, como la desnacionalización del aparato productivo, la fuerte inseguridad personal y la generación de sistemas fiscales federal y provinciales ineficientes, sostuvo que "las reformas y la modernización de la economía en los años noventa, la fenomenal ola de inversiones en la infraestructura y la modernización del aparato productivo o de los sectores industriales que sobrevivieron sentaron las bases para que en un contexto de estabilidad política y siguiendo políticas económicas más austeras y dinámicas que en el pasado el país pueda reencontrar la senda del crecimiento y la estabilidad rápidamente".

Para Javier González Fraga, ex presidente del Banco Central, la "verdadera causa anterior a la convertibilidad, que critica y que explica su aparición, es la búsqueda permanente por parte de los argentinos de soluciones fantásticas a nuestros problemas reales". Su crítica a la convertibilidad se sustentó en que esta no fue necesaria para salir de la hiperinflación. Entre los aspectos distorsivos del cambio 1=1 entre el peso y el dólar, señaló el aumento de los costos de producción y, sobre todo, el ingreso desde el exterior de más de 70 mil millones de dólares para ser invertidos en bancos, en la bolsa, en títulos públicos y en préstamos, con altas tasas de interés, todo ello acompañado por el aumento de la desocupación y la pobreza. González Fraga afirmó que durante ese período, en medio del deterioro de los ingresos y de las condiciones de vida de la mayoría de la población, "los sectores más adinerados disfrutaron de una fiesta de grandes ingresos, servicios accesibles y una moneda sobrevaluada que les permitía copiar los patrones de ingresos de los países más adelantados". La tesis central de esta ponencia –expuso el economista– "es que la convertibilidad fue creando las condiciones para el default público y privado, [para] las dificultades fiscales y consecuentemente para el colapso bancario" (Sánchez Arnau, 2003: 261-264).

Es una lástima que este renombrado economista no haya extendido esa crítica de la convertibilidad y de sus consecuencias nefastas para el pueblo también a las privatizaciones y a la colosal entrega del patrimonio nacional a los monopolios extranjeros y locales. No se puede separar la convertibilidad de las privatizaciones, pues forman parte de una política neoliberal integral, que González Fraga no denunció tampoco en 2011, cuando fue candidato a vicepresidente por la Unión Cívica Radical.

Las opiniones de la CEPAL en el seminario estuvieron a cargo de Bernardo Kosacoff y de Adrián Ramos, quienes asignaron suma importancia a la toma de decisiones económicas por parte de los "agentes económicos" a partir de conjeturas sobre la futura evolución del país. Sin embargo, a la vez advirtieron que el propio accionar de estos agentes modifica el desempeño económico. De allí dedujeron "que la década del 90 aparece como un período donde este comportamiento de revisión de expectativas trajo consecuencias de primer orden sobre

las fluctuaciones cíclicas observadas y, donde las decisiones económicas que fueron adoptadas con base en previsiones de crecimiento de los ingresos futuros, que después no se confirmaron, terminaron provocando la crisis económica". Finalmente concluyeron que "prever el futuro no es una tarea sencilla en economías como la argentina".

En estos comentarios se observa a primera vista que entre las causas de las crisis se les asignó un papel protagónico a las decisiones de los dueños del capital y, por consiguiente, del gobierno de turno, desvinculando el fenómeno de la base estructural de la economía capitalista y del accionar de los movimientos sociales. En definitiva, estos razonamientos reemplazaron la realidad de los hechos por abstracciones y el voluntarismo de los actores económicos. Así, sin proponérselo, hicieron prevalecer el estado de ánimo de los inversores capitalistas. Luego se verá que se desdijeron.

En efecto, al analizar los cambios políticos y económicos de la década del noventa, los expertos de la CEPAL asignaron un papel principal al aumento notable del crédito internacional y a los mejores precios que alcanzaron los productos agropecuarios. Destacaron la importancia de las políticas implementadas en las esferas monetaria y cambiaria con la vigencia de la convertibilidad, la forma y magnitud de las privatizaciones realizadas, la política fiscal, la apertura comercial y el proceso de integración en el Mercado Común del Sur (MERCOSUR). Después de esta acumulación de apreciaciones, que mezclaba las más importantes con otras que no lo son, apuntaron hechos de enorme trascendencia cuando analizaron los cambios en el mundo empresario. Mencionaron el desmantelamiento de las regulaciones estatales, y la presencia activa de las empresas transnacionales en el aprovechamiento de los recursos naturales, en la producción de insumos básicos, en el complejo automovilístico, en la infraestructura, el transporte y las comunicaciones, entre otras áreas, reemplazando a las empresas estatales. Se refirieron también a la liquidación de pequeñas y medianas empresas nacionales, a las transferencias de grandes empresas de capital local a propietarios extranjeros, y al liderazgo, con estrategias trazadas por las casas matrices, de las empresas transnacionales. Pusieron de relieve que, a diferencia de lo ocurrido en períodos anteriores, una de las principales características del accionar de las grandes corporaciones fue la compra de activos existentes, tanto estatales como privados (Sánchez Arnau, 2003: 273-275).

> En resumen –concluyeron– los principales elementos que caracterizan el desempeño de la microeconomía en los años 90 son la disminución del número de establecimientos productivos, el aumento del grado de apertura comercial (con énfasis por el lado de las importaciones), un proceso de inversiones basadas en la adquisición de equipos importados,

> el aumento de la concentración y la extranjerización de la economía y la caída abrupta del coeficiente de valor agregado (Sánchez Arnau, 2003: 280).

En consecuencia, señalaron que el patrón exportador argentino carecía de un desarrollo más integrado, con mayor valor agregado. Pese a este análisis correcto y esclarecedor, que ponía de relieve los cambios en las relaciones sociales en Argentina e invitaba al estudio y a la investigación de sus aspectos conexos en el campo político y social, los expositores cayeron nuevamente en una inconsistencia cuando formularon propuestas y alternativas. Los economistas de la CEPAL sugirieron políticas productivas para Argentina en el nuevo siglo basadas sobre tres ejes: "fortalecer la innovación, la inversión en educación y el mejor funcionamiento de los mercados de capital; estimular la cooperación entre firmas e instituciones en términos sectoriales, regionales y locales; y fomentar la competencia a través de la apertura de mercados y la transparencia". ¿No conduce esa batería de medidas, aunque algunas resulten de por sí acertadas, como las referidas a la educación y la modernización, a mantener el statu quo y a que vuelvan a activarse los factores de crisis económica y social?

Con el sugestivo título de "La Argentina: una víctima de sí misma", expuso en el seminario de Moscú el sociólogo Manuel Mora y Araujo, quien, en lugar de pasar revista a los aciertos y desaciertos de las políticas de gobierno de los últimos años, propuso una reflexión sobre el fracaso de Argentina a partir de la comprensión de su historia desde fines del siglo XIX hasta inicios del siglo XXI. Mora y Araujo distinguió dos dimensiones características en el desarrollo argentino: el crecimiento de la economía y el crecimiento de las expectativas sociales –básicamente, expectativas de consumo–. Afirmó que la brecha entre ambas se fue abriendo cada vez más en el transcurso del tiempo, y que en esta brecha reside una de las causas del problema que recurrentemente genera profundas crisis en Argentina: una puja por distribuir lo que no hay, que fuerza a distintos grupos y sectores sociales a sostener una continua lucha salvaje por la distribución, en la cual habitualmente pierden los más productivos. "La sociedad –dijo– carece de una dirigencia capaz de canalizar sus expectativas, hacerse cargo de sus demandas y articular consensos más básicos para hacer posible la gobernabilidad y el crecimiento".

El expositor hizo distingos entre los primeros cincuenta años desde fines del siglo XIX hasta los años cuarenta, en que el desarrollo fue exitoso, y el período posterior en que, a su juicio, revirtió a fracaso. En esta valoración afirmó que no se habían confirmado las predicciones de Lenin, quien consideraba a la Argentina como "un caso representativo de país afectado por la dominación imperialista a través del flujo de

capitales financieros". Hay que acotar que esa interpretación de Mora y Araujo no fue correcta. En su obra *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, el líder de la Revolución Rusa puso el ejemplo de Argentina porque a comienzos del siglo XX, a pesar de ser un Estado políticamente independiente, el país se encontraba bajo fuerte influencia del imperio inglés. Además Lenin subrayó que los países que se hallaban bajo distintas formas de dependencia de las potencias imperialistas podían de todos modos alcanzar un importante desarrollo capitalista.

Para sostener su caracterización del país, Mora y Araujo se basó principalmente en análisis sociológicos parciales en los cuales les asignó a las clases medias argentinas un protagonismo primordial, y pasó por alto el peso y la trascendencia del poder económico y financiero dominante. De hecho, hizo abstracción de la estructura de clases sociales y de su movimiento en las distintas etapas del desarrollo capitalista de Argentina, algo que un investigador en ciencias sociales y políticas de su renombre no puede desconocer.

"No es exagerado decir –argumentó– que la crisis argentina es, antes que una crisis económica, financiera o cultural, una crisis política". Es una "crisis de consenso social, o una crisis de gobernabilidad, o una crisis dirigencial; el acento puede ser puesto donde se prefiera". Siguiendo esa interpretación sobre las recurrentes crisis en Argentina, llegó a la conclusión de que el país ha experimentado picos de optimismo que fueron sucedidos por prolongados períodos de depresión. "La Argentina –sintetizó– se parece más a una personalidad depresiva con ocasionales brotes maníacos que a una personalidad con estados de ánimo estables y percepciones realistas de su contexto" (Sánchez Arnau, 2003: 335-337). Todo vale cuando se trata de eludir la visión de la realidad argentina.

En el seminario también se presentó un trabajo elaborado por tres economistas que estuvieron en el gobierno en el período inmediatamente posterior al estallido de 2001: Jorge Remes Lenicov, Jorge Todesca y Eduardo Ratti, quienes entre enero y abril de 2002 se desempeñaron respectivamente como ministro de Economía, secretario de Política Económica y secretario legal del Ministerio de Economía. En el desempeño de sus funciones contaron con la colaboración de Verónica Ferraris, quien fue secretaria de Hacienda. Estos economistas sostuvieron que la crisis de 2001 se había originado largo tiempo atrás, y que los gobiernos anteriores y sus respectivas conducciones económicas no habían adoptado las medidas necesarias para minimizar sus consecuencias, ni habían informado a la opinión pública con sinceridad sobre el agotamiento de la convertibilidad y las crecientes dificultades que existían en materia productiva, financiera y fiscal. Denunciaron también que el FMI le había dado el golpe de gracia a la convertibilidad, a la cual en su momento había apoyado, al retirarle públicamente

su apoyo al gobierno, negándole un desembolso de 1.600 millones de dólares programado para el último trimestre de 2001. Señalaron que esa decisión fue tomada a instancias de Estados Unidos y de su nueva política hacia los organismos internacionales de crédito, inaugurada con Argentina, que imponía visiones más rígidas en materia de asistencia a países en crisis (Sánchez Arnau, 2003: 467).

Remes, Todesca y Ratti describieron la crisis como la más profunda de los últimos cien años, y afirmaron que "la ausencia de un proyecto nacional común y sostenido en el tiempo, durante muchos decenios, hizo eclosión a fines de los años 90". Señalaron luego que cincuenta años antes Argentina tenía una economía comparable con la de Brasil, pero que a comienzos del siglo XXI sólo equivalía a un tercio de la de ese país; treinta años antes, el PBI per cápita de Argentina era igual al de España, mientras que en ese momento representaba apenas la mitad. Denunciaron que algunos dirigentes y analistas del poder económico-financiero insistían en que se podía mantener la convertibilidad, y afirmaron que esa prédica y su capacidad para confundir a las personas menos informadas sirvieron para sacar del país en 2001 más de 15 mil millones de dólares, así como para desprenderse de los bonos argentinos, vendiéndolos a pequeños ahorristas diseminados por todo el mundo.

> Debemos aprender –dijeron– a identificar y defender con habilidad los intereses nacionales en todos los campos de la vida social, política y económica. Los problemas de competitividad y de distribución que padece nuestro país, y que son graves, son ante todo problemas de organización de nuestros propios recursos. No son responsabilidad de poderes externos (Sánchez Arnau, 2003).

Alertaron contra el riesgo de quedar atrapados por "falsos dilemas, tales como el mercado o la política, el agro, la industria o los servicios; grandes empresas o [pequeñas y medianas] PYMES, mercado interno o externo, salarios altos o competitividad, equilibrios macroconsistentes o exitismo" (Sánchez Arnau, 2003: 510). Es decir que para estos economistas que han tenido una gran responsabilidad en el manejo de los recursos del Estado y peso en la determinación de las orientaciones de las medidas gubernamentales, observaciones como las de la CEPAL sobre los cambios en la estructura socioeconómica en la década del noventa no tendrían nada que ver con la situación de Argentina. De esa manera es como se defienden "los intereses nacionales en todos los campos de la vida social, política y económica".

La experiencia de los rusos con el neoliberalismo

Entre los participantes rusos estaba Viktor F. Samokhvalov, ex viceministro de Economía del gobierno de Boris Yeltsin (1991-1999), el primer

presidente de la Federación Rusa, quien reemplazó la sociedad socialista por otra de "libre mercado", mediante una política neoliberal de choque.

> Parecía que la economía abierta –expuso Samokhvalov– era la receta [...]. Quiero recordarles que el problema de la liberación de la actividad económica exterior había sido planteado en Rusia por el gobierno de Lenin en el año 1921 [...]. Pero Lenin dijo "no voy a permitir ninguna economía abierta, y por una simple razón: se lo van a robar todo". Y tenía razón. Se lo robaron. No se lo robaron en aquel momento, pero lo hicieron en el año 1990. Nosotros decidimos abrir la economía y se lo robaron todo [...]. Además del saqueo, la apertura del mercado en Rusia fue una de las causas principales de la caída de la producción de los 90 [...]. Y llegó la devaluación. Y no fueron medidas del gobierno sino exactamente la devaluación –claro que la devaluación es un golpe terrible– la que recobró el mercado interno para los productores rusos [...]. Mi convicción siempre consistió en que, si nosotros cometíamos de nuevo errores con la regulación económica externa, entonces ese margen de seguridad no iba a alcanzar para mucho. Lamentablemente, los cometimos. Desde el año 2000 se redujeron los aranceles aduaneros y, en particular, hoy la industria ligera de Rusia de nuevo está al borde de la bancarrota [...]. Cometimos muchos errores, y principalmente porque seguíamos en nuestras aspiraciones el apasionamiento por la parte externa de la reforma. Ejemplo. Tenemos una bolsa de valores, pero es de bolsillo. ¿Tenemos libre convertibilidad [del rublo]? Sí, pero esa convertibilidad nos costó muy cara. De eso se habla muy poco, pero todos estos procesos inflacionarios de los 90 fueron multiplicados por nuestro apasionamiento por la convertibilidad. Y, desgraciadamente, nosotros en diez años de reformas no tocamos los temas claves (Sánchez Arnau, 2003: 158 y 159).

El libro incluyó un comentario posterior de Vladimir Davidov, director del Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias de Rusia, quien destacó las asombrosas similitudes halladas en aquel seminario cuando se compararon las crisis de Argentina y de Rusia, pero sostuvo que se incurrió en cierto reduccionismo, es decir, se planteó "un enfoque que se limita principalmente al tema de la paridad monetaria", cuando "es evidente que el panorama resulta mucho más complicado y multifacético, aun cuando se trate sólo del modelo económico aplicado por Domingo Cavallo durante la presidencia de Menem [...]. Nos parece que las situaciones de ambos países deben tratarse más ampliamente, en una perspectiva histórica, en [el marco de] un conjunto de elementos básicos del modelo económico adoptado, en un contexto de tendencias fundamentales de la economía mundial" (Sánchez Arnau, 2003: 548).

El académico señaló "el papel pérfido del apoyo dilatado de la economía en la renta natural", el valor decisivo de la fertilidad del suelo en Argentina y del petróleo y el gas en Rusia, y señaló la influencia a su juicio negativa que tuvo la política en ambos casos. Comentó que en su país las privatizaciones se hicieron "en primer lugar, como campaña política destinada a crear a cualquier precio un sector social, preferiblemente de 'propietarios eficaces', según la terminología de los jóvenes reformadores rusos. Esto era considerado como garantía contra el desquite de las fuerzas políticas del pasado. En el sentido económico ese 'cualquier precio' fue mínimo y, a menudo, simplemente simbólico [...]. Al interpretar el modelo Menem-Cavallo, la paridad monetaria debe considerarse junto con los problemas de la privatización, los créditos externos, la reforma fiscal y la política en la esfera de la integración subregional" (Sánchez Arnau, 2003: 553 y 554).

El seminario de Moscú pasó prácticamente por alto la grave situación social que atravesó Rusia como resultado de la restauración del capitalismo mediante la aplicación a fondo del programa neocolonizador del FMI, que durante la década del noventa, según datos de las Naciones Unidas, arrojó a la pobreza a más de 60 millones de personas, casi la mitad de la población. Pocas veces se presenció algo semejante en el mundo: la expectativa de vida cayó en alrededor de 20 años. Las privatizaciones llevadas adelante sin un marco regulatorio dieron lugar a escándalos financieros, corrupción a gran escala, formación de mafias e inmensas transferencias de fondos, particularmente hacia Estados Unidos.

Un resumen del informe del presidente del Comité de Seguridad de la Duma Estatal (el Congreso ruso) V.I. Iliuin del 12 de enero de 1998 es muy ilustrativo respecto de la situación. El documento sostenía que en seis años de reformas económicas la producción industrial había disminuido en un 53% y la base de la agricultura había sido destruida. También afirmaba que la esfera social en las aldeas se había degradado, y que muchos campesinos sobrevivían gracias a la economía de autoconsumo. Señalaba que los fondos para la investigación técnica y científica habían caído del 2% al 0,42% del PBI, y que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos había tomado injerencia en el control del arsenal atómico. Se afirmaba que para la renovación del potencial científico, en la coyuntura más favorable, se necesitarían de 15 a 25 años. Respecto de los programas de estabilización del FMI, se indicaba que habían producido un verdadero genocidio. También se señalaba que consorcios extranjeros tenían el control de una de una serie de empresas del complejo militar industrial, y que en una situación de crisis los estadounidenses podrían bloquear la producción de sistemas y de equipos de dirección para toda la industria de Rusia. El documento sostenía que a fin de obtener fondos, por decisión del presidente de la Federación Rusa, se habían vendido casi todas las reservas de metales

y de piedras preciosas, y que la reserva de oro había sido liquidada casi en su totalidad. Se estimaba que la huida de fondos al exterior oscilaba entre 300 mil y 350 mil millones de dólares, y que la economía en las sombras (la criminal y la semilegal) producía casi el 40% del PIB.

Por último, sólo resta mencionar que el presidente Boris Yeltsin asumió con el 57% de los votos y que ocho años después, al renunciar a su cargo, apenas contaba con una aprobación social del 2%. En la política argentina se pudo observar un caso similar.

Seminario argentino-francés con acento en la regulación

Del 1 al 3 de septiembre de 2003 tuvo lugar otro seminario internacional que abordó la crisis argentina de principios del siglo XXI, el cual reunió a miembros de centros de investigación argentinos y franceses en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en el Centro Cultural General San Martín. El encuentro contó con la participación de figuras académicas nacionales y galas. La organización estuvo a cargo del CEIL-PIETTE[2], y los debates fueron coordinados por Robert Boyer, Saúl Keifman, Julio César Neffa y Mario Rapoport, con el apoyo de Carlos Quenan y Luis Miotti. Posteriormente se realizaron varias reuniones a fin de actualizar los datos presentados durante el seminario, la última de las cuales tuvo lugar en 2008. Las intervenciones fueron compiladas por Boyer y Neffa en el libro titulado *La economía argentina y su crisis (1976-2003). Visiones institucionalistas y regulacionistas* (2004), que contiene valiosas y documentadas contribuciones encuadradas en su mayor parte en la teoría de la regulación.

Se destacó el trabajo "Una revisión de las crisis económicas argentinas desde la teoría de la regulación", presentado por Demián Tupac Panigo y Edgardo Torija Zane. Los autores sostuvieron que la crisis de 2001 fue de tipo estructural porque fracasaron la convertibilidad y la apertura externa, y afirmaron:

> No sólo el modo de regulación sufrió transformaciones tras la crisis. El régimen de acumulación intensivo y extravertido que emerge en los 90 (caracterizado por un papel prioritario asignado a las fuerzas de mercado y con amplia apertura externa, liberalización y dolarización de la economía en una contexto de creciente globalización) no consiguió finalmente consolidarse, dando lugar a la implementación de un nuevo modo de desarrollo que se encuentra aún en la etapa de gestación (Boyer y Neffa, 2004: 80).

2 Centro de Estudios e Investigaciones Laborales-Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

En su análisis de las crisis argentinas de los últimos cien años, los autores identificaron, desde un enfoque regulacionista, las tensiones estructurales más importantes que dieron origen a los procesos recesivos. Por ejemplo, respecto de la crisis de los años treinta apuntaron que también fue estructural (del modo de desarrollo), de inserción internacional y esencialmente endógena, relacionada con un débil dinamismo de la masa salarial y por ende de la demanda interna, y con un régimen de acumulación que desde 1920 en adelante se había vuelto crecientemente concentrado. En cambio, a la crisis de 2001 la explicaron por la incapacidad del sistema para incrementar el valor de las exportaciones, por lo cual se requería un fuerte endeudamiento externo. La economía atravesó un período de "agonía" en el cual se sucedieron ajustes recesivos que culminaron en una crisis financiera y del sector real, con tasas de desempleo y de pobreza sin precedentes en la historia del país (Boyer y Neffa, 2004: 82).

Es llamativa la postura de esta escuela, que consiste en erigirse en poseedora de una teoría infalible. El trabajo presentado en el seminario subrayaba, por ejemplo, que la teoría de la regulación, que se inscribe en la corriente institucionalista y se concentra en la tipificación de los regímenes de acumulación y de sus crisis, está especialmente adaptada para explicar la periodización de los regímenes económicos que se han sucedido en Argentina desde hace un siglo (Boyer y Neffa, 2004: 703).

Entre los diversos factores que obstaculizaron el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones, se mencionaba la inexistencia de una burguesía industrial nacional de carácter innovador que compensara el comportamiento burocrático e ineficiente del Estado en cuanto productor de bienes y servicios. También hacía referencia a la existencia de grandes grupos económicos de capital nacional y a las empresas transnacionales con influencia determinante sobre la política económica. "Es decir –finalizaba– que a lo largo de la historia económica que culmina en 1989, no existió un verdadero régimen de acumulación intensivo, coherente y estable, donde el crecimiento estuviera determinado por el consumo generalizado de bienes durables por los asalariados" (Boyer y Neffa, 2004: 707). Lo notorio era que en el amplio detalle de ese proceso no hubiera mención alguna al papel de la estructura agraria ni a la presencia destacada y a veces dominante de la burguesía terrateniente en la sociedad.

> En la Argentina los conflictos de clase se repiten, pero concluyen en compromisos que permiten canalizar las reivindicaciones de los asalariados y, por otra parte, dan nacimiento en el nivel microeconómico a una forma viable de organizaciones de las empresas y en el nivel macroeconómico, a un régimen de acumulación más o menos coherente (Boyer y Neffa, 2004: 727).

En suma, se describía un cuadro idílico de un capitalismo que no dejaba de ser racional y humano, que compartía las riquezas que expropiaba a los asalariados, y cuando se trataba de exponer las causas de la crisis del régimen de acumulación, se hablaba del paso del régimen extensivo al intensivo del modo de producción capitalista, que se interrumpió por falta de innovaciones tecnológicas, nuevas formas de organizar el trabajo, las empresas y los modos de gestión de la fuerza de trabajo, todo lo cual requirió para el cambio del modo de producción que se había producido.

Según afirman los textos, el "aporte creador" de la teoría de la regulación en las investigaciones de las crisis argentinas, frente a las concepciones liberales y "marxistas ortodoxas", consistía en la insistencia en la preponderancia del desarrollo de las fuerzas productivas, garantes de la evolución de las relaciones sociales en su sentido finalmente progresista. Ponía de relieve la necesidad de un bloque político hegemónico para superar las dificultades inherentes a la instauración de un régimen de acumulación. Incursionaba en la vida política, subrayando que tanto el peronismo histórico como el menemismo habían fracasado porque no habían dispuesto de tiempo suficiente para modificar de manera duradera tanto las estructuras productivas como el respectivo poder de negociación de los diversos grupos.

¿Y cómo hacer emerger una clase de empresarios modernizantes y progresistas? Proponía evitar una apertura completa y rápida a las finanzas internacionales, favoreciendo en cambio la intermediación financiera a escala nacional; adoptar una estrategia en materia de inversiones directas extranjeras en favor de la producción; estimular las exportaciones con políticas de integración de sectores; buscar coaliciones políticas estables con la mayor cantidad posible de grupos sociales; ajustar periódicamente la tasa de cambio y regular el movimiento de capitales. En general, apoyaba el Plan Fénix, señalaba su preocupación por el desempleo elevado y el trabajo no registrado, reclamaba mayor nivel de gastos de investigación y desarrollo a cargo del Estado; y se pronunciaba políticamente en favor de una socialdemocracia argentina.

Un tercer seminario se realizó del 18 al 20 de abril de 2006 en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, y abordó el nuevo momento económico del país según el enfoque de las concepciones institucionalistas del modo de regulación, teniendo como fondo la década del noventa, la convertibilidad, la crisis de 2001 y su posterior evolución. Las conclusiones estuvieron a cargo de Boyer y Neffa, publicadas en el artículo titulado "¿Se abre una nueva era para la economía argentina? Un análisis de las transformaciones estructurales después de la crisis de la convertibilidad" (2007: 713-767).

Entre las condiciones políticas, señalaban que las "restricciones radican en que no se ha constituido todavía una burguesía nacional

dispuesta a construir un bloque hegemónico, establecer un pacto social con el Estado, las organizaciones sindicales y la sociedad civil en torno a objetivos compartidos en un modelo de crecimiento, donde las concesiones negociadas permitan que todos ganen".

Los autores atribuían esa ausencia a la debilidad del actor empresarial; a la existencia de organizaciones sindicales debilitadas por el desempleo y por las caídas del salario real, e ideológicamente fragmentadas; a la transnacionalización de los grandes grupos económicos y a la concentración cada vez mayor de la economía. Sin embargo, afirmaban que con el regreso de "la confianza" el proceso se podría revertir. Para ello asignaban importancia al papel de los economistas y de sus teorías en las decisiones estratégicas operadas por los políticos; y señalaban que en la actualidad, por primera vez, países que pertenecían a la periferia se abrían al mercado mundial: China, India, Brasil y, en un grado menor, Rusia.

Insistían en que las investigaciones regulacionistas recientes sobre las relaciones entre política y economía habían resaltado la importancia determinante de la primera sobre la segunda en los momentos en que se producían grandes crisis. También señalaban que países semejantes a la Argentina en muchos aspectos habían logrado alcanzar grandes éxitos socioeconómicos, como en los casos de Australia, Nueva Zelanda y Canadá. En conclusión, sostenían que para evitar nuevas crisis como las vividas la "salida depende muy ampliamente de la aptitud de lo político para redefinir nuevas reglas de juego en materia de distribución de los ingresos arrancados de la economía mundial a fin de reconciliar el buen desempeño económico y la legitimad social".

Así, ante la pregunta de los ideólogos de la teoría de la regulación sobre cómo evitar el regreso de las crisis estructurales argentinas, cabe plantear otro interrogante: ¿acaso han desaparecido en Argentina el imperialismo, la burguesía terrateniente, el gran capital y la dependencia en todos los órdenes de las grandes potencias capitalistas?

La teoría de la regulación

La teoría de la regulación fue desarrollada en Francia en las últimas décadas y adquirió notable influencia en la Argentina. Sus seguidores han logrado una importante inserción en la sociedad argentina, en la universidad, en la intelectualidad, en la vida política. Critican por sus limitaciones y fracasos a la teoría neoclásica ortodoxa, y aplican la misma vara a la teoría marxista, aunque con una notable diferencia. Proclamándose de filiación marxista, redefinen las categorías marxistas. Tergiversando o negando la dialéctica materialista, niegan las leyes generales del modo de producción capitalista, como la ley del valor, la esencia de la explotación capitalista, al sostener la viabilidad de que el capitalismo

evite el caos, las crisis y la anarquía en el sistema a condición de que se adopten adecuados regímenes de regulación y de intervención estatal. De este modo actualizan las ideas reformistas burguesas sobre la evolución histórica del capitalismo y la factibilidad de que este se transforme en un sistema social estable, libre de contradicciones antagónicas.

En relación con las formas anteriores de regulación estatal monopolista, enfatizan el papel de los factores sociales, políticos, sociopsicológicos e ideológicos, criticando a la teoría neoclásica ortodoxa por no contemplarlos debidamente. El marxismo les atrae, declaran, por su enfoque histórico, la interrelación e interacción de los componentes del sistema social en su conjunto, el carácter dinámico de la teoría, pero lo adoptan libre de su denuncia de la esencia explotadora del capitalismo. Y libre de sus propuestas de transformaciones revolucionarias.

A la lucha de clases le oponen el concepto de la "solidaridad social". En sus concepciones la propiedad en general no desempeña un papel fundamental, y de allí infieren el cambio de esencia de las relaciones sociales de producción a las cuales consideran como un sistema de derechos jurídicamente formalizados. "Pero esto no significa –explicaba Julio Neffa– que la teoría de la regulación adopte una posición de defensa o justificación del modo de producción capitalista, sino simplemente que su objeto principal de estudio lo constituye su reproducción bajo diferentes modalidades".

Esas "modalidades" pasan por alto que bajo el capitalismo dos terceras partes de la humanidad viven en condiciones infrahumanas; que para posponer su inexorable e histórica extinción el sistema provoca periódicamente guerras fratricidas, engendra dictaduras fascistas, ejerce el terrorismo de Estado, y no vacila en destruir bienes y servicios y sobre todo vidas humanas; que en la actualidad, por la forma en que explota a la naturaleza y a la sociedad humana, el capitalismo pone al propio planeta al borde de la destrucción.

Lo preocupante en esta línea de pensamiento económico es el engaño al que puede inducir su apariencia de objetividad, su cientificismo y la invocación de títulos académicos, cuando lo que se pretende es desinformar, tergiversar la economía política marxista-leninista ocultando ni más ni menos el hecho de que la concentración capitalista no se puede realizar sin la acumulación de la riqueza creada por la fuerza trabajo y expropiada por el capital, con sus secuelas de desocupación, pobreza y destrucción de vidas humanas.

Cuando Neffa pretendía aclarar qué entiende por régimen de acumulación decía: "Según la teoría de la regulación, el régimen de acumulación describe los lineamientos de un modelo de crecimiento a largo plazo inspirado en la intuición marxista sobre el capitalismo donde juega un papel determinante la acumulación, pero derivan principalmente de dos formas institucionales: la relación salarial y la forma de competencia". No se puede pedir más elegancia discursiva para distorsionar la realidad y la naturaleza del capitalismo con su voracidad de beneficios.

El trabajo de Panigo y Torija Zane presentado en el seminario de 2003 afirmaba que la crisis que se extendió desde 1998 a 2002 fue una crisis del régimen de acumulación,

lo que implica "una crisis de la regulación y del modo de desarrollo en su conjunto". Los autores aclaraban que el concepto "crisis de modo de producción" es de inspiración marxista, y que para ellos implicaba la transformación y ruptura del conjunto de relaciones sociales propias de un modo de producción, y el paso, por ejemplo, del feudalismo al capitalismo o del capitalismo a un eventual socialismo. "Es importante remarcar –aclaraban– que la teoría de la regulación admite la posibilidad de este tipo de crisis pero, a diferencia del análisis marxista, niega su carácter de evento ineluctable en el desarrollo del modo capitalista de producción" (Boyer y Neffa, 2004: 42).

En este párrafo aparece el punto neurálgico de la discrepancia entre esta teoría y el análisis marxista. Cuando los autores afirman que el modo de producción capitalista no lleva en su propia esencia el desarrollo de las bases históricas de su extinción y del tránsito revolucionario del capitalismo al socialismo, niegan y desconocen la contradicción fundamental del sistema entre el carácter social del proceso de producción y la forma capitalista privada de apropiación de sus frutos. Niegan la contradicción entre el trabajo y el capital.

En el último capítulo del Tomo I de *El capital*, Karl Marx analizó la transformación de la plusvalía en capital y puso al descubierto la ley general de la acumulación capitalista: "Cuanto mayor es la riqueza social, el capital en funciones, la extensión y la intensidad de su desarrollo y mayores, por lo tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo, mayor es también el ejército industrial de reserva […]. Pero cuanto mayor es este ejército de reserva en comparación con el ejército obrero en activo, mayor es la masa de superpoblación consolidada, cuya miseria está en razón directa a su tormento de trabajo. Y finalmente, cuando más crece la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. Tal es la ley general, absoluta de la acumulación capitalista" (Marx, 1973b: 618; Tomo I).

Este principio fundamental de la naturaleza del capitalismo no se materializa en una línea recta. La tendencia permanente al empeoramiento de la situación de la clase obrera se enfrenta con la lucha de fuerzas sociales que tratan por todos los medios de mitigarla.

Como resultado de ese proceso, del seno propio del capitalismo emerge otra tendencia que se va imponiendo en la historia. "El crecimiento de la socialización capitalista de la producción y del trabajo crea premisas materiales para el tránsito a un régimen social más progresista: el socialismo. En el proceso de su desarrollo, el capitalismo engendra no sólo premisas objetivas sino también subjetivas de tránsito al socialismo" (Rumiántsev et al., 1982: 135).

Capítulo III
El capitalismo argentino se dirige a su transformación revolucionaria

La profunda crisis internacional iniciada en Estados Unidos en 2008 y propagada luego a Europa constituye uno de los golpes más graves que ha sufrido el sistema capitalista, que a esta altura transita ya su etapa terminal, definida por la agudeza de sus contradicciones antagónicas, las características depredadoras que ha adquirido y la agresión permanente a su propia base de sustentación. Los pueblos afrontan un gran desafío histórico, pues de sus luchas depende que el final resulte más próximo o más lejano.

Argentina es parte de ese sistema, pero ¿cuál es la situación del capitalismo en su territorio en particular? Determinarlo requiere analizar los aspectos esenciales de la estructura socioeconómica del país, es decir, las relaciones sociales de producción, en relación e interacción con su superestructura política, institucional, jurídica y cultural, y el nivel de conciencia popular. Ese análisis lleva al estudio de cuatro procesos clave:

- Las modificaciones de la estructura de propiedad del capital nacional. En especial, el nivel alcanzado por el acaparamiento de tierras por la burguesía terrateniente y por los traspasos de la propiedad de grandes extensiones y de centenares de empresas a propietarios extranjeros.
- La evolución de la dependencia de Argentina respecto de grandes potencias capitalistas, en particular Estados Unidos y la Unión Europea.
- Los cambios en el movimiento obrero argentino y la reflexión sobre un interrogante crucial: ¿ha perdido relevancia la clase obrera? Este tema se trata en los capítulos IV y V.
- El papel político e ideológico de las élites de las clases dominantes que han logrado constituir un Estado dentro del Estado. Esta cuestión se describe en el próximo tomo.

Merecen atención, asimismo, los profundos cambios acaecidos en las últimas décadas en las relaciones sociales de propiedad, en la división social del trabajo, en la capitalización y en la reproducción ampliada

del capital. Corresponde evaluar el devenir de la democracia limitada que funciona en el país, y en particular el de las principales corrientes políticas, fundamentalmente del movimiento peronista, así como el drama de la dispersión de la izquierda. También hay que considerar las modificaciones en la estructura de clases y capas sociales.

En definitiva, se trata de establecer si el capitalismo argentino es un producto particular de la historia de este rincón del mundo, de sus tradiciones, de específicos procesos políticos y económicos, como sostienen pobladas escuelas del pensamiento político y ciertos medios de comunicación, que machacan esta interpretación a modo de verdad establecida, o si en cambio es el resultado de las leyes generales del capitalismo y su manifestación concreta bajo las condiciones de dependencia y de la persistencia de una perniciosa estructura agraria latifundista, interpretación esta última que por supuesto no excluye el análisis de las particularidades ni de las secuelas del colonialismo y del neocolonialismo en el país.

El pueblo argentino ha sido explotado y oprimido debido a la organización capitalista de la sociedad, pero también ha tenido que soportar la expoliación imperialista y la rapacidad de la tan ilustre como parásita burguesía terrateniente, que en distintos momentos históricos no vaciló en rematar, hipotecar o sencillamente entregar los recursos y riquezas del pueblo en su conjunto como si fueran suyos, para ampliar sus propiedades y privilegios.

De la Argentina agraria-industrial a la industrial-agraria

En la década del cuarenta del siglo pasado se inició en la Argentina un acelerado desarrollo capitalista, particularmente en la industria, en un mundo donde Estados Unidos destronaba al Reino Unido de sus posiciones en el continente. Durante tres décadas se desarrollaron trascendentales procesos económicos, políticos e ideológicos que influyeron unos en otros. He analizado este período en *Argentina, su desarrollo capitalista* (Fuchs, 1965).

El economista Orlando Ferreres, por su parte, reseñó que en el marco de un crecimiento notable del PBI, la actividad industrial, tanto la producción de bienes orientada principalmente al mercado interno como la ocupación, se incrementaron a un ritmo inusualmente rápido. Creció también la producción de bienes de capital y de materias primas básicas, y disminuyó notablemente la dependencia de las importaciones (Ferreres, 2005).

En esos años avanzó el grado de concentración del capital en la producción, motivo por el cual se duplicó en la producción y en el empleo el peso de las grandes empresas, tanto de capital nacional como extranjero, con preeminencia del primero. En lo que respecta

al capital nacional, las pequeñas y medianas compañías se expandieron notablemente. Encabezada por el sector industrial, la burguesía nacional tenía entonces, como pocas veces en la historia del país, predominio en la estructura productiva, y la correspondiente influencia en lo político y lo social. Se decía entonces que Argentina se había transformado de un país agrario-industrial en uno industrial-agrario. El desarrollo del capitalismo alcanzó en esos años una envergadura que no siempre fue interpretada correctamente por las fuerzas populares y por la dirigencia sindical.

En la primera etapa de ese desarrollo, la clase obrera obtuvo, no como concesión graciosa del capital, notables mejoras en sus ingresos y en su nivel de vida, máxime si se considera que en esos momentos la mayoría de sus integrantes provenían del campo. La población argentina alcanzó un grado nunca antes visto de urbanización, y los sectores urbanos gozaron de un nivel de vida nunca antes registrado hasta ese momento.

Este proceso se desarrolló en medio de acontecimientos de enorme trascendencia, principalmente la derrota del imperio nazi-fascista. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y la influencia ganada por la triunfante Unión Soviética abrieron el camino a la descolonización de numerosos países sometidos por las potencias capitalistas, desde India hasta la mayor parte de África; a la instalación de las democracias populares europeas en marcha hacia el socialismo, y luego a la formación del sistema socialista mundial.

Estados Unidos, que con la artimaña de postergar hasta el límite la apertura del segundo frente contra Alemania salió, en comparación, casi indemne de la contienda, inició, con su Plan Marshall y a instancias de su oligarquía financiera, la expansión imperial de sus intereses y la preparación, junto con el Reino Unido, de una tercera guerra mundial contra la Unión Soviética. Puso en marcha así, bajo múltiples facetas, la llamada Guerra Fría. En el continente americano, el imperialismo estadounidense pugnó por el liderazgo desplazando de sus posiciones al Imperio Británico en retirada, con notoria repercusión en Argentina, donde tanto habían sido favorecidos los intereses ingleses en las décadas anteriores.

En 1946 se instaló en Argentina el primer gobierno del general Juan Domingo Perón. En línea con la expansión del Estado en la economía en todo el mundo, este gobierno, con su programa de nacionalizaciones que respondía también al clamor popular antiimperialista, llevó a niveles inéditos la intervención del Estado en la economía, aunque a la vez organizó la subordinación de la clase obrera a la burguesía nacional. Esta ingresó en su etapa de oro frente a un mundo hambriento, convencida de que ya no retrocedería. Dos decisiones clave caracterizaron esa etapa: las nacionalizaciones no incluyeron los grandes

latifundios improductivos, por lo que no se cumplió la promesa de "la tierra para el que la trabaja", y en política exterior no se utilizó la oportunidad de estrechar las relaciones con la Unión Soviética para salir del área del dólar. Perón fue reelegido en 1952 y derrocado con el golpe de la llamada Revolución Libertadora en 1955.

Luego llegó el gobierno desarrollista de Arturo Frondizi (1958-1962) que promovía la profundización del desarrollo industrial con la colaboración del capital extranjero, una menor intervención estatal en la economía, la modernización del agro con concesiones a la burguesía terrateniente y sobre todo una más estrecha relación con Estados Unidos. El período también se caracterizó por múltiples presiones militares e intentos de golpe de Estado, alentados por la oligarquía agraria, comercial y financiera que, ante las grandes luchas obreras y en contra del imperialismo que no podía sofocar el represivo Plan Conintes, pretendía recuperar su papel rector en la economía. También se iniciaron los acuerdos con el FMI y el Banco Mundial, y comenzó la preparación política, económica y social de la etapa del terrorismo de Estado.

En esa época se ensayó un abanico de políticas económicas burguesas, desde las llamadas heterodoxas hasta las ortodoxas, con su idealización del papel del mercado capitalista y sus pretendidas libertad, eficiencia y modernidad. Incluso, bajo la dictadura iniciada por el general Juan Carlos Onganía en 1966, se realizó un intento de organizar una sociedad corporativa de corte fascista. La burguesía terrateniente y el capital imperialista consideraron que era el momento de intervenir más en política, por el auge de las luchas obreras. Lo más destacado de esa etapa fue que en 1967 se constituyó, con la bendición del banquero estadounidense David Rockefeller, el Consejo Empresario Argentino (CEA), que reunió a la élite del poder económico. Así, el núcleo concentrado del capital agrario, industrial, comercial y financiero empezó a actuar como un Estado dentro del Estado, financió la dictadura iniciada por el general Jorge Videla (1976-1983), para la cual diseñó su plan económico, y ocupó los principales lugares de la administración para ejecutarlo, con el liderazgo del presidente del CEA, José Martínez de Hoz, como ministro de Economía. Tres décadas después, las operaciones de ese cenáculo del poder tienen continuidad bajo las siglas AEA, que corresponden a la Asociación Empresaria Argentina. Aquellos años tuvieron también su lado glorioso en las luchas del pueblo, en los grandes movimientos de masas que jalonaron la vida nacional. Tuvieron lugar desde paros generales, con un nivel de participación de los trabajadores nunca antes alcanzado, hasta barricadas en Córdoba y la toma de sedes municipales en ciudades de varias provincias. No es extraño entonces que más tarde una altísima proporción de las 30 mil víctimas del terrorismo de Estado fuera de origen obrero-profesional, y

que fueran desmanteladas miles de comisiones internas fabriles, blancos estratégicos de los pretorianos del statu quo.

Sin embargo, el período tiene también otras connotaciones. Desde la década del cincuenta fue aumentando la tasa de explotación de la clase obrera, registrándose un descenso del poder de compra de los salarios y el consiguiente aumento de las ganancias del capital. Una buena parte de esas ganancias no fueron reinvertidas en las empresas sino transferidas a la esfera financiera especulativa, a la compra de tierras y al comercio, cuando no fueron enviadas al exterior. Mientras tanto, los ejecutivos de los monopolios extranjeros, de presencia creciente, y los capitalistas nacionales, especialmente aquellos de los grandes grupos económicos locales, se embriagaban con el despilfarro y el consumo suntuario.

Eso determinó que el stock de capital para la reproducción de la producción creciera lentamente en el período. Si se toma en cuenta el avance técnico y científico del mundo en esos años, se concluye que el manejo del capital acrecentado por la plusvalía acumulada por la burguesía fue francamente deficiente. Se delineó, por consiguiente, una tendencia a la disminución de las inversiones productivas en la industria y en el agro que impactó negativamente en el crecimiento y, por ende, en la demanda de fuerza de trabajo. Esto condujo, a su vez, a un crecimiento de la desocupación parcial o total, que fue tomando carácter estructural. Y esto fue así pese a que en ese período el capital nacional industrial, principalmente el más concentrado, gozó de la protección oficial en distintas formas y contó con créditos a bajo interés, con exenciones impositivas y con el apoyo, por medio de sus compras, de las empresas estatales, que tenían entonces un peso significativo en la economía nacional.

Corresponden aquí una aclaración y una autocrítica. En no pocos trabajos, incluidos algunos propios, se ha sobrevalorado con mayor o menor énfasis la relevancia del capitalismo local, sobre todo del sector de las pequeñas y PYMES, tal vez por indebida influencia del anhelo de que las fuerzas populares cuenten con un aliado valioso en su enfrentamiento con los monopolios extranjeros y con la burguesía terrateniente. No obstante, la rica experiencia del pueblo argentino puso en evidencia que tal idealización deriva de una apreciación incorrecta de la naturaleza del capitalismo en el país y origina a su vez expectativas efímeras y contraproducentes. Desgraciadamente, esa valoración errónea se reitera una y otra vez en muchos autores y ha sido revitalizada en los últimos tiempos, alentada tanto por los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández como desde las filas progresistas y de izquierda.

Lo verdaderamente útil para las fuerzas populares es detectar diferencias, antagonismos y contradicciones entre los medianos o

pequeños capitalistas, por un lado, y los monopolios extranjeros, los terratenientes y los grandes grupos económicos locales, por el otro, y observar además que los choques de intereses entre ambos segmentos se acentúan en las etapas de mayor concentración y monopolización de la economía y especialmente en los episodios de crisis económica. Se trata entonces de identificar al sector más débil de la burguesía nacional, el más amenazado y castigado por la concentración económica, dado que la esencia del capital, que consiste en satisfacer sin pausa su voracidad de ganancias, lo lleva a apelar a cualquier medida política o económica para obtenerlas, aun a costa de pisar cabezas propias además de las ajenas.

Diferenciar a ese segmento les permitiría los trabajadores establecer acuerdos tácticos coyunturales o circunstanciales en caso de ser necesario, a condición de no deponer la independencia de clase ni subordinarse a sus intereses, y sobre todo a condición de no olvidar el objetivo final de derrotar al capitalismo. Esa precaución es necesaria debido al carácter dual de la burguesía nacional, que cuando se ve perjudicada en sus bolsillos grita contra los monopolios pero no vacila en unirse a ellos para rechazar los reclamos obreros.

La historia de una "gran transformación"

Segunda mitad de la década del sesenta. El segundo ministro de Economía del dictador militar Juan Carlos Onganía fue Adalbert Krieger Vasena, quien en medio de una economía mundial que se frenaba anunció "una gran transformación" y actuó como decidido promotor de la llegada de capitales extranjeros a sectores que el mercado determinaría. Devaluó el peso un 40%, pidió un préstamo al FMI, congeló los salarios y recortó el gasto público para bajar el déficit del presupuesto, que pasó del 40% registrado en los últimos meses del gobierno del presidente constitucional radical Arturo Illia al 14% en 1967. Claro que se necesitaba toda la capacidad represiva del régimen militar para contener las protestas que la aplicación de tal política multiplicaba, en especial entre obreros y estudiantes.

Fue entonces cuando llegó una misión de Estados Unidos encabezada por el millonario Nelson Rockefeller. La presencia del enviado del presidente estadounidense Richard Nixon en el país promovió que se reunieran por primera vez algunas decenas de grandes empresarios y de banqueros locales y extranjeros con inversiones en el país, y que fundaran el Consejo Empresario Argentino (CEA), que se constituyó bajo la aclaración expresa de que no era creado a fin de canalizar reclamos sectoriales sino para difundir ideas y propuestas para el país, asesorar al gobierno, aportarle sus mejores hombres para las tareas políticas y nutrir con sus técnicos el funcionariado permanente de la administración estatal.

Se había constituido, de este modo, el estado mayor del poder económico y financiero. El cerebro colectivo de un proyecto de país, y el sostén primordial de los planes que modelaron a la Argentina en las siguientes tres décadas.

Ese afán de influencia permanente, ese propósito de asegurarse la presencia de defensores de sus intereses en las estructuras del Estado más allá del gobierno de turno, no fue una idea original. Fue la prescripción del Documento de Santa Fe, así llamado por la ciudad de Estados Unidos donde fue redactado, como guía para la afirmación del sistema capitalista en el hemisferio. Así nació el estadounidense Consejo de las Américas (Council of the Americas) y proliferaron entidades de similar matriz en varios países.

De este modo reorganizó sus resortes el poder económico y financiero mundial acicateado por el enorme temor de que América Latina hubiese llegado a un momento bisagra de su historia caracterizado por el surgimiento de una revolución triunfante en Cuba, que se encaminó al socialismo, con movimientos guerrilleros en varios países de la región, y la referencia internacional de la derrota de Estados Unidos en Vietnam.

Argentina también daba noticias preocupantes por esos años. Si bien el poder militar le impediría asumir su cargo, el peronista Andrés Framini ganaba ampliamente las elecciones a gobernador en la provincia de Buenos Aires, pese a la proscripción del Justicialismo; un congreso de esa fuerza política en La Falda incluía la reforma agraria en su programa; el sector más combativo del movimiento obrero creaba la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGT de los Argentinos), y emergía una izquierda cada vez más fuerte.

Como contrapartida, las fuerzas conservadoras carecían en el país de un partido político con capacidad de llegar electoralmente al gobierno. Sí tenían dirigentes con ascendencia, figuras como Federico Pinedo, Carlos Saavedra Lamas y Alejandro Bunge, pero no contaban con un partido como antes de la Segunda Guerra Mundial.

Para el poder real la situación era peligrosísima. Y actuó en consecuencia.

Retroceso del capital nacional en la estructura económico-social argentina

La Encuesta Nacional a Grandes Empresas que el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) realiza periódicamente entre las 500 mayores compañías del país, excluidas las empresas financieras, agropecuarias y de servicios personales, ofrece una idea muy ilustrativa de cómo decreció en los últimos años la participación del capital nacional en la estructura socioeconómica del país. Se trata de compañías que en 1997 generaban en conjunto el 40% del PBI de la actividad formal de los sectores incluidos en el estudio, una proporción que crecería en los años posteriores. Los datos son muy elocuentes.

Cuadro 2

Grandes empresas: producción, utilidades y personal según origen del capital. 1993, 2007, 2009 y 2010

	1993		2007		2009		2010	
	Nacional	Extranjero	Nacional	Extranjero	Nacional	Extranjero	Nacional	Extranjero
Cantidad de empresas	280	220	170	330	176	324	176	324
Valor de producción	40,0%	60,0%	18,3%	81,7%	20,7%	79,3%	18,4%	81,6%
Utilidades	36,8%	63,2%	9,8%	90,2%	20,8%	79,2%	17,2%	82,8%
Cantidad de asalariados	364.504	242.559	238.993	405.365	256.439	442.526	268.916	462.009

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Encuesta Nacional a Grandes Empresas 2010, Ministerio de Economía, INDEC.

La concentración es aun mayor si se realiza un análisis más detallado. En 2008, de las 50 mayores empresas de Argentina por el volumen de sus operaciones –en este caso se consideraron todos los rubros– solamente 15 eran de capital nacional y reunían el 30% del patrimonio total, según la edición número 34 del ránking de las 1.000 empresas líderes, publicado en octubre de 2009 por la revista *Prensa Económica*. Ocho de ellas eran bancos: los oficiales Banco de la Nación, Banco Provincia de Buenos Aires y Banco Ciudad de Buenos Aires, y los privados Macro, Patagonia, Hipotecario, Galicia y HSBC. Las demás eran empresas tales como Molinos Río de la Plata, Alto Paraná, Aceitera General Deheza y Ledesma, algunas de las cuales tienen negocios y participaciones comunes con firmas extranjeras.

Hay clara evidencia de que en los últimos años ha ido disminuyendo la presencia del gran capital local en favor del capital monopólico extranjero, pero la verdadera magnitud del fenómeno se observa en el análisis del valor agregado por rubros.

Cuadro 3

Grandes empresas: valor agregado de producción según origen del capital. 1993 y 2007 (en %)

	1993		2007	
	Nacional	Extranjero	Nacional	Extranjero
Total	**38**	**62**	**16**	**84**
Minas y canteras	28,00	72,00	4,30	95,70
Industria	32,00	68,00	16,80	83,20
Alimentos y bebidas	40,00	60,00	22,90	77,10
Combustibles	16,00	84,00	7,02	92,90
Maquinaria, equipos y vehículos	14,00	86,00	8,08	91,92
Resto de las actividades*	47,80	52,20	23,50	76,50

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en la Encuesta Nacional a Grandes Empresas, enero de 2007, Ministerio de Economía, INDEC.
* Incluye electricidad, gas y agua; comunicaciones; construcción; comercio, transporte y otros servicios, rubros que se presentaron en forma desagregada en la encuesta de 1993 pero no en la de 2007.

El panorama muestra una extraordinaria reducción del capital nacional en la industria. En 2010, la participación era la siguiente: nacional, 17,9%; extranjero, 82,1%. Más de 200 grandes empresas locales pasaron directamente a manos extranjeras, y muchas otras quedaron bajo influencia o dominio extranjero como resultado de deudas, pago de licencias, patentes o derechos al uso de marcas, que en la práctica constituyen un sistema de pagos obligatorios a las transnacionales, en comparación con el cual la dimensión de las operaciones de la mayor de las mafias parece irrisoria. Cálculos de distintas fuentes coinciden en señalar que desde los años noventa la participación del capital nacional en el total industrial argentino se contrajo más del 20%, principalmente en los siguiente rubros: alimentos y bebidas, cemento, química, agroindustria, acero, maquinaria, automotores y construcción, en un proceso asociado además con la expansión del trabajo precario, la tercerización de los contratos laborales y la caída en la preparación profesional y técnica de los trabajadores.

Se produjo, en suma, un cambio importante en la división internacional del trabajo bajo el dominio del capital financiero transnacional, que llevó a las firmas fabriles de Argentina a integrarse como apéndices, subsidiarias o reservas en el entramado mundial de operaciones de las empresas transnacionales. Una novedad es la participación de capitales que nominalmente provienen de Brasil, Chile y México, y también de paraísos financieros, pero que en realidad son principalmente fondos de inversión de Wall Street o de países europeos. Sorprende asimismo descubrir que la mayor parte de las inversiones de Chile provienen de fondos de pensión de ese país, el primero de la región en adoptar el sistema privado de jubilación. Así, dinero de los trabajadores chilenos es arriesgado para financiar emprendimientos que explotan a sus hermanos argentinos, y que son llevados adelante por empresas privadas que, cuando tienen éxito, entregan una exigua retribución y se quedan con la parte del león. En Argentina, si bien se reestatizó el sistema jubilatorio, también se comprueba que los fondos de los trabajadores y los jubilados, administrados por la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) o por el Programa de Atención Médica Integral (PAMI), son utilizados actualmente por grandes empresas.

En minería, las principales reservas del país de oro, plata, cobre, uranio y otros minerales estratégicos ya han quedado a merced de las principales empresas mundiales del rubro, que reiteran en el país la depredación antes practicada en África y en Asia, con descarada complicidad local. ¡Qué diría hoy el general Enrique Mosconi, fundador de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), frente al denigrante espectáculo de la entrega de las reservas petrolíferas a los intereses que han participado en más de un golpe de Estado!

En el área de las comunicaciones y actividades afines, activo componente de la revolución informática, tras el asalto sin precedentes perpetrado al patrimonio nacional en los noventa, dominan Telefónica, Claro (Grupo Slim), IBM Argentina, Hewlett Packard, SAP Argentina. En la construcción, industria de industrias para la cual Argentina dispone de todas las materias primas necesarias, lideran Clisa, Techint, Dycasa, Benito Roggio, Iecsa.

Otros estudios develan con más claridad cómo fue esa desnacionalización. En otro libro mostré, sobre la base de datos de los censos industriales de 1973 a 1984, que el peso del capital extranjero sobre la economía se mantuvo próximo al 30% durante todo ese período (Fuchs, 1994: 47). A la vez, sin embargo, en aquellos años la dictadura de Videla y de Martínez de Hoz, valiéndose del terrorismo de Estado, preparó el terreno y barrió con todos los obstáculos para hacer posibles las operaciones de la década del noventa, sin duda uno de los períodos de mayor saqueo del patrimonio nacional y de mayor recorte de la soberanía.

Una tan extensa transferencia de propiedad del capital nacional al extranjero en sectores estratégicos, como la que se produjo en los 15 años posteriores a la dictadura, no hubiera podido lograrse sin condiciones y privilegios económicos y extraeconómicos extraordinarios para cualquier país capitalista. Es decir que la desnacionalización de la economía argentina, en particular, de la industria, se produjo en forma paralela a una notable vulnerabilidad y resquebrajamiento del desarrollo capitalista en su base estructural, y se acentuó en los momentos de debilidad de la oposición de las luchas obreras y populares.

Se registraron también medidas similares u omisiones de gobiernos democráticos de diferentes signos que facilitaron ese proceso, por ejemplo, en materia de petróleo, como ocurrió en las presidencias de Arturo Frondizi (1958-1962), Juan Domingo Perón-Isabel Perón (1973-1976), Raúl Alfonsín (1983-1989), Carlos Menem (1989-1999) y Fernando de la Rúa (1999-2001). Al respecto pueden consultarse los documentos "Análisis del desarrollo petrolero" (Rey, 1985) y "Privatizaciones en la Argentina" (Azpiazu, 1998). En los últimos años, bajo los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández, se ampliaron los plazos de las concesiones y se otorgaron nuevas, y si bien se estatizó el 51% de YPF la participación estatal siguió mermando.

A pesar de los cambios políticos, la tendencia por décadas fue que se mantuviera o se acrecentara el peso del capital monopólico extranjero en los principales rubros de la economía argentina; sin embargo, el hecho de que gozara de un trato privilegiado en detrimento del capital nacional tuvo poca trascendencia entre los economistas, políticos y académicos locales, salvo pocas excepciones. Aunque este comportamiento puede ser interpretado de muchas maneras, se percibe una fina manipulación para el adormecimiento y la subestimación del tema, junto con una sofisticada desinformación sobre cuestiones clave. Esto merece la atención de equipos interdisciplinarios para prevenir que queden en la penumbra valientes alegatos y páginas históricas de lucha contra todo colonialismo.

Indigna asimismo que las ideas que prevalecen en los claustros del país sean las que difunden las corporaciones transnacionales en las universidades de las metrópolis, donde se forman las élites de ejecutivos que vendrán luego a apropiarse de las riquezas y del trabajo de los argentinos. Algo debe indicar sobre la calidad y los propósitos de esa educación el tremendo fiasco de las figuras académicas más ilustres del imperio, que hasta último momento no detectaron el *tsunami* financiero que se avecinaba en el mundo capitalista en 2008.

Debe lamentarse, asimismo, la ausencia de una fuerte corriente política, económica y social que esté comprometida con la realidad nacional en toda su complejidad, que posea un criterio independiente y que, especialmente, sea sensible a los sufrimientos del pueblo. El

pensador comunista Héctor P. Agosti remarcaba que cuando avanza el proceso de la dependencia también nuestra subjetividad se ve afectada, enajenada, envuelta en las redes facilistas del posibilismo, de la sumisión, de la caída de los brazos, muchas veces no exentas de fatalismo. En el mejor de los casos pensamos que se puede tapar con las manos el cielo que se nos viene encima, en lugar de recordar aquel asalto al cielo de la Comuna de París (1871).

Las privatizaciones: el mayor cambio estructural

En el cambio estructural descripto sobresale el capítulo de las privatizaciones, materia de una abundante literatura y de brillantes investigaciones. Lamentablemente han prevalecido los enfoques económicos, técnicos y sociales que, si bien son muy importantes, carecen de la dimensión política y no hacen justicia al papel que las empresas estatales cumplían en una economía capitalista con predominio de intereses privados concentrados. Por ejemplo, entre las 500 empresas líderes estudiadas por el INDEC, las firmas estatales que al año 2000 habían sido privatizadas ascendían a un total de 84. De ese conjunto, solamente 10 permanecían en manos del capital nacional, aunque el capital extranjero tenía alguna participación en todas ellas, según informes oficiales. Las privatizadas generaban entonces el 35% del valor total de producción de las grandes empresas y operaban en sectores estratégicos, como el petróleo, el gas, la siderurgia, la petroquímica, las comunicaciones y el transporte, entre otros. El siguiente cuadro ofrece una idea del balance estrictamente económico de las privatizaciones.

Cuadro 4

Fondos recibidos por el Estado nacional y por los estados provinciales por la privatización de más de 60 empresas. 1990-1999 (en millones de dólares)

En efectivo (valor aproximado)	18.419
En títulos de la deuda pública a valor de mercado	4.654
Otros ingresos	776
Total	**23.849**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en el Informe sobre privatizaciones, Ministerio de Economía, 2000.

Además, el Estado se hizo cargo del pasivo de las compañías estatales en concepto de pagos a proveedores, indemnizaciones de personal

despedido, juicios pendientes y otros motivos por unos 20 mil millones de dólares, y autorizó considerables aumentos de tarifas. Para sus pagos en efectivo, algunos de los compradores requirieron créditos de la banca nacional, es decir que utilizaron ahorros del país para adquirir las empresas. En otros casos acudieron a bancos del exterior, pero en términos generales los fondos propios que invirtieron fueron escasos.

El valor actual de los bienes privatizados se estima entre 50 mil y 60 mil millones de dólares. Si se incluyen las reservas de petróleo y de gas, que fueron incorporadas al paquete de transferencias, ese total podría superar los 200 mil millones de dólares. El experto Adolfo Silenzi de Stagni estimó a fines de los años ochenta, citando trabajos de geólogos del exterior, que el potencial de la Cuenca Marina Austral y de la Cuenca de Malvinas podría superar al de los yacimientos petrolíferos del Mar del Norte.

Para completar esta idea aproximada del negocio de las privatizadas baste con saber que entre 1993 y 2000, solamente las dos empresas de telefonía básica, Telefónica de Argentina y Telecom, declararon ganancias por 8.400 millones de dólares, de los cuales casi el 80% fue distribuido entre sus accionistas y en gran parte remitido al exterior, y sólo 1.800 millones fueron reinvertidos en el país (Azpiazu y Schorr, 2004).

El "Informe sobre privatizaciones" de 2000 del Ministerio de Economía incluyó otros análisis reveladores (ver cuadros 5 y 6).

Cuadro 5

Privatizaciones según origen del capital

	Millones de dólares	**Porcentaje**
Capital nacional	7.787	33
Capital extranjero	16.062	67
Total	**23.849**	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en el Informe sobre privatizaciones, Ministerio de Economía, 2000.

Cuadro 6

Origen de los inversores externos en las privatizaciones. 1992-1999 (en %)

España	42
Estados Unidos	26
Chile	10
Francia	7
Italia	6
Otros	9
Total	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en el Informe sobre privatizaciones, Ministerio de Economía, 2000.

La conformación inicial de los consorcios adquirentes era tripartita: incluía inversores extranjeros, grupos económicos locales y bancos con sede en el exterior que eran tenedores de títulos de deuda externa que fueron utilizados en la compra. Con posterioridad tuvo lugar una reestructuración del capital, cuando muchos de los grupos económicos locales vendieron su participación a los socios extranjeros. Las empresas privatizadas tendieron a traer del exterior –de sus casas matrices– la mayor parte de los equipos, insumos y servicios técnicos, que fueron reemplazando bienes y servicios locales.

Las empresas privatizadas se endeudaron en el exterior por varios miles de millones de dólares que no se invirtieron en el proceso productivo, sino que se volcaron al circuito financiero. Mediante la pesificación de sus pasivos, las empresas obtuvieron luego un beneficio del orden de los 2 mil millones de dólares. Por distintas disposiciones oficiales, se mantuvo la dolarización de los ingresos y no se encaró una revisión integral de los contratos. El Estado aún hoy continúa entregándoles enormes subsidios para pagar los sueldos del personal o para realizar inversiones. En definitiva, dice el trabajo citado: "las compañías privatizadas han venido reclamando desde el mismo instante en que se decidió abandonar la convertibilidad el mantenimiento de condiciones de privilegio, con nulo riesgo empresario y ganancias extraordinarias" (Azpiazu y Schorr, 2004). Hasta ahora lo han logrado.

De 2002 a 2009, las utilidades y dividendos de las empresas privatizadas sumaron 7.536 millones de dólares, es decir, el 38% del total de utilidades y dividendos empresarios del período, que alcanzó 19.594 millones. En el mismo lapso, los intereses pagados por las privatizadas sumaron 5.830 millones de dólares, el 42% del total de intereses pagados.

No obstante, hay que considerar además otras consecuencias, las sociales y políticas, que excede cualquier valoración monetaria. Durante la etapa preprivatizadora, el gobierno hizo el "trabajo sucio" de despedir personal, en particular a los trabajadores más combativos, y modificó en forma regresiva las modalidades de trabajo. Con las privatizaciones fueron despedidos más de 300 mil obreros y empleados, gran parte de ellos con amplia experiencia, y muchos profesionales y técnicos especializados fueron reemplazados por personal extranjero. Además de la dispersión de los planteles, se produjo un vaciamiento significativo en lo que respecta a actividades científicas y técnicas que la etapa estatal sostenía, y se perdió un valioso acervo de conocimientos adquiridos.

A mediados de los años ochenta, el empleo en las empresas públicas representaba el 2,3% de la población económicamente activa (PEA). A fines de los noventa, apenas alcanzaba el 0,1%. Las privatizaciones repercutieron así enormemente en el aumento del desempleo, en el éxodo de comunidades enteras y en la quiebra de comercios e industrias en localidades donde dejó de operar YPF o ya no pasaba el tren. Se estafó a los empleados, quienes recibieron una participación en las empresas en forma de acciones, pero estas fueron administradas por el sindicato y por firmas privadas que las malvendieron. La larga lista de injusticias y perjuicios incluye la introducción de nuevas formas de corrupción en el movimiento sindical. Aquello que algunos llamaron "desprolijidades" no fueron otra cosa que las huellas de negociados sin precedentes en el país y en América Latina, que conformaron un conjunto de hechos que bastarían holgadamente para sentar en el banquillo a ministros y a otros altos funcionarios que intervinieron en las operaciones, así como a dirigentes sindicales, para acusarlos de traidores a la Patria.

Drásticos cambios en el segmento de las PYMES

Concentración, privatización y desnacionalización constituyen los principales rasgos del capitalismo argentino de las últimas décadas, y desde luego esto dejó su huella en el segmento de las PYMES, las empresas pequeñas y medianas de capital nacional.

En *Argentina: actual estructura económico social* publiqué un estudio sobre las clases y capas sociales, que para 1978 indicaba que la pequeña y mediana burguesía nacional comprendía a 3.079.780 personas, el 29,6% de la población activa del país en ese momento (Fuchs, 1982: 173 y 174). Esta categoría está formada por los propietarios de unidades productivas pequeñas y medianas del agro, la industria, el comercio y los servicios, es decir, las PYMES, y también incluye a los cuentapropistas y a los empleados privados y los funcionarios públicos con altas remuneraciones, así como a los profesionales independientes de ingresos altos y medios. La gran

burguesía, en cambio, está constituida por los terratenientes, los ejecutivos de empresas extranjeras, los dueños de grandes empresas locales y el personal jerárquico a su servicio. Sin considerar otras clases sociales, a fines de los años setenta la burguesía presentaba en Argentina la siguiente composición: pequeña y mediana burguesía, 89,7%; gran burguesía, sin la élite, 8,8%; y élite de la gran burguesía, 1,5%. En aquellos años el peso económico de la élite era ya evidente, y la pequeña burguesía todavía era numerosa. En cuanto a la gran burguesía, ya resultaba más apropiado describirla como local que como nacional.

Otro estudio que abarcaba toda la sociedad a finales de los ochenta y que fue publicado en *Las manifestaciones actuales de la cuestión social*, brindaba el siguiente panorama: clase alta a media alta, 6%; clase media típica, 24%; clase media baja, 42%; obreros no calificados y marginales, 28% (Pérez Sosto, 2005).

Así expuesta, no se percibe con claridad la composición de clases del país, un problema presente en muchos trabajos sociológicos que, sin proponérselo, desdibujan la realidad. Más útiles son, en cambio, los datos recopilados sobre la industria manufacturera en 2003 por el INDEC para el Censo Nacional Económico 2004/2005, los cuales permitieron clasificar los establecimientos según el número de trabajadores que empleaban.

Cuadro 7

Evolución de la ocupación y la producción en la industria. 2003

Escala de ocupación	Establecimientos	Asalariados	Valor de la producción
Total de la industria	**81.184**	**856.655**	**$ 216.574.356.000**
0-5 trabajadores	70,0%	7,3%	4,2%
6-10 trabajadores	13,0%	8,0%	3,4%
11-50 trabajadores	13,2%	26,0%	15,5%
51-100 trabajadores	2,0%	13,0%	9,8%
101 y más trabajadores	1,8%	45,7%	67,1%
	100%	**100%**	**100%**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en el Censo Nacional Económico 2004/2005, INDEC.

La Ley 24467, Decreto 148/99, considera que es una PYME la empresa que tiene hasta 40 trabajadores, límite que por negociación colectiva puede elevarse hasta 80 en ciertas actividades. En 2003, el 96,5% de los establecimientos fabriles tenían hasta 40 empleados. Estas empresas contaban con el 31,3% de los asalariados y alcanzaban el 23,1% del valor de la producción industrial total. El monto máximo de facturación para integrar la categoría es fijado por la Comisión Especial de Seguimiento, formada por tres representantes de la Confederación General del Trabajo (CGT) y tres de las organizaciones de pequeños empleadores, con un funcionario del Ministerio de Trabajo como presidente. Para 1995, los máximos de facturación anual para considerar a una compañía como PYME eran: sector agropecuario, 2,5 millones de pesos; industrial, 5 millones de pesos; comercial, 3 millones de pesos; y servicios, 4 millones de pesos.

Si bien aquel censo no discriminó entre capital nacional y extranjero, puede considerarse como una buena aproximación la proporción entre ambos que surge de la encuesta de las 500 empresas más grandes. Para 2003, cuando según el Censo Nacional Económico el valor agregado industrial sumaba 65.889 millones de pesos, entre las 500 mayores compañías las firmas industriales presentaban las siguientes proporciones, muy elocuentes para ilustrar el peso que el capital extranjero ya tenía en el sector.

Cuadro 8

Composición de la industria por origen del capital

	Empresas	Valor agregado (en millones de pesos)	Participación (en %)
Extranjeras	198	35.821	54,3
Nacionales	106	6.581	10,0
Total industriales	**304**	**42.402**	**64,3**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Encuesta Nacional a Grandes Empresas y en el Censo Nacional Económico 2004/2005, INDEC.

Aquel censo registró 81.184 empresas industriales, pero las que ocupaban más de 100 obreros eran apenas 1.518. La enorme concentración y el consiguiente control monopólico sobre el sector eran evidentes.

Según datos de mediados de la primera década de este siglo, el valor agregado de las empresas de capital extranjero había crecido más que el de las nacionales. Por lo tanto, se puede adelantar que sobre un universo de 80 mil empresas industriales registradas por aquel Censo

Económico, las de capital extranjero, unas 200 empresas, podrían alcanzar más del 60% del valor agregado total.

Las grandes empresas definen la vida económica argentina

A simple vista, las PYMES parecen ser protagonistas de la vida económica argentina. Hay organismos oficiales especializados en ellas; son mencionadas de manera constante en documentos y discursos políticos, sindicales y patronales, y ocupan espacios relevantes en debates parlamentarios y en análisis económicos. Sin embargo, su estructura, sus dificultades y sus perspectivas son en gran medida un campo de mera especulación, alejado muchas veces de la realidad. Por ello resultó valiosa una investigación privada sobre la estructura productiva de las PYMES difundida a mediados de 2008 por Claves Información Competitiva[3].

Partiendo de datos del INDEC, el informe indicaba que en Argentina había aproximadamente 1,6 millones de empresas activas. De ese total, más del 99% correspondía a la tipología PYME y no menos del 80% pertenecía al sector informal de la economía, según la oficial Secretaría de la PYME y Desarrollo Regional (SEPYME). Claves informó que existían 430.004 empresas formales, de las cuales 2.459 tenían entre 200 y 1.000 empleados, y precisó que sólo 402 declaraban contar con más de 1.000. Las demás, según este estudio, constituían el universo PYME.

Cuadro 9

Empresas formales, según clasificación de la SEPYME

Sector	PYMES	Grandes empresas	Total
Primario (agro, minería y pesca)	55.849	134	55.983
Industria	62.212	654	63.226
Comercio	103.044	43	103.085
Servicios	196.373	1.607	197.980
Sin clasificar	9.726	4	9.730
Totales	**427.204**	**2.440**	**430.004**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en SEPYME.

3 Ver <www.claves.com.ar>.

Cuadro 10

Empresas formales, según rango de facturación (en %)

Hasta 9 millones de pesos anuales	97,77
De 9 a 30 millones	1,81
Más de 30 millones	0,12
Total	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en SEPYME.

En resumen: el 99,43% de las empresas eran PYMES y sólo el 0,57% correspondía a grandes empresas. Asimismo, el informe subrayaba que las PYMES eran el sector más vulnerable a las deficiencias de los mercados en que operaban, así como a las políticas económicas y las regulaciones estatales vigentes, lo que se agravaba por su casi nulo poder de *lobby*. El estudio afirmaba también que estas firmas estaban perdiendo mercado frente a los productos importados, y que debían financiarse básicamente con recursos propios.

También en 2008 un artículo periodístico reveló que el 75% de los empresarios PYME no se acercaban a los bancos ni evaluaban las propuestas de crédito, aunque aquellos que habían recurrido a estos declaraban haber alcanzado una importante "tasa de éxito" (*Página/12*, 17 de agosto de 2008). Se verificaban así fenómenos ya insinuados en materiales anteriores sobre el tema:

a) Existen en Argentina muchísimas empresas pequeñas y medianas que se renuevan periódicamente pero que en conjunto experimentan una evidente disminución de su peso real en los sectores de la economía nacional en que se desempeñan.
b) La gran empresa tiene hoy una trascendencia nunca vista en la vida económica argentina.
c) Si se asocia esta concentración con el peso adquirido en el país por las empresas transnacionales monopólicas de capital extranjero se confirma que el proceso de extranjerización ha alcanzado en Argentina niveles inéditos.
d) La cantidad de empresas informales es enorme, lo que da idea de la magnitud que ha alcanzado la economía "en negro", hecho que no puede desvincularse del alto nivel de corrupción estatal y sindical, y de la persistencia de salarios más bajos que los establecidos en los convenios, así como de condiciones de trabajo peores, con la consiguiente degradación de la calidad de vida de los trabajadores.

Relacionando los datos del informe de Claves con la población activa, fue posible trazar un cuadro de la sociedad argentina. Así, a fines de 2007, para una población total de casi 40 millones, la estructura de clases y capas sociales era la siguiente, en cantidades redondeadas tomadas de las cuentas nacionales, del INDEC y de estimaciones propias:

Cuadro 11

Estructura de clases y capas sociales. 2007

Obreros y empleados ocupados	12.400.000	
Desocupados	1.800.000	
Subtotal	**14.200.000**	**(76%)**
Pequeña y mediana burguesía cuentapropista	3.200.000	
Pequeños y medianos patrones	600.000	
Familiares de patrones	150.000	
Subtotal	**3.950.000**	**(21,3%)**
Gran burguesía	350.000	(2,7%)
Población económicamente activa (PEA)	18.500.000	(100%)

El mismo estudio realizado a fines de 1980 con la misma metodología había revelado que el sector asalariado constituía el 68% de la PEA, y que la burguesía, incluidas todas sus capas, integraba el 32%, proporciones notoriamente distintas del 76% y del 24% de 2007.

La élite capitalista captura dos veces el total de los salarios del país

La élite de la gran burguesía está formada, en definitiva, por unas 75 mil personas, el 0,4% de la PEA, una estimación compatible con lo que indicaba el informe de Claves sobre el peso real del sector más rico de las clases dominantes. Ese núcleo exhibe su tren de vida de despilfarro y de excentricidades en torres de lujo o en barrios privados, algunos incluso con helipuerto propio, y vive rodeado de guardias, muros y sistemas de seguridad, como los feudales medievales, mientras acrecienta sus inmensas fortunas en el exterior, que en conjunto ya superan toda la deuda externa argentina. Pese a tanta notoriedad, su real

participación en el ingreso nacional no es fácil de precisar por el elevado entrelazamiento de los intereses y las fortunas, aunque la encuesta sobre ingresos de los hogares en la región metropolitana (Ciudad de Buenos Aires y partidos del conurbano) brinda datos elocuentes. La desigualdad queda en evidencia en forma palpable cuando se comparan los ingresos del décimo decil de la población, el 10% más rico, con los del primer decil, el más pobre.

Cuadro 12

Relación del ingreso entre el décimo y el primer decil

Años	1974	1980	2004	2006
Relación	12	11,9	31,7	35

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en EPH, INDEC.

En 1974, el 10% más rico de la población de la región metropolitana tuvo ingresos 12 veces superiores a los del 10% más pobre. A partir de 1980 esa tendencia se incrementó. En 2006, el decil más rico obtenía ingresos 35 veces superiores a los del decil más pobre, lo que se correspondería con las mayores concentración y centralización del capital registradas en el país (Grupo Sophia, 2006).

Está claro que el incremento de la desigualdad en Argentina, el aumento de la brecha entre ricos y pobres, no es un problema reciente sino de carácter estructural, que se arrastra desde hace muchos años. El Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) reveló en un estudio que la gran burguesía, es decir, "los terratenientes, los magnates financieros, los grandes industriales, los rentistas, en fin, la personificación del gran capital monopólico", más los altos ejecutivos y gerentes, constituían en 1960 el 2,8% de la PEA, y veinte años después se habían reconcentrado y representarían tan sólo el 0,7%. La entidad, que se basó en datos de los censos nacionales para realizar el estudio, alertaba sobre la dificultad técnica para incluir a los rentistas porque ellos integran la población "económicamente no activa" o bien son clasificados en función de otra actividad que desarrollen y no por sus "inversiones" (Iñigo Carrera y Podestá, 1985).

La concentración es confirmada por el INDEC en sus estudios sobre los ingresos de la población, que abarcan desde los trabajadores precarios y en blanco, los profesionales, los patrones, los jubilados, los cuentapropistas y los rentistas hasta aquellos que tienen un plan social. La entidad estatal aclara que por lo general las personas de mayores ingresos proporcionan datos muy inferiores a los reales. Ese ocultamiento también fue detectado por la CEPAL, que en un estudio

específico calculó que sólo en 1997 los hogares más ricos no habían declarado ingresos por 169.891 millones de pesos (Camelo, 1998). En 2007 la distribución porcentual de la renta nacional era la siguiente:

Cuadro 13

Distribución porcentual de la renta nacional. 2007 (en %)

Percibido por los asalariados (incluso los desocupados que reciben ayuda estatal)	20
Pequeña y mediana burguesía	25
Gran burguesía	55
Total	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en EPH, INDEC.

La concentración es más monstruosa aún de lo que se indica en el cuadro. Los 75 mil integrantes de la élite empresaria local y extranjera, que poseen las 500 mayores empresas del país, las grandes explotaciones de tierra y las empresas financieras, se llevan anualmente alrededor del 40% de la renta nacional, el doble que 14.500.000 trabajadores y sus familias. A su vez, es importante señalar que estos datos corresponden al movimiento declarado de las empresas en blanco. Existe además un alto porcentaje de ingresos "en negro", operaciones que no figuran en los balances. Una idea del volumen de esta economía no registrada la sugiere el hecho de que entre el 35% y el 40% de los trabajadores están empleados informalmente, sin la protección de las leyes laborales, sin aportes a la seguridad social; otros cumplen jornadas incompletas o realizan labores complementarias de otras actividades, los "tercerizados".

El gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) contrató a un organismo de la CEPAL para que estudiara la riqueza que producía el país, y después de tres años de investigación, el estudio estimó niveles casi tres veces superiores a los que presentaban las cifras oficiales. El total sería incluso mayor si al volumen anterior de los ingresos concentrados en pocas manos se le sumaran las ganancias especulativas no declaradas que se obtienen del dinero colocado en el exterior, o los ingresos reales que las principales firmas exportadoras del país obtienen por medio del comercio cautivo –el que se lleva a cabo entre las mismas empresas–, o los del comercio triangular, que ha dado pie a denuncias en los tribunales.

La irrupción de los nuevos pobres

Entre los estudios sobre el tema, sobresalen los siguientes trabajos del investigador Alberto Minujin, asesor de la Oficina Regional para América Latina del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF): "Estrujados. La clase media en América Latina" (Minujin, 1997) y *La nueva pobreza en la Argentina* (Minujin y Kessler, 1995). En estos estudios el autor afirmó que en la Argentina de 1970 más del 70% de la población se consideraba parte de la clase media, desde un obrero calificado hasta un empleado público de baja categoría, un mediano propietario rural o un profesional reconocido. Sin embargo, la crisis internacional de mediados de los años setenta, en el contexto de la dictadura y de una feroz represión, modificó significativamente ese panorama. Entre 1980 y 1990, la sociedad en su conjunto perdió más de un cuarto de sus ingresos: el ingreso medio de los hogares del Gran Buenos Aires cayó un 22%; los maestros perdieron un 28%; los trabajadores públicos, un 32%; los pequeños comerciantes, un 36%, y los demás sectores no concentrados sufrieron pérdidas en proporciones similares.

La metodología utilizada por Minujin consistió en comparar los ingresos con la línea de pobreza y en registrar las necesidades básicas insatisfechas (NBI): vivienda, agua potable y saneamiento, educación básica, atención de la salud y capacidad de subsistencia. Así, distinguió tres grupos de hogares: pobres estructurales, nuevos pobres y no pobres. La pobreza estructural comprende a quienes históricamente vivieron en condiciones de pobreza, un segmento cuya situación ha empeorado, mientras que los nuevos pobres son quienes en los últimos años fueron perdiendo acceso a los servicios esenciales. Esta última categoría, que era prácticamente inexistente en 1974, pasó del 4,2% en 1980 al 18,4% en 1990.

Según el autor, este fenómeno fue un resultado de las privatizaciones, que promovieron el encarecimiento, el deterioro o la desaparición de prestaciones tradicionalmente estatales como la escuela, el hospital y otros servicios públicos. A ese cuadro se sumó en 2001 la expropiación de los ahorros de buena parte de la pequeña burguesía en favor de los bancos, mediante el "corralito" y el "corralón". Situación que no fue consecuencia de ninguna revolución, el fantasma que el sistema siempre agita para sembrar el miedo al cambio, sino del pleno funcionamiento de las leyes del capitalismo en su etapa actual. El empobrecimiento, individual o familiar, significa también un cercenamiento de los derechos, un deterioro de la ciudadanía y, por ende, una degradación de la democracia.

Minujin señaló que el descenso del ingreso real de los asalariados es consecuencia de la caída del poder adquisitivo del salario, la pérdida de horas extras, la desocupación parcial o total, el trabajo en

negro, la flexibilización de los contratos y la precariedad, entre otros factores. Asimismo, entre los cambios ocurridos en las últimas décadas que incidieron en la degradación del nivel de vida de los trabajadores y de la pequeña burguesía, mencionó la concentración económica, las reglas del "libre mercado" y la apertura. Señaló el aumento de la extrema riqueza como la contracara del empobrecimiento, pero descartó la idea de una sociedad dual, pues no hay dos mundos separados, el de los integrados y el de los excluidos, y opinó que todo incita a profundizar el análisis de los cambios en la estructura social.

Este experto describió bien los cambios pero lamentablemente se quedó a mitad de camino por no indagar en el modo de producción imperante en la Argentina, el grado de transnacionalización de la economía, el fortalecimiento de la burguesía terrateniente ni –aspecto clave- las características actuales de la especulación financiera por parte del capital monopólico transnacional.

La marcha errática de la industrialización argentina

En un documento de trabajo titulado "El proceso de industrialización en la Argentina en el período 1976-1983", Bernardo Kosacoff (1984) describió el desenvolvimiento fabril desde la crisis del treinta hasta el golpe de Estado de 1976, un desarrollo que fue dirigido básicamente al mercado interno y alentado por un fuerte proteccionismo. Afirmó que ese "desarrollo industrial protegido" conformó una estructura altamente diversificada y oligopolizada. Las empresas extranjeras, especialmente después de fines de la década del cincuenta, jugaron un papel central en este proceso, llegando a participar en un tercio de la producción industrial, en las actividades más concentradas y dinámicas.

Kosacoff indicó luego que el crecimiento de la participación industrial en la economía del país tuvo una tendencia errática, proveniente en casi todos los casos de las restricciones en el balance de pagos. Frente a estas limitaciones externas, el sector industrial se encontró limitado en su crecimiento, debido a la dependencia de insumos importados y a su escasa participación en los mercados externos por su falta de competitividad internacional. En el período 1964-1973, la industria experimentó un crecimiento continuo con caída de los precios relativos del sector industrial, asociado a un aumento de la productividad por el incremento de las exportaciones industriales y del tamaño medio de los establecimientos. Los sectores metal-mecánico, químico y petroquímico fueron los más dinámicos. Con la participación de tecnología y de firmas extranjeras produjeron un fuerte cambio estructural en el sector industrial.

El autor también destacó que la política económica instalada en marzo de 1976 había cambiado profundamente las orientaciones de la

industria. Tal política asignaba el papel fundamental al mercado y un rol subsidiario al Estado, disponía la apertura externa y la eliminación de regulaciones, subsidios y privilegios. La vinculación con el exterior era un aspecto central de esta política, que se caracterizó por la apertura comercial, la liberalización del movimiento internacional de capitales y el abandono del control oficial de la tasa de interés. Asimismo, el documento de Kosacoff brindó un análisis del "proceso de la desindustrialización" argentina que sobrevino entonces. Una lectura crítica de ese análisis permite observar:

a) No mencionaba la situación de las industrias antes del treinta, ni en manos de quiénes estaban, ni tampoco refería al papel de la dominación inglesa o a la Década Infame.
b) No hacía referencia al papel de la economía agraria, a su estructura ni a sus relaciones financieras.
c) Atribuía la desindustrialización a problemas externos e internos, como la balanza de pagos y el proteccionismo.
d) Ignoraba los movimientos sociales, la lucha de clases en el campo y en la ciudad, y su incidencia en el desarrollo industrial.

Kosacoff también escribió el libro *Hacia un nuevo modelo industrial*, en el cual analizó los cambios registrados en el desarrollo industrial argentino. En el capítulo 2 de esa obra el autor afirmó que "la aplicación del enfoque monetario del balance de pagos –en diciembre de 1978– fue el punto de quiebre del modelo de industrialización anterior" (Kosacoff, 2007). Ese enfoque asignó suma importancia al desequilibrio originado por el desbalance entre la corriente de ingresos que el país estaba en condiciones de generar y la magnitud de los compromisos de pagos externos que el stock de la deuda existente imponía. También tuvo en cuenta el deterioro de los términos de intercambio que erosionó fuertemente el esfuerzo exportador.

Al analizar la década del ochenta, Kosacoff destacó que tres programas económicos, el Austral, el Primavera y el Bunge y Born, trataron de mejorar la situación y de enfrentar las dificultades, pero sin resultados satisfactorios. Sin embargo, de 1980 a 1990 hubo una evolución poco alentadora de los principales indicadores económicos, con un alto costo social del proceso de ajuste. La industria no sólo redujo su participación en el PBI, sino que a su vez se produjo una profunda transformación en el tejido industrial debido a la concentración y la heterogeneidad estructural, con cambios significativos en la especialización industrial. Kosacoff afirmó que esos cambios tuvieron lugar en una estructura industrial diversificada por la política de sustitución de importaciones, y señaló que a diferencia de lo que ocurre en las sociedades más industrializadas, existían dos rasgos locales característicos de la mayoría de los países de industrialización intermedia: un escaso desarrollo de la

industria de bienes de capital y de bienes intermedios (aluminio, papel, acero, petroquímica) y una pobre inversión en ese tipo de bienes.

Según cálculos de Kosacoff, entre 1976 y 1990 la actividad industrial cayó un 25%, en un contexto de baja productividad, y se redujo su participación en el PBI del 28% al 20,7%, lo que no impidió notorios aumentos en la producción de las industrias metálica y química, y en algunas ramas de la alimenticia. Esa evolución se dio en un marco caracterizado por el estancamiento de la demanda nacional y un mayor dinamismo exportador de productos industriales. En tanto, se verificaron un aumento de la desocupación obrera y la consecuente pérdida del poder sindical, un incremento de la tercerización, una mayor concentración de las grandes empresas con expulsión de mano de obra, y una notable caída de las remuneraciones en el ingreso nacional del 45% en 1974 al 32% en 1990.

Al mismo tiempo se produjo una disminución de las inversiones en maquinaria y en equipos en el sector industrial, y en algunas provincias persistieron los sistemas de promoción industrial, entre los cuales se destacó el de la industria electrónica de consumo, una actividad de escasa integración con ínfima participación de la ingeniería local, dominada por los grandes grupos económicos y las subsidiarias de empresas transnacionales. El autor mencionó también la "apertura general inédita históricamente", con gran reducción de aranceles, y mencionó como ejemplo los cambios en la industria automovilística, que presenta un alto contenido importador en los productos finales, los cuales son colocados en gran escala en el MERCOSUR según el esquema de la estrategia global de las casas matrices del exterior. También destaca que aumentaron notablemente las ventas externas de aceites vegetales, pescado y otros productos de bajo valor agregado, en una evolución asociada con la globalización de las empresas transnacionales, en un marco de deterioro del mercado interno.

La década del noventa, caracterizada por la convertibilidad, mereció especial atención. Sus ejes fueron la estabilización monetaria, la privatización de empresas estatales o la concesión de servicios públicos, la apertura comercial y la renegociación de la deuda externa. Además se registraron varios impactos negativos del exterior, como las devaluaciones mexicana y brasileña, la crisis rusa y la caída de precios de los productos que tradicionalmente exporta el país. En contraste, también se produjo un voluminoso ingreso de capitales del exterior, pero, a diferencia de lo ocurrido en períodos anteriores, la mayor parte de los fondos se destinaron a la compra de activos existentes, tanto estatales como privados. Kosacoff sostuvo, en resumen, que las características principales del período fueron la disminución del número de empresas productivas, muchas de ellas PYMES, el aumento de la concentración y la extranjerización de la economía.

El colapso de la convertibilidad en 2001 fue acompañado de una profunda recesión económica y de aumentos brutales en el desempleo, la pobreza y la indigencia, en medio de una crisis política de envergadura, el aumento de la conflictividad social, la salida de fondos al exterior, la vulnerabilidad de la economía ante los vaivenes externos, el cese parcial de los pagos de la deuda externa y el derrumbe del sistema financiero. A partir del segundo semestre de 2002 se produjo una intensa recuperación, con un ascenso de las exportaciones por habitante, si bien, como señaló Kosacoff, "este dinamismo no generó condiciones para un desarrollo económico sustentable y con empleo decente". La devaluación de comienzos de 2002 "produjo una fenomenal transferencia desde los asalariados y otros sectores de ingresos fijos al resto de la economía y generó una extraordinaria recuperación de los márgenes de rentabilidad operativa de las empresas industriales" (Kosacoff, 2007). Hubo una caída de la participación de la masa de salarios en el valor agregado y un aumento sustancial de las utilidades de sus empleadores, como señala la Encuesta Nacional a Grandes Empresas del INDEC.

Dado el prestigio de Kosacoff y su influyente posición de director de la CEPAL, resultan importantes sus opiniones y propuestas para el desarrollo de un nuevo modelo industrial. Por ejemplo, entre las asignaturas pendientes para contar con una base sólida el economista incluyó la capacidad de acceder a niveles crecientes de competitividad y de mantenerlos en el largo plazo. Estableció que para alcanzar este objetivo eran de suma importancia las políticas públicas, junto con la actividad privada y el replanteo del papel de la empresa en el sistema económico, todo ello con vistas a lograr una mayor demanda de empleo. Consideró que el 0,4% del PBI que se invertía en investigación y en desarrollo era insuficiente, y advirtió que "la creciente participación de las empresas transnacionales no estuvo asociada con aportes mayores de investigación y desarrollo, ni con el fortalecimiento de los encadenamientos productivos" (Kosacoff, 2007).

Kosacoff expuso una "nueva teoría del crecimiento económico", en la cual identificó tres ejes: 1) fomentar el empresariado privado innovador, la inversión en educación y un mejor funcionamiento de los mercados de capital; 2) estimular la cooperación intrafirma e interfirmas, y con instituciones sectoriales, regionales y locales; y 3) promover la competencia mediante la apertura de los mercados y la transparencia. Consideró que Argentina tenía un "desarrollo intermedio" y que debía construir "el mercado" con políticas públicas y cooperación entre las empresas, por medio de la especialización individual, el desarrollo de las cadenas productivas y una mayor demanda del empleo. En ese contexto propuso fortalecer una base empresarial nacional, alcanzar un mayor derrame de la inversión extranjera directa y atraer nuevas inversiones. Agregó que con esas y otras medidas, las cuales detalló,

mejoraría la calidad de la participación del capital extranjero, que alcanzó altas proporciones, y se suplirían así la ausencia de un Estado productor y la disminución notable de empresas nacionales, tanto grandes como PYMES.

El trabajo de Kosacoff indagó las causas de lo ocurrido en un período económico de grandes cambios y analizó la aparición de nuevos actores en un mundo globalizado inestable y conflictivo. Su estudio constituyó un aporte de gran mérito y de suma actualidad para tomar posición ante una realidad a veces inédita, y al mismo tiempo formuló propuestas y alternativas novedosas. Sin embargo, cabe formular algunas reflexiones desde el punto de vista marxista, con espíritu constructivo y, por supuesto, siempre sujetas a debate.

En primer lugar, un enfoque dialéctico materialista habría permitido enhebrar en forma más precisa la información que el autor proporciona, y ello habría facilitado la identificación de los factores que han desempeñado y que aún cumplen un papel decisivo, separándolos de cuestiones secundarias, casuales o coyunturales que aparecen en toda situación compleja, o que son intencionalmente puestas en escena por los intereses dominantes para distraer la atención científica de los problemas fundamentales. Por ejemplo, esto sucede al considerar los aspectos monetarios y fiscales, las políticas gubernamentales o el comportamiento de otros sectores de la economía nacional, sin mencionar otras manifestaciones inspiradas por el polo dominante en la sociedad, las cuales abundan en las crisis y que, si bien pueden tener su importancia y hasta cierta independencia, en la mayoría de los casos velan las causas últimas, más profundas y estructurales, de los fenómenos y procesos.

En el trabajo de Kosacoff, lo anterior se verifica también en el tratamiento del proceso histórico. Argentina, como pocas naciones en el mundo, ha sido centro de experimentación de políticas burguesas de las más variadas, que dejaron serias secuelas en la sociedad. La irrupción violenta del neoliberalismo con el terrorismo de Estado merecía mayor atención, y la sigue mereciendo por tratarse del instrumento más peligroso y criminal al que haya acudido el capital monopolista transnacionalizado para preservar y ampliar sus posiciones en el mundo globalizado. Por otra parte, no se puede abordar la cuestión industrial sin considerar su estrecha relación con el agro y los profundos cambios que experimentó, siempre bajo el dominio de monopolios extranjeros y terratenientes, que se ha potenciado como pocas veces en la historia argentina. El libro tampoco indagó por qué fue vendida una cantidad tan considerable de grandes empresas de capital local, que llegaron a reunir casi el 20% de la producción industrial. Otra crítica consiste en que el trabajo omitió que la dependencia no sólo hizo al país más vulnerable, sino que sus efectos calan hondo en nuestra sociedad y se manifiestan a cada momento. Por último, como las propuestas

de Kosacoff no desbordan el sistema capitalista, no se le puede exigir que considere su naturaleza expoliadora, pero tampoco puede omitirse en la crítica la ausencia de referencia a esa naturaleza.

Una burguesía terrateniente transnacionalizada

En los 28 tomos que integran el trabajo titulado *Componentes macroeconómicos, sectoriales y microeconómicos para una estrategia nacional de desarrollo*, preparados por la CEPAL por encargo del Ministerio de Economía con financiamiento del BID y publicados en 2003, el estudio sobre "Lineamientos para fortalecer las fuentes del crecimiento económico" hizo referencia a las "debilidades del modelo productivo". Respecto de los cambios en el agro argentino, allí se afirmó que "el proceso de toma de decisiones –respecto de las cuestiones tradicionales de qué, cuándo y cómo sembrar– se ha desplazado fuertemente desde el productor al proveedor de insumos", muy lejos de la situación del pasado en que el sector público cumplía un papel central. Esta pérdida de decisiones por parte del productor agropecuario ilustra los cambios operados en el agro argentino en todos los sectores que intervienen en la producción y la comercialización, así como en la propia composición de clases.

El latifundio, la propiedad privada de grandes extensiones de tierra, característica de la colonización española y resabio de sistemas anteriores al capitalismo, ha permanecido a lo largo de la historia argentina como un estigma. Sin embargo, no significa lo mismo su presencia en la época feudal que en el mercantilismo de los inicios del modo de producción capitalista, ni representó lo mismo cuando el capitalismo se transformó en el sistema dominante mundial y alcanzó su etapa imperialista, transnacional y especulativa, y con alcance global. Esto ha dado lugar a largos debates entre historiadores, economistas y sociólogos argentinos, pero lo que importa aquí es la inserción actual del latifundio en el capitalismo argentino, así como algunas de sus particularidades. Asimismo, cabe aclarar que considerar sólo la cantidad de tierra en propiedad no es suficiente para indicar su peso real en la economía, pues esa perspectiva dejaría de lado el análisis de factores como su incidencia en la producción, el grado de tecnificación y la ocupación de trabajadores, entre otros.

El historiador y médico César Augusto Cabral escribió que en el siglo XIX se gestó la subordinación de la Argentina al imperio inglés.

> Esa política pudo articularse por la permanencia de la estructura económica heredada de la colonia. En lo fundamental esa estructura era una combinación "sui generis" de dos sistemas interdependientes: a) el latifundio y su consecuencia obligada, la

> ganadería extensiva, a campo abierto, y el atraso fomentado de la agricultura, y b) la formación de un capital comercial, fundamentalmente extranjero, rapaz y expoliador. Esta conformación es la que permitió que las mercancías extranjeras destruyeran la economía artesanal, sobre todo de las provincias interiores, sin que ella pudiera ser reemplazada por el modo capitalista de producción (Cabral, 1979: 32).

En la actualidad, las estadísticas muestran el grado de concentración de la propiedad agraria. Dado que la información del Censo Nacional Agropecuario de 2008 aún estaba en proceso al prepararse este libro, se compararon datos del Censo de 2002, que registró 333.532 explotaciones rurales, con el anterior Censo de 1988, que contabilizó 87.689 unidades más.

- En 2002, el 2% de los productores acaparaban el 55% de la tierra, con un promedio de 15.000 hectáreas cada uno. Por otro lado, el 85% de los productores apenas reunían el 10% de la tierra, a razón de 80 hectáreas por cabeza. Considerando además que en el segmento concentrado varias explotaciones podían tener un mismo dueño, puede afirmarse que unos 4 mil propietarios poseían en conjunto más tierra que la correspondiente a la superficie de varios países europeos. Algunos estudios afirman además que 50 de las familias llamadas tradicionales, con estrechos lazos de parentesco entre sí, disponen en conjunto de entre 35 y 40 millones de hectáreas.
- En la década del noventa y según una legislación que el Congreso recién revisó en diciembre de 2011, se aceleró la venta de grandes extensiones a capitales extranjeros, desde productores hasta poderosos grupos especulativos. Cabe mencionar algunos casos: 500 mil hectáreas se vendieron en Mendoza a capitales malayos y 800 mil más están en venta, 40 mil fueron compradas en San Luis por grupos italianos en la zona del dique Las Carretas, 2 millones se pusieron en venta en San Juan, 100 mil fueron vendidas en Catamarca a un grupo holandés, 1,4 millones se vendieron en conjunto en Formosa, Chaco y Corrientes. También se vendieron 130 mil hectáreas en Santa Fe, 100 mil en Entre Ríos, 2,4 millones en Salta, 100 mil hectáreas de bosques en Tierra de Fuego, y 172 mil en Misiones a grupos chilenos. Estos casos se suman a las resonantes adquisiciones de los grupos Benetton, Lewis, Turner, Tompkins, Cresud (Soros), Netis Impianti, Salentin, Thysen, Radici y Liang, entre otros (Pengue, 2007).
- Según sostuvo Walter Alberto Pengue, entonces director del Programa de Economía Ecológica de la Facultad de Arquitectura de la UBA, en un artículo publicado en *Le Monde diplomatique*

(2007), "se estima que 17 millones de hectáreas están hoy en manos de capitales foráneos y que aproximadamente el doble estaría en venta tanto aquí como en el extranjero". Señaló además que tierras como las argentinas escasean en el mundo, porque además de las enormes ventajas que brindan en la producción agropecuaria, permiten el acceso a recursos naturales no menos importantes como agua, biodiversidad, minerales, petróleo y el propio espacio vital. Otro dato destacado es que una hectárea de tierra productiva cuesta en Estados Unidos o en Europa de tres a cuatro veces más que en Argentina en promedio.

- Asimismo, el sector terrateniente ha incorporado nuevos actores, y otros no tan nuevos aumentaron sus tenencias: Eduardo Elsztain, Oscar Alvarado, Alberto Guil, Carlos Reyes Terrabusi, Eduardo Eurnekian, Gabriel Romero, Jorge Brito, Franco Macri, el Grupo Uno (Daniel Vila y José Luis Manzano) y algunos dirigentes sindicales.

¿Qué sucedió en tanto con el minifundio, que ha acompañado históricamente al latifundio? ¿Qué proporción de tierra permanece sin cultivar y por qué? ¿Mantiene el latifundio el doble carácter de propiedad privada y monopólica bajo el dominio del capitalismo? ¿Continúa el latifundio colocando su sello de atraso en toda la vida económica, social y política del país? A fines de los setenta, el docente e investigador Alberto Kohen calculó que entre minifundistas y productores que arriendan se necesitarían 43 millones de hectáreas para lograr su viabilidad productiva (citado en revista *Problemas de Economía*).

Según una publicación del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) titulada *El sector agroalimentario argentino 2000-2005*, entre 1970 y 2005 la producción de granos (valorizada) aumentó un 523%, los rendimientos crecieron un 169% y las áreas cosechadas se ampliaron un 132% (Obschatko et al., 2006). El documento agregaba que se expandió la frontera agrícola y que el empleo agropecuario alcanzó 920 mil puestos. Otros analistas estimaron que en ese período entre el 30% y el 35% del total de la mano de obra del país estaba ocupada directa e indirectamente en la agroindustria.

Los cambios tecnológicos y de organización fueron importantes: incorporación de la semilla de soja genéticamente modificada, desarrollo de la agricultura de precisión, adopción del sistema de siembra directa, incorporación de nuevos insumos, control de plagas e investigación en biotecnología. Además se generalizó la noción de cadena agroalimentaria o cadena productiva, se extendieron los nuevos enfoques de la actividad que incorporan múltiples interacciones y socios, y se amplió la capacitación. Sólo entre 2000 y 2005, la exportación agropecuaria creció el 62% y se batió 7 veces consecutivas el récord de cosecha de granos, que llegó a 100 millones de toneladas anuales.

El cuadro es impresionante. Supera en la realidad todo lo que se proyectó desde mediados de la década del cincuenta del siglo pasado, fuera bajo gobiernos civiles o militares, y sin embargo permanecen abiertos tremendos interrogantes. ¿Permitió semejante éxito abaratar los alimentos para el pueblo argentino? ¿Quiénes son los beneficiarios de este logro? ¿Abandonó la burguesía terrateniente su ostracismo y empezó a realizar grandes inversiones? ¿Se pasó de la producción extensiva a la intensiva?

La primera y grave conclusión muestra que como consecuencia de los cambios en el agro el pueblo argentino ha perdido la soberanía alimentaria. Cuando la CEPAL en su voluminoso trabajo sobre los componentes de una estrategia de desarrollo revelaba que no era en el país donde se decidía qué y cómo producir, obligaba a preguntarse quiénes controlan y organizan el complejo tecnológico y las innovaciones en la producción agropecuaria (CEPAL, 2003). Un grupo reducido de grandes empresas transnacionales encabezadas por las estadounidenses Monsanto, Cargill y Syngenta monopolizan y dirigen desde la investigación hasta la producción de semillas, herbicidas, fertilizantes y otros insumos bajo su control, porque fueron patentados internacionalmente, y de este modo ejercen y extienden su dominio sobre la zona productora argentina, considerada como una de las más fértiles del mundo.

Esta neocolonización no hubiera podido llevarse a cabo sin el visto bueno de gobiernos que alentaron esas actividades mediante la promoción de ventajas impositivas y de créditos y por medio de la concesión de exclusividades para realizarlas. Así sucedió particularmente en la década del noventa, cuando la industria nacional de semillas fue arrasada y la de maquinarias fue vapuleada, mientras se debilitaba política y financieramente al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), valiosa institución oficial que había llegado muy lejos en la investigación y la elaboración de nuevas tecnologías para aumentar la productividad. Sin embargo, no era suficiente la complicidad de los gobiernos de turno, era preciso contar con otro importante actor: los grandes propietarios de tierras. La sagrada familia de la burguesía terrateniente, que se apropió de esas tierras despojando a sangre y fuego a sus dueños ancestrales, no vaciló en mandar al museo los uniformes de ilustres patriotas y se asoció con los monopolios transnacionales, poniendo a su disposición el patrimonio más preciado y vital de la Argentina, el territorio nacional.

A cambio de la implementación del paquete tecnológico y de los nuevos descubrimientos en biotecnología, las empresas transnacionales adquirieron también grandes extensiones de tierra y fueron expandiendo su control a los puertos, el transporte y las compañías financieras y de seguros, y así se fueron apropiando del gran botín de las exportaciones y de todo el comercio exterior. Además, a través de

entrelazamientos con fondos de inversión, incluido algún "fondo buitre", quedaron vinculadas por hilos no siempre visibles con el negocio monopólico de los supermercados minoristas y mayoristas, y llegaron de ese modo a la propia mesa del consumidor argentino, ejerciendo su poder para fijar precios, condiciones y calidad de los productos.

La acumulación de poder mediante el control de los alimentos

Al considerar en su conjunto el despliegue de las transnacionales monopólicas, lo más destacado y preocupante son sus vínculos cada vez más robustos con la burguesía terrateniente y su control del comercio exterior argentino.

La estructura económico-social y la evolución de la Argentina capitalista se habían desenvuelto para constituir una economía complementaria del imperio inglés, que absorbía gran parte de las exportaciones del agro argentino. En cambio, Estados Unidos, con su gran producción agropecuaria y con su consiguiente peso en el mercado mundial, no sólo no compraba los productos argentinos sino que los desalojaba de mercados tradicionales, lo que provocaba constantes fricciones con sectores de la burguesía terrateniente.

En el documento programático elaborado por el CEA ante el golpe de 1976, ese tema estaba previsto. En el discurso de presentación del programa económico de la dictadura, el 2 de abril de ese año, José Alfredo Martínez de Hoz afirmó que "así como las naciones exportadoras de petróleo se han constituido en factor de poder internacional, en un futuro no lejano los países exportadores de alimentos pueden encontrarse en situación muy parecida, de adquirir una posición predominante como factor de poder en el concierto mundial de las naciones".

La utilización de las exportaciones agropecuarias como un factor de poder no era un proyecto original de Martínez de Hoz. Estados Unidos, que tiene el mayor peso específico en el comercio mundial de granos, hacía tiempo que había comenzado a interesarse en el poder que tendría a su disposición si lograba monopolizar la producción y el comercio mundiales de productos alimenticios. Llamaban esta política el *agropower*. Un informe de la CIA trazaba esa perspectiva en aquellos años: "En las próximas décadas aumentará la dependencia del mundo de los excedentes estadounidenses, pudiendo presagiarse un aumento de poderío e influencia estadounidenses, particularmente en función del déficit alimentario de los países pobres" (CIA, 1974; traducción propia).

En su mira entraban también las extensas praderas de Argentina y de los países vecinos, particularmente la potencialidad agrícola y ganadera de la Cuenca del Plata, que incluye la región pampeana, las provincias del noreste argentino y los territorios de Paraguay,

Uruguay y el estado brasileño de Río Grande del Sur. Un estudio de la Organización de los Estados Americanos (OEA) señalaba que se trataba de una de las áreas ganaderas de mayor potencialidad del mundo, con alrededor de 105 millones de hectáreas y más de 100 millones de cabezas de ganado vacuno y ovino (Campal, 1972).

Los estrategas imperiales no se limitaron a las predicciones. El Banco Mundial, presidido por el ex secretario de Defensa estadounidense Robert Mc Namara, hizo en esa época un estudio sobre la producción argentina de granos para los siguientes 20 años y pronosticó que podría llegar a 100 millones de toneladas anuales, si se tomaban medidas económicas, financieras y tecnológicas para hacer realidad esos pronósticos, en un marco económico de libre empresa, sin rozar siquiera el sagrado derecho a la propiedad, lo que en este caso implicaba salvaguardar las grandes propiedades de tierra de la oligarquía. Estados Unidos planeaba de esa forma expandir, cuando lo creyera conveniente, sus fronteras agrarias, y colocar bajo su influencia política y económica a zonas que de otro modo podrían eventualmente quebrar su hegemonía en esta materia.

En su libro *Quince años después*, Martínez de Hoz (1991) dijo textualmente: "En la actualidad pueden decirse cosas que no se podía en 1976-1980. Pero la acción de aquella época indudablemente sentó las bases para que pudieran llevar a cabo el programa actual". Y se deshizo en elogios a la política de apertura del gobierno de Carlos Menem, a las privatizaciones, a los acuerdos con el FMI y con el Banco Mundial, al ingreso en el Plan Brady, que legitimó la falsa deuda externa contraída en la época de la dictadura cuando él ejercía la conducción de la economía, y a las enormes concesiones al capital financiero transnacional. En la última página, el ministro de Economía de la dictadura confesó que "cuando el presidente Videla hablaba públicamente de los 'herederos del proceso' era evidente que tenía en mente algún tipo de forma de legitimación política que permitiría la consagración por las vías constitucionales de las grandes reformas económicas y sociales que se estaban llevando a cabo" (Martínez de Hoz, 1991). Los hechos posteriores demostraron con contundencia que no se había equivocado.

Hubo una explosión agraria, con sus crecientes cosechas, el aumento considerable del rendimiento de la tierra, la expansión de la frontera agrícola, precios internacionales oscilantes pero con tendencia al alza, grandes volúmenes de exportación que generaron enormes saldos positivos en la balanza de pagos, y términos de intercambio favorables durante varios años. Se conformó un cuadro inédito en Argentina que encandiló a muchos economistas y políticos, y entusiasmó a pequeños y medianos productores, así como a emprendedores de numerosas actividades vinculadas. Todo indicaba además que se había iniciado una etapa de gran demanda de los productos argentinos en

el exterior, máxime teniendo en cuenta las ventajas comparativas del país tanto por la calidad del suelo, a pesar del deterioro sufrido, como por los bajos costos en relación con países competidores, la incorporación de alta tecnología y la aparición de nuevos compradores –como la República Popular China, con 1.300 millones de habitantes con un nivel de vida en continuo ascenso–, que no son sólo ocasionales.

Una vez más, el análisis exige pasar la prueba de no enredarse en hechos secundarios. Sin que importe el orden de presentación, el examen de los cambios registrados pone de manifiesto los siguientes ejes principales:

- El monocultivo. La producción de soja abarca entre el 50% y el 60% de la producción de granos y utiliza grandes extensiones. Confirma que bajo nuevas formas y contenido sigue vigente una característica secular del agro argentino, que provocó fuertes reducciones en la superficie sembrada de algodón, porotos, arroz y otros cultivos, el desplazamiento del maíz de la zona agrícola principal y la marginación de la ganadería a zonas extrapampeanas.
- La concentración. La modernización e incorporación de alta tecnología fue precedida por la desaparición de 85 mil explotaciones pequeñas y medianas de hasta 500 hectáreas, y por un aumento de las de mayor tamaño. Entre 2002 y 2008 desaparecieron otras 57 mil explotaciones, según los censos oficiales.
- La globalización. Con la sojización, la mayor parte de la actividad productiva queda integrada a la dinámica de los circuitos internacionales, sujetos a elementos exógenos.
- La tierra. En este proceso el precio de la tierra llegó a niveles inéditos, y la renta absoluta, la que se obtiene solamente con el título de propiedad, ha llegado a absorber entre el 20% y el 25% del precio final de la producción.

Esta valorización, así como las condiciones de producción caracterizadas por un enorme encarecimiento de los fertilizantes, las semillas y el transporte, más la falta de crédito accesible para los pequeños productores, han llevado a muchos pequeños y medianos chacareros, quienes poseían 25, 50, 100, 200 hectáreas y a veces más, a abandonar la producción y dedicarse a arrendar su tierra, transformándose en rentistas. Enrique Martínez, entonces presidente del INTI, planteó en un artículo sobre los nuevos actores del agro argentino un ejemplo de la disyuntiva que se le presenta a un propietario de 50 hectáreas: "¿Me quedo con 25.000 dólares por año de renta fija arrendando para trigo-soja o aspiro a unos 40.000 dólares por año trabajando la tierra? La primera variante habilita al pequeño chacarero a intentar una empresa urbana, comercial o inmobiliaria, con menos esfuerzo y

riesgo. La segunda variante produce un mayor retorno pero obliga a correr detrás de contratistas o cosechadores cada vez más seducidos para trabajar al servicio de los grandes grupos. Muchos han optado por el primer camino" (Martínez, 2008).

La actualidad de las empresas monopólicas transnacionales incluye la especulación financiera entre sus actividades habituales. En el agro aparecieron en los últimos años los "*pools* agrícolo-ganaderos" y "*pools* de siembra", grupos que administran aportes de inversionistas, de capital, de tierra o de servicios para la producción, que pueden alcanzar grandes volúmenes. Su actividad abarca desde contratos accidentales por cosecha hasta sociedades regulares, sociedades de hecho, uniones transitorias de empresas, fondos de inversión y fideicomisos, en un creativo despliegue de formas para esquilmar al pueblo en una rama estratégica como la alimentación.

Este aspecto también fue abordado por Martínez, quien advirtió que "la despoblación rural y el empobrecimiento de los sectores de servicios de los pueblos del interior son consecuencias directas del nuevo modelo. El bajo interés por las rotaciones; el riesgo de contaminación hídrica por exceso de nitratos o fosfatos; el riesgo asociado a la diseminación sin ton ni son de envases de herbicidas, no puede ni debe ser subestimado". Y enfatizó: "La instalación del capital financiero como el dinamizador de la producción agropecuaria provoca infinitud de distorsiones negativas que cualquier programa sectorial debe intentar corregir". Subrayó con acierto que "la línea central de la política debería ser la desconcentración, que no es otra cosa que favorecer a los que tienen las raíces en la geografía argentina. Estimular a los pequeños productores es democratizar el tejido productivo. Es parte de una redistribución de ingresos sustentable" (Martínez, 2008).

Martínez esbozó un programa para salir de este modelo depredador y antinacional. Propuso, por ejemplo, importar herbicidas y fertilizantes en forma directa y distribuirlos por medio de cooperativas agropecuarias en vez de depender de las transnacionales. En cuanto al trabajador rural, principal creador de la riqueza del agro, postuló que se respeten las leyes laborales y las leyes de seguridad e higiene más elementales. "No es admisible, bajo ninguna explicación, que el trabajo en negro entre los trabajadores del campo sea por lejos el mayor de todos los sectores" (Martínez, 2008). Según datos del Consorcio Regional de Experimentación Agrícola (CREA), publicados por *La Nación* el 5 de abril de 2008, en los cultivos de maíz, trigo, soja y girasol, el salario real del trabajador registrado se redujo un 30% entre diciembre de 2001 y abril de 2008, período de tan grandes ganancias que el precio de la tierra dedicada a esos cultivos aumentó un 100%. Puede imaginarse lo que pasó con los salarios "en negro". Si a esto se agrega el continuo encarecimiento de los alimentos y cómo consecuentemente se agravan los

problemas masivos de desnutrición, puede concluirse que este "modelo agrario" hunde al pueblo argentino en una mayor pobreza e injusticia, y mina su futuro.

Los cambios de los últimos años en el agro implican serias consecuencias económicas, sociales y hasta políticas para muchas regiones, como la acentuación de las desigualdades entre distintas zonas y el empobrecimiento de muchos pobladores y su éxodo a otras regiones. Una investigación de la Universidad Nacional de Rosario, realizada en plena región sojera, advirtió además que la "falta de rotación de los cultivos y la masiva utilización de biocidas y agroquímicos, ha aumentado los rindes por un lado, pero por otro ha expulsado mano de obra –asalariada y de pequeños y medianos productores– generando exclusión social y favoreciendo la concentración de la propiedad y el uso de la tierra" (Guerrero, 2005). El mismo trabajo señaló que con el gran cultivo de soja, vastas regiones "quedan insertas en los circuitos mundiales, generándose un proceso de crecimiento económico vinculado a elementos exógenos a ellas y, en algunos casos, favoreciendo la concentración económica y mayores desigualdades al interior de una región" (Guerrero, 2005).

La Cuenca del Plata y la Patagonia en la mira del imperialismo

Los cambios que el siglo XXI muestra en el mapa político, económico y cultural en Sudamérica, bajo la influencia de la Revolución Bolivariana en movimiento, no significan que el imperialismo, encabezado por Estados Unidos y apoyado en forma incondicional por las grandes burguesías locales, haya dejado de acechar, de promover intrigas y desunión, ni de propugnar desestabilizaciones políticas y económicas para que no se le escape una presa tan formidable.

En Argentina nunca fueron archivados los objetivos trazados en su momento por esos intereses antinacionales para la zona estratégica denominada Cuenca del Plata ni para la vasta y riquísima Patagonia. Objetivos que, por cierto, implican menoscabo flagrante del ejercicio de la soberanía argentina sobre el territorio y sus valiosos recursos naturales. También tienen en la mira el acuífero Guaraní, una de las mayores reservas subterráneas de agua del mundo. El acuífero abarca 1.194.000 kilómetros cuadrados compartidos por Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Se estima que contiene 55 mil kilómetros cúbicos, y que por el ciclo de reposición podría abastecer regularmente a unos 720 millones de personas con una provisión diaria de 300 litros por cabeza. Entre otros valiosos trabajos al respecto, se destacan los tres tomos de *Las guerras del agua*, de Elsa Bruzzone (2008), secretaria del Centro de Militares por la Democracia Argentina (CEMIDA).

La Iniciativa de la Cuenca del Plata, que se remonta a finales del gobierno de Arturo Illia (1963-1966), condujo a la firma del Tratado de la Cuenca del Plata el 23 de abril de 1969 en Brasilia, en plena dictadura. Abarca, desde el punto de vista físico, los territorios

irrigados por el Río de la Plata, sus dos afluentes principales, el Uruguay y el Paraná, y todos sus tributarios, por lo que involucra, además de Argentina, a Brasil, Paraguay, Bolivia y Uruguay. La superficie de esta cuenca hidrográfica comprende 3.200.900 kilómetros cuadrados, de los cuales 1.033.800 corresponden a Argentina, 1.415.500 a Brasil, 406.700 a Paraguay, 204.000 a Bolivia y 140.900 a Uruguay.

La parte argentina de la cuenca abarca la Pampa Húmeda, la Región Chaqueña y la Mesopotamia, e incluye los centros donde se asienta la industria liviana, a su vez dependiente de materias primas y de bienes de capital importados. Por su parte, de Brasil incluye el poderoso polo industrial de San Pablo, justamente, las regiones más pobladas. Cuando la Iniciativa de la Cuenca del Plata fue presentada, la zona era el teatro de la política brasileña de "fronteras vivas", proyectada sobre Misiones, Corrientes y Entre Ríos, provincias limítrofes con ese país hermano.

El artículo 1 del Tratado enumeraba entre sus fines la promoción del desarrollo armónico y la integración física de la Cuenca del Plata y de sus áreas de influencia directa y ponderable; la realización de estudios, programas, obras que propendieran al perfeccionamiento de las interconexiones viales, ferroviarias, fluviales, aéreas, eléctricas y de telecomunicaciones; la complementación regional mediante la radicación de industrias de interés para el desarrollo de la Cuenca; la complementación económica de áreas limítrofes; y la cooperación mutua en materia de educación, sanidad, y lucha contra las enfermedades.

Por supuesto no era una casualidad que el Tratado coincidiera con los propósitos integracionistas que promovían las grandes empresas transnacionales, recogidos en un informe de Nelson Rockefeller de 1969 al presidente de los Estados Unidos Richard Nixon sobre los intereses de ese país en el Cono Sur: "Cada nación –decía el estadounidense– debe concentrarse en los artículos que puede producir con mayor eficiencia relativa y menores costos. Intercambiar esos artículos por aquellos que otras naciones pueden producir con mayor eficacia selectiva […]. Los países menos desarrollados también se beneficiarían. Con abundantes provisiones de mano de obra y niveles de salario por debajo de los niveles de los Estados Unidos, podrían exportar comidas procesadas, textiles, ropas, zapatos y otras manufacturas livianas asimismo como carne y otros productos agrícolas"[4].

En los hechos se propugnaba una integración con una división del trabajo que tendía a consolidar el desarrollo desigual de los países de la región y sobre todo su dependencia de importaciones provenientes principalmente de las potencias capitalistas. De allí el apoyo que la iniciativa recibió de Estados Unidos.

Existen además sobradas referencias sobre la política imperialista y su injerencia en Brasil, país que fue elegido como base de operaciones para toda la Cuenca del Plata. Puede

4 Disponible en <http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/Q5A3RS4C1E1LNAEJFBHN9RTGSEEY58.pdf>.

mencionarse al respecto el enorme flujo de fondos a ese país en las últimas décadas proveniente de Estados Unidos, muy superior al recibido por los países vecinos, así como la ubicación de las empresas transnacionales estadounidenses en lugares estratégicos de la economía brasileña, en la industria pesada, las comunicaciones, el petróleo, los transportes y la fabricación de automotores, entre otros.

¿Constituye acaso un fenómeno del azar que la principal productora mundial de semillas, líder en la creación de organismos genéticamente modificados (OGM), el monopolio norteamericano Monsanto, sea el abastecedor de semillas, fertilizantes y otros productos para cultivos que abarcan más de 40 millones de hectáreas en Argentina, Brasil, Bolivia y Paraguay? No se trata de cualquier empresa transnacional. Monsanto, integrante sobresaliente del grupo monopólico que controla la biotecnología, lleva sobre sus espaldas una historia siniestra que supera cualquier narración de espanto, perversidad y crímenes. Participó, por ejemplo, en el Proyecto Manhattan, que produjo la primera bomba atómica, utilizada en Hiroshima y Nagasaki, y también fue el principal proveedor del defoliante "agente naranja" para la guerra de Vietnam, del que entre 1962 y 1971 se derramaron 80 millones de litros sobre 3,3 millones de hectáreas, provocando la muerte de millones de vietnamitas.

La consideración de estos antecedentes de integración da buenas pistas sobre el origen del desembarco en los últimos años en Argentina de grandes empresas supuestamente brasileñas que adquirieron compañías líderes locales, y sobre su actuación monopólica en diversos rubros. En el mismo sentido, la presencia notoria de empresas transnacionales en Brasil podría echar luz sobre las razones del balance enormemente negativo que arroja anualmente para Argentina el intercambio comercial bilateral dentro del MERCOSUR, con las características de ser la Argentina la proveedora de materias primas y de productos de poca elaboración, y compradora a la vez de bienes de capital, productos de alta tecnología y bienes industriales.

No debe, sin embargo, caerse en el equívoco de confundir al amo con sus servidores, sin que ello implique dejar de denunciar el papel de las burguesías cómplices y de los gobiernos complacientes que facilitan la labor de los intereses contrarios al pueblo. Sería un grave error pensar que Brasil, pese al signo progresista que se atribuyen sus últimos gobiernos, está inmerso en una política de subimperialismo, como se ha difundido últimamente.

Si en la época del capitalismo de la libre competencia se decía que no había que confundir las apariencias con el contenido y sus raíces, en la actualidad, bajo la globalización neoliberal y el predominio monopólico del capital financiero especulativo, esa antinomia de forma y de contenido que es una unidad dialéctica ha adquirido una enorme complejidad, difícil de desentrañar. No obstante, si se investiga con paciencia la telaraña de intereses que actúan en las filiales locales de las empresas transnacionales, se encuentra el hilo que conduce al centro, a la matriz de las operaciones internacionales de las potencias imperialistas, los principales actores y dueños de las inversiones buitres o los grandes depredadores del capital monopólico imperialista.

En capítulos anteriores se ha analizado en forma sucinta el desarrollo desigual en el interior de la Argentina, que tiene raíces en la época de la Independencia y que se ha profundizado en toda la línea en la actual sociedad capitalista. Haber puesto el foco en la Cuenca del Plata tiene el propósito de poner sobre la superficie los intereses de la burguesía terrateniente de la Pampa Húmeda, con sus múltiples empresas en otras actividades, siempre bajo la hegemonía de las empresas transnacionales, que no desaparecerán del escenario nacional mientras no los desplace una acción decidida de las masas.

Algo similar puede decirse de la inmensa Patagonia, que continuará postergada, relegada, con enormes vacíos, víctima de las deformaciones de la estructura socioeconómica.

A pesar de que el Decreto 1904 del 21 de marzo de 1967 estableció una división entre la región del Comahue (Río Negro, Neuquén, La Pampa y quince partidos del sudoeste de la provincia de Buenos Aires) y la región de la Patagonia (Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur), ambas regiones constituyen una unidad para lograr un desarrollo económico-social integral y armónico, y para efectivizar así un pleno ejercicio de la soberanía nacional.

Pocos países tienen los recursos naturales que posee la Patagonia: la región cuenta con recursos energéticos (petróleo, gas, carbón y enorme potencial hidroeléctrico); recursos minerales (hierro, vanadio, cobre, wolframio, plomo, manganeso, oro y uranio, entre otros); una elevada producción frutícola con posibilidades de extensión y de desarrollo agropecuario en los valles cordilleranos, con zonas aptas para el riego a lo largo de sus grandes ríos, y posee además riqueza forestal, fuentes termales, una gigantesca plataforma submarina y estratégicos archipiélagos. Las Malvinas, con sus recursos minerales y su petróleo, su fauna y su flora, su mar con una enorme riqueza ictícola, exhiben motivos adicionales para persistir en la justa causa de reincorporarlas a la soberanía nacional, poblarlas e incluirlas en la economía argentina, impulsando su desarrollo industrial para el cual cuentan con materias primas suficientes.

La Patagonia tiene además una posición territorial estratégica desde el punto de vista político y militar, y por el enorme papel que jugaría en una integración regional basada en la igualdad y el beneficio mutuo, libre de la explotación imperialista y capitalista.

Por su escasa población y por la ausencia de programas de desarrollo nacional y soberano, la Patagonia constituye de hecho una de las regiones más vulnerables del país, bajo constante amenaza de invasión imperialista. Desde hace tiempo está en la mira de las grandes potencias y de sus empresas transnacionales. En los últimos treinta años, el cuadro se ha vuelto más preocupante. Por medio de las políticas neoliberales que se pusieron en vigencia y que no fueron desmanteladas completamente, Argentina ha mermado seriamente su poder de decisión política para disponer de los valiosos recursos de la zona de acuerdo con el interés y el bienestar nacional. Sobre todo se asiste al peligro de perder por completo su soberanía en este Bicentenario de la independencia política.

La historia ha puesto en el camino otra oportunidad desafiante para los argentinos. La formación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la creación de PETROSUR, la gestación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y particularmente la posibilidad de sumarse en forma efectiva a la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) ofrecen la alternativa de salir victoriosos, respaldados por la Patria Grande, en la batalla por la plena vigencia de la identidad nacional, asegurando así un futuro promisorio a las nuevas generaciones.

El contenido de la "modernización" del agro

La alianza de la burguesía terrateniente argentina con el capital monopólico de las potencias capitalistas es de vieja data. Ya en la década del ochenta del siglo XIX, la oligarquía rural había estrechado lazos con el Imperio Británico y con otros países europeos para colocar en ellos sus cosechas y su producción ganadera. Así Argentina se constituyó de hecho en abastecedora de alimentos a bajo precio para que los monopolios ingleses, franceses o alemanes abarataran aún más la manutención de su mano de obra y pudieran competir ventajosamente en el mercado mundial, obtener mayores beneficios y extender sus dominios imperiales.

Esa sociedad no se limitó al comercio exterior sino que fue utilizada por los ingleses para desarrollar una gran base de operaciones en territorio argentino. Con la construcción de ferrocarriles, puertos y bancos, el Imperio Británico, con la colaboración de representantes de la burguesía terrateniente en los sucesivos gobiernos, fue modelando a la Argentina según sus intereses y sus objetivos estratégicos. Diseñó la organización económica, el despliegue de la producción, la política de inmigración, la formación política e institucional, el sistema educativo. Por eso Lenin en su obra *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de 1916, apoyándose en otros estudiosos del tema, sostuvo que Argentina, pese a su independencia política, era un país dependiente del imperio inglés en las esferas financiera, comercial y diplomática (Lenin, 1960c).

El control británico se expandió hasta la Segunda Guerra Mundial. El proceso no transcurrió en una línea recta, sino que añadió páginas tanto trágicas como memorables a la historia del país, con golpes de Estado y dictaduras, por un lado, y con grandes luchas obreras, campesinas y estudiantiles, por el otro, resistencias heroicas del pueblo que dejaron huellas imborrables.

Después de la guerra, el dominio inglés fue reemplazado por el estadounidense en correspondencia con la nueva relación de fuerzas establecida en el mundo capitalista. Desde entonces se han consolidado

y ampliado constantemente los intereses norteamericanos que, como antes ocurriera con los británicos, encontraron en los grandes terratenientes un colaborador diligente y un socio agradecido.

En las últimas tres décadas, los cambios en materia agraria fueron considerables:

- Según los censos agropecuarios, se han mantenido con pocas variaciones dos aspectos sobresalientes de la tenencia de la tierra: a) una concentración de la tierra en pocas manos que no deja de agudizarse, y b) la tendencia de la pequeña y mediana propiedad a declinar rápidamente.
- La superficie cultivada ha aumentado, sobre todo con la práctica del doble cultivo anual de soja-trigo o soja-maíz, y sigue siendo predominante la explotación extensiva. La región pampeana continúa ejerciendo su papel rector, y la expansión de otras áreas se ha llevado a cabo, muchas veces, a costa de tradicionales cultivos regionales y, en mucha menor escala, sobre campos dedicados a la ganadería. La voracidad por acaparar tierras ha agredido incluso áreas naturales protegidas. Sin embargo, la superficie cultivada en relación con el área total en manos de propietarios y de arrendatarios se mantiene en niveles muy bajos.
- La concentración y los cuantiosos recursos que requiere la introducción de la nueva tecnología hacen que el campo siga expulsando pobladores.
- No pocos chacareros, dueños de pequeñas explotaciones, se han transformado en rentistas y viven en las ciudades. Pero ese giro es pan de un día.
- Hay una tendencia al monocultivo. La soja no baja del 50% de participación en la producción anual de cereales y oleaginosas, y ha asumido el papel de estrella.
- En el marco de estas y otras condiciones, el desarrollo desigual del interior se acentúa.
- El sistema capitalista, que requiere para su expansión la ampliación del mercado interno, se ha concentrado en determinados nichos de alta acumulación y de obtención de enormes ganancias, las cuales en su mayor parte terminan su ciclo de inversiones en las grandes ciudades o son transferidas en gran escala al exterior.
- La degradación del suelo y del medio ambiente está ampliamente documentada y se ha alertado acerca de sus graves consecuencias sobre la vida de millones de argentinos.
- Si en su momento el trazado de los ferrocarriles por los ingleses sirvió a los intereses del Imperio Británico, en la actualidad el elemento distorsionador que aleja al pequeño y mediano chacarero

de la producción es el monopolio que las transnacionales extranjeras, sobre todo estadounidenses, ejercen sobre el transporte automotor, además de incidir en forma gravosa en los costos y precios finales.
- El precio de la tierra se ha elevado como nunca antes. También es inédito el grado de especulación financiera en el agro.

Los clásicos de la económica política burguesa, Adam Smith y David Ricardo, enseñaron que en el sistema capitalista la tierra no tiene valor si no se invierten capital y mano de obra para cultivarla, y calificaron de parásitos y usureros a los dueños que recibían un ingreso por la tierra por el solo hecho de tener el título de propiedad –históricamente de origen dudoso, cuando no claramente producto de un robo–, sustrayendo así fondos a los productores y obreros que la trabajaban. Es interesante preguntarse cómo calificarían Smith y Ricardo a la clase terrateniente argentina que ha amasado fortunas colosales por haberse apropiado de las tierras públicas o por haberse robado las tierras pertenecientes a las poblaciones originarias.

La renta de la tierra alcanza en Argentina la extraordinaria proporción del 25% al 30% del precio final de la producción agropecuaria. He publicado un cálculo sobre este tema, y he obtenido resultados similares a los que presentan otros autores (Fuchs, 1982). Es una proporción altísima, teniendo en cuenta que en los países capitalistas más desarrollados no supera el 5%. Esto provoca un injusto encarecimiento de los alimentos y de las materias primas que no por ello redunda en mayores inversiones productivas, porque engrosa las ganancias de la burguesía terrateniente y en gran medida también las de las empresas transnacionales que transfieren sus beneficios al exterior. Esta situación, resabio de sistemas precapitalistas, no niega de ninguna manera que en Argentina el determinante sea el modo de producción capitalista, con sus leyes, sus ciclos, sus crisis y su tendencia a la concentración, que por cada nuevo rico origina centenares de pobres.

La singularidad del capitalismo argentino es la siguiente: si bien, como en todas partes, son los trabajadores quienes generan las riquezas, aquí son muchas las manos que se reparten la plusvalía, la ganancia:

- El propietario de la tierra. Su parte guarda correspondencia con la superficie poseída.
- Las empresas transnacionales extranjeras, sus centros de servicios y comerciales, que monopolizan un paquete tecnológico que se renueva periódicamente.
- Quienes controlan el transporte automotor. Hay denuncias de participación de dirigentes sindicales en el reparto.
- Los cuatro o cinco grupos económicos de capital extranjero que tienen en sus manos una porción decisiva del comercio exterior

de la producción agropecuaria, además de puertos, transporte marítimo y otros rubros conectados. Esta situación se agrava por el comercio cautivo y por las maniobras de sobrefacturación y subfacturación, una práctica tan ilegal como habitual.
- La alta burocracia estatal que interviene en las operaciones, que recibe pagos por corrupción.
- El capital financiero especulativo que ha irrumpido con fuerza en el negocio de la agroindustria.

La intervención de tantas manos en la repartija de la plusvalía impulsa el constante aumento de la explotación de la clase obrera y del pueblo. Esta organización de la economía y de la sociedad fogonea el éxodo de trabajadores del interior a las ciudades y la disgregación de la familia del chacarero, al tiempo que agrava las enormes desigualdades entre el litoral y el interior, de modo tal que el llamado "federalismo", en manos del capital monopólico imperialista y de la burguesía terrateniente, es un instrumento de explotación y opresión.

¿Puede alguien afirmar que el agro, bajo este dominio, se ha convertido en un factor de progreso? Las "relaciones carnales" de la burguesía terrateniente y monopolista con el capital transnacional exacerban las profundas contradicciones antagónicas del capitalismo argentino, aumentan la explotación capitalista y la opresión imperialista, y ponen a la orden del día la necesidad histórica de una reforma agraria que en la época actual implica al mismo tiempo liquidar las bases materiales del capital imperialista.

El saqueo de los recursos energéticos

En tanto, ¿qué ha pasado con el autoabastecimiento energético de la Argentina, que disponía de buenas reservas de gas y de petróleo? ¿Por qué el país camina al borde de una crisis energética? La respuesta hay que buscarla en medio siglo de políticas de desnacionalización del petróleo, del gas y de otras fuentes de energía, a las cuales no estuvieron ajenos los gobiernos democráticos, pero que principalmente fueron llevadas a cabo por las dictaduras iniciadas por Juan Carlos Onganía (1966-1972) y Jorge Videla (1976-1983), y culminadas en forma escandalosa por el gobierno de Menem (1989-1999). La historia de esa entrega es un catálogo de la depredación y del saqueo del patrimonio nacional, con crímenes mafiosos y corrupción a gran escala, en la cual siempre aparecen las huellas de la estadounidense Esso y de la británico-holandesa Shell, que actuando con diferentes nombres, según el país, han participado en más de un golpe de Estado en América Latina.

Sin embargo, pese a todo su poder, estos prepotentes colosos se han topado con heroicas luchas del personal petrolero, grandes

movilizaciones del pueblo e insobornables denunciantes, entre los cuales cabe destacar al Movimiento Nacional en Defensa del Petróleo Argentino (MONADEPA), que tuve el honor de integrar junto con Ernesto Guevara Lynch, padre del Che, el socialista Alfredo Palacios, Alejandro Clara y Adolfo Silenzi de Stagni, así como junto con ex militares, jueces y dirigentes políticos, muchos de ellos fundadores del Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional (MODEPANA), del cual también formé parte, y que fue distinguido por la Junta Militar de 1976 mediante su Decreto 1, que lo declaró subversivo e ilegal. Por supuesto, esa medida no detuvo la lucha. En el peor momento de la dictadura, con otros militantes de esta causa patriótica, encontramos la forma de continuar con la prédica de defensa del patrimonio nacional, inspirados por el fundador de la petrolera estatal, el general Enrique Mosconi, cuando dijo: "Nunca olvidéis que entregar el petróleo es entregar la soberanía nacional; es arriar la bandera argentina" (Fuchs et al., 1976).

Pese a todo, en los noventa las petroleras consiguieron su propósito. La entrega, sin precedentes en el mundo, abarcó todo el patrimonio petrolero y gasífero estatal, incluidas reservas establecidas y potenciales descubiertas por la empresa estatal nacional YPF. Los mejores cuadros profesionales y de investigación y más de 60 mil trabajadores fueron despedidos. El balance político, económico y social de quince años de desnacionalización podría abarcar varios volúmenes plagados de actos ilícitos, saqueo, corrupción y complicidad de políticos, profesionales y autodenominados dirigentes sindicales, con la cobertura y el encubrimiento de los principales medios periodísticos. Desde entonces, como consecuencia de la explotación irracional, las reservas de petróleo disminuyeron en pocos años a la tercera parte, y las de gas se redujeron a un cuarto. En 2012 se ha perdido el autoabastecimiento y las reservas han quedado reducidas a apenas cinco años.

En la comercialización, las empresas que tomaron el negocio impusieron el precio internacional, que entre 1998 y 2004 pasó de 10 a 40 dólares el barril, cuando el costo de producción nacional promedio oscilaba entre 3 y 5 dólares en boca de pozo. Luego, el precio internacional volaba no ya tanto por una demanda mundial real y creciente, sino por efectos de la especulación en los mercados y por las tensiones bélicas en la principal región productora, en particular por la invasión de Estados Unidos a Irak en 2003. Según datos del Ministerio del Poder Popular para la Energía de Venezuela, en 2010 el barril de crudo de ese país cotizó en promedio 71,97; el de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), 77,45; el tipo WTI (Estados Unidos) cotizó en 79,52, y el Brent (Mar del Norte), 80,24.

La transferencia de los yacimientos a las provincias, una vieja aspiración de las petroleras mundiales y de las oligarquías locales para poder negociar las concesiones con mayor facilidad en lugar de tener

que hacerlo con el gobierno central, denunciada en su momento por Mosconi, fue filtrada en la reforma constitucional de 1994 como moneda da cambio para habilitar la reelección presidencial de Menem, y constituyó otro capítulo de la entrega del patrimonio nacional.

Rápidos para los negocios, en 1996 el gobernador de Salta, Juan Carlos Romero, firmó un acuerdo con Repsol-YPF y con Pluspetrol, y juntos solicitaron y obtuvieron de Menem, invocando la nueva disposición constitucional, que la concesión del área Ramos, situada en esa provincia, vigente hasta 2016, fuera extendida hasta 2026. En 2000, el entonces gobernador de Neuquén, Jorge Sobisch, apeló a la novedad del texto constitucional, pese a que no había sido reglamentada por el Congreso, y pactó con Repsol-YPF, a la que le extendió por diez años la concesión de la cual ya gozaba hasta 2017 en Loma de la Lata, el mayor yacimiento gasífero de Argentina, entrega que poco después fue convalidada por el presidente Fernando de la Rúa (1999-2001). En 2007, el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) le prorrogó hasta el año 2047 a la transnacional estadounidense Pan American Energy la concesión del yacimiento petrolero Cerro Dragón, el mayor del país, ubicado en Chubut y en Santa Cruz.

De las cinco empresas que forman el club petrolero dominante en el país, son bien conocidas Esso y Shell. No sucede lo mismo con Repsol-YPF, Pan American Energy ni Petrobrás, cuyos verdaderos dueños no son fáciles de descubrir. Las acciones de Repsol-YPF, cuya casa matriz está en España, cotizan en la Bolsa de Nueva York y en otros centros financieros. Distintas fuentes estiman que una quinta parte del capital español pertenece en realidad a inversores estadounidenses. En cuanto al grupo argentino Eskenazi, propietario de los principales bancos provinciales, para adquirir en 2008 el 25% de las acciones de YPF acudió a la financiación de bancos extranjeros, entre otros, el norteamericano J.P. Morgan, de gran peso en el país.

En el directorio de Pan American aparecen figuras conocidas, como Alejandro Bulgheroni, de Bridas, partícipe de comentados negocios de la "patria contratista", pero los que mandan en verdad son sus socios de la British Petroleum-Amoco, de gran peso en Estados Unidos y en Europa, controlada por la familia Rockefeller. En cuanto a la estatal brasileña Petrobrás, la participación del capital de Estados Unidos asciende al 49%, según reveló el académico brasileño Emir Sader (2006). Por otra parte, existe un estrecho entrelazamiento entre las petroleras y la producción de energía eléctrica, la industria química y petroquímica, los puertos y el transporte.

La renta petrolera

La historia económica y política del petróleo, en Argentina y en el mundo, es la historia de la apropiación de su renta, o sea, de la ganancia excedente después de cubrir los costos y un margen razonable de utilidad del 12% al 20% anual sobre el capital invertido. Una estimación muy seria del Instituto de Economía Energética de la Fundación Bariloche calculaba esa renta para 1992 en Argentina en 9.946 millones de dólares.

En 2006, el ex secretario de energía Jorge Lapeña afirmó que en Argentina se producían 38,5 millones de metros cúbicos (242 millones de barriles), de los cuales se refinaban en el país 31 millones de metros cúbicos y se exportaban 7,5 millones. La renta petrolera neta de regalías sumaba 6.250 millones de dólares, menos retenciones por 1.400 millones, impuesto a las ganancias por 1.617 millones y otros descuentos menores (*Clarín*, 8 de junio de 2006). El periodista Néstor Restivo la calculó por entonces en 12 mil millones, de los cuales el Estado captaba 4.200 millones (Terra.com, 4 de agosto de 2006), pero el líder de Proyecto Sur, Pino Solanas, la estimó en 20 mil millones de dólares anuales, y afirmó que las reservas habían bajado de 25 años a 7, mientras que el costo de producción nacional de un barril, que cotizaba a 75 dólares, era inferior a 5 dólares (*Página/12*, 7 de agosto de 2006). Según la CEPAL, con datos de 2001, el costo era de 2,6 dólares (Herrero, 2006).

Más allá de las diferencias que presentan las diversas estimaciones, todos coinciden en que a fines de 2007 la renta se transformó en una superrenta con el barril a casi 100 dólares y hasta 140 dólares en 2008. El ex presidente Néstor Kirchner (2003-2007) afirmó en febrero de 2008 que en caso de que el Estado recuperara el control total del sector petrolero, recaudaría de 20 mil a 25 mil o hasta 30 mil millones de dólares por este concepto.

Luego, tras declararse en 2008 la crisis en Estados Unidos, los precios cayeron a menos de 50 dólares el barril en los primeros meses de 2009. Desde ese momento, los precios se recuperan lentamente, pese a lo cual la renta petrolera sigue siendo una fuente sustancial de recursos, que en la Argentina sería suficiente para terminar con el hambre, la miseria y el desempleo, si bien la realidad es que casi dos tercios quedan en manos del sector privado.

Emerge el negocio de los biocombustibles

Este entramado de negocios monopólicos extranjeros encara ahora la producción de biocombustibles. Estados Unidos, bajo el gobierno de George Bush hijo (2001-2009), aprobó la legislación para la producción de etanol y la Unión Europea se ha lanzado por el mismo camino. En Argentina, la Ley 26093 obliga desde 2008 a mezclar el gasoil y el diésel-oil con biodiésel en un 5% como mínimo, y desde 2010 obliga a mezclar la nafta con bioetanol en la misma proporción. El biodiésel y

el bioetanol se obtienen de materias primas de origen agropecuario o agroindustrial y de desechos orgánicos. Para la producción de biodiésel se utilizan aceites vegetales como el de soja, y para producir bioetanol se usan alcoholes que se obtienen del maíz, de la caña de azúcar y de otros cultivos.

La ley habla de promover las PYMES, las economías regionales y los productores agropecuarios para evitar, según subraya, la concentración, pero la realidad muestra otra cosa. La norma establece además beneficios para las empresas, como la devolución del IVA y la amortización acelerada para descargar el impuesto a las ganancias, y pone en un pie de igualdad a los capitales argentinos y extranjeros. También especifica que la incorporación de biocombustibles a la matriz energética nacional tiene sustento en la necesidad de promover variantes que afecten lo menos posible el medio ambiente, así como en el objetivo de enfrentar los desafíos del abastecimiento. Tales propósitos fueron cuestionados en un importante estudio sobre el tema: "Específicamente la decisión del gobierno argentino al incorporar una ley de promoción para la producción de biodiésel se presenta como una medida ambiciosa que ha menospreciado potenciales aspectos negativos en términos ambientales y socioeconómicos: la creciente especialización en la producción de soja, el uso de tecnologías de producción altamente extractivas y contaminantes y la estructura concentrada de productores y procesadores de materias primas" (Civitaresi, 2007).

En 2007, en la Conferencia Internacional sobre Biocombustible que tuvo lugar en Bruselas, el secretario de Agricultura Javier de Urquiza aclaró los objetivos oficiales:

- Argentina se destaca por poseer grandes extensiones de tierra con condiciones agroecológicas adecuadas para el desarrollo de cultivos energéticos, tanto los tradicionales, soja, girasol, maíz y sorgo, como también ricino, cártamo y colza, entre otros.
- En el comercio mundial de granos y de aceites, Argentina es el tercer productor mundial y el primer exportador de aceite de soja, el segundo productor mundial y el primer exportador de aceite de girasol, y el segundo exportador mundial de maíz. Exporta el 90% de su producción aceitera.
- Toda empresa europea, estadounidense, asiática, etcétera, tendrá que cumplir los mismos requisitos que el empresariado argentino. El gobierno argentino procurará ser un proveedor confiable que abastezca las necesidades europeas en cuanto a energías renovables.
- La "libre competencia" debe orientar las decisiones de los productores argentinos.

- El sector privado argentino viene aumentando su producción de biodiésel orientada a la exportación y ya ubicó a la Argentina entre los principales exportadores del mundo.

Como puede apreciarse, en la práctica se legalizan las actividades de las grandes empresas, en su mayoría extranjeras, que operan en el agro, en el complejo industrial de aceites vegetales y en la actividad petrolera. Según la Asociación Argentina de Biocombustibles e Hidrógeno, existen 26 empresas productoras de biodiésel, cuya capacidad prevista es de 3 millones de toneladas anuales. Entre ellas figuran Repsol-YPF, el grupo suizo Glencore, el Grupo Eurnekian, Oil M&S, Molinos Río de la Plata, Dreyfus, y Bunge & Born, entre otras. No por casualidad algunas de ellas ya operan en Brasil, que ha firmado acuerdos sobre la materia con Estados Unidos.

Para 2010 se estimaba que el 20% de la producción de aceite de soja se destinaría a producir biodiésel, lo que equivale al uso de 1.200.000 hectáreas para este fin. Por otra parte, grandes empresas, estimuladas por las exenciones impositivas, ya están ampliando sus actividades para dedicar los cultivos de maíz a producir etanol con fines de exportación. El grupo Ledesma –activo gestor y fuerte beneficiario del terrorismo de Estado– procura obtener el control de la producción de caña de azúcar con el mismo fin. Hacia el final de 2007, el gobierno promovió y obtuvo del Congreso una ley de Promoción de la Producción de Bioetanol para incluir al sector del azúcar, con el apoyo entusiasta del Centro Azucarero Argentino (CAA), tradicional reducto de exponentes reaccionarios, entre ellos, los Blaquier, de Ledesma, y los Patrón Costas, de San Martín del Tabacal, hoy en manos estadounidenses.

Jorge Zorreguieta fue durante 24 años presidente del CAA. Es el padre de Máxima, la princesa de Holanda, que no pudo asistir a la boda de su hija en ese país por su complicidad con los crímenes de la dictadura, si bien aún no fue juzgado en Argentina. Desde sus cargos dirigentes en la Sociedad Rural fue un activo militante empresario en favor del golpe de Estado de 1976, e integró como secretario de Agricultura el gobierno responsable del terrorismo de Estado, seguramente "para servir a la Patria". De la presidencia del CAA se retiró en 2008 después de promover exitosamente la ley de biocombustibles y de defender la protección que el Estado le brinda al sector azucarero mediante altos aranceles.

Este panorama y la invitación realizada a inversionistas extranjeros con el argumento de que Argentina dispone de enormes extensiones de tierra aptas para los cultivos energéticos debe ser motivo de un urgente debate popular. Al respecto, es muy pertinente una reflexión del líder cubano Fidel Castro, quien advirtió que si se destinara a cultivos energéticos "la totalidad de superficie agrícola de la Unión Europea

apenas alcanzaría a cubrir el 30% de las necesidades actuales –o las futuras previsiblemente mayores– de combustibles". Tampoco Estados Unidos dispone de la tierra necesaria. En consecuencia, "la oferta de agrocombustibles tendrá que proceder del sur, de la periferia pobre y neocolonial del capitalismo [porque] ni los Estados Unidos ni la Unión Europea tienen tierras disponibles para sostener al mismo tiempo un aumento de la producción de alimentos y una expansión en la producción de agroenergéticos" (Castro, 2007).

¿Caerá Argentina en la trampa de un nuevo coloniaje y se transformará en base de abastecimiento del imperio, no sólo para su colosal industria automovilística sino también, directa e indirectamente, para su complejo industrial-militar de dominación? ¿No implicaría tal política contradecir la iniciativa de constituir la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y otros acuerdos con países hermanos que mucho esperan del enorme potencial argentino de producción de alimentos? Si se dedicaran millones de hectáreas a los cultivos agroenergéticos, ¿qué pasaría con el precio de los alimentos para el pueblo argentino y para los países que los importan?

El periódico conservador inglés *The Economist* advirtió justamente sobre el fin de la comida barata: "El alza de los precios es también el resultado autoinfligido de los irresponsables subsidios de los Estados Unidos al etanol. Este año los biocombustibles se llevarán un tercio de la cosecha récord de maíz de los Estados Unidos. Eso afecta directamente los mercados de alimentos; llenando un tanque de una camioneta de doble tracción con etanol se consume suficiente maíz como para alimentar una persona por un año". Por su parte, la revista *Oil World* sostuvo que "por el fuerte aumento de aceites vegetales para la elaboración de biocombustibles es hora de darse cuenta de que la comunidad global se acerca a una crisis alimentaria" (traducido y reproducido en *La Nación*, 8 de septiembre de 2007).

¿Es esto inexorable? ¿Qué posibilidades ofrece el nuevo mapa político del continente para recuperar la plena soberanía sobre los recursos naturales y para que el pueblo argentino tenga el usufructo pleno de la enorme riqueza que crea con su trabajo y sacrificio? La Comisión de Representantes Permanentes del MERCOSUR, en un documento emitido en Montevideo el 13 de julio de 2006, afirmó que "la integración y cooperación energética no sólo es un objetivo de los gobiernos del MERCOSUR, sino una de las áreas prioritarias en la construcción de la Comunidad Sudamericana de Naciones y es importante revisar la experiencia del proceso de integración que prevaleció durante los 90, el cual estuvo regido básicamente por las reglas del mercado". Movimientos sociales de Brasil, en un documento conjunto del 28 de febrero de 2007, subrayaron que "la superación del actual modelo agrícola pasa por la realización de una reforma agraria

profunda que elimine el latifundio", y declararon que su principal objetivo es "garantizar la soberanía alimentaria, ya que la expansión de la producción de biocombustibles agrava la situación de hambre que padece el mundo. No podemos mantener los tanques llenos y los estómagos vacíos" (citado en Castro, 2007).

Cuba, una vez más, también alumbra el camino de la autodeterminación con el ejemplo de su "revolución energética", como lo subrayó Fidel Castro en su discurso del 1 de mayo de 2006:

> Si los esfuerzos que hoy Cuba realiza los llevaran a cabo todos los demás países del mundo, ocurriría lo siguiente: primero, las reservas probadas y probables de hidrocarburos durarían el doble; segundo, los elementos contaminantes que hoy lanzan estos a la atmósfera se reducirían a la mitad; tercero, la economía mundial recibiría un respiro, ya que un enorme volumen de medios de transporte y equipos eléctricos deben ser reciclados; cuarto, una moratoria de 15 años sin iniciar la construcción de nuevas plantas electro-nucleares podría ser proclamada (Castro, 2007).

A todo esto, Argentina desempeña un papel activo en el nuevo proceso de integración, como lo puso en evidencia el haber albergado la Cumbre de las Américas, que tuvo lugar en Mar del Plata en 2005, donde fue hundido el proyecto estadounidense del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y la elección del ex presidente Néstor Kirchner como primer secretario general de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2010. Además, el país firmó acuerdos sobre petróleo y gas con la República Bolivariana de Venezuela y con Bolivia, basados en el mutuo respeto, la igualdad y el respeto de la soberanía. Sin embargo, la política oficial respecto de la producción de biocombustible apunta en otra dirección por la propia dinámica de los intereses en juego. Por un lado, otorga a las transnacionales más acceso a los recursos naturales y refuerza la alianza de estas con la burguesía terrateniente; por el otro, no cuestiona que los principales actores en la producción de biocombustibles integren el poder económico y financiero enquistado en sectores vitales de la Argentina ni que algunos de ellos sean responsables y beneficiarios del sangriento golpe de 1976. No hay dudas de que no vacilarán en sumarse a la política criminal del imperialismo que intenta paliar su crisis transformando alimentos en energía. De allí que sean urgentes el debate y la convocatoria a un referendo sobre la actual política de biocombustibles.

La clave es quién maneja el Estado

Se señala a los años previos al gran estallido como años de fuerte retroceso de la intervención estatal en la economía. ¿Se encuentra en ello una causa fundamental de la crisis?

La realidad es que durante el gobierno de Menem el Estado intervino como nunca, sólo que lo hizo en el sentido inverso al esperado según lo que señalaría el teórico "interés general".

Con el discurso falaz de establecer las condiciones para el libre desenvolvimiento empresario, como si el mundo transitara el siglo XIX en que las empresas eran pequeñas unidades autónomas y competían con cierta paridad de fuerzas, se armó el coto de negocios fáciles para los grandes intereses concentrados, que por supuesto barrieron con los de menor fortaleza y acapararon mercados y privilegios.

Conducido por la alianza liberal-conservadora que encarnó el gobierno de Menem, el Estado ejerció una enérgica y sostenida acción para privatizar empresas públicas, desregular actividades, desmantelar controles y desentenderse de obligaciones sociales irrenunciables.

Así como la Argentina de otras épocas u otros países conducidos por representantes de otros sectores sociales han desarrollado denodadas luchas históricas por conquistar el control de sectores clave de la economía, poniéndolos bajo administración estatal, en los noventa una parte fundamental de la vida económica, social y cultural del país no sólo fue privatizada, sino también entregada a grandes grupos extranjeros.

Sectores económicos completos o grandes segmentos del transporte, la energía, la siderurgia, la petroquímica, las comunicaciones, los servicios bancarios, la educación y la salud quedaron de pronto ajenos a los intereses nacionales, alejados del poder de decisión local y hasta sustraídos de su influencia cultural como resultado de las privatizaciones.

Semejante cambio rediseñó bruscamente la economía y la sociedad argentina, y por supuesto impactó luego en la política, aunque con efecto retardado.

Las capas medias, una de las características distintivas de la Argentina, prueba de una distribución si no estrictamente justa al menos amplia del ingreso, factor de estabilidad política, proveedora de cuadros técnicos y profesionales, sustanciosa base para el desarrollo del mercado interno y soporte esencial de la rica vida cultural y social del país, sufrió la violenta expulsión hacia abajo de la mitad de sus componentes.

Las históricas diferencias entre provincias ricas y pobres, entre el área metropolitana y el interior del país, se convirtieron en abismos. Todas las desigualdades de desarrollo se acentuaron, con capítulos dramáticos desencadenados por el levantamiento de miles de kilómetros de ramales ferroviarios y por la declinación y muerte de empresas que daban vida a pueblos enteros.

En materia laboral, con la "flexibilización" de las leyes se logró en un tiempo récord abolir conquistas del movimiento obrero obtenidas a lo largo de más de 50 años. Se arrasó con derechos y con ingreso; hubo una explosión del trabajo precario y en negro, tanto en el sector público como en el privado, de modo que una gran proporción de trabajadores perciben ahora cerca de la mitad de salario respecto del segmento que se encuentra en relación de dependencia formal.

Los resultados se vieron en toda su magnitud en los terribles momentos vividos en 2001 y 2002. Hubo un tendal de problemas sociales. Desempleo; destrucción de familias; desaliento entre los jóvenes; dispersión y fuga de saberes científicos, técnicos y laborales; quiebra de miles y miles de pequeñas empresas de todo tipo; emigración; decadencia de la educación estatal y ruina de la salud pública; reaparición de enfermedades de la miseria; crisis de seguridad ciudadana.

¿Por qué se llegó tan lejos? ¿Por qué no se detuvo ante semejantes "logros" la dirigencia política de esos años, la cual, aunque poco le importara el interés real de las mayorías, en definitiva dependía del voto popular para sostenerse? Sencillamente porque todo esto era apenas el precio necesario de un rumbo que entendían como óptimo quienes de verdad decidían.

El poder real, los patrones de la dirigencia política de esos años, sabían que no era posible hacerse con las riquezas disponibles en Argentina sin provocar una ruina histórica general, y no está en la naturaleza de estos sectores desaprovechar oportunidades de acumulación ni detenerse a considerar costos que pagan otros. ¡Y tenían nada menos que al peronismo haciendo durante una década el trabajo sucio para ellos! Por supuesto le dieron todo el apoyo, le pusieron ministros, fundaciones y estudios a disposición, le adosaron la Unión de Centro Democrático (UCEDE) y algún otro triste sello que manejaban, le gestionaron el respaldo político y financiero externo, le organizaron campañas publicitarias permanentes, con entusiastas y eficaces comunicadores, y colmaron a los ejecutores con coimas y lisonjas a la medida de su repugnante veleidad.

La lógica del poder es implacable. Si hace falta exterminar indígenas, allá vamos; si se necesita enfrentar a dos pueblos en una guerra, no hay problema; si conviene destruir un ecosistema tras otro, se lo considera un tributo al "progreso"; si hay que masacrar a una generación portadora de inquietudes políticas, no será la primera ni la última vez que se lo haga; si hay que tirar una bomba atómica, para eso las fabricamos. ¿Por qué alguien puede creer que iban a detenerse ante el auge inaudito del hambre y de la miseria, por esas minucias?

En 2001-2002 se produjo un retroceso social, económico y político de una magnitud desconocida hasta entonces. No obstante, el responsable de semejante cataclismo no fue únicamente Menem, ni De la Rúa o Alfonsín, ni sólo la dictadura, sino el poder en las sombras detrás de ellos, que los usó o los neutralizó, según los casos, siguiendo un plan maestro que se extendió por más de un cuarto de siglo.

La Argentina del Bicentenario, de la crisis persistente, de las desigualdades que diseñan abismos sociales, de la injusticia social extendida como plaga egipcia, de la vida degradada como opresivo horizonte para las nuevas generaciones, esa Argentina es el resultado de un plan deliberado, de un proyecto de largo plazo, que tiene su historia, sus autores intelectuales y sus mandantes, con nombre y apellido.

Inversiones extranjeras y dependencia

Una de las formas más destacadas en que se ha desarrollado la dependencia argentina respecto de las grandes potencias capitalistas, o sea, la explotación imperialista, consiste en las inversiones directas de empresas transnacionales. Con el tiempo, el capital extranjero fue ocupando posiciones estratégicas en el campo económico, financiero y tecnológico, y desde esa plataforma irradió su influencia sobre las políticas económicas de los gobiernos, entrelazando sus intereses y objetivos con la vida política, social y cultural de la sociedad argentina.

En su informe periódico sobre las inversiones extranjeras en el mundo, las Naciones Unidas –al igual que la CEPAL para el caso de América Latina y el Caribe– ofrecen una rica información al respecto. En 1960, de acuerdo con las Naciones Unidas, había 7 mil empresas transnacionales. Treinta años después ya existían alrededor de 35 mil, y en los últimos diez años del siglo XX su número aumentó a 64.592 con 851.167 filiales en todo el mundo. En 1995, las ventas de las transnacionales ascendieron a alrededor de 7 billones de dólares, y en 2001 alcanzaron 19 billones, que duplica el monto de las exportaciones mundiales. En América Latina y el Caribe, en 2001 operaban 2.022 transnacionales con 27.577 subsidiaras, concentradas en México, Brasil, Argentina, Chile, Perú y Colombia. El stock de inversiones directas extranjeras en América Latina y el Caribe entre 1980 y 2001 aumentó más de trece veces al pasar de 50.297 millones de dólares a 692.978 millones. En América del Sur se multiplicó por más de catorce, al pasar de 29.238 millones a 417.580 millones. Un 90% de esos fondos no llegaron desde el exterior, sino que fueron extraídos de fuentes locales.

Al mismo tiempo, los países latinoamericanos les pagaron a Estados Unidos y a otras potencias capitalistas, como tributo neocolonial, entre 2,5 y 3,02 billones de dólares, en concepto de dividendos, utilidades, comisiones, licencias, etcétera, incluidos los intereses por las llamadas deudas externas (Fuchs, 2003a).

Sin tomar en cuenta el capital financiero especulativo, que mediante su juego en la bolsa, los valores en cartera de empresas locales y otras formas suele adquirir enormes proporciones, en los últimos

veinte años el stock de inversiones directas ha seguido el siguiente curso, que se presenta en el cuadro siguiente.

Cuadro 14

Stock de inversiones directas por país. 1990, 2000 y 2007 (en millones de dólares)

	1990	2000	2007
En el mundo	**1.941.252**	**5.786.700**	**15.210.560**
Países desarrollados	1.412.605	3.987.624	10.458.610
Europa	808.943	2.306.607	7.267.144
Inglaterra	203.905	438.631	1.347.688
Alemania	111.231	271.611	629.711
Francia	97.814	259.775	1.026.081
Holanda	68.731	243.733	673.430
España	65.916	156.348	537.455
América del Norte			
Canadá	112.843	212.716	520.737
Estados Unidos	394.911	1.256.867	2.093.049
Países en desarrollo	528.638	1.738.255	4.246.739
México	22.424	97.170	265.736
América del Sur	73.481	309.800	648.944
Brasil	37.143	122.250	328.455
Chile	16.107	45.753	105.558
Argentina	**7.751**	**67.601**	**66.015**
Asia			
China	20.691	193.348	327.087
Federación Rusa	--	32.204	324.065

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Naciones Unidas (2008).

Cuadro 15

Stock de inversiones en el exterior. 1990, 2000 y 2007 (en millones de dólares)

	1990	2000	2007
En el mundo	**1.785.267**	**6.148.211**	**15.602.330**
Países desarrollados	1.640.405	5.265.116	13.042.178
Europa	887.519	3.329.712	8.848.414
Inglaterra	229.307	897.845	1.705.095
Alemania	151.581	541.861	1.235.989
Francia	112.441	445.091	1.399.036
Holanda	106.900	305.461	851.274
España	15.652	167.719	636.830
América del Norte			
Canadá	84.807	237.639	520.737
Estados Unidos	430.521	1.316.247	2.791.269
Países en desarrollo			
México	2.672	8.723	44.703
América del Sur	49.344	95.939	216.278
Brasil	41.044	51.946	129.840
Chile	154	11.154	32.469
Argentina	**6.057**	**21.141**	**26.873**
Asia			
China	4.455	27.768	95.799
Federación Rusa	--	20.141	255.211

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Naciones Unidas (2008).

Los países desarrollados absorben en alta proporción las inversiones directas de capitales extranjeros, en una tendencia que se mantiene. Por ejemplo, en el período 1995-2000 la media anual de ingresos en los países desarrollados alcanzó 539.300 millones de dólares y en 2007

subió a 1.247.000 millones, aumentó un 130% y representó cerca del 70% del volumen total de ingresos. En cambio, en América Latina y el Caribe, de un promedio de 72.900 millones de dólares entre 1995 y 2000 pasó a 126.300 millones en 2007, es decir, se incrementó un 72%, y sólo abarcó el 6,8% del volumen total. Sin embargo, Latinoamérica paga un voluminoso e ininterrumpido tributo a las grandes potencias capitalistas, formado por los intereses de deudas externas ilegítimas, por las remesas de ganancias de empresas transnacionales y sobre todo por los frutos escandalosos de la especulación financiera desenfrenada, todo lo cual se recauda de la succión de valiosos recursos y de la explotación inhumana de los trabajadores, sometidos a un genocidio lento, que se esconde bajo un manto cínico, que consiste en presentar la pobreza como un fenómeno natural.

Un informe del FMI dio cifras ilustrativas de la rapacidad actual del imperialismo norteamericano. El total de ingresos de fondos a Estados Unidos por inversiones de todo tipo fue en 2004 de 12,4 billones de dólares. El total de la salida de fondos estadounidenses al exterior por todo concepto fue de 9,6 billones de dólares. La diferencia en favor de Estados Unidos es de 2,8 billones de dólares en un año. El imperialismo norteamericano se ha vuelto un succionador insaciable de fondos provenientes de todo el mundo (FMI, 2006). En tanto, un estudio sobre las inversiones en el mundo en 2008, *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo, 2008*, presentado por el secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), Supachai Panitchpakdi, señaló lo siguiente:

- Estados Unidos mantuvo su posición de principal receptor de los fondos.
- Continuó la tendencia a la concentración empresarial por medio de fusiones y adquisiciones.
- Las ventas totales de las empresas transnacionales ascendieron a 31 billones de dólares, y sólo sus filiales extranjeras en todo el mundo representaban aproximadamente el 11% del producto bruto mundial y empleaban a 82 millones de trabajadores.
- Sobre unas 79 mil empresas transnacionales con 790 mil subsidiarias, sólo las 100 principales, encabezadas por las de origen estadounidense, totalizaron ventas por 13 billones de dólares en 2006.
- En América Latina y el Caribe la mayor parte de las nuevas inversiones se destinaron a las industrias extractivas y a actividades manufactureras basadas en la explotación de recursos naturales. Sin embargo, en la industria del petróleo y del gas, la posición dominante, o incluso la presencia exclusiva de empresas de propiedad estatal, limitó las oportunidades de las inversiones extranjeras, lo que se acentuó en Bolivia, Ecuador y Venezuela.

- No se debe esperar que la participación de las empresas transnacionales satisfaga todas las necesidades de inversión en infraestructura (agua, energía, transporte, viviendas) de un país.
- La apertura a la inversión extranjera ha precedido por lo general a la introducción de amplias reformas, lo que ha limitado el logro de resultados positivos. Mientras no se establezcan organismos reguladores creíbles, quizás lo que más convenga a los países en desarrollo sea mantener a sus empresas de servicios en el sector público.

En otro acápite del *Informe* de la UNCTAD (2008) se mostró el grado de incertidumbre y el resultado negativo a que arriban las distintas teorías burguesas vigentes sobre el papel de las inversiones extranjeras. El informe afirmó que muchos países en desarrollo, en especial de América Latina, "no pudieron aumentar la inversión productiva a pesar de aplicar políticas monetarias y financieras que atrajeron oleadas de capital". Agregaba que "mientras el modelo neoclásico ve la necesidad de que los hogares 'ahorren más dinero' o que los países en desarrollo atraigan más 'ahorro extranjero' para aumentar la inversión en capital fijo, el modelo de Keynes-Schumpeter insiste en las previsiones positivas de la demanda y los beneficios como incentivo para los empresarios nacionales y en la necesidad de que las empresas cuenten con financiación fiable y asequible". Admitió, sin embargo, que una parte sustancial de los ingresos de las empresas se destinan a bienes de consumo suntuario o a actividades especulativas, y sostuvo que el proceso culmina en crisis financieras y bancarias, durante las cuales los gobiernos y los bancos centrales tienen que rescatar al sistema bancario con un costo considerable para el erario público. El informe ilustró finalmente el grado de impotencia al que han llegado las teorías burguesas y sus políticas económicas: "Una importante limitación que aqueja a los países con acceso a los mercados financieros internacionales es su vulnerabilidad ante los efectos de la gran inestabilidad de esos mercados", y señaló que aunque mejoren la gestión y los instrumentos, "las crisis serán inevitables" (UNCTAD, 2008).

Según señala el informe *La inversión extranjera en América Latina y el Caribe 2007*, editado en 2008 por la CEPAL, en el período 1993-2002 Argentina ocupó el tercer lugar en la región, después de Brasil y México, como receptor de inversiones extranjeras, con un promedio anual de 7.415,5 millones de dólares, pero en el período 2003-2007, descendió al quinto lugar, con un promedio de 4.360 millones (CEPAL, 2008).

Otro informe de la CEPAL titulado *Inversión extranjera directa en la Argentina. Crisis, reestructuración y nuevas tendencias después de la convertibilidad*, redactado por Gabriel Bezchinsky et al. y publicado en 2007, ofreció datos precisos sobre los cambios registrados en las

últimas décadas. Según señala este trabajo, es posible distinguir dos etapas en la década del noventa: entre 1991 y 1993 las inversiones directas extranjeras consistieron en la participación en las privatizaciones y concesiones del sector público; en la segunda etapa, que se inició en 1994, apuntaron a las fusiones o a la adquisición de empresas privadas locales, de manera tal que del total de fondos que ingresaron casi el 60% se destinó a compras de empresas públicas y privadas. La mayor parte de esas compras se financió con el endeudamiento externo, estimado en 26.200 millones de dólares.

Los autores no lo señalan, pero sin duda fue el negociado del siglo: los títulos de la deuda fueron aceptados como parte de pago por su valor nominal y no por sus cotizaciones reales en el mercado, que apenas llegaban al 20% o 25% de ese valor; las empresas transnacionales pagaban intereses por esas deudas que en una alta proporción se contraían con fondos de inversión o financieras vinculadas con las propias empresas adquirentes o concesionarias, y también se usaron fondos del país, por medio de créditos de los bancos y financieras locales a las transnacionales. Durante la década del noventa, las transnacionales destinaron poco más de 30 mil millones de dólares para hacerse dueñas de las principales empresas de capitales locales, en una colosal transferencia que bien puede considerarse otro robo del siglo. Al trabajo de la CEPAL no se le pasa por alto que Argentina fue en esos años el más entusiasta cultor de someter las controversias bilaterales con las transnacionales al arbitrio del Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), dependiente del Banco Mundial, al firmar más de 50 tratados bilaterales que aceptaban la jurisdicción extranjera, lesivos para su soberanía y promotores de una mayor concentración económica y financiera. Con razón, Martínez de Hoz afirmó en su libro de memorias que la dictadura tuvo dignos continuadores.

Cuadro 16

Argentina. Destino de las inversiones extranjeras directas. Década de 1990 (en %)

Petróleo	35,5
Bancos	9,9
Electricidad y gas	9,0
Transporte y comunicaciones	8,0
Otros servicios	7,7
Químicos, caucho, plásticos	7,3

Cuadro 16 (continuación)

Alimentos, bebidas y tabaco	6,7
Comercio	4,1
Equipo automotor y de transporte	3,4
Acero y aluminio	2,2
Minería	1,5
Otros	4,7
Total	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en CEPAL (2008).

Cuadro 17

Argentina. País de origen de las inversiones extranjeras directas. 1992-2002 (en %)

España	37,7
Estados Unidos	22,9
Francia	9,3
Chile	4,0
Países Bajos	3,8
Alemania	2,3
Reino Unido	1,9
Otros países	18,1
Total	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en CEPAL (2008).

Por primera vez, la actividad industrial quedó desplazada del primer lugar, superada por el petróleo, la electricidad y el gas, los bancos, los transportes y las comunicaciones, en un sesgo alentado por las privatizaciones, la desregulación del mercado energético y las exenciones de impuestos. Este conjunto de incentivos rindió extraordinarios beneficios, que en gran parte fueron remitidos al exterior.

El cuadro de países de origen de las inversiones ofrece la sorpresa de que España ocupara por primera vez el primer lugar, seguida por Estados Unidos, Francia, Italia y Holanda. La presencia de las empresas transnacionales españolas, que bien puede llamarse "robo para la

corona" o la "segunda colonización", tuvo ribetes de tragicomedia en la depredación del patrimonio nacional, bajo la apariencia de compras de empresas del Estado (petróleo, transporte, energía, agua, bancos, telecomunicaciones).

Existe además una gran labilidad en la propiedad de los paquetes accionarios, porque las empresas españolas que los poseen cotizan a su vez en las principales bolsas y están conectadas por hilos visibles e invisibles con empresas estadounidenses, británicas u holandesas. En la primera década del siglo XXI ya se han producido transferencias de acciones, y con el estallido de la profunda crisis de la economía española, en el marco de la crisis del euro, son esperables nuevos cambios de manos, teniendo en cuenta que el gobierno español, a través del Fondo de Comercio Financiero, subsidia a muchas de sus empresas que operan en el exterior.

Los autores del documento de la CEPAL sobre la inversión extranjera directa en Argentina alcanzaron conclusiones nada favorables para el desempeño de las empresas transnacionales en Argentina, y aportaron elementos importantes al respecto. Sin embargo, una vez más, en sus propuestas pesó el enfoque parcial, dogmático, que consiste en separar las formas del contenido, y cayeron sin proponérselo en otra vulgarización de la economía política. Sostuvieron que la solución no es recibir nuevas inversiones, sino lograr que las "empresas que ya están instaladas en el país (que son buena parte de las principales corporaciones globales en los distintos sectores de actividad) incrementen su actividad local y, fundamentalmente, que desarrollen en Argentina proyectos que permitan insertar a su filial dentro de la estrategia de la corporación, produciendo aquí bienes (o partes) y servicios globales" (Berchinsky et al., 2007). Afirmaron que es necesario definir una estrategia de alianzas con los gerentes locales que les permita ganar posiciones en sus corporaciones para localizar o aumentar inversiones en el país en actividades que presenten crecientes niveles de valor agregado local y para la firma a nivel global.

Los autores del citado trabajo olvidaron así un pequeño detalle. Se trata de empresas capitalistas del más alto nivel de monopolización que en función de la ley de obtención del máximo beneficio aplican su estrategia de dominio, especulación financiera, corrupción de altos funcionarios y liquidación sin piedad de empresas que las estorban. ¿No es elocuente, entre tantos casos, el escándalo de IBM, que pagó coimas por al menos 37 millones de dólares para asegurarse el contrato para informatizar centenares de sucursales del Banco de la Nación Argentina? ¿O el pago de "comisiones indebidas" confesado por Skanska para ganar la licitación de un gasoducto en Córdoba?

Las translatinas

En los últimos años aparecieron las nuevas transnacionales con sedes centrales en países en desarrollo, principalmente en Brasil, Chile, México y Argentina, denominadas "translatinas". Por sus inversiones en Argentina se destacan las chilenas Cencosud-Jumbo, Easy (grupo Pullman), Alto Paraná (Grupo Arauco), Lan Airlines y Falabella, así como las mexicanas Claro (Grupo Slim), Coca Cola Femsa, Telmex (grupo Carso), Fablac y Bimbo.

No obstante, fueron mayores las compras de las brasileñas, que desde 2001 se concentraron en las industrias de alimentos, bebidas, materiales para la construcción, petróleo y gas. Las principales adquisiciones fueron las siguientes: las empresas petroleras que controlaba Perez Companc fueron compradas por Petrobras; la cervecería Quilmes fue adquirida por Am Bev; la cementera Loma Negra y sus asociadas, por Camargo Correa; la siderúrgica Acindar, por el grupo Arcelor Brasil, y Swift Armour, por Friboi, el mayor frigorífico de Brasil; más tarde su competidor Marfrig compró Estancias del Sur, que posee latifundios, así como las empresas Best Beef-Vivoratá, Quickfood y Mirab, convirtiéndose en el cuarto productor de carne bovina en el mundo, que también cuenta con una planta en Tacuarembó, Uruguay.

En general, estas empresas brasileñas tienen sus dueños en el exterior: Am Bev es controlada por la belga Interbrev y es integrante de Inbev, la mayor productora mundial de cerveza; Arcelor Brasil es controlada por el grupo indio-belga Mittal Steel, y el 49% de las acciones de Petrobras están en carteras estadounidenses.

Un informe de la CEPAL de 2005 afirmaba que Argentina fue uno de los primeros países en desarrollo en emprender inversiones directas en el exterior, aunque aclaraba que "muchos de sus activos foráneos se perdieron a lo largo del tiempo". El documento explicaba que una de las razones de que esas inversiones fueran "estrellas fugaces" es que cuando alcanzaron cierto tamaño y cierta cobertura geográfica "se convirtieron en objetivos prioritarios de empresas transnacionales que deseaban alcanzar rápidamente una fuerte presencia regional o subregional" (CEPAL, 2008).

El capital financiero es el principal motor de la globalización

Las empresas transnacionales constituyen el principal vehículo de las inversiones extranjeras directas en un país. En los últimos veinte años, su crecimiento en número y volumen alcanzó dimensiones extraordinarias. Su origen sigue concentrado en la tríada Estados Unidos, Japón y Europa, en la cual el liderazgo le corresponde al Reino Unido, seguido por Alemania y Francia. Los enormes cambios que se suceden en la informática, las comunicaciones, el transporte y los servicios han facilitado ese enorme crecimiento.

Sin embargo, el principal motor de ese auge lo constituye la enorme concentración y centralización del capital financiero contemporáneo, que continúa mediante la obtención de grandes masas de utilidades y su reinversión en compras, fusiones y entrelazamientos entre las grandes empresas transnacionales, en las bolsas y en los principales centros de especulación, bajo la tutela de los respectivos Estados.

La puesta en práctica de políticas neoliberales, tanto en los grandes países capitalistas como en los llamados países en desarrollo, ha sido otro importante factor que ha contribuido al crecimiento del volumen de operaciones alcanzado por las empresas transnacionales, por medio del libre traspaso de las fronteras, con políticas de facilidades impositivas y sobre todo con las privatizaciones totales y parciales de las empresas públicas. La contracara de este proceso ha sido y es la explotación intensa de los pueblos, el aumento de las desigualdades entre una élite de multimillonarios y la mayoría de la humanidad sumida en la miseria, mientras se agrede a la naturaleza a tal punto que se pone en riesgo la propia existencia de la humanidad sobre la Tierra.

Son tan significativos los cambios que las inversiones extranjeras directas provocan en los países receptores, acentuando la dependencia en el caso de los más débiles, que registrar su volumen y su procedencia no es suficiente para conocer su impacto. Algunos de sus efectos son los siguientes:

1. La explotación sistemática de los trabajadores por medio de la tercerización, los convenios diferenciados, la cooptación de sindicatos y la elusión legal. Se producen cambios significativos en la división del trabajo, tanto en el orden local como internacional, según las estrategias de integración empresaria regional, con impacto negativo sobre el empleo en los países receptores, tanto en lo que respecta a la cantidad de puestos como a su calidad.
2. La explotación intensiva de recursos naturales, mediante una actitud depredadora que no se detiene ante barreras legales ni controles estatales cuando puede sortearlos con simples golpes de chequera. Se lleva a cabo el reemplazo irracional y criminal de alimentos por energía.
3. La absorción de recursos económicos locales mediante privilegios financieros, impositivos y normativos en lo laboral que no consigue el capital nacional, lo que en los hechos constituye una transferencia en favor de la inversión extranjera directa y una burla a la seguridad jurídica.
4. La gradual desaparición de las grandes empresas de capital local como consecuencia de las condiciones de predominio de las empresas transnacionales. Esto ocurre particularmente en

momentos de crisis económica, como ha sucedido en Argentina en las últimas dos décadas.

5. La fuerte presión sobre la balanza de pagos como consecuencia de las remesas de utilidades, los pagos por patentes y regalías, las importaciones de bienes y servicios que reemplazan a los de origen local, los pagos de intereses de deudas contraídas con las casas matrices, firmas asociadas o bancos vinculados y sobre todo el lucro por monopolizar el comercio exterior.
6. La inédita injerencia de la vida económica, con enormes consecuencias políticas y culturales, que dificulta el desarrollo de una política económica orientada al interés nacional y al bienestar popular. En el informe sobre las 500 empresas más grandes de Argentina, el INDEC fundamenta la necesidad de estudiarlas "por la magnitud de su participación en el conjunto de la actividad económica y por la complejidad de su operatoria", y afirma que "las grandes empresas se caracterizan, en general, por una estructura productiva multisectorial; muchas veces pertenecen a un grupo económico o forman parte de empresas transnacionales, con estrategias de crecimiento diseñadas en niveles superiores; llevan a cabo actividades multilocalizadas en una o varias jurisdicciones con importantes transacciones económicas y financieras en el exterior" (INDEC, 1998).
7. El control de la revolución científica, informática y técnica, que les provee a las transnacionales más medios para una mayor explotación de la mano de obra y de los recursos naturales, y también para la promoción del consumismo suntuario que representa un inmenso desperdicio de los recursos que podrían mejorar la calidad de vida de una parte sustancial de la humanidad. Se favorece la mayor dependencia y el atraso científico-tecnológico de los países capitalistas más débiles, por la enorme concentración de los adelantos en manos de un reducido número de grandes transnacionales, cuyo entrelazamiento va en aumento para compartir los altos costos de la investigación y del desarrollo, y para monopolizar sus resultados.
8. La supresión de la competencia. En la actual etapa imperialista existe una lucha feroz entre transnacionales de distintos orígenes por el control de zonas de operaciones, de recursos naturales y de porciones del comercio mundial. La actividad económica está bajo su control y hace tiempo que el mercado ha dejado de jugar su papel de promotor e intermediario de la libre competencia. Mientras tanto, la especulación financiera global causa perturbaciones sin límites en los mercados, dispara artificialmente las cotizaciones de productos críticos, como los alimentos y el

petróleo, y provoca hambrunas y trastornos sociales y políticos en todo el mundo.

9. El socavamiento político e institucional mediante acciones de *lobby* en favor de los intereses de las transnacionales, presiones y sobornos en la administración, el diseño de leyes, el funcionamiento de la justicia y el propio movimiento obrero. A lo anterior se suman la financiación de políticos, el control de medios de comunicación y el sostén de centros de estudio y de universidades que refuercen sus posiciones y prevengan contra la unidad del pueblo para enfrentarlas.
10. La agresión abierta a los pueblos, la democracia y la soberanía mediante crímenes políticos, maniobras económicas a gran escala, golpes de Estado y guerras. La historia rebosa de ejemplos, desde el asesinato con tufo a frigorífico del senador argentino Enzo Bordabehere, que en 1935 llevó al suicidio a Lisandro de la Torre, hasta las guerras con olor a petróleo lideradas por Estados Unidos y el Reino Unido contra Irak en 2003 y contra Libia en 2011.

Diversos aspectos de este panorama fueron aludidos por la CEPAL en el documento titulado "Vientos de cambio: los temas centrales sobre las empresas transnacionales". Allí se afirmaba que "las empresas transnacionales pasan a desempeñar un papel decisivo en tanto coordinadoras directas de la actividad económica en el mundo [...]. En otras palabras, en el sistema internacional de producción que se vislumbra, son cada vez más las empresas transnacionales y no las transacciones directas en el mercado las que cumplen esta coordinación y determinan el rol en la división internacional del trabajo". Se añadía que "hoy, la toma de decisiones de las empresas transnacionales se parece al sistema nervioso central de un grupo mucho más grande de actividades interdependientes pero menos formalmente dirigidas, cuya función es principalmente indicar la estrategia competitiva global y la posición del centro de la organización" (Finkman y Montenegro, 1995).

Las filiales de las transnacionales cuentan con el respaldo financiero, tecnológico y organizativo de la casa matriz que, como sostenía aquel informe de la CEPAL (Finkman y Montenegro, 1995; CEPAL, 2008) les permite afrontar en mejores condiciones, por ejemplo, los cambios abruptos en la coyuntura. Esto, sin duda, ha hecho a Argentina más vulnerable a las crisis económicas exteriores, por la disminución notable de recursos locales, la privatización de segmentos clave de la economía, la mayor desocupación y fundamentalmente por la concentración en manos de monopolios extranjeros de sectores vitales de la producción y de las finanzas. El fenómeno se puede apreciar, por ejemplo, en la presencia dominante de las transnacionales en los supermercados e

hipermercados minoristas, en las condiciones que imponen a sus proveedores de bienes y de servicios, y en la explotación a la que someten a su personal. Una realidad que implica, además, el manejo monopólico de nada menos que la canasta familiar argentina y el poder adquisitivo del salario. Todo esto, que sería imposible sin la corrupta complicidad de gobernantes y dirigentes sindicales, tiene su correlato en la ampliación del espectro de las clases y capas sociales damnificadas por la presencia de las empresas transnacionales.

El informe también subrayaba que la internacionalización de las operaciones de las transnacionales se relaciona estrechamente con la aplicación de una política de flexibilización laboral que prioriza los convenios por empresa, la subcontratación, la tercerización y otros mecanismos que disuelven muchas de las conquistas del movimiento obrero, para lo cual estas empresas cuentan muchas veces con la colaboración de gobiernos que consideran la presencia de sindicatos fuertes como un obstáculo para el crecimiento y la atracción de las transnacionales (Finkman y Montenegro, 1995: 17). El documento señalaba además que ha tomado mayor envergadura la asociación estratégica entre varias empresas transnacionales, especialmente en industrias de alta tecnología como la biotecnología y la informática, y también en otras más tradicionales como la automovilística, la aeronáutica y la química. El motivo no es solamente compartir los costos de investigación y de desarrollo de nuevos productos, sino también enfrentar a competidores que ocupan posiciones más fuertes (Finkman y Montenegro, 1995: 29).

La participación extranjera en la economía cambió de carácter

La participación extranjera en la economía argentina es hoy muy distinta de aquella propia de la posguerra, cuando las empresas transnacionales eran el agente central de la sustitución de importaciones, e incluso difiere de la participación de hace unas décadas, cuando comenzaron a asumir un perfil exportador. Desde la década del noventa en adelante, cerca de las tres cuartas partes del ingreso del capital extranjero fue destinado a la compra de activos públicos y de empresas privadas locales, y con las enormes utilidades que se obtuvieron se realizaron las inversiones posteriores o reinversiones en esas áreas. Asimismo prevaleció una creciente tendencia a la especialización en pocos sectores: automotores, minas, alimentos, hoteles y cadenas de distribución. En el marco de una economía más abierta, que carece de elementales medidas defensivas, las empresas transnacionales han proyectado su actividad productiva con más componentes importados, desde bienes intermedios hasta terminados, para su comercialización por los canales de distribución de las firmas adquiridas. Aumentó

considerablemente la especialización intrafirma en su comercio total, y es mayor la participación de estas empresas en el MERCOSUR. Por medio de todos estos cambios ha aumentado notablemente el comercio cautivo, o sea, las compras y ventas, las exportaciones e importaciones dentro del conjunto de empresas que pertenecen al mismo dueño o grupo financiero inversor.

El citado estudio de la CEPAL señaló que ya no son los bajos salarios el punto de atracción de las inversiones extranjeras:

> Los costos laborales directos sólo representan el 3% del total de costos de producción en semiconductores, 5% en la producción de televisores color y de 10 a 15% en la industria automotriz. […]
>
> En los últimos años se ha hecho patente la dificultad de los gobiernos de los países subdesarrollados, particularmente los latinoamericanos, para regular las operaciones de las filiales de las transnacionales en sus economías (Finkman y Montenegro, 1995: 44 y 48).

Es obvio que en Argentina este fenómeno se ha manifestado notablemente.

Otro informe de la CEPAL destacaba que Argentina ya era en 2002 "una de las economías más transnacionalizadas del mundo, si se atiende al grado de control de los activos productivos y de participación en los flujos económicos principales que exhiben las empresas transnacionales" (Kulfas et al., 2002). Respecto de esas compañías, el estudio afirmaba:

> Reconociendo que su aporte principal y más difundido ha sido el mejoramiento de la calidad de productos y servicios en el mercado interno, debe señalarse en cambio que ha resultado escasa su contribución al proceso de formación de capital y relativamente pobre y heterogéneo su aporte a la generación de encadenamientos productivos y capacidades tecnológicas (Kulfas et al., 2002: 111).

El trabajo subrayaba luego que los pagos al exterior por las empresas transnacionales habían crecido sostenidamente y que muchos pagos por servicios tecnológicos podrían estar encubriendo ganancias no declaradas. Señalaba también que había crecido su deuda financiera con el exterior, que representaba alrededor del 75% del elevado endeudamiento en que había incurrido el sector privado no financiero desde 1992. Si bien el informe no lo aclaraba, se trataba en la mayor parte de "deudas" entre empresas del mismo grupo. El trabajo agregaba: "La balanza comercial de las empresas transnacionales ha acumulado también saldos negativos sostenidos, explicados fundamentalmente por su elevada propensión a importar" (Kulfas et al., 2002: 116). El mismo informe afirmaba:

> Las empresas transnacionales y sus filiales son responsables directas e indirectas de un 70% del comercio mundial, concentran más del 80% de las transacciones por regalías y pagos de licencias a nivel mundial y representan una porción dominante de la capacidad productiva en sectores estratégicos de la industria y los servicios (Kulfas et al., 2002: 49).

El proceso de concentración económica nunca había alcanzado niveles tan elevados. Las cien firmas más grandes del mundo "acaparan aproximadamente el 60% del total de la facturación de todas las empresas transnacionales, controlan un tercio del stock mundial de la inversión directa de capital y generan cerca del 20% del total de los puestos de trabajo en compañías multinacionales" (Kulfas et al., 2002: 50). Lo que llama la atención es que para generar semejante volumen de negocios sólo ocuparan alrededor de 73 millones de personas en todo el mundo, de las cuales apenas 12 millones estaban directamente empleadas en las filiales radicadas en países subdesarrollados.

El trabajo de Kulfas, Porta y Ramos subrayaba que "antes la forma típica de organización de las empresas transnacionales era mediante filiales que abastecían a la casa matriz con recursos naturales o servían a los mercados internos de países que levantaban altas barreras arancelarias: no había entre las subsidiarias un entramado de relaciones significativo más allá de la dependencia de la misma casa matriz". En cambio:

> Las multinacionales al nuevo estilo asumen el rol de organizadores de la producción y de las transacciones a través de una red de empresas interconectadas. Así, matrices y filiales operan todas las funciones de las empresas transnacionales mutuamente relacionadas. Se trata de una forma de "integración compleja" que abre la posibilidad de localizar las diferentes actividades de las empresas transnacionales (producción, finanzas, planificación, mercadeo, investigación y desarrollo, etcétera) donde puedan ser realizadas de la mejor manera en términos de la estrategia global de la empresa (Kulfas et al., 2002: 50).

De esta metamorfosis emerge un aspecto trascendental: el predominio que han adquirido las operaciones financieras especulativas, que han inundado el mundo capitalista con papeles, títulos con múltiples denominaciones, que en conjunto superan más de cincuenta veces el PBI mundial, y que fueron el disparador de la crisis iniciada en 2008 en Estados Unidos.

Los cuadros 18 y 19 muestran el panorama de las inversiones extranjeras en empresas argentinas hacia fines de 2009, según un informe del Banco Central de la República Argentina.

Cuadro 18

Argentina. Stock de capitales extranjeros por país de origen. 2009

País de origen	Millones de dólares	%
España	23.017	29,4
Estados Unidos	13.928	17,8
Holanda	6.564	8,3
Brasil	4.874	6,2
Chile	4.031	5,1
Alemania	2.393	3,0
Otros	23.432	30,2
Total	**78.239**	

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Informe del Banco Central de la República Argentina.

Cuadro 19

Argentina. Stock de capitales extranjeros por sector de destino. 2009

Sector de destino	%
Industria	36,07
Recursos naturales	32,70
Servicios	26,15
Sector financiero	5,04
	100

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Informe del Banco Central de la República Argentina.

Puede llamar la atención el monto exiguo del stock del capital extranjero, y particularmente del de origen norteamericano, si se lo relaciona con el rol trascendental que desempeña en la vida nacional. Ello se explica por la compleja red que ha tejido el capital monopólico financiero que se nutre de los fondos y los recursos propios del país, de la enorme masa de plusvalía que obtiene de la explotación obrera, y del saqueo de los ingresos de amplias capas burguesas no monopólicas.

Cabe señalar por último que después de la recuperación por parte del gobierno del 51% de las acciones de YPF en 2010 descendió la participación de capitales de origen español en Argentina.

El papel de las transnacionales en el endeudamiento

El papel de las empresas transnacionales en el endeudamiento externo e interno argentino y sus consecuencias fueron analizados en 2003 en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, en un trabajo colectivo que dirigí como titular de la cátedra de Economía Política Social, el cual contó con la valiosa participación del curso. Se trata de "El Yo Acuso del pueblo argentino: ¿A cuánto asciende aproximadamente la deuda de los supuestos acreedores a nuestro país?", que a continuación se sintetiza.

La deuda externa fue sin duda un formidable instrumento para alimentar la voracidad del capital, siempre en busca de mayores beneficios aun a costa del sufrimiento de los pueblos. Marx ya había anticipado en *El capital*:

> La deuda pública actúa como uno de los agentes más enérgicos de la acumulación primitiva. Por medio de un golpe de varita mágica, otorga al dinero improductivo la virtud reproductora y lo convierte así en capital, sin que para ello deba sufrir los riesgos, los inconvenientes inseparables de su empleo industrial e inclusive de la usura privada. A decir verdad, los acreedores públicos nada entregan, pues su capital inicial, metamorfoseado en valores públicos de fácil transferencia, sigue funcionando entre sus manos como numerario. Pero aparte de la clase de rentistas ociosos que se crea de esa manera, aparte de la fortuna improvisada de los financieros intermediarios entre el gobierno y la Nación –lo mismo que los tratantes, comerciantes, manufactureros particulares a quienes una buena parte de todos los empréstitos rinde los servicios de un capital caído del cielo– la deuda pública dio impulso a las sociedades por acciones, al comercio de todo tipo de papeles negociables, a las operaciones aleatorias, al agio; en una palabra, a los juegos de la bolsa y a la bancarrota moderna (Marx, 1973b, Tomo I).

Bajo el dominio del imperialismo y de las oligarquías locales, los gobiernos de turno, militares y civiles, estamparon a fuego en nuestra piel un pagaré sin fecha de vencimiento, con la originalidad de que pagamos y pagamos, y siempre debemos. ¿No es hora de decir basta? ¿No es hora de que la historia dejen de escribirla el FMI y el Banco Mundial, de que los pueblos sean protagonistas y dispongan en definitiva de todo lo que crean con su fuerza de trabajo para satisfacer sus necesidades materiales básicas? En el caso del endeudamiento argentino bajo la dictadura, por ejemplo, bien podría aplicarse la doctrina de la "deuda odiosa", expuesta por Estados Unidos en 1898 tras la guerra hispanoestadounidense. Al apropiarse de Cuba, Estados Unidos desconoció la

deuda externa del gobierno colonial español en la isla, alegando que el pueblo cubano no había consentido en su contracción y que los fondos prestados no habían sido usados en su beneficio.

En Argentina, el origen de la deuda pública reside en los primeros pasos como país independiente. El primer empréstito, colocado por la inglesa Baring Brothers en 1824, tardó 80 años en pagarse, y los 500 mil pesos oro recibidos en préstamo generaron, como por arte de magia, pagos por un total de 23 millones de pesos oro, acompañados de escandalosas concesiones lubricadas por la corrupción de la clase dirigente, que costaron crueles miserias al pueblo trabajador y el genocidio de pueblos indígenas.

Sin embargo, fue después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y particularmente a partir de la última dictadura (1976-1983) que el endeudamiento se transformó en el más poderoso medio de dominio y saqueo del capital imperialista, es decir, de las transnacionales financieras, en especial de las norteamericanas. A fines de 1975, la deuda externa argentina, pública y privada, era de 7.800 millones de dólares y equivalía a 320 dólares por habitante. A fines de 2003 llegaba a alrededor de 200 mil millones de dólares y ascendía a 6 mil dólares por habitante.

Durante el gobierno genocida iniciado por Jorge Videla (1976-1983) la deuda externa pública creció un 384%; durante el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) se incrementó en un 44%; con Carlos Menem (1989-1999) aumentó un 123%; con Fernando de la Rúa (1999-2001), con el "megacanje", se incrementó en un 20%, y con Eduardo Duhalde (2002-2003) creció un 35%. Entre 1976 y 2002, solamente por intereses pagados y fuga de capitales facilitados por el endeudamiento externo y la complicidad de los gobernantes, fueron sustraídos del país unos 270 mil millones de dólares. Esas transferencias tienen mucho que ver con el aumento extraordinario de la pobreza en los primeros años del siglo XXI.

Sobrada razón tenían los peritos de la causa iniciada en 1982 por Alejandro Olmos e investigada durante 18 años cuando afirmaron que "la deuda externa privada y pública carece de justificación económica, financiera y administrativa", tal como denunció el juez federal Jorge Ballesteros en su dictamen final de 2002 señalando que los métodos empleados "pusieron de rodillas al país". Las sucesivas refinanciaciones de la deuda externa entran en la misma categoría, y se ha reconocido en organismos jurídicos internacionales que su carácter es ilegítimo y que el dinero recibido efectivamente del exterior ha sido pagado con creces.

Esto significa que en realidad los supuestos acreedores han contraído una gigantesca deuda con los pueblos de los países deudores, no sólo por lo que se han llevado ilegalmente sino también por ser los

causantes, en complicidad con los gobiernos de turno y con una parte de la dirigencia política y sindical, de engendrar el mecanismo diabólico –propio de la naturaleza del imperialismo– por el cual mientras más se paga más se debe, transformando la deuda externa en eterna.

Fidel Castro, en una entrevista publicada el 21 de marzo de 1985 en el diario *Excelsior* de México, decía al respecto que "hay que ir a las causas reales y profundas de esta deuda, a la crisis económica desatada, a los factores que la han originado. Resolver la deuda no sería más que el comienzo. Hay que exigir el cese del intercambio desigual, el cese de políticas proteccionistas, de la práctica del *dumpin*, de políticas monetarias injustas y abusivas, tasas excesivas de interés, sobrevaloración del dólar y otros diabólicos procedimientos que hacen imposible el desarrollo de nuestros países".

Con esta fundamentación y como contribución a la compleja tarea de desarmar la ingeniería financiera del capital monopólico, la cátedra a mi cargo en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo calculó a cuánto ascendía la deuda del imperialismo norteamericano, de sus socios europeos y de sus cómplices locales con el pueblo argentino. Se trataba de cambiar los papeles en el gran escenario de la globalización neoliberal y de que, dejando a un lado el lugar de víctima, nuestro pueblo asumiera el "Yo acuso" ante sus pretendidos acreedores. Esta tarea se emprendió dejando bien claro que ese cálculo no podía incluir el mayor costo de este drama, el que se paga con vida humana, porque ninguna suma puede compensar los sufrimientos y la sangre vertida por nuestro pueblo a causa de la deuda externa.

El oportunismo político siempre ha pretextado que si se enfrentara al poderoso monopolio transnacional financiero este embargaría los bienes del país en el exterior y bloquearía las exportaciones, entre otras represalias. No obstante, en el propio continente americano el ejemplo de Cuba muestra que si se cuenta con un gobierno del pueblo y con el pueblo unido y movilizado en su respaldo no hay acción del imperialismo que valga.

Además, el pueblo argentino tiene actualmente una carta de triunfo. Parte de lo que el capital financiero transnacional le ha sustraído al país ha sido utilizado, mediante diversos títulos de deuda, para apropiarse de las empresas públicas, de las reservas de petróleo y de gas, y de muchas actividades vitales. Si Argentina decidiera pedirle cuentas al imperialismo y a la oligarquía local, tendría a su disposición los cuantiosos bienes de las empresas de servicios públicos y de otras de las cuales se han apropiado ilegítimamente los monopolios transnacionales. Sería un acto de reparación elemental de la soberanía y de la dignidad.

Para estimar el monto que le adeudan a la Argentina los pretendidos acreedores externos, considerando el período 1976-2002, debían tomarse en cuenta los siguientes factores:

1. Los pagos efectuados por servicios de la deuda externa, tanto pública como privada.
2. El monto aproximado de la fuga de capitales, la transferencia de fondos al exterior y el stock de capitales de argentinos colocado fuera del país.
3. El valor estimado de los bienes estatales privatizados, menos las sumas efectivamente pagadas por ellos.
4. El enorme caudal de fondos, restados a los trabajadores y a los sectores no monopolistas, que se transfirieron al capital extranjero y a los monopolios locales mediante políticas económicas neoliberales y conservadoras para favorecerlos, recetadas por el FMI y el Banco Mundial.

Se trata de recursos que hacían falta para salud, educación, viviendas, obras públicas, que fueron transferidos al capital financiero transnacional. En tanto, hubo una caída del poder de compra de los salarios pese a que al mismo tiempo aumentó en forma significativa la productividad de la fuerza de trabajo, lo que se tradujo en un derrumbe del poder adquisitivo del mercado interno, en el cual también muchos bienes nacionales fueron sustituidos por importados. Estos factores desempeñaron un papel clave en el aumento inédito de la desocupación y del trabajo precario.

Según los cálculos del académico Julio Olivera, cada punto porcentual de aumento de la desocupación entraña una reducción similar del producto real anual. Otro punto porcentual de pérdida del producto lo ocasionan los perjuicios indirectos vinculados con el deterioro físico y mental de las personas sin trabajo, la merma de sus aptitudes técnicas y el aumento de la criminalidad. Sobre esa base se puede calcular que en las últimas décadas se perdieron varios PBI completos. También se debe estimar el valor de la transferencia de cerebros al exterior, teniendo en cuenta que ha sido el pueblo argentino el que ha pagado la formación de cuadros de investigación y profesionales que han emigrado por falta de trabajo y de perspectivas.

La convertibilidad primero, la pesificación de los depósitos luego y la brusca devaluación después significaron en su conjunto una reducción sin par de los ingresos de los trabajadores y un despojo de millones de pequeños ahorristas. El ex presidente del Banco Central, Pedro Pou, uno de los artífices de la política financiera neoliberal, confesó que el impacto inicial de aquellas medidas lo terminaron pagando los trabajadores, y subrayó cínicamente la "maravilla de la política de devaluación, que ha sido apoyada por los principales líderes sindicales".

Existen muchos otros factores para tomar en cuenta en caso de aspirar a un cálculo más minucioso y preciso: los términos de intercambio desfavorables, la presencia dominante de los monopolios

transnacionales en el comercio exterior argentino, el comercio cautivo entre empresas del mismo grupo. Ni qué hablar de la Reforma del Sistema Previsional de 1994, hecha a instancias del FMI y del Banco Mundial, que creó la jubilación privada de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP) y prácticamente vació la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES). Fue un negociado multimillonario en favor del capital transnacional, sin mencionar las graves implicancias del cambio de los dólares que tenían las AFJP por títulos de la deuda externa.

Si considerásemos el punto de vista capitalista, capaz de poner un precio a la vida humana, no estaría errado incluir en el cálculo el valor de las generaciones sacrificadas en los últimos treinta años por diversas causas: los detenidos-desaparecidos, los mutilados por torturas, la mortandad infantil debida a causas evitables, la muerte prematura de ancianos, el desarrollo de generaciones de niños débiles mentales, etcétera. Pero ninguna unidad de dinero puede medir esas pérdidas irreparables. Tampoco tienen precio la soberanía robada ni el pisoteo del legítimo derecho a la autodeterminación.

Cuadro 20

Estimación de la deuda del capital financiero transnacional con el pueblo argentino. 1976-2002 (en miles de millones de dólares corrientes de cada año)

Intereses abonados y fuga de capitales	270
Bienes de las empresas públicas privatizadas, incluidas las reservas de gas, petróleo y minería, tal como fue promovido por el Banco Mundial y el FMI, menos sumas recibidas por el Estado	200
Pérdida de ingresos de los asalariados como consecuencia de las políticas de ajuste y de los cambios estructurales promovidos por el Banco Mundial y el FMI	380
PBI anuales que se dejaron de producir en el país, tomando como base los cálculos del académico Julio Olivera sobre la gravitación de la desocupación (se estima una pérdida equivalente a cuatro o cinco PBI)	700
Pérdida para el país por la fuga de cerebros como consecuencia de la crisis económica promovida por las políticas de desnacionalización	10
Total	**1.560**

Fuente: Fuchs (2003b).

En consecuencia, la deuda del capital financiero transnacional con el pueblo argentino asciende a aproximadamente 1,56 billones de dólares, cantidad suficiente como para construir tres millones de viviendas

económicas, con toda la infraestructura necesaria, más escuelas, hospitales, centros culturales, transporte, clubes. Es decir, se acabaría el histórico déficit en materia de vivienda. Con semejante escala de construcción, además, habría trabajo para más de 4 millones de trabajadores, técnicos y empleados, hoy desocupados, y todavía habría fondos suficientes para aumentar los haberes de trabajadores y de jubilados, es decir que se acabaría la pobreza. ¿No es hora de exigir a los causantes del drama de nuestro pueblo que devuelvan lo que han robado?

En 2005, el gobierno de Néstor Kirchner, con su política de desendeudamiento, canceló en efectivo la deuda con el FMI y realizó un canje con los tenedores privados de títulos argentinos en mora que, según las autoridades, significó una quita de 65 mil millones de dólares en el total nominal adeudado. El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner hizo un canje complementario en 2010, y al iniciar su segundo mandato tenía previstas conversaciones para cancelar la deuda con los países del Club de París para dar por superada ante los acreedores la suspensión de pagos declarada en diciembre de 2001.

Sin embargo, en lo que hace al pueblo, el tema de la deuda mantiene vigentes interrogantes cruciales. ¿No hubiera correspondido planificar la devolución al pueblo de esos 65 mil millones, por ejemplo mediante la construcción de viviendas económicas o la implementación de mejoras en la educación, la salud, los salarios y las jubilaciones, para compensarlo en parte por aquello de lo que fue privado por la hipoteca de la deuda? ¿Es simple coincidencia que el total de fondos argentinos depositados en el exterior se aproxime al volumen actual de la deuda? ¿No es hora de difundir la valiosa investigación liderada por Alejandro Olmos que el juez Jorge Ballesteros remitió al Congreso Nacional por haber prescripto los delitos descubiertos, donde quedó silenciada y oculta?

La acumulación capitalista en la Argentina

En la historia de la economía política fue Marx quien, tras una larga y documentada investigación, reveló en *El capital* el origen, funcionamiento y desarrollo del sistema capitalista, el porqué de sus limitaciones y las contradicciones antagónicas que desarrolla el sistema, así como su incapacidad para solucionarlas, lo que lo conduce por el camino de la decadencia y de la extinción, más tarde o más temprano.

Al analizar el proceso de reproducción ampliada del capitalismo, o sea, la organización interna del sistema capitalista de producción que explica su esencia, se pone más de manifiesto su contradicción principal, aquella que se da entre la socialización creciente de la producción y la apropiación privada capitalista del fruto del trabajo por una minoría de las minorías. En sus investigaciones, Marx fundamentó el origen del capital, desentrañó la teoría del valor bajo el capitalismo, descubrió la

teoría de la plusvalía, el secreto de los secretos del capitalismo, y sentó las bases de la teoría de la acumulación y de su ley general. Realizó esta intensa labor sobre la base de un enorme material práctico y estadístico. Elaboró un organigrama de la reproducción ampliada que no ha sido superado, con el cual describió las condiciones necesarias armónicas y proporcionales para el desarrollo y el crecimiento continuo del capital, y explicó que como ello es imposible en este sistema, el capitalismo termina en crisis que se reiteran periódicamente.

El de hoy ya no es el mundo en que vivió Marx. También cambió mucho la clase obrera, el sujeto histórico llamado a sepultar el capitalismo. Sin embargo, la esencia y la naturaleza del sistema permanecen, con nuevos y múltiples antagonismos. La obra científica de Marx conserva una gran importancia metodológica y su contenido no ha perdido, pese al tiempo histórico transcurrido, su gran frescura y vigor.

En *Argentina: actual estructura económico social* (Fuchs, 1982) incluí un capítulo especial sobre las condiciones en que se lleva a cabo la reproducción capitalista en Argentina, en particular en la industria y en el agro, y también describí las condiciones que favorecen la presencia del capital extranjero. El cuadro es muy distinto al cabo de la primera década del siglo XXI, con repercusiones que escapan a cualquier pronóstico que pudiera haberse hecho en su momento. ¿Acaso habrá superado nuestro modo de producción capitalista sus profundos antagonismos? ¿Son factibles ahora un sostenido crecimiento económico, la creación persistente de empleo y una mejor distribución de la renta, o el pueblo está ahora más expuesto que antes a nuevas crisis y miserias?

Siguiendo la metodología de Marx y aplicándola a las condiciones concretas de Argentina, a sus particularidades, se pueden precisar aspectos de la reproducción ampliada considerando los cambios de los últimos decenios. Para ello, en lugar de tomar como punto de partida el producto social de todo el país y los rubros que lo componen, utilicé como base la información del INDEC sobre las 500 grandes empresas. En este punto corresponde aclarar que los datos provienen de encuestas periódicas que realiza ese instituto estatal sobre la base de la información que brindan las propias empresas. La fuente de esa información son los balances de las compañías y registros que no siempre reflejan la verdadera magnitud de sus operaciones y resultados. Esto es a tal punto conocido que, por ejemplo, al presentar los cuadros del INDEC correspondientes a las encuestas periódicas sobre la distribución del ingreso nacional se aclara que en la escala de los ingresos más altos los datos publicados están subestimados por las empresas o por los individuos consultados. Además, no se considera en la encuesta la actividad informal, que las estimaciones oficiales calculan entre el 30% y el 35% del PBI. También es frecuente que en las ganancias declaradas por las empresas se abulten los gastos para pagar menos impuestos.

Con esas salvedades he efectuado un análisis de la evolución que han tenido en los últimos quince años estas 500 empresas, las mayores del país sin considerar la actividad agropecuaria, las finanzas, los servicios de vivienda, la administración pública ni los servicios personales. En la medida en que correspondía, agregué algunos de los rubros omitidos. El objetivo es precisar a grandes rasgos la tendencia de la acumulación capitalista en Argentina, en la cual las empresas de capital extranjero tienen un peso decisivo, y establecer sus repercusiones y sus perspectivas en las condiciones actuales.

Una idea sobre el peso de las grandes empresas en la economía argentina la da el hecho de que en 1993 generaban el 19,3% del valor agregado total del país, proporción que en el año 2000, comparando los mismos sectores de la economía, llegó al 23,3%, en 2008 ya alcanzaba el 31,8%, y en 2010, el 32,9%. La crisis de 2001 acentuó la concentración y centralización de las empresas extranjeras transnacionales. El proceso no se alteró posteriormente; al contrario, se extendió a nuevos rubros. Datos desagregados de 2003 muestran que entonces ellas eran responsables del 20,1% de la inversión bruta fija total de Argentina, y acaparaban el 77,3% de las exportaciones. Entre 2006 y 2008, el valor de producción de las grandes empresas aumentó en un 52,7% y el valor agregado 46,2%. La participación del capital extranjero continuó siendo decisiva, con el 81,8% del valor bruto de producción total de las 500 mayores empresas, el 83,1% del valor agregado y el 89,4% de la utilidad declarada por ese conjunto.

Si se consideran los salarios pagados por el total de estas grandes empresas, en 2010 significaron sólo el 9,4% del valor de producción, y el 24% del valor agregado bruto. Aunque no debe olvidarse que en este cálculo están incluidos los altos salarios del personal superior, que tiene ingresos de diez a quince veces superiores al salario promedio de los trabajadores. Puede deducirse, en consecuencia, la alta tasa de explotación a que está sometida la clase obrera argentina.

Si se desglosan los datos correspondientes a las 100 primeras empresas, surge en 2010 una gran sorpresa: acaparan el 85,8% del valor de la producción total de las 500, el 70% del valor agregado, el 69% de las ganancias y solamente el 47,4% de los trabajadores. Una idea del alto nivel productivo y de la masa de plusvalía que genera la fuerza de trabajo surge con nitidez de la siguiente comparación: para 2010, el salario medio mensual de los trabajadores era de 7.660 pesos, pero en promedio creaban nuevo valor por 416.000 pesos.

Unir los aspectos técnico-económicos y los socioeconómicos

Conviene aquí insertar referencias al enfoque marxista acerca de las leyes de la reproducción capitalista en la sociedad argentina, uniendo

los aspectos técnico-económicos y los socioeconómicos, con énfasis en los segundos, o sea, en las relaciones sociales del sistema en que se realiza la reproducción, en sus leyes y en las tendencias históricas del modo de producción capitalista. El análisis incluye la ley del desarrollo cíclico, parte integrante de la ley general de acumulación capitalista, y las contradicciones antagónicas del sistema que conllevan en sí las condiciones objetivas y subjetivas de la transformación revolucionaria.

El trabajo de Marx se basó en tres aspectos fundamentales: a) el estudio de las proporciones estructurales de la economía de un país, de sus interrelaciones, de los cambios que se van operando en esa estructura y de sus determinantes; b) el análisis de una serie de coeficientes estructurales y de sus tendencias a largo plazo; y c) el estudio del movimiento y de las perspectivas de las relaciones de propiedad y de distribución, para precisar el proceso antagónico entre el carácter social de la producción y la forma privada capitalista de apropiación. En su mira estaba la suerte que corría la clase obrera, el obrero colectivo que, sin proponérselo, reproduce constantemente con su fuerza trabajo y con su vida las cadenas de su esclavitud, disfrazada con el ropaje ideológico de "la libertad, el mercado libre, la justa distribución del ingreso y el desarrollo del individuo".

Para ello, Marx dividió el valor del producto social de un país capitalista en dos secciones: medios de producción y artículos de consumo, sentando las bases de las proporciones técnico-económicas necesarias para el crecimiento de la producción, así como para alcanzar el equilibrio, la correspondencia entre ambas secciones, la plena ocupación, etcétera, condiciones imposibles de alcanzar en un sistema que en su rumbo sufría crisis tras crisis, no solamente por la acción de las propias leyes del capitalismo, sino también por la resistencia y la lucha de los trabajadores. Marx asignó mucha importancia a la composición técnica y de valor del capital, a su dinámica, a la cuota de ganancia y a la parte del salario en la renta nacional.

La etapa monopólica e imperialista del capital dio lugar a importantes cambios respecto de la época del capitalismo de libre competencia analizado por Marx. Sin embargo, su genialidad no quedó circunscripta al análisis concreto y real de su época. En sus investigaciones estaban siempre presentes las perspectivas futuras, y así por ejemplo en el Tomo I de *El capital* señala la repercusión que puede tener el crecimiento de la productividad del trabajo en la relación que existe entre la masa de trabajadores ocupados (capital variable), cuya cantidad va en descenso, y los medios de producción empleados (capital constante), que también experimentan cambios en su volumen. La extensión de la socialización de la producción que se opera bajo el capitalismo monopolista, los progresos de la ciencia y la técnica, y la importancia que tienen las nuevas ramas (electro-energética, electrónica,

informática, etcétera) en cuanto al ritmo de crecimiento, no invalidan la vigencia que tiene este tomo.

También se han operado cambios en la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, sin mencionar la incidencia de la creciente centralización y concentración ni la expansión inédita de la especulación financiera.

No han faltado quienes apoyándose en los fenómenos nuevos han pretendido tirar por la borda la teoría de la reproducción de Marx. Al respecto, es oportuno citar a una economista especializada en el enfoque crítico de las distintas escuelas contemporáneas:

> Lo que distingue radicalmente el enfoque marxista del análisis de la dinámica del capitalismo que hacen los teóricos burgueses del crecimiento consiste precisamente en que, para Marx, el análisis del mecanismo concreto de la producción capitalista era sólo la premisa para poner en evidencia las contradicciones y tendencias socioeconómicas que engendra este mecanismo del crecimiento (Osádchaia, 1975).

Resta aclarar que no se pretende aquí describir el esquema completo de la reproducción ampliada de la economía argentina en la actualidad, sino precisar las particularidades de algunas categorías tomando en cuenta los datos sobre las grandes empresas y los principales cambios que han ocurrido en el país en las últimas décadas.

De acuerdo con Marx, el esquema inicial de la reproducción ampliada y las condiciones para la ulterior ampliación de la producción son los siguientes.

Condiciones de realización:

Medios de producción: I 4.000 C + 1.000 V + 1.000 PL = 6.000 TP
Artículos de consumo: II 1.500 C + 750 V + 750 PL = 3.000 TP

Donde *C* representa el capital constante (maquinarias, materias primas, instalaciones, etcétera); *V*, el capital variable (salarios de los obreros ocupados); *PL*, la plusvalía (trabajo no remunerado que se apropia el capitalista); y *TP* significa total producción. Este esquema supone una tasa de plusvalía del 100%.

Para que la reproducción ampliada tenga lugar sin obstáculos deben cumplirse tres condiciones:

1) I (V+PL) debe ser mayor que II C
2) I (C+V+PL) debe ser mayor que I C + II C
3) I (V+PL) + II (V+PL) debe ser mayor que II (C+V+PL)

Un simple ejemplo numérico permitirá observar las proporciones expresadas entre las dos secciones de la producción social, entre la producción y el consumo, entre los ingresos y los gastos en la economía de un país, para lograr el equilibrio del sistema económico. Supongamos que durante el primer año de producción, de 1.000 que obtiene de plusvalía en la sección I, el capitalista dedica 500 a la acumulación: 400 los invierte en capital constante y 100 en capital variable (salarios). Los otros 500 los destina al consumo privado. En la sección II, de los 750 de plusvalía el capitalista invierte 150 para la acumulación: 100 en capital y 50 en salarios. Los otros 600 son para su consumo. De esta manera, en la sección I su capital constante aumenta a 4.400 y el capital variable, a 1.100, y en la sección II el capital constante asciende a 1.600 y el variable, a 800. Como resultado de un año de producción, con la misma tasa de plusvalía y la misma composición orgánica del capital, el producto total creado aumenta de 9.000 a 9.800.

Esta sucinta referencia al esquema de la reproducción ampliada del capital tiene el solo efecto de interesar a los dirigentes sindicales y a los militantes políticos en el estudio de *El capital*. Existe al respecto una obra de suma importancia que facilita esa tarea, que ayuda a estudiar y comprender *El capital*, capítulo por capítulo. Se trata de *Comentarios a los tres tomos de* El capital, escrita por el académico y militante del Partido Comunista de la Unión Soviética David Rosenberg (1879-1950), y editada por la Editorial Ciencias Sociales en La Habana en el año 1979.

Conviene enfatizar que el análisis marxista de la reproducción ampliada, igual que otros aspectos expuestos por primera vez por Marx sobre el funcionamiento del capitalismo, no se consideraba algo absoluto, algo definitivo y válido para cualquier situación tecnoeconómica e histórica del desarrollo capitalista. El gran economista alemán insistía mucho en que podían surgir tendencias diferentes al cambiar las condiciones, ya fueran económicas, políticas o sociales, en que la reproducción se llevaba a cabo, advertencia esta que no siempre ha sido tenida en cuenta cuando se abordó el estudio concreto, real, del crecimiento de la producción capitalista.

Aclarado esto, se pueden abordar algunas particularidades del proceso de reproducción ampliada, de la acumulación que se realiza actualmente en Argentina, a partir de los datos sobre las grandes empresas. Aquí se consideran dos períodos: 1993-2000 y 2003-2008. Como no hay información disponible completa para establecer la proporción entre la sección de medios de producción y la de bienes de consumo, se toma en cuenta lo sucedido en algunos de los principales rubros de la industria, como maquinarias, equipos y vehículos, combustibles, químicos y plásticos. En 1993, la producción de bienes de capital, sección I, representaba el 48% del total; en 2000, el 49%; en

2003, el 45%, y en 2008, el 47%. Son porcentajes aproximados. Se considera que el resto, hasta completar el 100%, corresponde a bienes de consumo, sección II.

Las proporciones resultantes no son una sorpresa. Muchos estudios prueban lo poco que se ha avanzado en el desarrollo de la producción nacional de bienes de capital. Lo significativo de esto es que en el período considerado se registra la mayor inversión extranjera en el país. Es evidente la importancia que tiene disponer de una industria de medios de producción vital y actualizada para el efectivo desarrollo no sólo económico sino también político, técnico, científico y social de un país. La adquisición de esos bienes no transcurre actualmente en las mismas condiciones en que se desarrollaba veinte o treinta años atrás. Hoy, con una presencia decisiva de empresas monopólicas transnacionales en sectores estratégicos, ha quedado en sus manos el control de la importación de equipos, acompañado de condicionamientos financieros, políticos y tecnológicos.

Por eso no es casualidad que en el período considerado hayan aumentado notoriamente las importaciones de esos bienes por parte de las empresas transnacionales, que deciden de acuerdo con sus intereses y según la coyuntura económica si traen equipos modernos, si adquieren maquinaria vetusta para deshacerse de chatarra en otras filiales o si directamente importan bienes terminados. Así ha sucedido y sucede en Argentina, y este accionar ahonda los desequilibrios de todo orden en el proceso de la reproducción ampliada.

Para determinar qué porción de sus utilidades destinan las grandes empresas a la capitalización, a la cantidad anual que figura en el informe del INDEC se han sumado los impuestos a la producción y también los intereses y las rentas pagadas, que en su mayor parte son cobrados, por endeudamiento y por otros motivos, por empresas subsidiarias, asociadas, vinculadas. No son consideraciones arbitrarias si se tiene en cuenta que al determinar las utilidades las empresas han deducido amortizaciones que rondan un abultado 15% del valor agregado bruto. Además, el rubro salarios pagados incluye sin discriminar las altas remuneraciones de directores y gerentes, y eso sin hablar de los gastos de representación y de otros rubros. Realizadas estas aclaraciones, se calculan las utilidades, que se presenta en el siguiente cuadro.

Cuadro 21

Argentina. Evolución de las utilidades y otros rubros de grandes empresas. 1993-2000 y 2003-2008 (en millones de pesos)

Período	1993-2000	2003-2008
Utilidades declaradas	62.990	271.247
Impuestos pagados	60.835	217.499
Intereses pagados	36.087	69.505
Utilidades reales	159.912	558.251
Inversión bruta interna	81.040	200.995*

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en el informe sobre las 500 grandes empresas de la Argentina (INDEC, 1998).
* Como el dato de la inversión para 2003-2008 no está disponible en el informe del INDEC, se lo estimó aplicando el promedio de inversión de las 500 mayores empresas respecto de la inversión total observado en el período 1993-2000, que fue del 22,5%. Según las Cuentas Nacionales, el total acumulado de inversión bruta interna de la economía nacional en 2003-2008 fue de 893.312 millones de pesos. El 22,5% atribuible a las grandes empresas asciende a 200.995 millones.

Con estos datos, siempre teniendo en cuenta la advertencia de que se trata de aproximaciones, se puede calcular que los beneficios o la plusvalía que se apropiaron las grandes empresas de 1993 a 2000 fueron de 159.912 millones de pesos, y de 2003 a 2008 ascendieron a 558.251 millones. A primera vista se observa que la plusvalía que embolsaron los dueños de las grandes empresas aumentó casi un 250% pese a que el segundo período fue dos años más corto.

Ahora, para calcular en forma aproximada la tasa de plusvalía, o sea, el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, hay que comparar la plusvalía obtenida con los salarios pagados, PL/V x 100, en millones de pesos (ver Cuadro 22).

Cuadro 22

Argentina. Tasa de plusvalía. 1993-2000 y 2003-2008 (en %)

Período	Salarios (en millones de pesos)	Plusvalía	Tasa de plusvalía
1993-1997	55.497		
1998-2000	36.220		
Total 1993-2000	**91.717**	**159.912**	**174,35**

Cuadro 22 (continuación)

Período	Salarios (en millones de pesos)	Plusvalía	Tasa de plusvalía
2003-2004	30.007		
2005-2008	126.470		
Total 2003-2008	**156.477**	**558.251**	**356,76**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).

De la comparación de los dos períodos surge que en el sexenio 2003-2008 la explotación de la fuerza de trabajo por parte de las grandes empresas duplicó la registrada en los ocho años comprendidos entre 1993 y 2000, lo que en la práctica implica el aumento de la pobreza en la mayoría del pueblo trabajador y la disminución del poder de compra del mercado interno pese al crecimiento global de la economía argentina.

A esto hay que sumarle la descapitalización que provoca la presencia dominante de las empresas transnacionales en muchos rubros de la economía nacional. Como evidencia basta con tomar en cuenta el aumento que se ha registrado en la transferencia al exterior, por distintos medios, de la plusvalía que estas firmas obtienen en el país. Es notable también la concentración que se observa dentro del conjunto de las 500 grandes empresas, donde sólo 100 de ellas reúnen el 70,6% del valor agregado, el 75% de la utilidad y el 45,4% de los asalariados.

Un lugar en el mundo dependiente

Cuando se dice que Argentina ha llegado a un elevado grado de transnacionalización, a una enorme subordinación en la red de operaciones de las empresas de las grandes potencias capitalistas que monopolizan las finanzas, las industrias, las comunicaciones, el transporte, el comercio internacional, las principales innovaciones científicas y técnicas y los profundos avances del conocimiento, ¿no implica esta realidad una pérdida de soberanía con la disminución del poder de decisión política independiente?

Cuando la burguesía terrateniente y el gran capital local, dueños y arrendatarios de la mayor parte de la pampa húmeda y de otras zonas, se han asociado con los monopolios y con los fondos de inversión extranjeros que manejan los complejos tecnológicos y las finanzas, ¿no han cedido por codicia la decisión respecto de qué producir y a quién vender, limitando mediante los altos precios y la especulación el acceso popular a los alimentos y desentendiéndose del interés nacional y de la necesidad de dar un uso racional a la tierra?

Las concesiones y ventas a grupos extranjeros de los recursos naturales (minería, petróleo, gas, agua dulce, incluidos los de zonas fronterizas), ¿no implican un despojo de elementos estratégicos para el desarrollo del país?

La inédita concentración del transporte marítimo, terrestre y fluvial y la hegemonía del transporte por carretera, ¿no constituyen la versión actual de la política ferrocarrilera del imperialismo británico, empeorada en los medios y el modelo, que encarece las comunicaciones en el interior y agrava el desarrollo desigual entre las provincias?

Las privatizaciones nacionales, provinciales y municipales, ¿no significaron un enorme vaciamiento del poder estatal sobre la vida económica y social, al haber reducido la participación del Estado en la economía argentina al nivel más bajo del continente?

¿Puede ignorarse el papel de condicionante político y económico de la enorme deuda externa, denunciada judicialmente por fraudulenta, que pese a las sucesivas renegociaciones seguirá absorbiendo cuantiosos recursos por los próximos veinte años?

Estos factores son el resultado de un largo proceso histórico que le impuso a la Argentina un verdadero tributo neocolonial, que la "sagrada familia" integrada por las grandes potencias capitalistas y sus fieles servidores locales, la burguesía terrateniente y financiera, ha hecho pesar sobre las espaldas de varias generaciones de trabajadores.

Esa pesada e injusta carga puede calcularse, a fin de hacer más nítida la conciencia sobre el contraste entre las necesidades del pueblo y los raudales de riqueza que fluyen a los bolsillos sin fondo de los viejos y nuevos amos de la Patria.

1. En primer lugar, la deuda externa argentina, por sus altos intereses, sus continuas renovaciones y comisiones, y sobre todo por su origen ilegítimo y sus condicionamientos políticos y económicos de todo orden, continúa expropiando el trabajo y la renta nacional argentina.
2. En el trienio 2007-2009, la transferencia al exterior de utilidades, *royalties*, comisiones e intereses de las empresas transnacionales extranjeras radicadas en el país alcanzó un promedio anual de 7.524 millones de dólares (según datos de Balanza de Pagos, Ministerio de Economía, INDEC).
3. La fuga de capitales, es decir, las transferencias de fondos al exterior, fue muy abultada en las últimas décadas. Solamente para el período 2008-2010 se estima en cerca de 35 mil millones de dólares (Balanza de Pagos, Ministerio de Economía, INDEC). Cálculos de distintas fuentes arrojan que no más de 1.500 argentinos

tienen 140 mil millones de dólares en el exterior en bancos, títulos, propiedades y acciones.

4. Los pagos anuales por fletes marítimos, seguros y comisiones, consecuencia de la privatización del transporte marítimo de bandera argentina, van de 3 mil a 3.500 millones de dólares.
5. También se destaca la pérdida de ingresos para el país por la manipulación de precios en el comercio exterior cautivo entre empresas extranjeras del mismo dueño. Se estima que del 25% al 30% de los más de 100 mil millones de dólares anuales que representan en conjunto las exportaciones se realiza bajo estas condiciones.
6. La sobrefacturación y la subfacturación y lo que se denominan términos del intercambio son otros rubros que han causado enormes pérdidas al país. Es un hecho excepcional que desde 2000 en adelante Argentina haya obtenido al menos por una década saldos positivos en este rubro, por la mejora en los precios de sus productos en el exterior.
7. Es preciso mencionar también los daños por la explotación rapaz e irracional de los recursos naturales.
8. Asimismo, hay que destacar la sustitución de productos de la industria argentina por bienes importados, que destruye empleo y despide fondos al exterior.

Un rápido cálculo de estos factores, que por supuesto merecen una investigación más acabada, permite vislumbrar que el tributo neocolonial alcanza entre 25 mil y 30 mil millones de dólares anuales, un volumen equivalente a la tercera parte del presupuesto público consolidado, es decir, la suma de los presupuestos de la nación, de las 24 jurisdicciones provinciales y de los más de 2 mil municipios de toda la Argentina. Cabe imaginar cuánto podrían mejorar con su eliminación la calidad de vida del pueblo, la educación, la salud, la vivienda, la vida cultural y el bienestar general.

Sin embargo, queda claro una vez más que aun con el excepcional crecimiento económico del país en esta primera década del siglo XXI, mientras permanezca en pie el sistema de explotación capitalista e imperialista y la burguesía terrateniente detente los centros neurálgicos de la organización económica del país, serán ellos quienes capturen la parte del león de la riqueza que crea con su esfuerzo el pueblo trabajador.

Con todo, el cuadro sería parcial si omitiera la incidencia en la realidad nacional de las luchas de la clase obrera y de otros sectores populares, de un conjunto de acciones gubernamentales y de determinados acuerdos con otros países de enorme trascendencia para una perspectiva de progreso y de cambios.

El crecimiento notable observado en el período 2004-2010, con motores en la producción agropecuaria y en algunas ramas de la industria (automóviles, construcción, alimentación), y sobre todo los excepcionales términos del intercambio por primera vez positivos, les permitieron a las grandes empresas extranjeras y locales y al sistema financiero lograr extraordinarios beneficios, y proveyeron de cuantiosos recursos al Estado a través de los impuestos, pese a lo cual la inversión pública en infraestructura fue una de las más bajas de las últimas décadas. Pero lo más destacado de este período es que facilitó el afianzamiento y la extensión de los negocios del sector más concentrado de la economía y de las finanzas, consolidando la estructura del poder económico y financiero transnacional, con la aparición de nuevos multimillonarios cercanos al poder estatal.

Salta a la vista así una situación paradójica y poco común caracterizada por una inédita extranjerización de la vida nacional, combinada con una política económica oficial que ante ese poder ha quedado más bien circunscripta a declaraciones y denuncias que, salvo excepciones, no se tradujeron en acciones para detener el saqueo, abolir los privilegios ni recuperar las riquezas entregadas a los más poderosos, los mismos que en su momento no vacilaron en financiar el terrorismo de Estado y que ahora siguen creciendo y fortaleciéndose.

Esta convivencia entre la minoría de las minorías que detenta el poder económico y financiero y una política estatal que declama una mejor distribución de los ingresos y el apoyo a la burguesía nacional no es nueva en el país, y la historia ha demostrado sus enormes limitaciones pues no desmantela aquel poder dominante.

Además, cuando se cuenta con el apoyo de la pequeña y la mediana burguesía no se puede dejar de considerar su esencia dual, su actitud conciliadora cuando no claudicante llegado el momento de decidir entre los intereses de los de abajo y los intereses de los de arriba. La historia del país está llena de estas actitudes que además se corresponden con la propia naturaleza mezquina, temerosa de los que, aferrados a sus pequeños intereses, fantasean con que se salvarán de la expropiación en una economía que cada vez se concentra más, en la cual el grado de monopolización del capital y la dependencia siguen avanzando.

Lo que sí es nuevo y representa una responsabilidad enorme para sus dirigentes es el papel que pueden desempeñar en esta etapa tan peculiar las fuerzas populares, nacionales y antiimperialistas y el movimiento obrero ante la urgencia de forjar la unidad y de organizarse, sin hipotecar sus principios de clase ni sus objetivos emancipadores.

Argentina transita una etapa en la que cuenta con el privilegio del autoabastecimiento alimentario y buenas posibilidades de recuperar el energético, además de capacidad y potencial industrial para cubrir las necesidades de un crecimiento sostenido sin temor

a un bloqueo exterior, con unas fuerzas armadas y de seguridad en cuyo seno las doctrinas represivas han sufrido aplastantes derrotas. Argentina está rodeada, además, de países hermanos empeñados en construir un mundo libre de explotación y que tienden manos solidarias. Todo ello mientras el mundo capitalista atraviesa otra crisis récord, que ha desorientado y puesto en peligrosa tensión a las grandes potencias, activando a sus sectores guerreristas y fascistas, principalmente en Estados Unidos. Sin duda está abierta una oportunidad histórica para emprender la conquista de una verdadera independencia política y económica.

Capítulo IV
La clase obrera argentina

Al conocimiento de la caja de Pandora social que ha abierto el marxismo no se accede fácilmente; se requieren esfuerzo y dedicación, porque obliga a desprenderse de las falsas conciencias que durante generaciones los ideólogos del privilegio presentaron falazmente como parte de la naturaleza humana. No basta además con conocer cómo funciona el sistema capitalista. Es una prioridad analizar e investigar los cambios que se suceden en la composición y la estructura de la clase trabajadora –sostén principal del modo de producción capitalista– y su papel en la vida política y social en cada país.

Hay innumerables y meritorios trabajos que persiguen ese fin, un acervo que quizás tenga como déficit demasiado empeño en lo descriptivo, en el análisis de los efectos, y escasa atención a las conexiones con el contexto y a la evolución de las subjetividades, todo lo cual es imprescindible para detectar las causas y comprender las leyes que gobiernan estos fenómenos sociales. Es, con todo, un valioso caudal de conocimientos que sigue ampliándose y al cual este libro se propone sumar algunas reflexiones, principalmente para subrayar cómo la presencia dominante de las empresas transnacionales en la economía argentina se proyecta en la estructura de la clase obrera y en sus luchas políticas e ideológicas.

En los libros de economía política burguesa, en los medios de comunicación y hasta en los convenios colectivos de trabajo campea el concepto de una supuesta equivalencia entre la labor realizada en cualquier actividad y el salario percibido. Hasta la propia Constitución Nacional abona esa visión cuando afirma que el trabajo y el capital contribuyen mutuamente al crecimiento económico y al bienestar social. De allí deriva la idea de un supuesto equilibrio que se altera cuando una de las partes, el asalariado, reclama aumentos para compensar alzas de precios en los alimentos y en otros rubros básicos para su familia, y la otra parte, el empleador capitalista, se opone alegando que ese aumento bajaría la productividad del trabajo y que la ganancia sería menor que la esperada. Al respecto decía Marx:

> En la superficie de la sociedad burguesa, la retribución del trabajador aparece como el salario del trabajo: tanto dinero pagado por tanto trabajo. Por lo tanto, se trata al trabajo mismo como una mercancía cuyos precios corrientes oscilan por encima o por debajo de su valor. ¿Pero qué es el valor? La forma objetiva del trabajo social invertido en la producción de una mercancía. ¿Y cómo se mide la magnitud del valor de una mercancía? Por la cantidad de trabajo que contiene. ¿Cómo determinar entonces, por ejemplo, el valor de una jornada de trabajo de doce horas? Por las doce horas de trabajo contenidas en la jornada de doce, lo cual es una absurda tautología.

Luego aclaraba:

> Lo que en el mercado se enfrenta de manera directa al capitalista no es el trabajo, sino el trabajador. Este se vende a sí mismo, vende su fuerza de trabajo. En cuanto comienza a poner en movimiento esa fuerza, a trabajar; en cuanto su trabajo existe, deja de pertenecerle y en adelante ya no puede venderlo. El trabajo es la sustancia y la medida intrínseca de los valores, pero por sí mismo no tiene valor alguno (Marx, 1973b: 511 y 512).

De modo que mediante el salario el capitalista compra al propio trabajador por cierta cantidad de horas en las cuales se apropia de su capacidad, y luego toma para sí el producto de su trabajo, que alcanza más valor que el salario pagado. La diferencia o el nuevo valor creado es la plusvalía, que es generada por el trabajador pero apropiada por el capitalista, porque es el dueño de la fuerza de trabajo del asalariado. Marx llama plusvalía a este incremento de valor inicial del dinero lanzado a la circulación.

La plusvalía no puede brotar de la circulación de mercancías que no es más que un intercambio de equivalentes. Ni puede brotar tampoco de un recargo sobre los precios, pues las pérdidas y ganancias mutuas de compradores y vendedores se compensarían. Aquí estamos frente a un fenómeno de masas, social y no de casos individuales.

Para obtener una plusvalía, el poseedor del dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la cualidad original de ser fuente de valor. Una mercancía cuyo proceso de consumo sea al mismo tiempo proceso de creación de valor. Y esa mercancía existe. Es la fuerza humana de trabajo.

El poseedor del dinero compra la fuerza de trabajo por su valor determinado, igual que el valor de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, o sea, el coste de sostenimiento del obrero y de su familia. Al comprar la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero adquiere el derecho a consumirla,

es decir, a obligarla a trabajar durante todo el día. Sin embargo, por ejemplo, el obrero crea en dos horas de trabajo necesario el producto que cubre los gastos de su sostenimiento, y en las seis horas restantes, tiempo de plustrabajo, crea el producto no pagado por el capitalista, o sea, la plusvalía. Al respecto, Marx señalaba en su investigación:

> La fórmula trabajo = salario, o pago directo del trabajo, hace pues desaparecer todo rastro de la división de la jornada en trabajo necesario y sobretrabajo, en trabajo pago y no pagado, de manera que todo el trabajo del obrero libre se considera pagado [...]. Esta forma, que sólo expresa las falsas apariencias del trabajo asalariado, hace invisible la relación real entre capital y trabajo y muestra precisamente lo contrario. De ellas derivan todas las nociones jurídicas del asalariado y del capitalista, todas las mistificaciones de la producción capitalista, todas las ilusiones liberales y todos los subterfugios apologéticos de la economía vulgar (Marx, 1973b: 516).

En otras palabras, se genera la ilusión de que no hay explotación del trabajador por el capitalista que se apropia de una parte del trabajo, la plusvalía, y de que el mundo capitalista es un reino de igualdad donde cada uno recibe lo que le corresponde. Los conflictos entre las partes se producen entonces, según esa ilusión, por las alteraciones del "equilibrio". Marx lo cuestionaba así:

> ¿De dónde proviene ese hecho peregrino de que en el mercado nos encontramos con un grupo de compradores que poseen tierras, maquinaria, materias primas y medios de vida, cosas todas que, fuera de la tierra virgen, son otros tantos productos del trabajo, y del otro lado, un grupo de vendedores que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo, sus brazos laboriosos y sus cerebros? ¿Cómo se explica que uno de los grupos compre constantemente para obtener una ganancia y enriquecerse, mientras que el otro grupo venda constantemente para ganar el sustento de su vida? La investigación de este problema sería la investigación de aquello que los economistas denominan "acumulación previa u originaria", pero que debía llamarse expropiación originaria. Y veríamos entonces que esta llamada acumulación originaria no es sino una serie de procesos históricos que acabaron destruyendo la unidad originaria que existía entre el hombre trabajador y sus medios de trabajo [...]. Una vez consumada la separación entre el trabajador y los medios de trabajo, este estado de cosas se mantendrá y se reproducirá sobre una escala cada vez más alta, hasta que una nueva y radical revolución del modo de producción lo eche por tierra y restaure

> la primitiva unidad bajo una forma histórica nueva [...]. ¿Qué es pues el valor de la fuerza de trabajo? Al igual que toda otra mercancía, este valor se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su producción. La fuerza de trabajo de un hombre existe pura y exclusivamente en su individualidad viva. Para poder desarrollarse y sostenerse, un hombre tiene que consumir una determinada cantidad de artículos de primera necesidad. Pero el hombre, al igual que la máquina, se desgasta y tiene que ser reemplazado por otro. Además de la cantidad de artículos de primera necesidad requerida para su propio sustento, el hombre necesita otra cantidad para criar determinado número de hijos, llamados a reemplazarle en el mercado de trabajo y a perpetuar la raza obrera. Además es preciso dedicar otra suma de valores al desarrollo de su fuerza de trabajo y a la adquisición de una cierta destreza (Marx, 1954: 41-44).

El trabajo no pagado es la fuente, el secreto de la ganancia que todos los días, hora tras hora, minuto tras minuto, obtiene el capitalista. En la época de la esclavitud dicha explotación estaba a la vista, y lo mismo sucedía en la época feudal, pero en el capitalismo se oculta, se disfraza, se miente. Bajo banderas de supuesta libertad, igualdad y fraternidad, la burguesía expropia sistemáticamente al pueblo trabajador que, de otro modo, tendría para sí bienes y recursos para el bienestar de todos. Pero el sistema no tiene ese propósito. Su motor es el lucro privado a partir de la explotación, si hace falta, instigando guerras y genocidios para capturar materias primas y dominar mercados, sin reparos para sostener que tales acciones son expresiones de la naturaleza humana o constituyen mandatos divinos o destinos nacionales.

Pese a todo, el capitalismo tiene su talón de Aquiles. Al mismo tiempo que se afianza, va creando en su interior procesos y problemas que no puede eludir y que es incapaz de resolver. La contradicción fundamental del capitalismo es la que se da entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiarse del producto del trabajo. Expresa el antagonismo entre el trabajo asalariado y el capital, entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción capitalistas que las encadenan.

La producción va concentrándose más y más, la división del trabajo progresa, lo que lleva a ampliar e intensificar los nexos económicos entre las distintas empresas y ramas de la economía. El proceso de producción y de trabajo se socializa en forma creciente. Sin embargo, tanto la producción como sus resultados no pertenecen a quienes en realidad son sus creadores –los trabajadores– sino a personas privadas, a los capitalistas, quienes utilizan la riqueza social para obtener ganancias y no lo hacen en interés de toda la sociedad.

La relativa organización del trabajo en las empresas entra en contradicción con la anarquía y la falta de plan de la economía capitalista tomada en su conjunto. Movidos por su afán de ganancias, los capitalistas amplían la producción hasta un volumen enorme e intensifican la explotación de los obreros. Al mismo tiempo, la demanda solvente de la masa fundamental de la población se halla limitada por el poder adquisitivo salarial y por las condiciones de paros masivos forzosos. Se producen crisis económicas de superproducción de bienes.

La clase obrera se halla concentrada en las grandes empresas y en los centros industriales, hecho que facilita la unión, cohesión y organización para las luchas por cambios profundos. Por eso, a diferencia de las formaciones socioeconómicas anteriores, el sistema capitalista, como el aprendiz de brujo, libera con su propio funcionamiento fuerzas y furias que no puede contener, y así se va extendiendo en la conciencia de la humanidad, con avances y retrocesos, la necesidad histórica de una transformación revolucionaria.

La explotación viene de lejos y es cada vez más concentrada

Durante la segunda presidencia de Julio A. Roca (1898-1904), su ministro del Interior, Joaquín V. González, le encomendó al ingeniero Juan Bialet Massé estudiar la situación de los trabajadores en el interior. La investigación desnudó en el amanecer del siglo XX un cuadro dramático, caracterizado por una tremenda explotación incluso de las mujeres y de los niños, así como de los indígenas, en varias provincias del Norte y del Litoral.

El informe describía "abusos rayanos al crimen y atentatorios de las facultades que sólo podían ejercer los poderes soberanos". La población indígena era engañada mediante cualquier subterfugio, lo mismo en los cultivos de algodón del Chaco que en los ingenios azucareros tucumanos. En los obrajes del norte de Santa Fe era común el empleo de la barra para mantener encadenados de noche a los trabajadores a fin de que no huyeran. "Se escuchan los clamores contra un feudalismo medieval, sin cuchillo pero con la horca de la proveeduría, con el uso del látigo y el cepo, emisión de la moneda propia de los ingenios y vales, sin que intervengan para nada las leyes o la Justicia de la Nación", denunciaba. En el campo, el peón trabajaba de sol a sol, con un descanso de una hora al mediodía, y generalmente tenía media jornada de descanso dominical. En Santa Fe, en los talleres y manufacturas, niños de 8 a 12 años trabajaban de sol a sol, y en los establecimientos industriales a cargo de algunas congregaciones religiosas se empleaba gran cantidad de niños; en las minas de La Rioja, se "violaba la ley, matándose a la gente" (Bialet Massé, 1904).

En la actualidad, un análisis de la Encuesta Nacional a Grandes Empresas del INDEC (1998), que comprende a las 500 mayores compañías

sin discriminar entre las de capital nacional y las de capital extranjero, desnuda la pretendida igualdad entre el trabajo y el capital en las actividades de la élite del poder económico y financiero de Argentina, y exhibe el grado de explotación de los asalariados. Se toman, en millones de pesos, datos de 2006 a 2008 para evitar la posible incidencia de la crisis iniciada en Estados Unidos en 2008.

Cuadro 23

Argentina. Grado de explotación de los asalariados (en millones de pesos)

Valor de producción	1.384.940
menos consumo intermedio	846.364
menos amortizaciones	64.828
Valor agregado neto	473.748
Salarios	106.303
Utilidad (antes de pagar el impuesto a las ganancias)	180.937

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).

Al computar estos rubros, el propio INDEC ha hecho algunas correcciones respecto de los datos de los balances presentados por las empresas, por no aceptar como gastos algunas sumas incluidas como tales. Además corresponden otras correcciones:

a. En la determinación de la utilidad, las empresas deducen los impuestos a la producción como si fueran gastos. No corresponde, porque es el Estado el que recibe esas sumas, que además son trasladadas a los precios al consumidor.
b. Las compañías también restan de la utilidad los pagos de la empresa por intereses y rentas. Si bien no están detallados, se puede estimar que una tercera parte de ellos –en algunos casos debe ser mucho más– son efectuados a empresas subsidiarias, como si la empresa se pagara a sí misma por deudas aparentes.
c. Deben sumarse los subsidios e intereses y las rentas cobradas.
d. En el rubro salarios hay que discriminar y restar los pagos a los directivos, gerentes y altos funcionarios, una minoría que embolsa sumas enormes, directa e indirectamente, y que en realidad forman parte de las ganancias empresarias. Se estima que el 20% del rubro corresponde a este concepto.

Todo esto sin entrar en otros detalles, particularmente en el caso de las empresas de capital extranjero, como los gastos de representación, los viáticos y las comisiones, que reducen artificiosamente las utilidades, distribuyendo privilegios. El Cuadro 24 presenta cuáles son los datos luego de haber sido realizadas las nuevas correcciones.

Cuadro 24

Argentina. Grado de explotación de los asalariados. Complemento (en millones de pesos)

Valor de producción		1.384.940
Valor agregado neto		473.748
Salarios	(106.303 - 21.260)	85.043
Utilidad	(180.937 + 21.260 + 17.212)	219.409

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).

Aquello que los balances llaman "utilidad" es el valor creado por la fuerza de trabajo que no ha sido pagado por el capitalista. Esa es la plusvalía. Para determinar su tasa se comparan los salarios pagados con la plusvalía obtenida. En este caso:

$$219.409 \div 85.043 \times 100 = 258\%$$

Esto significa que en las 500 grandes empresas, en el caso de que se trabajaran ocho horas por día, con algo más de dos horas de trabajo el obrero o empleado cubre el salario promedio que recibe, y trabaja gratis el resto de la jornada.

Cuadro 25

Argentina. Ocupación, valor agregado y utilidades en grandes empresas. 1993 y 2008

	Ocupación (en número de trabajadores)	**Valor agregado neto*** (en millones de pesos)	**Utilidades** (en millones de pesos)
1993	610.258	26.605	5.861
2008	691.857	190.840	63.942

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).
* No se han realizado los ajustes indicados anteriormente.

Esto significa que en 15 años el número de trabajadores ocupados por este conjunto de compañías creció un 13,4%, mientras que el valor agregado neto aumentó un 617,3% y las utilidades se incrementaron en un 991%. Si en 1993 cada asalariado producía un valor agregado anual de aproximadamente 43.596 pesos, en 2008 llegaba a 275.837 pesos. En 1993 cada asalariado generó utilidades por 9.604 pesos por año, mientras que en 2008 la cantidad ascendió a 92.421 pesos. Con todas sus limitaciones, estos números son elocuentes.

Hubo un aumento considerable tanto del valor agregado por trabajador como de la utilidad por trabajador durante el corto período de 15 años. La magnitud de esos aumentos supera la registrada en cualquier período similar anterior. Ese desempeño, sin embargo, no fue parejo en el conjunto de las 500 empresas. Hay diferencias importantes entre las diversas actividades y sobre todo según el origen del capital.

Cuadro 26

Argentina. Participación de cada actividad en el valor total de producción. 1993 y 2008 (en %)

	1993	2008
Minería	5,2	12,1
Industria	62,6	64,1
Alimentos, bebidas y tabaco	22,0	24,1
Combustibles, químicos y plástico	18,0	21,4
Maquinarias, equipos, vehículos	11,8	8,6
Resto de la industria	10,8	9,8
Electricidad, gas y agua	9,2	4,5
Comunicaciones	8,0	7,8
Resto de las actividades (construcción, comercio, transporte y otros)	15,0	11,5
Total	**100**	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).

Lo más notorio del período fue el avance pronunciado de la minería, mientras que la industria conservó su participación, aunque con menor incidencia de maquinarias y equipos. Se produjeron retrocesos pronunciados en electricidad, gas y agua, así como en el resto de las actividades.

Cuadro 27

Argentina. Distribución del valor de producción según el origen del capital de las empresas. 1993 y 2008 (en %)

	1993	2008
Capital nacional	36,5	18,2
Capital extranjero	63,5	81,8
Total	**100**	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en INDEC (1998).

El cambio es notable, además de inédito. Nunca había ocurrido en semejante magnitud. El panorama muestra con nitidez que en la actual etapa de globalización imperialista y de transnacionalización, la estructura económico-social de Argentina pone la laboriosidad de los trabajadores en un altísimo porcentaje al servicio de los negocios de los capitales extranjeros. La situación llevó a muchos autores a analizar el avance de los capitales monopólicos transnacionales en Argentina, junto con la transferencia de empresas nacionales y la retracción de las PYME, y a estudiar los cambios en la división del trabajo y las nuevas formas de su organización, y la consiguiente intensificación de la explotación, así como su impacto en el movimiento obrero.

Argentina es un país grande

En la parte continental de Argentina (2.758.829 km^2) caben 21 países europeos, desde el Atlántico hasta los Balcanes, a saber: Portugal, España, Irlanda, Francia, el Reino Unido, Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Alemania, Dinamarca, Suiza, Italia, Austria, Hungría, la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Serbia (con Kosovo), Montenegro, Albania y Macedonia. Y todavía queda lugar para los pequeños estados de Andorra, Liechtenstein, Mónaco, San Marino y la Ciudad del Vaticano. Y aún queda un remanente equivalente a la mitad de la provincia de Misiones.

En comparación con la Unión Europea, formada por 27 países, 4.324.782 km^2 y 497.198.740 habitantes, la superficie continental de Argentina equivale a dos tercios de la de aquella, y tiene apenas 8 habitantes por cada 100 de la Unión Europea.

La superficie total de Argentina, que incluye la Provincia de Tierra del Fuego, la Antártida y las Islas del Atlántico Sur, es de 3.760.929 km^2. Es la séptima del mundo por su extensión, detrás de Rusia, Canadá, Estados Unidos, China, Brasil y Australia, y por delante de la India.

Repaso autocrítico del análisis de las políticas económicas peronistas

En otros libros y artículos he analizado las políticas económicas de los gobiernos peronistas. En *Argentina, su desarrollo capitalista* (Fuchs, 1965) incluí los cambios políticos del período 1940-1955, los planes quinquenales, el carácter del capitalismo de Estado, la evolución de los capitales extranjeros, la influencia de las teorías de Keynes, la división de clases y capas sociales, la distribución del ingreso nacional y las medidas que precipitaron el golpe de Estado y la caída del gobierno. Algunas de las conclusiones las mantengo, otras ya no.

Deseo volver sobre el capítulo "Las clases y capas sociales perjudicadas y beneficiarias", pero dejando en claro, para evitar equívocos, que Argentina no ha podido aún asegurar su plena independencia económica, financiera ni política, y que integra el mundo capitalista, como país dependiente de las grandes potencias, en particular de Estados Unidos y de Gran Bretaña. En tales condiciones figura en los informes de las Naciones Unidas bajo denominaciones como "país subdesarrollado", "país en desarrollo" o "país atrasado". Lo máximo que admiten esos informes es que al finalizar la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) Argentina era el país de mayor desarrollo capitalista de Sudamérica.

Sin embargo, en general esas denominaciones desvían la atención del hecho de que el territorio continental de Argentina equivale al de 21 países europeos sumados y todavía más. Un extensísimo territorio que además cuenta con los más variados climas, con cuantiosos recursos naturales incluidas las tierras más fértiles del mundo, con abundante agua dulce, con extensas costas con su riquísima plataforma continental y con una inmensa cordillera, así como con reservas de hidrocarburos. Esto significa que en Argentina podría vivir holgadamente una población diez veces mayor que la actual, y todavía el país estaría en condiciones de contribuir a atender a millones de hambrientos del mundo.

¿Por qué se produce tan tremendo desequilibrio entre las riquezas potenciales y las reales? Porque la dependencia de las grandes potencias capitalistas, la explotación imperialista, es en esencia un colosal saqueo.

Cuadro 28

Tributo pagado por la Argentina entre 1900 y 1963 (en millones de dólares según cotización de 1950)

Pérdida causada por los términos de intercambio del comercio exterior	21.000
Salida de utilidades y capitales extranjeros, menos entrada de capitales	11.000
Pagos por fletes y seguros (estimación)	3.300
Total	**35.300**

Fuente: Fuchs (1965: 577).

Los términos del intercambio señalan que, salvo brevísimos períodos de su historia, Argentina tuvo que exportar cada vez más para importar lo mismo, por obtener precios en baja por sus productos primarios y pagar precios en alza por sus compras industriales. Las remesas de ganancias al exterior fueron desproporcionadas, dado que por cada dólar que ingresaba al país como inversión extranjera salían hasta diez dólares por devolución del capital y de sus beneficios. En el sector del transporte, ocurrió que los países con que comerció Argentina impusieron, entre otras condiciones, el uso de sus barcos, intermediarios, aseguradoras, etcétera.

Aclaro que este cálculo tomó como referencia un largo período anterior al primer gobierno peronista porque durante la Segunda Guerra Mundial y los primeros años posteriores hubo un período de excepción, que alteró la tendencia de fondo, de grandes negocios para la vieja oligarquía o burguesía terrateniente y comercial y para la nueva burguesía industrial que emergía entonces.

Efectuar este cálculo ayuda a imaginar lo que hubiera significado para un desarrollo nacional independiente esa astronómica suma, obtenida de la explotación de la fuerza de trabajo, en caso de no haber sido sustraída al patrimonio nacional. Sin la carga de ese verdadero tributo de dependencia, que viene de lejos, Argentina no habría sufrido por ejemplo el impacto de la crisis que estalló en Estados Unidos y en Gran Bretaña en 1948-1949, que gravitó en la caída de los precios internacionales de sus productos, en la merma de volumen de las exportaciones, en una balanza comercial deficitaria y en una desvalorización del peso argentino, factores todos que influyeron en el descenso del salario real y provocaron una caída del poder de compra del mercado interno. A ello deben agregarse dos años de sequía y la consecuente caída de la producción del agro –que podría haberse aliviado si la tierra no hubiese estado acaparada por una oligarquía–, cuyas consecuencias recayeron sobre los obreros rurales y los chacareros. En 1952 se puso en vigencia el primer plan de ajuste económico-social.

Sin embargo, el colosal tributo pagado por el país no explica todo. Entre 1946 y 1955, Argentina seguía siendo en esencia un país capitalista, donde una minoría de la población tenía la propiedad de los principales medios de producción y de cambio, y por consiguiente se apropiaba de la mayor parte de la riqueza que creaban los trabajadores. Lo que sí ocurrió entonces fue un cambio entre las clases dominantes. La burguesía industrial asumió la hegemonía, desplazando a la burguesía terrateniente u oligarquía. La doctrina social peronista había proclamado una economía en que el capital adquiría valores humanistas. La Constitución de 1949 afirmó que los "beneficios de la empresa privada fueron sustituidos por el bienestar del pueblo". Pero en la realidad se mantuvo el saqueo de las potencias imperialistas y de sus empresas en el país. Tampoco el capitalismo argentino se ajustó a aquellos postulados constitucionales.

En la obra *Argentina, su desarrollo capitalista* también presenté una reveladora comparación de los censos nacionales industriales de 1935, 1946 y 1954. Resultan especialmente interesantes los dos últimos, dado que abarcan buena parte del período de gobierno peronista, en que la actividad industrial, con apoyo del Estado, pasó a desempeñar el papel principal, tanto en la producción como en el empleo.

Cuadro 29

Argentina. Concentración de la producción y del empleo en la industria. 1935, 1946 y 1954 (en %)

Año	Establecimientos	Trabajadores	Producción
1935	1,3	34,3	57,0
1946	2,6	48,7	65,0
1954	1,47	47,8	61,4

Fuente: Elaboración propia con base en datos consultados en Fuchs (1965).

El censo de 1954 se elaboró con datos recogidos en 1953, influidos por la crisis que Argentina había sufrido en los años previos. El cuadro era elocuente respecto del avance de la concentración económica, si bien exhibía sólo una aproximación, porque muchas empresas pertenecían al mismo dueño o grupo económico.

En cuanto al grado de explotación de la clase obrera, el Censo Industrial de 1954 reveló aproximadamente una tasa de plusvalía del 258%, es decir que por cada peso de salario que le pagaba al obrero el patrón obtenía más de dos pesos y medio.

La ganancia o excedente, según la economía política burguesa, o la plusvalía para los marxistas, es la diferencia entre el valor agregado y los salarios pagados. Del censo surgían entonces los siguientes datos (en miles de pesos): valor agregado, 41.094.067; salarios pagados (o capital variable, *v*), 11.469.266, y plusvalía (*p*), 29.623.801.

$$\text{Tasa de plusvalía:} \quad p/v \times 100 = \frac{29.623.801}{11.469.286} \times 100 = 258\%$$

En el agro, en tanto, la estructura latifundista se mantuvo, según muestran los censos nacionales agropecuarios. Entre 1952 y 1960, el número de explotaciones pequeñas, de hasta 100 hectáreas, disminuyó en 70 mil. Ese fue el sector más castigado al empeorar las condiciones económicas, mientras que en el otro extremo el 2,6% de las explotaciones acaparaban casi el 60% de la tierra. A su vez, es bastante común que una persona o empresa sea dueña de varias explotaciones, por lo que la concentración es mayor aún.

Puede sorprender que la tasa de plusvalía correspondiente al año 1954 fuera exactamente la misma que la calculada anteriormente para las 500 grandes empresas con datos de los años 2006 a 2008. La coincidencia no es más que una demostración concreta de la magnitud del ocultamiento de información que caracteriza a los datos que esas empresas están obligadas a suministrarle al INDEC.

Con datos del censo de 1960, el oficial Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) realizó por vez primera una clasificación de las explotaciones agropecuarias, considerando la producción y la ocupación de trabajadores rurales, o sea, su desarrollo capitalista. Precisamente en *Argentina, su desarrollo capitalista* se presentaban los resultados para la región pampeana, el área fundamental de la producción agrícola del país. El 8,2% de las explotaciones, en manos del 4,8% de propietarios, ocupaba un 52% de la superficie. En cuanto a los ingresos anuales que dependían de la zona y la productividad, hubo terratenientes dedicados a la agricultura que declararon un ingreso anual de 7.327.000 pesos, mientras que en el mismo lugar un arrendatario de 25 hectáreas obtenía un ingreso de 253.000 pesos anuales. "La tierra para el que la trabaja" continuaba siendo una aspiración (Fuchs, 1965: 345).

Además se ignoraba o no se tenía muy en cuenta que al mantenerse la estructura oligárquica terrateniente, entrelazada estrechamente con la actividad industrial, comercial y financiera, se dejaba abierta la puerta al imperialismo. Esa vía de ingreso de los intereses extranjeros funcionó eficientemente en todas las épocas.

Del pleno empleo a la crisis devastadora

En el artículo titulado "Del pleno empleo al colapso. La evolución del mercado de trabajo en la Argentina", Héctor Palomino y Jorge Schvartzer (1996) señalaron que entre 1935 y 1946 el empleo industrial creció en 500 mil trabajadores, y se generó otro tanto de empleo indirecto: un millón de personas en total. Desde entonces hasta fines de la década del ochenta casi no hubo desempleo en Argentina. El pleno empleo explica la mejora del salario real y el avance de la organización sindical, que creció de 400 mil trabajadores agremiados en 1940 a 880 mil en 1946, y que alcanzó 2 millones en 1950, el 40% de los asalariados del país. No obstante, en 1960 la industria perdió su papel preponderante en la generación de nuevo empleo, y durante la década posterior su absorción neta de nuevos puestos de trabajo se redujo a sólo el 4% y fue reemplazada por la construcción, el comercio y los servicios.

Los autores apuntan que la alteración de las condiciones del pleno empleo y del salario, que garantizaban cierto nivel de consumo familiar, dio lugar a una transformación paulatina de la oferta local de mano de obra. Hubo una reducción continua de la participación de los jóvenes en la PEA, a tal punto que la tasa de actividad en el nivel de 14 a 19 años cayó del 50% alcanzado en 1960 al 35% en 1980, y se registró una mayor participación femenina en el mundo del trabajo. Palomino y Schvartzer evaluaron que ese ajuste no habría sido posible de no ser por el cuentapropismo, un sector que en Argentina –a diferencia de lo que ocurre en otros países latinoamericanos– se inscribe en la clase media por sus ingresos y pautas de conducta (Palomino y Schvartzer, 1996).

Los autores también señalaron que el golpe inflacionario de 1975 produjo un quiebre que preludió los cambios impuestos tras el golpe de Estado de 1976. Desde entonces, durante quince años, hasta el Plan de Convertibilidad, la inflación se mantuvo alta y el salario real se redujo notablemente. Hubo despidos pero fueron canalizados hacia el cuentapropismo, y el país se endeudó enormemente. Entre 1976 y 1982, la producción industrial se redujo un 11% y el empleo cayó un 37%. Entre 1982 y 1984 se produjo cierta recuperación, pero luego se verificó una tendencia declinante hasta 1990, reflejo de la heterogeneidad al interior de la industria. "La crisis económica interrumpió los flujos de inversión extranjera y generó el cierre de plantas manufactureras y el retiro o contracción de actividades de algunas corporaciones transnacionales, entre las que cabe destacar a General Motors, Citroën, Fiat, Peugeot, Chrysler, John Deere, General Electric, Squibb, Abbot, Lilly", según subrayaron los autores. Fueron años en que la política económica se basó en cuatro aspectos centrales: reforma del Estado; apertura y desregulación de la economía; política de estabilización; y renegociación de los pasivos externos.

El Censo de 1991 registró los cambios en la ocupación. En la década del ochenta, la PEA aumentó en 2,3 millones de personas y la tasa de actividad subió del 36% al 40%, un nivel que no se registraba desde 1947. Los ocupados mayores de 65 años pasaron del 10% al 17%, y la proporción de mujeres ocupadas pasó del 27% al 40%. Dos tercios del aumento de la actividad se debieron al cuentapropismo y sólo una tercera parte, a los asalariados. Aumentó el personal doméstico y la ocupación en empresas pequeñas de hasta cinco trabajadores, mientras que las mayores no crearon empleo. Respecto del Censo de 1980, el peso del segmento asalariado en la PEA cayó del 72% al 65%, y el cuentapropismo saltó del 28% al 35%.

Los años noventa introdujeron novedades importantes en la estructura económica y en sus efectos sociales, con un inédito deterioro de las condiciones de empleo, en un mundo caracterizado por el colapso del sistema socialista en Europa del Este y el histórico auge del neoliberalismo, que encontró en Argentina sus mejores intérpretes. Las privatizaciones de empresas estatales, en el marco de la reforma del Estado, conjuntamente con el Plan de Convertibilidad, significaron en la práctica servirles en bandeja a los monopolios extranjeros los centros vitales del patrimonio nacional y poner a la población trabajadora a merced de las políticas requeridas por los centros de decisión de las empresas transnacionales.

Un núcleo estratégico objeto de privatizaciones y de concesiones jamás otorgadas por otros países fue el sector petrolero, así como la petroquímica, la siderurgia y otras actividades industriales, y en particular la minería. La compra de empresas de capitales locales por parte de firmas transnacionales también alcanzó niveles sin precedentes. El país fue vaciado de empresas líderes nacionales.

En su artículo, Palomino y Schvartzer (1996) cuestionaron el espejismo del éxito que pretendieron esgrimir los gobernantes de la década del noventa sobre la base de la "modernización" de las antiguas empresas públicas, el crecimiento de la actividad industrial en casi un 50% y el aumento de las exportaciones de productos industriales, todo lo cual ocultaba las raíces de un proceso político y socioeconómico en constante deterioro, que terminó en la crisis más profunda de la última posguerra.

En este libro ya se ha señalado la expropiación de ingresos, ahorros y propiedades de los sectores populares así como la liquidación de empresas que produce el proceso de concentración de la economía y de las finanzas –de intensidad inédita en los últimos años–, en beneficio de las compañías monopólicas extranjeras y de la vieja oligarquía terrateniente, robustecida con nuevos integrantes locales y del exterior. Quizás lo más indignante sea que al puñado de grandes capitalistas argentinos, gente que en público se pone seria para cantar el Himno Nacional,

tanto patriotismo no les provocara vacilación alguna cuando decidieron enviar decenas de miles de millones de dólares al exterior, con el país más endeudado que nunca, la especulación financiera en auge, la inédita expansión de la economía en negro y un caudal de negociados que empalidecen la corrupción de todas las épocas anteriores.

Sobre este fondo, la desocupación obrera, abierta o disfrazada bajo múltiples formas, pasó de presentar un carácter cíclico, coyuntural, a ser estructural, con los agravantes que crea la dependencia. A la existencia del clásico ejército industrial de reserva, permanente en el capitalismo, la acción de los monopolios extranjeros en combinación con la burguesía terrateniente añadió otras brutales condiciones, propias de la naturaleza depredadora y expoliadora del capitalismo, que en otras latitudes son reprimidas o atenuadas.

El terrorismo de Estado, la acción criminal de la dictadura contra la militancia revolucionaria trabajadora y profesional, posibilitó el plan económico de las clases dominantes, que fue iniciado por el régimen de facto pero completado y perfeccionado por sus herederos en la década del noventa, y arrojó a centenares de miles de trabajadores y profesionales fuera del sistema. La cirugía neoliberal, aplicada con ferocidad y mediante impulsos vengativos al cuerpo de la población trabajadora, no tiene precedentes en el país ni en el continente por su envergadura y su brevísimo plazo de ejecución. Unos 200 mil trabajadores y profesionales fueron despedidos del sector público, al mismo tiempo que la inversión pública en infraestructura y en viviendas económicas disminuyó notablemente, en una contracción que no fue revertida del todo en los años posteriores. En el sector privado se puso a la orden del día la "racionalización de personal", haciendo tabla rasa con muchas conquistas, de las cuales sólo algunas pudieron recuperarse años después.

La apertura a los bienes del exterior, levantando medidas de mínima defensa de la industria nacional que abastecía completamente el consumo masivo y en buena medida las maquinarias y bienes de capital privado, hizo que muchas fábricas bajaran sus cortinas, especialmente en los rubros electrónico, textil, alimentario y químico. En la práctica se abrió el camino para la venta de las principales empresas de capital local. La capitulación de la burguesía argentina frente al capital imperialista presentó incluso casos de indignante servilismo y de complicidad de exponentes de la dirigencia sindical, como la confección de una lista de 8 mil personas a ser despedidas por Somisa y Acindar, antes centros de combativas luchas obreras y verdaderas escuelas de capacitación de trabajadores y de profesionales.

El Censo Nacional Industrial de 1994, que no llega a reflejar todo el impacto de ese proceso, muestra una merma del 22% en el personal estatal respecto de 1985, que constituye apenas un pálido reflejo de una realidad social que llevó a no pocos trabajadores a la desesperación e

incluso al suicidio. Otro dato dramático indica que el 40% de los asalariados trabajaban en empresas que no cumplían con las leyes sociales.

¿Cuál fue la actitud del Congreso Nacional ante semejante cuadro? ¿Qué hicieron decenas de miles de funcionarios nacionales y provinciales? ¿Por qué la Justicia lo permitió? ¿Se empeñaron en luchar contra todo esto los dirigentes sindicales peronistas, radicales, socialistas e incluso los comunistas? Es evidente que el emblemático "que se vayan todos" de 2001, impregnado de impotencia, no surgió del vacío.

En la última parte del siglo XX, Argentina había dejado de gozar de baja desocupación y se deterioraba sin pausa el nivel de vida de los trabajadores, junto con los sistemas de salud y de educación. La marginación aproximaba el paisaje social argentino al panorama de extrema desigualdad de la mayor parte del continente. Apareció entonces lo que muchos vieron como una paradoja. En los noventa, la industria ingresó en una fase expansiva, creciendo a una tasa del 5,4% anual acumulativa. En 1997, la producción industrial fue un 45% mayor que en 1990, pero las esperadas repercusiones en la ocupación y en el nivel salarial quedaron rezagadas. Un trabajo del Centro de Estudios para la Producción (CEP) reveló que "entre 1994 y 1998 el volumen físico de producción de la industria manufacturera en forma agregada ha crecido a una tasa anual del 5%; paralelamente, tanto el número de obreros ocupados como el de horas trabajadas han disminuido, a tasas anuales de 2,2% y del 1,9% respectivamente [...]. La industria local a partir de inicios de la década ha acelerado en forma sostenida los incrementos de la productividad del trabajo industrial", al 6,5% anual acumulativo (CEP, 1999: 184 y 185). Si se toma en cuenta el aumento de la productividad obrera, el descenso del salario real es particularmente notorio.

En tanto, la apertura de la economía trajo un fuerte incremento del comercio exterior manufacturero. Entre 1990 y 1998 se duplicaron las exportaciones, pasando de 8 mil millones a 17 mil millones de dólares. Las ventas al exterior de MOI (manufacturas de origen industrial) se multiplicaron por 2,5 y las de MOA (manufacturas de origen agropecuario) por 1,9. Esta evolución que a primera vista impresiona como un cambio favorable de la composición del comercio exterior, con mayor participación de bienes de más valor agregado, se vio frustrada una vez más por quienes controlan el comercio exterior argentino. Por ejemplo, entre 1990 y 1997 las importaciones de bienes crecieron 9 veces a precios corrientes o 3,9 veces sobre la base de precios de 1991. Pero la mayor parte de los bienes importados fueron utilizados para completar la producción de las exportaciones, disminuyendo de esa forma el aporte de la mano de obra nacional. ¿Es este un capricho de las empresas extranjeras y del país, o responde a las leyes y a la naturaleza de un sistema que privilegia el objetivo de obtener ganancias por sobre las necesidades populares y el interés nacional?

En la inversión en equipos y maquinaria industrial sucedió lo mismo. Según la Secretaría de Industria, entre 1990 y 1999 las inversiones de empresas extranjeras sumaron 23.561 millones de dólares. Sin embargo, el aumento experimentado se logró a costa de muchos bienes importados, y aunque figuraban como de fuente extranjera, se utilizaron en gran escala créditos bancarios y fondos del país. ¿Estará Argentina reconvirtiendo sus industrias en plantas de ensamblaje como las que caracterizan a México y a otros países latinoamericanos?

Siguiendo la pista del Banco Mundial

En materia de desocupación y de deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores, conviene, además, seguir de cerca la actividad del Banco Mundial, su fuerte incidencia en estudios sobre el trabajo, la pobreza, los planes sociales, y su participación directa en iniciativas dirigidas a las regiones más pobres, incluidas las comunidades de pueblos originarios, particularmente en el norte del país.

En el documento "El mundo del trabajo en una economía integrada", incluido en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1995*, el Banco Mundial estimaba que en 1993 había más de mil millones de personas que subsistían con un dólar diario o incluso con menos, que en muchos países los trabajadores no tenían representación alguna y que trabajaban en condiciones insalubres, peligrosas o degradantes, y que había unos 120 millones de desocupados y varios millones más sin esperanzas de encontrar trabajo. Para frenar el aumento de la desocupación y de la pobreza el documento proponía que "el Estado adopte pautas de crecimiento con orientación de mercado que generen un rápido aumento de la demanda de mano de obra y permitan reforzarla con la capacitación de los trabajadores y aumentar la productividad" (Banco Mundial, 1995). Añadía que era preciso atraer inversiones extranjeras, aumentar las exportaciones, aplicar una política laboral al sector informal, facilitar la negociación colectiva en el sector formal, proteger a los grupos vulnerables, y sobre todo evitar la excesiva intervención estatal y los déficits fiscales (Banco Mundial, 1995).

Este tipo de recetas en mucho contribuyeron al estallido de la crisis argentina de 2001. Eso sí, producido el colapso, la misma entidad se apresuró a aportar fondos para financiar el sistema de subsidios para Jefas y Jefes de Hogar, bajo la administración del presidente Eduardo Duhalde (2001-2003). Había que apagar el incendio antes de que las llamas arrasaran con el propio sistema. Fue bajo la influencia de esa misma prédica que una década después el mundo capitalista desarrollado se estremeció por una de las crisis más profundas de los últimos decenios, caracterizada por un aumento colosal del total de desocupados, que pasó de 50 millones a 80 millones.

Lo que los hechos históricos dicen una y otra vez, y en ciertos momentos gritan, finalmente se hará conciencia en los pueblos. Lo que el trabajo, el genio y la experiencia acumulados por la especie humana vienen produciendo, creando y descubriendo a lo largo de la historia; el desarrollo alcanzado por la ciencia, la técnica y la organización social han tornado posibles los profundos cambios necesarios para mejorar sustancialmente el nivel y la calidad de vida de toda la humanidad y para brindarle extraordinarios beneficios. Pero esas capacidades se desperdician en su mayor parte en manos del capitalismo actual, malogradas por el insaciable apetito de ganancias de sus grandes estructuras monopólicas que acaparan esos logros. Y lo hacen sin la menor consideración por las necesidades de las personas y sin preocupación alguna por las crecientes desigualdades que existen entre la mayoría que crea las riquezas y una minoría que se las apropia y que debe refugiarse atemorizada en modernas fortalezas defendidas por monstruosas capacidades bélicas. Son las oportunidades y las amenazas que se contraponen en el sistema y que, gracias a los sorprendentes recursos que ofrece la actual Revolución Científica y Técnica (RCT), adquieren dimensiones inéditas y pueden tener consecuencias imprevisibles.

La crucial cuestión de determinar las estrategias

Transcurrida la primera década del siglo XXI y a pesar de la importante mejora observada desde la crisis de 2001, Argentina aún exhibía niveles de desocupación y de pobreza superiores a los promedios de décadas anteriores. El tema motivó muchos estudios oficiales y privados, aportes sin duda valiosos pero que en muchos casos fallaron al delinear las estrategias para superar esos males, porque incurrieron en graves distorsiones de la realidad social y trazaron falsas perspectivas.

Así ocurrió por ejemplo con "Estructura productiva y empleo. Un enfoque transversal", editado en 2007 en Buenos Aires por el Ministerio de Trabajo y financiado por el BID, un organismo de nula neutralidad respecto de las políticas promovidas por el Banco Mundial y el FMI. La introducción, titulada "Estudios estratégicos sobre el trabajo y el empleo para la formulación de políticas" y firmada por Mario Cimoli, Marta Novick y Héctor Palomino, señalaba:

> Desde el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, el interrogante planteado se vincula con el análisis de las condiciones para consolidar la función socialmente integradora del mercado de trabajo que contribuya a sustentar el desarrollo, lo cual plantea el desafío de construir una visión estratégica sobre los principales mecanismos que lo tornan posible en el contexto internacional actual (Cimoli et al., 2007).

Los autores consideraban esta tarea necesaria tras el "fracaso económico y social del modelo basado en la liberalización de los mercados y la reducción del papel del Estado" (Cimoli et al., 2007).

El estudio proponía cuatro ejes temáticos: el cambio estructural, la heterogeneidad productiva, la orientación del desarrollo y las regulaciones laborales requeridas para consolidar la función integradora del mercado de trabajo. Sobre el primer punto, al que asignaba importancia clave, advertía que "un modelo que delegue en los incentivos de precios la construcción de capacidades tecnológicas y centre el crecimiento en la acumulación de factores productivos minimiza la importancia de transformaciones industriales y de las políticas laborales" (Cimoli et al., 2007). Parecía proponer un modelo de sociedad que cuestionara el funcionamiento del mercado capitalista, y sugerir la perspectiva de un modo de producción que superara las contradicciones de esta sociedad, pero no era así.

Del mismo modo en que en muchos estudios de la CEPAL las economías en desarrollo son vistas como sociedades duales, con un sector agrícola atrasado y otro industrial moderno, aquí apareció el concepto de heterogeneidad estructural que presentaba el cambio tecnológico como motor del cambio estructural y fuente de especialización internacional. Según este concepto, el cambio tecnológico explicaría los cambios estructurales con la aparición de nuevos productos, sectores y ramas productivas, en un proceso que implicaría, entre otros aspectos, una reasignación de los factores de producción hacia sectores de alta productividad, el aprovechamiento de las complementariedades entre agentes, la transformación de la estructura del empleo, y el desarrollo de políticas oficiales de promoción de cambios estructurales que favorezcan al mismo tiempo el incremento del empleo formal y el crecimiento de la producción y de la productividad. Es decir, expuso una idealización de la técnica y de sus innovaciones, al margen de las relaciones sociales de producción, de la propiedad privada sobre las cuales actúan.

El trabajo afirmaba que en este enfoque la industria seguía constituyendo el principal sector para promover los cambios estructurales. El modelo y los aspectos metodológicos fueron expuestos en el análisis de tres actividades que son consideradas de las más dinámicas de Argentina: la producción de soja, la producción de lácteos y la producción de automotores. La elección no fue producto del azar.

Estimó que en la actividad agroindustrial en torno de la soja trabajaban en todo el país entre 221 mil y 304 mil asalariados, y concluyó que con el dominio de las mejoras técnicas por parte de las empresas transnacionales "el poder de decisión se traslada desde el productor al oferente de los productos" (Cimoli et al., 2007).

En el complejo productivo lácteo, con 85 mil empleos directos y 100 mil indirectos, el informe constató una significativa concentración

en los últimos 20 años, así como la desaparición de 20 mil tambos, en su mayor parte pequeños y medianos, y una presencia destacada del capital financiero en las grandes unidades y entre los proveedores de insumos y de maquinaria, en que grandes empresas extranjeras desempeñaban "un rol activo en la configuración productiva y tecnológica" (Cimoli et al., 2007). Solamente un 3% de las empresas industriales, con presencia dominante de capitales transnacionales y en mucho menor escala del movimiento cooperativo, procesaban el 75% de la leche. Al respecto, el informe señaló que "las grandes industrias lácteas han constituido históricamente el núcleo coordinador del empleo, difundiendo innovaciones tecnológicas y organizativas, fijando precios tambo-industria, concentrando los mayores ingresos y renta dentro de las cadenas", aunque aclaró: "más recientemente esto está siendo disputado por las grandes cadenas de la distribución de alimentos que operan en la comercialización minorista" (Cimoli et al., 2007).

Sobre la industria automovilística destacó que el MERCOSUR jugó un papel clave en la actividad y en los cambios sucedidos. El 50% de las exportaciones y el 78% de las importaciones de las terminales se realizaban en ese momento dentro del bloque; algo semejante aunque menos intenso sucedía con las fábricas de partes. En el período 2003-2006, en las terminales automovilísticas la dotación media por empresa pasó de 2.500 trabajadores a 1.540, y entre las fabricantes de piezas la cantidad promedio de puestos por planta aumentó de 200 a 259. En 2006, las diez empresas terminales, de capitales extranjeros, tenían 19.300 ocupados, y las 216 empresas autopartistas, de las cuales 36 eran las dominantes y de propiedad de las compañías más grandes del mundo, daban trabajo a 38 mil personas. La concentración del empleo en un grupo reducido de empresas es una constante. Se estima que el 20% de las firmas reunía entonces más del 72% del empleo total de la rama. En cuanto a la movilidad del personal, los autores detectaron que tras la recesión económica que atravesó el cambio de siglo, en el período 2004-2006, el 89% de los trabajadores incorporados a las terminales no tenían experiencia en el empleo. En la rama autopartista sólo el 10% de los trabajadores incorporados tenían experiencia. Quedaba en evidencia así la volatilidad de la demanda laboral del ciclo económico. Con la retracción se produjo una caída notable en la ocupación, y cuando la demanda crecía se incorporaban trabajadores más jóvenes y sin experiencia.

En conclusión, esta investigación, que contó con todas las facilidades para realizar un análisis a fondo del fracaso de la política neoliberal, no profundizó en un factor decisivo. Sólo mencionó de paso el alto grado de concentración monopólica en el complejo industrial-agrario y automovilístico, y omitió resaltar que lo gobiernan empresas de alto poder económico y financiero, que ejercen su poder de decisión

en la producción y en su desarrollo. Los investigadores, a quienes no les faltan pergaminos y que pueden dedicarse a las tareas científicas de su preferencia con gastos a cargo del pueblo argentino, no deberían haber pasado por alto el enorme caudal de trabajos sobre la estructura de las relaciones sociales de propiedad y las características del capitalismo argentino, ni deberían haber omitido otros aspectos relevantes como el proceso de la dependencia y sus consecuencias económicas, sociales, culturales y políticas. Tenían el legítimo derecho a disentir en todo o en parte con quienes sostienen esos conceptos, pero no podían ignorarlos.

Cuando criticaron acertadamente la política neoliberal, no surgió de inmediato quién se había beneficiado con ella, ni ofrecieron alternativas al poder económico y financiero dominante en la actividad productiva argentina para que no volviera a imponerse. ¿O acaso trabajaron sobre la base de que eso es intocable o algo natural, como creían en su época los clásicos Adam Smith y David Ricardo, quienes no obstante sus valiosos aportes sobre el funcionamiento del sistema imaginaron una vigencia perenne del capitalismo? ¿Por qué no consideraron el hecho de que las compañías que analizaron integran el núcleo de las 500 mayores empresas?

Según lo que plantean las elaboraciones y propuestas de estos autores, que con todo no pueden dejar de valorarse, parecería que el pueblo argentino y sus organizaciones políticas y sociales, a pesar de su combatividad, no se enfrentaran con enormes obstáculos políticos, ideológicos, sindicales. Como si bastara con lanzar propuestas para modificar la estructura y la superestructura de miseria, explotación, discriminación e irritantes desigualdades, y fuera ocioso pensar en qué futuro se les ofrece a los jóvenes. Está bien que estos autores se hayan interrogado sobre el papel de los intelectuales ante las enormes carencias vitales en medio de manantiales de riqueza que sólo vierten en una minoría, pero no podían olvidar tantas páginas de la historia política y social argentina escritas con la sangre del pueblo trabajador, de sus profesionales y sus intelectuales.

Cuando se habla de la exclusión de la juventud del mundo del trabajo, de la educación, de la cultura, ¿acaso eso no tiene nada que ver con la ley de población que corresponde al modo de producción capitalista en el país? Bien podría haberles servido a los autores del informe como guía y método, por si no las conocieran, las clásicas páginas de Marx, de Engels y de muchos que los continuaron; también podrían haber recurrido a la enorme biblioteca de investigaciones –no exentas de crítica– de la CEPAL, o a la rica experiencia y los múltiples estudios realizados en el interior del país. No podían ignorar, por último, que las actividades elegidas para elaborar sus "modelos" integran el núcleo de la economía concentrada, como lo refleja la radiografía de las 500 mayores empresas.

La clase obrera cambia con la Revolución Científica y Técnica sin perder peso en la sociedad

Los cambios en la estructura productiva y en el empleo y la incorporación de nueva tecnología y su relación con el desarrollo económico han suscitado un debate y han generado propuestas alternativas a las políticas neoliberales aplicadas en la Argentina con tan desastrosos resultados. Esto coloca en primer plano la cuestión de si la introducción de la tecnología más avanzada es compatible con las características del capitalismo en un país en desarrollo como este, y si su aplicación modifica esencialmente la presencia relevante de la clase obrera en el conjunto social.

El tema fue tratado en un artículo de Anneli Heiger titulado "Efectos del uso capitalista de la revolución científica y técnica sobre la estructura, situación y fuerza de lucha de la clase obrera" (1989), en el cual se esbozaron las principales tendencias sobre el tema en los países capitalistas que más avanzaron dentro del mundo en desarrollo.

La autora señaló allí que la mayoría de los países en desarrollo carecían tanto de una base técnico-material adecuada como de suficientes recursos financieros para impulsar el progreso científico-técnico, y como consecuencia se acentuaba su atraso tecnológico respecto de los países industrializados. Además, al mundo en desarrollo se le impuso una estructura económica orientada a sumar valor al capital de las transnacionales, lo que profundiza la dependencia. Así, los cambios en la estructura social de esos países son producidos no solamente por la Revolución Científica y Técnica (RCT), sino también por las características de un desarrollo capitalista dependiente del capital extranjero.

Heiger partió de la observación de dos tendencias aparentemente opuestas. Por un lado, la mayoría de la PEA depende del salario, independientemente de que su actividad sea principalmente intelectual o física; por otro, se ensancha el espectro de condiciones de vida y de trabajo de los asalariados. Los ideólogos de la burguesía aprovechan esta segmentación para plantear sus tesis según las cuales la clase obrera tiende a desaparecer o a aburguesarse, reflotando viejas teorías sobre el desplazamiento de vastos segmentos de la clase obrera hacia las capas medias y la pequeña burguesía. Toman como base para tal presunción el volumen de los salarios, haciendo caso omiso de la condición de explotación y de la generación de plusvalía.

A pesar de las diferencias en las condiciones de vida y en el grado de conciencia de clase que existen entre los distintos segmentos de la clase obrera, el hecho esencial que la define como tal sigue siendo el mismo. Marx y Engels decían que el pertenecer a la clase obrera no depende de determinadas formas de vida inherentes a la existencia proletaria, como por ejemplo realizar un trabajo físico, llevar un bajo

nivel material de vida o poseer menor educación, a pesar de que estas condiciones existían en su tiempo y mantienen gran vigencia hoy en los países capitalistas en desarrollo. Para Marx, la característica decisiva era que el obrero asalariado es "libre" en doble sentido: por su posición respecto de la propiedad de los principales medios de producción y por su pertenencia a una clase explotada y políticamente oprimida. Tal condición esencial no ha cambiado ni siquiera para el obrero especializado, altamente calificado y con un salario elevado. Por eso Heiger consideró como parte de la clase obrera a quienes realizan un trabajo asalariado en la producción, la circulación, la administración o los servicios. Todos ellos trabajan bajo el comando del capital y son explotados.

La autora detectó otras tendencias. La primera es que se profundiza el proceso de la diferenciación interna en la clase obrera. Con el desarrollo capitalista se acentuó el proceso de proletarización de grandes segmentos de la población, pero como coexisten diversos niveles de desarrollo capitalista, hay diferentes niveles de desarrollo de la clase obrera. El núcleo lo constituye la fuerza laboral explotada en las grandes empresas del capital monopolista, tanto nacional como extranjero.

De tal forma se han ampliado las filas de la clase obrera como consecuencia de la RCT que creció el trabajo calificado y se ha elevado su nivel educativo. Esto no significa una difusión automática de la conciencia de clase, porque ese segmento constituye una parte privilegiada de la clase obrera. Para determinados sectores esto va ligado también a la desvalorización de los conocimientos y de las capacidades artesanales. Por ejemplo, en la generación del PBI la participación de la clase obrera en África es del 24%, en Asia es del 31% y en América Latina alcanza el 55%. En cambio, en las potencias capitalistas de Europa llega al 75%. Solamente un 25% de los asalariados en Asia y en África trabajan en ramas modernas de la economía. Es decir que el desarrollo de la clase obrera, como clase en sí y para sí, es un proceso que todavía no ha terminado.

Heiger también constató la diferencia entre los asalariados en los servicios en los países en desarrollo y en los desarrollados. En los primeros, el aumento del empleo en los servicios es el resultado de la falta de trabajo en el sector productivo y no la expresión del progreso técnico alcanzado en la producción. Por otra parte, existe en los servicios de los países en desarrollo un gran grupo de capas intermedias y semiproletarias. La autora prestó atención a los cuentapropistas, que provienen en buena parte de la clase obrera, desalojados de sus filas por la desocupación, y que buscan salir de la crisis en forma individual. En la mayoría de los casos no aspiran a reintegrarse a la clase obrera, y por tal motivo el movimiento obrero pierde importantes experiencias de lucha. Para el movimiento obrero organizado constituye un reto difundir las ideas del socialismo "uniéndolas con las capacidades y los

conocimientos de los nuevos grupos de la clase obrera, puesto que las ideas del socialismo son asimiladas más rápida y fácilmente por las capas obreras de mejores condiciones" (Heiger, 1989).

La autora también destacó que, partiendo de las diferencias objetivas en cuanto a educación, salarios y condiciones de trabajo y de vida entre diversos grupos de la clase obrera, las empresas intentan provocar conflictos entre ellos y utilizan las diferencias para influir en la psicología, los intereses, las necesidades y las experiencias para intensificar la explotación. Estas diferencias están ligadas con una tercera tendencia en los cambios de la estructura de la clase obrera, el hecho de que se ha reducido el número de obreros industriales tradicionales.

Heiger (1989) formuló una interesante caracterización de la clase obrera:

- Inseguridad existencial. Los avances en computación e informática ponen en peligro puestos de trabajo en la producción material y en los servicios. Son más los desempleados entre los jóvenes y las mujeres.
- Se profundizan las diferencias sociales entre distintos grupos de la clase obrera.
- Crece la pobreza relativa y absoluta, así como el trabajo precario, temporal e ilegal.
- Como consecuencia de lo anterior, las luchas por la unidad de la clase obrera se desarrollan entre grandes dificultades.
- Entre los nuevos grupos de la clase obrera influyen las soluciones reformistas o más radicalizadas.

La autora advirtió que "debido a la poca maduración política y social de las reservas de fuerzas de trabajo existente en las poblaciones periféricas de las metrópolis, tanto las fuerzas de la ultraderecha como las de la ultraizquierda tienen grandes posibilidades para intervenir" (Heiger, 1989). Las clases dirigentes utilizan además múltiples métodos para evitar la consolidación del factor subjetivo, como la legislación sindical antidemocrática, la represión a los militantes, la corrupción sindical y los pactos sociales.

Al mismo tiempo, sin embargo, se crearon nuevas premisas para movilizar y organizar a la clase obrera en torno del uso del progreso técnico y científico en función de sus intereses. Las nuevas capas que se incorporan con los adelantos e innovaciones reaccionan de modo más sensible frente a problemas que tienen una relación directa con la RCT, en todo aquello que se vincula con el saqueo de las riquezas nacionales, el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo, los problemas ecológicos, etcétera.

Las nuevas tecnologías informatizadas tornan el trabajo humano más indirecto

Julio César Neffa hizo un valioso aporte en *Procesos de trabajo, nuevas tecnologías informatizadas y condiciones y medio ambiente de trabajo en Argentina*. Analizó allí la evolución histórica de la "organización científica del trabajo" y en particular el desarrollo y las repercusiones sobre la clase obrera de las nuevas tecnologías informatizadas (NTI), forma especial de la automatización. Se trata de una manifestación de la RCT que modifica el lugar de la intervención humana en el proceso del trabajo debido al cambio en los objetos del trabajo, en los medios de trabajo y principalmente en las relaciones entre el trabajo humano y los otros elementos del proceso, y que torna al trabajo en un proceso cada vez más indirecto.

Neffa describió a la Argentina como un "país semiindustrializado y con dificultades estructurales para acumular capital y emprender un proceso de crecimiento autosostenido". Señaló que la informatización se había introducido de manera heterogénea y con muy diverso ritmo en el sistema productivo, y enumeró razones y fundamentos de la aplicación de las NTI en el país, entre los que cabe mencionar los siguientes:

a. Para lograr una economía del tiempo de trabajo, lo que implica por un lado intensificar el ritmo de trabajo y por otro reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario por unidad de producto destinado a la reproducción de la fuerza de trabajo.
b. Para alcanzar un control más estrecho y personalizado del uso de la fuerza de trabajo.
c. Para flexibilizar el proceso productivo para adaptar rápidamente y de manera más adecuada la producción a las variaciones de la demanda, lo que en definitiva redunda en una reducción del costo de capital fijo y circulante.
d. Para tender a que las decisiones de la casa matriz sean transferidas a las empresas contratistas (Neffa, 1988).

Sin embargo, en muy pocos casos se menciona como causa de la informatización la necesidad de mejorar las condiciones y el medioambiente de trabajo y la necesidad de eliminar la intervención humana en situaciones riesgosas, penosas, repetitivas o desagradables.

El autor no descartó que en los próximos años la difusión de las NTI en el país y sus efectos sobre el empleo fueran mayores aun, pero afirmó que no existía un "determinismo tecnológico" por el cual el futuro desarrollo de la economía y de la sociedad fuera a ser determinado causalmente, de manera rígida y unívoca, en función del desarrollo de las fuerzas productivas potenciadas por la informatización.

Entre otras consecuencias, subrayó que la introducción de NTI puede cambiar la proporción entre trabajo directo e indirecto en beneficio de este último, así como modificar la división técnica del trabajo y ampliar el número de trabajadores de ejecución que desempeñan tareas mentales o intelectuales. Observó que el hecho de integrar actividades de gestión y de producción podía llevar implícita la unificación de varias tareas en un mismo puesto de trabajo, creando las condiciones para la polivalencia. Propuso, por último, la participación democrática de los trabajadores en la formación, la consulta y los resultados de la aplicación de las NTI en todo lo que se relacionara con su vida y su salud. Finalizó con el lógico interrogante: ¿será posible servirnos de la tecnología para humanizar el trabajo?

Importar equipamiento degrada la capacidad nacional para producirlo

A comienzos de 2000, el sector privado de Argentina participaba con un 17% en el gasto en ciencia y tecnología, proporción inferior a la de países desarrollados (España, 45,5%; Japón, 73,4%; Alemania, 60,8%; Estados Unidos, 62,7%) e inferior incluso a la de Brasil (31%), según la información presentada por Kulfas et al. (2002) en el estudio titulado *Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía argentina*, que citaba a su vez datos de la "Encuesta sobre la conducta tecnológica de las empresas industriales argentinas", de 1998, realizada por el INDEC sobre 1.500 empresas manufactureras en el período 1992-1996.

Entre las firmas innovadoras, las empresas nacionales se destacaban en las actividades intensivas en recursos agrícolas; equipos de radio y de televisión y siderurgia. Las transnacionales, en tanto, lideraban en sectores vinculados con productos intensivos en conocimiento y en las industrias automovilística, cerámica, del vidrio, del papel y del cartón, de la celulosa y de las pinturas.

> En el gasto de innovación y la estrategia tecnológica de las empresas transnacionales predomina el abastecimiento desde la casa matriz, fundamentalmente a través de la compra de tecnología incorporada a bienes de capital, adquisición u obtención de licencias de fabricación y certificación de procesos. Cabe señalar que entre las grandes firmas nacionales parece reproducirse esta misma conducta (Kulfas et al., 2002: 104).

El trabajo incluyó como anexo un cuadro sobre la actividad en el período 1993-1998 de las empresas extranjeras transnacionales incluidas entre las 500 más grandes de Argentina, elaborado a partir de datos de las propias compañías, el cual reveló que para entonces obtenían una elevada tasa de plusvalía, del 350%, lograda sobre la base de una menor

cantidad de empleos, una mayor productividad por empleo y un sinfín de ventajas impositivas, subsidios y otros beneficios del gobierno de turno (Kulfas et al., 2002: 98-100).

El informe subrayó que los servicios públicos privatizados fueron los sectores que en mayor medida recibieron las mejoras técnicas. Arrastraban años de muy baja inversión como resultado de una política deliberada para desprestigiarlos y justificar la entrega. El estudio destacó asimismo que no hubo una estrategia de promoción del desarrollo de proveedores locales por parte de las empresas privatizadas, y señaló que los marcos regulatorios no incluyeron instrumentos de política industrial o tecnológica en esa dirección. Así, si bien el proceso significó una mejor calidad de servicio y de gestión comercial del negocio, no resultó en menores precios al consumidor, e implicó a su vez una degradación de la capacidad productiva de los proveedores locales (Kulfas et al., 2002: 106). El trabajo afirmó que la nota característica fue la suplantación de la producción local por las importaciones, monopolizando las de capital extranjero las innovaciones y la tecnología traídas del exterior en desmedro del desarrollo nacional.

En la industria automovilística se advirtió que las regulaciones sectoriales del MERCOSUR habían establecido un coeficiente de integración regional del 60% que casi nunca fue cumplido. En líneas generales, las especificaciones técnicas fueron fijadas por la casa matriz radicada en el exterior. Las partes y piezas para los modelos nuevos se cotizaban internacionalmente según un parámetro para la selección por costos que estaba lejos de favorecer la producción nacional. Las terminales nuevas que se habían instalado en el país habían evidenciado un mayor interés por el arribo de productos importados. Por último, las terminales estimularon la asociación en distintas formas con firmas locales proveedoras de piezas, lo que llevó en los hechos a implantar un control sobre ellas o implementar la fabricación directa. Una actividad como la autopartista, que décadas atrás había tenido un gran desarrollo en manos de capitales locales, había quedado con el tiempo en manos de filiales controladas por las terminales y por los grandes productores internacionales independientes (Kulfas et al., 2002: 108).

El trabajo de Kulfas, Porta y Ramos (2002) enfatizó en que el equipamiento incorporado en todos los sectores, tanto en los proyectos de modernización y ampliación como en los de instalación de plantas nuevas, fue de origen importado, con la solitaria excepción de algunas líneas de envasado en la industria alimentaria y de bebidas. En ese sentido, el impacto de los nuevos proyectos de inversión directa extranjera en la industria local de maquinaria y equipo fue prácticamente nulo, situación a la que contribuyeron las políticas oficiales de facilidades fiscales y la libre importación de bienes de capital y de plantas llave en mano. En la mayoría de los casos el montaje de las

plantas fue realizado por personal de la casa matriz o de los proveedores de los equipos.

En los años noventa, período de la mayor inversión del capital extranjero de empresas transnacionales en Argentina, "el componente nacional de la inversión en maquinarias y equipos (uno de los rubros de [mayor importancia en la inversión bruta interna fija anual]) disminuyó sostenidamente durante la década". Los bienes de capital de cualquier origen ingresaron libres de arancel con el régimen de importación llave en mano, lo que facilitó "la incorporación indiscriminada de equipamiento importado, aun cuando existiera producción nacional en términos competitivos. En este marco, la industria local de bienes de capital [redujo] fuertemente sus niveles de producción y [tendió] a refugiarse en los segmentos menos complejos o a especializarse en los servicios de reparación" (Kulfas et al., 2002: 84).

Si algo faltaba en esta política de enajenación para completar el cuadro, las empresas transnacionalizadas generalizaron en los últimos años el comercio intrafirma. El estudio señaló que el intercambio que se realizaba entre las mismas empresas tenía un peso casi dominante en el MERCOSUR y alcanzaba una elevada proporción en el total del comercio exterior argentino. El informe agregó que en tales condiciones de intercambio el manejo de los precios de transferencia podía constituir una práctica habitual en las firmas y un problema serio para la economía (Kulfas et al., 2002: 97).

El perfeccionamiento constante de los mecanismos de explotación

Debe reconocerse que el sistema capitalista no se queda inmóvil y a la expectativa ante una dificultad que obstaculice sus objetivos. Para la explotación de la mano de obra, el capitalismo ha tratado por todos los medios, sin excluir los violentos, de adaptarse a los cambios políticos y a las resistencias y luchas obreras con el fin de asegurarse la fuente de la cual fluye la plusvalía, "la gallina de los huevos de oro", a la cual considera inagotable y perenne. Pero las propias leyes del capitalismo son inexorables. Cuanto más crece, se extiende y se desarrolla el sistema, en toda su estructura material y espiritual se producen y se agrandan grietas irreparables, como las enormes desigualdades entre la producción y el consumo, que presagian su crisis y, más tarde o más temprano, su caída y transformación revolucionaria por la acción de las masas.

Acerca de las formas y los sistemas de explotación de la mano de obra en los últimos 200 años podrían escribirse varias bibliotecas. Uno de los métodos más refinados, que en su momento hizo su entrada al son de clarines de triunfo y hoy se retira con marcha fúnebre, es el

toyotismo. Sucesor del taylorismo-fordismo, fue diseñado en la fábrica japonesa de automotores Toyota, y llegó a decirse que con la incorporación de nueva tecnología los obreros iban a controlar la producción con su activa participación en la calidad y en la gestión, junto con la multiespecialización y otras nuevas formas de organización del trabajo. En Argentina hubo esmeradas imitaciones con la entusiasta colaboración de la jerarquía sindical.

Con su aparición se difundió la falacia de que por fin el capitalismo había encontrado su salvación. Los obreros japoneses se pusieron la camiseta de la empresa y se consideraron miembros de una gran familia junto con los patrones. Reforzó esta impresión el hecho de que, en relación con otras grandes potencias capitalistas, Japón tenía el índice más bajo de desocupación y la segunda mayor remuneración salario-hora del mundo. Se afirmó entonces que el capitalismo japonés había encontrado la fórmula milagrosa de la convivencia armónica entre el capital y el trabajo. Algunos sociólogos fueron tan lejos que creyeron ver en el modelo japonés la semilla de una nueva sociedad más justa, caracterizada por la cooperación y la solidaridad.

Sin embargo, una vez más la práctica social dio su veredicto. Se verificó que el 25% de los nuevos trabajadores de Toyota renunciaban antes de cumplir un año en el trabajo debido, sobre todo, a las duras condiciones a que eran sometidos. También se observó, por ejemplo, que en el control de la calidad por lo general no participaban los operarios sino especialistas o laboratorios en un nivel jerárquico superior. Lo mismo sucedía en otras actividades en la empresa. Sin embargo, la mejor fuente de información sobre este modelo fueron las organizaciones sindicales japonesas. La Confederación Nacional de Sindicatos (ZENROREN), la central más importante, en su decimoquinta convención realizada en Tokio del 24 al 26 de julio de 1997, reveló la siguiente realidad: caída del salario real, implantación de un nuevo modelo del sistema de trabajo basado en el rendimiento, prolongación del horario laboral, extensión del método de evaluación del trabajo a discreción del empleador, aumento del desempleo, trabajos inestables a tiempo parcial o de duración temporal, etcétera.

La dirección patronal, decía la ZENROREN, se propone para el siglo XXI la destrucción de las escalas salariales y de la estabilidad del empleo mediante la movilidad de la mano de obra; la transformación estructural de las empresas en unidades capaces de asegurar mayores beneficios con un menor volumen de negocios y de personal, y el traslado de la producción al exterior, con el establecimiento de empresas transnacionales. En la misma convención se denunció al gobierno japonés por la disminución de los presupuestos destinados a las viviendas populares, a los servicios médicos y sociales, a la enseñanza y a otros rubros para incrementar el presupuesto militar y financiar el

mantenimiento de las bases militares norteamericanas que impone el Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos.

La central sindical también señaló en aquella convención que gran parte de estas inversiones se financiaron con un mayor endeudamiento nacional, que por entonces ya alcanzaba 240 billones de yenes (2,7 billones de dólares). En la práctica, según subrayó la ZENROREN, tales medidas contribuirán a un mayor vaciamiento de contenido de los derechos humanos y del derecho del pueblo a la vida que proclama la Constitución. "Ante la globalización de la economía y la política, se hace cada vez más indispensable la solidaridad internacional, cuyo objetivo debe ser el control democrático de las empresas multinacionales, el establecimiento de un nuevo orden económico internacional, la protección del medioambiente, la eliminación de las armas nucleares y la disolución de las alianzas militares y los bloques", sostuvo la central sindical.

La profunda crisis financiera y económica de la economía japonesa durante más de una década exime de aportar otros testimonios sobre el resultado del toyotismo. Cabe mencionar, sin embargo, un efecto, uno de los mayores costos de este método, no siempre puesto de manifiesto: su repercusión sobre el trabajador en todos los aspectos de su condición humana.

El lugar del hombre ante los cambios generados por la Revolución Científica y Técnica

El mundo actual sorprende cada día con descubrimientos en la naturaleza, en el laboratorio, en la práctica diaria, a un ritmo tan acelerado que se hace difícil asimilar tanto conocimiento nuevo, así como, especialmente, estimar su posible repercusión sobre la vida humana. La RCT ha significado, por ejemplo, el descubrimiento de nuevos materiales a partir de la nanotecnología, es decir, del manejo de la materia a nivel atómico y molecular. Se descubrió que ciertos materiales, al ser tratados y reordenados en ese nivel, adquieren propiedades que no existen en la naturaleza. Los nanotubos, por ejemplo, láminas de carbón que se cierra sobre sí mismo, son cien veces más resistentes que el acero, y como conductores eléctricos son cientos de veces más eficientes que el cobre. La lista de estos nuevos materiales se amplía en forma acelerada.

Por otro lado, la producción creciente y extensiva de los biocombustibles a partir de maíz, soja, caña de azúcar y otros cultivos redobla la presión sobre lo que queda de selvas y bosques nativos, y ni hablar de la tendencia a la aplicación de la nanotecnología al armamentismo, que representa nuevos y enormes peligros para la existencia humana, ya amenazada por el arsenal atómico. Entonces, ¿qué papel le toca al ser humano en este maravilloso despertar diario ante cambios y movimientos jamás pensados?

En la Unión Soviética de los setenta, el investigador G.N. Volkov, en su obra *El hombre y la Revolución Científico-Técnica*, afirmó que "cuando se habla de la RCT generalmente se tiene en cuenta la automatización, el dominio del cosmos, la energía atómica, los materiales sintéticos. Todo ello es verdad, pero no siempre nos damos cuenta de que el principio, centro y cumbre de la RCT es el hombre". El autor agregó que la RCT conduce a incrementar el rendimiento del trabajo, a variar su contenido, aunque con ello engendra los problemas vinculados con la recapacitación profesional, con una nueva distribución de los cuadros, y en el capitalismo suscita además el problema del "desempleo tecnológico" (Volkov, 1976). Volkov subrayó que al tecnicismo le es propia la fetichización de los productos de la actividad humana. Ese peligro no viene, ni mucho menos, de la técnica ni de la ciencia en sí mismas, sino de su inhumana aplicación, del carácter inhumano de las relaciones capitalistas. "¿Qué son –preguntaba Volkov– la técnica y la ciencia desde el punto de vista marxista? Son los medios con cuya ayuda el hombre aumenta las posibilidades productoras de las manos y de la cabeza. Son la continuación y el desarrollo de su esencia corporal y espiritual, son los órganos creados por el hombre y unas formas especiales de su actividad" (Volkov, 1976: 35).

El marxismo se diferencia del tecnicismo –y debe hacerlo porque este frecuentemente se atavía con indumentaria marxista– no porque desmerezca las conquistas de la ciencia y de la técnica. Marx consideraba que las épocas económicas en la historia se diferencian no por lo que se produce, sino por cómo se produce, con qué instrumentos. La técnica interviene, según Volkov, como índice de las relaciones sociales porque en ella se proyecta objetivamente el índice de la sociabilidad, de la conciencia social de la ciencia (Volkov, 1976: 38).

En muchos ambientes es común el estudio de la técnica al margen de todo factor social. No se considera la correlación que existe entre la técnica como instrumento en manos del trabajador en la producción y como instrumento de clase en poder de quien tiene su propiedad, dos funciones con objetivos opuestos en el capitalismo.

En la actualidad, en el proceso de automatización de la producción, el hombre interviene no ya como ejecutor de las funciones de la máquina, sino como programador, ajustador, operador tecnológico, ingeniero constructor y, por último, como investigador científico. Volkov subrayó que tiene lugar un salto cualitativo en el desarrollo de las posibilidades de la clase obrera contemporánea como creadora de valores materiales. Aumenta la cantidad de personal de trabajo en equipo, que forma parte de un gran colectivo de diferentes profesiones y especialidades que resuelven todo un complejo de problemas. En tanto, el fraccionamiento de la ciencia adquiere hoy otro carácter, tiende puentes entre dos o muchas disciplinas que hasta ahora no habían

tenido contactos directos, reúne a todo un complejo de ciencias antes dispersas: la teoría general de los sistemas, la teoría de la información, la cibernética, la lógica matemática, la dirección científica de la sociedad, etcétera. En una palabra, la diferenciación que tiene lugar tiende hacia la integración de la ciencia (Volkov, 1976: 123).

Sin embargo, bajo las condiciones del capitalismo, las exigencias del progreso científico-técnico se enfrentan con la oposición de las relaciones sociales imperantes, basadas en la explotación de la mano de obra, la amenaza de desocupación, los límites a la capacitación profesional y, sobre todo, la ausencia de una planificación no sólo en el nivel de la empresa sino de toda la economía social que exige la RCT.

El autor sostuvo que la solución existe, pues en una sociedad comunista "el hombre, contribuyendo al desarrollo de la ciencia y de la técnica, variando las condiciones materiales y espirituales de la existencia, se cambia a sí mismo". Según Volkov no se concibe el desarrollo armónico de la personalidad, el hombre creador, en el cual el trabajo es la primordial necesidad vital y el placer supremo, sin el desarrollo de toda la sociedad, su liberación, emancipación consecuente y multilateral (1976: 115).

Surge entonces la pregunta necesaria, inevitable. Si en los medios científicos soviéticos existían tales apreciaciones sobre la trascendencia de la relación recíproca, sobre la unidad dialéctica entre el desarrollo de la RCT y el sistema socialista-comunista, ¿por qué se produjo el colapso en cadena de esa sociedad y quedó el campo abierto a la contrarrevolución que destruyó sus bases materiales y espirituales? ¿Por qué cayó una formación socioeconómica que, con todas sus imperfecciones y deficiencias, realizó proezas históricas junto con sacrificios y ejemplos inéditos de solidaridad entre pueblos, y que durante 70 años tuvo en jaque al mundo capitalista e imperialista, y estuvo por momentos a un paso de derrumbarlo? Corresponde al menos señalar como un grave error político el haber puesto como objetivo prioritario y sin retorno, con graves consecuencias sociales y humanas, el de superar a Estados Unidos y a las demás potencias capitalistas en la carrera armamentista nuclear y espacial.

Pocos años antes del triunfo de la contrarrevolución en la Unión Soviética, el renombrado filósofo soviético Piotr Fedóseiev advirtió lo siguiente:

> Nuestro país está frente a grandes desafíos: los grandes avances científico-técnicos sólo pueden existir como actividades de masas, como dirigente de la producción, al mismo tiempo es necesario que cada trabajador tenga conciencia de que es posible alcanzar un elevado nivel de bienestar material y desarrollo espiritual a través de las últimas realizaciones de ciencia y técnica (Fedóseiev, 1983).

El autor destacó que en el quinquenio 1976-1980, en la Unión Soviética fueron preparados diez millones de especialistas calificados, y alertó que la investigación sobre el impacto de la RCT en el mundo del trabajo seguía siendo insuficiente y superficial:

> Los trabajadores calificados, ingenieros y técnicos, formulan hoy exigencias más elevadas de clima psicológico y moral a los colectivos del trabajo. En este terreno los administradores y los sociólogos tienen mucho que trabajar. Piden los trabajadores calificados participación más amplia en la gestión de la producción y su participación en muchos problemas sociales. Hay mucho que hacer para perfeccionar la estructura del tiempo libre de los trabajadores, satisfacer sus necesidades espirituales y erradicar los fenómenos ajenos a la moral comunista (Fedóseiev, 1983).

La gigantesca tarea de poner la ciencia y la técnica a disposición del bienestar y de la felicidad y al servicio de la humanidad no constituye una utopía. Coloca a quienes se lo planteen en el deber y en el desafío de conocer y de aprender sabiamente de las extraordinarias experiencias revolucionarias del siglo XX y de inicios del siglo XXI, de sus éxitos y fracasos, de sus logros acabados e inconclusos, de su humanismo y de sus tragedias.

La RCT en el marco de la globalización capitalista

Otro enfoque necesario es ubicar la RCT en la globalización, o sea, en el proceso de internacionalización de la vida económica a niveles inéditos, que da enormes impulsos a la socialización de la producción en el nivel mundial y dispara nuevas divisiones del trabajo y el desplazamiento de millones de trabajadores entre países, todo ello bajo la hegemonía de un puñado de gigantescas empresas transnacionales que operan desde las principales potencias capitalistas.

Del 21 al 23 de mayo de 1979 participé en Moscú en una conferencia internacional sobre la Revolución Científico-Técnica y las contradicciones económicas y sociales del capitalismo en la época actual, organizada por el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la URSS. Se presentaron en esa oportunidad diversas tesis, que fueron reproducidas luego en el Nº 58 de la revista *Problemas de Economía* (1979), en una edición declarada ilegal por la dictadura:

- El contenido esencial de la actual RCT es la ligazón orgánica del conocimiento científico, de la creación y de la producción técnica, dando lugar a la creación de un complejo único, ciencia-técnica-producción, cuyos componentes están entrelazados entre sí y en el cual la misma ciencia interviene como fuerza productiva.

- Se crean nuevas técnicas, y la tecnología, influenciada por los descubrimientos científicos, revoluciona los medios, métodos, objetos y productos del trabajo.
- Simultáneamente, con los cambios operados en los elementos sustanciales de la producción prosigue el desarrollo de la principal fuerza productiva de la sociedad: la fuerza de trabajo humano.
- El régimen capitalista obstaculiza la solución de una cantidad de problemas globales e interhumanos surgidos a raíz del rápido crecimiento de las fuerzas productivas de todo el proceso de desarrollo de la civilización: la preservación del medio ambiente, el abastecimiento de energía, el agotamiento de los recursos minerales, la crisis de alimentación, la utilización depredadora de las riquezas del océano mundial y la militarización del cosmos, entre otros.
- La actual RCT precipita la socialización del proceso económico, y por otro lado los monopolios la utilizan para fortalecer sus posiciones, aumentar los beneficios y explotar en forma acrecentada a los trabajadores.
- El marxismo estima que las causas fundamentales de la profundización de las contradicciones del régimen capitalista, y en última instancia su ruina, no se deben al estancamiento de las fuerzas productivas sino a la exacerbación del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción del capitalismo. Este aspecto señala el lugar de las fuerzas productivas, y llama la atención sobre el otro componente que son las relaciones sociales de producción capitalista y su naturaleza expropiadora, mutiladora, deformadora de las energías, de la capacidad y de la inteligencia del trabajador.
- A pesar de la crisis económica mundial de los años setenta, que empeoró las condiciones de reproducción en comparación con el período anterior de 25 años, el capitalismo de nuestros días conserva la posibilidad del crecimiento económico a un ritmo bastante elevado.

Este punto merece ser considerado con detenimiento. Hoy, iniciada la segunda década del siglo XXI, frente a la profunda crisis económica y financiera que tiene lugar en el corazón del mundo capitalista, resulta notable el error de apreciación que contiene esta última tesis respecto de la capacidad de crecimiento del capitalismo. Es una muestra, sin duda, de que había serias deficiencias en las investigaciones y en los análisis económicos y sociales soviéticos de esos años; una señal entre muchas, a la que no se le prestó la debida atención, de que fallaba la visión de conjunto respecto de los sistemas económico-sociales y de la

nueva etapa de descomposición profunda en que entraba el imperialismo. Sigue a continuación la enumeración de las tesis de la conferencia:

- Aumenta la concentración económica en manos de pocas corporaciones; se fortalece la oligarquía financiera y aumenta la centralización del potencial científico en manos de la cúspide monopólica.
- La racionalización capitalista conduce a una tasa alta de desempleo y a la contaminación del medio ambiente: no se utilizan plenamente las grandes novedades técnicas, se cultiva el consumismo, se manipula la demanda, se acelera la desvalorización moral de los artículos, hay derroche de los recursos, etcétera.
- Se agudiza el entrelazamiento de la crisis regular cíclica con las profundas crisis estructurales: energética, de materias primas, alimenticia, financiera, ecológica, de inflación crónica.
- La inflación está entrelazada con los gastos del armamentismo, el consumo no productivo y la regulación de precios por los monopolios.
- Sufren una profunda crisis las teorías burguesas del keynesianismo, base fundamental del sistema de regulación monopolista del Estado.
- La RCT posee un potencial enorme para modernizar las economías de los jóvenes Estados nacionales de Asia, África y América Latina, para acabar con su atraso y erradicar el hambre, las enfermedades, la miseria y otros problemas, pero se opone a esto la dependencia del imperialismo de la mayoría de los países subdesarrollados.
- Se agudizan los problemas sociales: aumenta el ejército de los asalariados, se produce una mayor incorporación de mujeres y jóvenes. Crecen las capas medias proletarizadas, hay marginación y mayor dependencia de pequeñas empresas respecto del capital monopolista.
- Una capa superior de los especialistas asalariados privados y estatales se acerca o se fusiona en el aspecto social con la burguesía monopolista.
- Hay mayor desempleo, que afecta más a las mujeres y a los jóvenes. Se difunde la política de ingresos que ata a los sindicatos a los programas económicos de la burguesía monopolista.
- Crece la desigualdad entre los países subdesarrollados o en vías desarrollo y las grandes potencias capitalistas.

En esa reunión presenté una ponencia sobre América Latina y en particular sobre Argentina. Procuré mostrar quiénes fueron los beneficiarios del crecimiento económico que tuvo lugar en los principales países de la región, y determinar si ese proceso había modificado o mantenido

las grandes desproporciones y deformaciones de las economías latinoamericanas y su alto grado de dependencia de las grandes potencias capitalistas. Las respuestas se hicieron evidentes al describir con datos oficiales el elevado grado de desocupación, la extensión de la pobreza y el aumento enorme de las desigualdades del ingreso, con su correspondiente correlato en el analfabetismo, la mortalidad infantil y otros indicadores elocuentes de la situación económica y social bajo los regímenes políticos fascistas y reaccionarios imperantes en la región en los años setenta. Subrayé que los intereses económicos dominantes, promotores y beneficiarios de la situación, estaban integrados por los monopolios extranjeros, principalmente estadounidenses, que habían avanzado notoriamente en sus posiciones en nuestros países impulsados por la Comisión Trilateral, bajo la dirección del banquero David Rockefeller, en estrecha alianza con las oligarquías terratenientes y los poderosos grupos capitalistas locales, que realizaban una intensa explotación de la clase obrera latinoamericana y de amplios sectores populares.

"El tributo que se paga al capital imperialista –señalé– ha ido creciendo y una de sus múltiples manifestaciones es el endeudamiento exterior que ha aumentado ocho veces en los últimos quince años" (*Problemas de Economía*, 1979). También mostré que América Latina no sólo proveía de cuantiosos recursos a las transnacionales, sino que también transfería el capital más precioso: los recursos humanos. El costo estimado del drenaje de cerebros y de mano de obra calificada se calculó en más de 50.900 millones de dólares, de los cuales una suma equivalente a 33.900 millones de dólares resultó en beneficio de Estados Unidos. En contraste con este dramático cuadro señalé la trascendencia de la existencia de Cuba socialista y de las profundas transformaciones en marcha en la isla.

La segunda parte de mi ponencia, dedicada a Argentina, señaló que la política económica de la dictadura, manejada por José Martínez de Hoz, había reducido drásticamente el salario real de trabajadores, profesionales y técnicos, y disparado un proceso de desnacionalización y desmantelamiento de sectores vitales de las empresas estatales. "A esto se agrega que fueron despedidos valiosos cuadros de investigadores, ha descendido el nivel del elenco docente y en los medios académicos se ha producido una grave crisis por el éxodo de profesores e investigadores, al mismo tiempo que toman auge las universidades e institutos privados, facilitándose el mayor control en la formación de técnicos y profesionales por parte de los monopolios extranjeros y de grandes intereses económicos".

Denuncié asimismo que la universidad pública había sido objeto de una sistemática agresión. "Por su estrecha relación con el sistema científico-técnico, cabe agregar que se ha aprobado una nueva legislación de transferencia tecnológica que conjuntamente con la ley de

inversiones extranjeras y promoción industrial configura un conjunto orgánico que permite la mayor subordinación de la economía del país a los monopolios extranjeros que están expandiendo sus actividades en petróleo, petroquímica, siderurgia y minería" (*Problemas de Economía*, 1979). Sostuve también que "la política económica en vigencia ha suscitado enormes protestas desde los más diversos sectores del país y la clase obrera ha realizado paros", pero críticamente admito ahora que no puse énfasis en el grave hecho de la desaparición física, las torturas y los asesinatos de miles de técnicos y profesionales, y demás crímenes del terrorismo de estado, el capítulo más violento y genocida de la historia argentina.

Por su parte, la CEPAL, en sus estudios sobre el tema, ha hecho contundentes apreciaciones. En un documento publicado a fines de la década del setenta señaló que la ciencia y la tecnología en América Latina afrontan problemas muy complejos. Asimismo, advirtió que los recursos humanos, científicos y tecnológicos de nivel académico son insuficientes y con una preparación dispar, que las inversiones son reducidas y carentes de criterios definidos, que hay una marcada dependencia de tecnologías de empresas transnacionales, que el aprovechamiento de la cooperación internacional es defectuoso e irregular y que existe una apreciable emigración de los recursos profesionales y calificados.

Diez años más tarde, en una encuesta a las 500 principales empresas industriales de Argentina sobre automatización e incorporación de la informática, la CEPAL realizó las siguientes observaciones:

- A fines de 1988, el universo estudiado contaba con 7.141 equipos de automatización industrial, que demandaron una inversión de 310 millones de dólares, apenas el 3,2% de la formación total del capital en el período 1983-1988, y que en su mayor parte eran de origen importado.
- Más del 70% de dicha inversión estaba concentrada en tres rubros industriales: productos metálicos, maquinarias y equipos; químicos y papel; e imprenta. Cerca del 80% se concentraba en empresas grandes y medianas, entre ellas los principales grupos económicos y transnacionales, y solamente el 16% en empresas nacionales independientes.
- Las futuras inversiones subrayan la hegemonía en pocas ramas industriales de insumos intermedios en manos de grandes empresas extranjeras, que "tienden a replicar y profundizar los sesgos prevalecientes en los años precedentes", sin tomar en cuenta los cambios profundos que produjo el avance técnico e informático (CEPAL, 1993).

Cuba ofrece una experiencia aleccionadora en Latinoamérica

En América Latina, el debate sobre el impacto de la RCT adquirió otros contornos a partir de la experiencia de Cuba, que construye una sociedad socialista y que, pese al bloqueo de Estados Unidos sobre los adelantos científicos, técnicos e informáticos, y a los límites de sus escasos recursos, ha sido reconocida por las Naciones Unidas como un ejemplo de contenido ético y moral y de elevados principios de solidaridad con otros pueblos, y como la más avanzada experiencia en materia de difusión y aplicación de estos principios.

Fue ilustrativa la ponencia "Propiedad y expropiación en la economía del conocimiento" presentada por Agustín Lage en el IX Encuentro sobre Globalización y Problemas del Desarrollo realizado en La Habana del 5 al 9 de febrero de 2007. El autor, miembro por muchos años del gobierno cubano y hermano del ex vicepresidente Carlos Lage, señaló que la mayoría de los estudios sobre la nueva posición del conocimiento y de la generación organizada de conocimiento en los sistemas económicos han ignorando el problema de la apropiación, cuando es precisamente el régimen de propiedad lo que distingue la esencia de esos sistemas.

Según subrayó Lage, Cuba es uno de los pocos lugares donde se puede analizar la experiencia de desarrollo científico, técnico y económico basado en el conocimiento en el contexto de una sociedad socialista y con el compromiso social de sus actores, y destacó que en los países industrializados aquellos sectores donde el conocimiento tiene un papel determinante son precisamente los que más se han expandido en los últimos años: software, microelectrónica, computación, telecomunicaciones, industria farmacéutica, biotecnología, industria aeroespacial, polímeros y plásticos de alta tecnología, nuevos materiales y química fina, entre otros (Lage, 2007).

Lage precisó que los países industrializados, con menos del 20% de la población mundial, realizan más del 80% de la inversión total en investigación y desarrollo, publican más del 85% de los artículos científicos y son titulares de más del 90% de las patentes. Señaló que la población dedicada a la ciencia y la tecnología en el Norte se estima en 0,2% mientras que en el Sur es inferior al 0,05%, y afirmó que las ventajas y desventajas que determinan el papel del conocimiento en la economía dependen más de la capacidad de generar rápida y continuamente nuevo conocimiento que de la cantidad acumulada (Lage, 2007).

El autor criticó que el debate se concentrase en el volumen y en la velocidad de circulación del conocimiento. Afirmó que era cierto que existía una explosión sin precedentes del conocimiento, pero sostuvo que el problema principal no era el de la producción sino el de la

apropiación (Lage, 2007). ¿A quién le pertenece lo que se produce? En el actual capitalismo se asiste al proceso de privatización del conocimiento. Se trata de uno de los fenómenos más peligrosos de este inicio del siglo XXI, sobre el que es necesario alertar antes de que se haga irreversible. Las formas que adquiere esa privatización son las siguientes:

- La protección de la propiedad intelectual.
- La internacionalización del trabajo científico en grandes organizaciones de la industria.
- La especulación de las regulaciones.
- El robo de cerebros.

Lage señaló que había 1,2 millones de profesionales de América Latina y el Caribe trabajando como inmigrantes en Estados Unidos, Inglaterra y Canadá, cuyo costo de formación calculó en 36 mil millones de dólares. Sus palabras de cierre fueron elocuentes:

> Si se trata de aprovechar la oportunidad creada por la economía del conocimiento para defender una alternativa de desarrollo socioeconómico diferente a la globalización neoliberal, y en esta batalla estamos, no puede haber confusiones ni concesiones en el tema de la propiedad; y todas las alternativas que exploremos, variadas, flexibles [...] deberán estar al mismo tiempo cohesionadas por el propósito único de defender la propiedad social de los medios de producción (sean las fábricas o los conocimientos) y la distribución socialista de los resultados. Será difícil y complejo, pero podemos hacerlo (Lage, 2007).

Apropiación del conocimiento para acaparar sus beneficios

Un artículo de Sebastián Premici titulado "Geopolítica del conocimiento" y publicado en *Página/12* en diciembre de 2007, citaba datos de la organización canadiense ETC Group publicados en "Oligopolio 2005: concentración del poder corporativo". Las diez empresas biotecnológicas más importantes representan menos del 3% del número total de las compañías del sector, pero obtuvieron el 72% de los ingresos, es decir, 33.429 millones de dólares de un total de 46.533 millones de dólares, que corresponde a 309 compañías. En 2003, la Oficina de Patentes y Marcas Registradas de Estados Unidos (USPTO) otorgó 8.630 patentes relacionadas con la nanotecnología. Los cinco países con mayor número de patentes fueron Estados Unidos (5.228), Japón (926), Alemania (684), Canadá (244) y Francia (183), y las cinco principales empresas fueron IBM, Micron Technologies, Advanced Micro Devices, Intel y la Universidad de California. La investigadora mexicana Silvia Ribeiro del ETC Group comentó además que "las universidades públicas en todo el

mundo están funcionando como maquiladoras tecnológicas para las corporaciones: son las que hacen la mayor parte de la investigación básica y luego la licencian en forma exclusiva a las grandes empresas. Esta tendencia se repite también en las universidades latinoamericanas, aunque con mayor desigualdad" (Premici, 2007).

En un artículo titulado "Reflexiones dramáticas de un premio nobel de Física", Robert Laughin, un estadounidense que obtuvo el galardón en 1998 junto con dos colegas, manifestó su preocupación por los condicionamientos a que está sometida la difusión del conocimiento. El científico señaló que en la era de la información, una época en que, en ciertas circunstancias, el acceso al conocimiento es más importante que el acceso a los bienes físicos, "el conocimiento más valioso en términos económicos es de propiedad privada y es secreto". Asimismo afirmó:

> Los intentos cada vez más tenaces de gobiernos, corporaciones e individuos por evitar que sus rivales sepan ciertas cosas que ellos sí saben han llevado a un crecimiento insospechado de los derechos de propiedad intelectual y al fortalecimiento del poder estatal para decidir acerca de la confidencialidad de la información (Laughin, 2010).

El investigador concluyó que "frente a nuestras propias narices la edad de la razón esté siendo desplazada de su nicho ecológico por la economía del conocimiento, un término cargado de ironía para una época en la que lo que se promueve es la escasez de conocimiento" (Laughin, 2010).

Los sesgos que introducen la influencia de la industria y los intereses económicos en la investigación científica fueron analizados en un reciente informe de la organización Científicos para la Responsabilidad Global (SGR, por sus siglas en inglés), de Gran Bretaña.

> Según Stuart Parkinson y Chris Langley, dos de los autores, que comentan sus conclusiones en la revista *New Scientist*, la presión por obtener provecho de las investigaciones alteró el escenario de la investigación (en el hemisferio norte). Las universidades fueron impulsadas a adoptar una visión más comercial, comenzaron a priorizar las investigaciones que prometen ganancias a corto plazo y los profesores fueron incapaces de mantener su independencia [...]. Parkinson y Langley afirman, además, que esta situación crea las condiciones para que se presenten importantes conflictos de interés e incluso llevan a los investigadores a abstenerse de publicar resultados desfavorables para el financiador. También los grupos de pacientes sostenidos por la industria cumplirían un rol, cuando menos, poco claro, según este trabajo. La SGR ve con inquietud que, como consecuencia, pierda terreno

> el desarrollo de tecnologías de baja complejidad, "más económicas y más útiles" para los más pobres [...]. Pero no faltan los suspicaces que afirman que los países desarrollados promueven la vuelta a lo natural y las tecnologías de baja complejidad para mantener a los emergentes en la dependencia (Bär, 2009).

El avance científico no suprime la contradicción entre trabajo y capital

El sistema capitalista atraviesa en este siglo enormes dificultades y encrucijadas, resultados de su propio desarrollo y extensión mundial. ¿Significa acaso que se está acercando el juicio final para el sistema que arrastró las banderas de la libertad y del progreso a un trágico recorrido de guerras, genocidios y violación permanente de los derechos humanos? La última palabra la tiene la acción de las masas, la actitud de los pueblos oprimidos que, a un alto costo de derrotas y defraudaciones de falsos profetas, van aprendiendo su lugar en la historia.

En tanto, pese al grado de monopolización y de concentración alcanzado, en el capitalismo contemporáneo sigue vigente la competencia, lo que impulsa a la incorporación de avances tecnológicos y científicos que expulsan mano de obra. Esta también queda marginada de la producción por la especulación financiera que ha adquirido dimensiones fuera de control. En otras palabras, el sistema acude cada vez menos a su gallina de los huevos de oro, la fuerza de trabajo, a la que históricamente viene expropiando. Desde el punto de vista de los trabajadores, de los explotados, y en particular en el capitalismo argentino, el desempleo cíclico, coyuntural, se va transformando en un factor estructural y torna cada vez más difícil seguir el precepto bíblico de ganarse el pan con el sudor de la frente.

Por todo ello se ha difundido la idea de que la clase obrera está perdiendo su papel protagónico en las transformaciones revolucionarias. ¿Es efectivamente así? En Argentina mucho se ha investigado y escrito sobre el tema, aunque quizás sean escasos los estudios con enfoques marxista-leninistas. A continuación se presentan algunas reflexiones introductorias.

A mediados del siglo XIX, en los países capitalistas la clase obrera contaba con cerca de 10 millones de integrantes; cien años después había 300 millones y para fines del siglo XX se acercaba a mil millones. Mientras esta clase crecía, experimentaba también profundos cambios en su composición. Así ocurrió sobre todo en las últimas décadas, por los avances de la RCT y la globalización, el rótulo de la nueva organización del mundo capitalista como resultado de que un puñado de gigantescas empresas adquirieran un peso decisivo en la propiedad y el

control sobre las principales actividades productivas y no productivas, que se refuerza con la apropiación monopólica de los descubrimientos y avances tecnológicos y con la extensión de sofisticados métodos de explotación del trabajo.

Pero ideólogos e investigadores burgueses afirman que la clase obrera merma en forma precipitada y que por lo tanto tienden a desaparecer tanto la contradicción entre trabajo y capital como la consecuente lucha de clases, y señalan que se desmorona el principio marxista de que la clase obrera es la principal fuerza productiva de la sociedad y la fuente fundamental de la riqueza que se apropia la clase capitalista.

Este debate requiere precisar algunas categorías marxistas. En el esbozo que elaboró antes de su exposición final en *El capital*, Marx señaló, sobre el uso creciente de las máquinas en la producción capitalista:

> A medida que la gran industria se desarrolla, la creación de riquezas depende cada vez menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo utilizado, y cada vez más de la potencia de los agentes mecánicos que son puestos en movimiento durante la duración del trabajo. La enorme eficiencia de estos agentes no tiene, a su vez, relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción. Depende más bien del nivel general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de las ciencias –entre las cuales las de la naturaleza así como todas las demás– es naturalmente función del desarrollo de la producción material.)
>
> El capital es una contradicción en proceso: de una parte impele a la reducción del tiempo de trabajo al mínimo, y de otra parte, establece el tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. Disminuye el tiempo de trabajo bajo su forma necesaria para incrementarla bajo su forma de sobretrabajo. En una proporción creciente, establece el sobretrabajo como la condición –cuestión de vida o muerte– del trabajo necesario (Marx, 1971: 192 y 193).

La separación creciente entre la medida capitalista de la riqueza por el tiempo de trabajo y su medida tecnológica no significa para Marx la extinción del capitalismo y la transformación de la sociedad en un sistema planificado, poscapitalista. Al contrario, para Marx esa separación es una manifestación de la contradicción en proceso del trabajo y el capital, entre el trabajo vivo y el muerto. De allí el carácter superficial, mecanicista de algunos análisis autotitulados revisionistas, antidogmáticos o críticos del marxismo, que consideran a la actual RCT como un elemento autónomo. Marx, en cambio, que genialmente

previó el avance científico y tecnológico, identificó allí una contradicción dialéctica, de más en más exacerbada, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.

Para los supuestos renovadores del marxismo que tienden a reemplazar la contradicción capital-trabajo por la contradicción capital-ciencia, la primera tiende a desaparecer en beneficio de la adaptación del capitalismo a la RCT, en que la medida del tiempo no juega más que un papel menor. Para Marx, al contrario, la contradicción capital-trabajo se desarrolla sin cesar con los cambios que se realizan por la aplicación de la ciencia y de la técnica a la producción, y la propiedad privada capitalista de los medios de producción es incapaz de cambiar la base social sobre la cual se desarrolla.

El papel histórico de la clase obrera mantiene plena vigencia

En la producción moderna, la actividad intelectual y la manual pueden ser separadas. El concepto del trabajador colectivo, que menciona Marx en el primer tomo de *El capital*, permite abarcar el carácter cada vez más socializado del proceso del trabajo. Sin embargo, suele confundírselo o interpretárselo superficialmente. Marx lo aplica únicamente al proceso de trabajo inmediato, desde la manufactura hasta la gran fábrica, y a la socialización que abarca el conjunto de la producción, por ejemplo, la economía de todo el país. Lo analiza con mucha profundidad para mostrar que, a diferencia del modo de producción anterior, el capitalismo va extendiendo el sistema a los distintos sectores económicos de la sociedad, aprovechando en su beneficio la división del trabajo y las relaciones que los hombres establecen entre sí.

De allí que confundir la definición de la clase obrera con el concepto de trabajador colectivo sea anticientífico. Quienes así proceden –muchas veces sin pretenderlo– confunden la división del trabajo dentro de una unidad de producción con la división del trabajo en la sociedad, y por otra parte confunden el proceso de producción con el proceso técnico del trabajo. Por eso, esta precisión teórica permite distinguir la clase obrera del trabajador colectivo, que reúne también a capas sociales explotadas por el capital sin que participen directamente en la creación de plusvalía.

Un concepto más acertado del trabajador colectivo permite integrar a la clase obrera a técnicos y profesionales, que producen directamente la plusvalía, y a otros que contribuyen a ello bajo distintas formas, en el actual nivel de automatización y de avances científico-técnicos. Un análisis dinámico de este proceso en la actualidad permite mostrar que cada vez más trabajadores intelectuales tienden a integrarse a la clase obrera, mientras que tanto la tendencia inversa a

la descalificación como la demanda de trabajadores manuales sin formación profesional alguna están muy lejos de atenuarse. Es justamente esta yuxtaposición contradictoria de tendencias lo que permite pasar de un análisis puramente tecnicista a un análisis de las clases sociales.

En resumen, la clase obrera en la actualidad se compone no solamente de proletarios del campo, la industria, las minas, la construcción, que forman el corazón del sistema, sino también del conjunto de trabajadores que intervienen directamente en la preparación y la puesta en práctica de la producción de materiales –es el caso de técnicos e ingenieros de fabricación– y también de quienes contribuyen a la terminación del proceso de fabricación, de quienes operan en telecomunicaciones, en el embalaje y en otras etapas. Sería superficial, y un mal reflejo de la realidad concreta de los países capitalistas, excluir la consideración de la resistencia y de las luchas obreras en un análisis que tome en cuenta estos y otros factores para delinear en forma más precisa las fronteras de cada clase o capa social.

No definir a la clase obrera en la nueva y profunda metamorfosis que experimenta la sociedad capitalista implica, en definitiva, poner en duda su papel histórico y cuestionar la idea central del materialismo histórico de que el desarrollo de las fuerzas productivas, sin excluir su íntima ligazón con lo político, lo social y lo cultural, determina, en último análisis, la necesidad de transformaciones revolucionarias de las relaciones sociales.

Para ampliar el análisis sobre este tema pueden consultarse los siguientes artículos: "A propósito de las clases sociales" de Serge Laurent (1992), "Sobre la alianza capital de la clase obrera y los trabajadores intelectuales" de Jean Lojkine (1992) y "Estructura y conciencia de la clase obrera" de Roberto Grana y Amado Heller (1989).

La clase obrera argentina refleja la estructura socioeconómica dependiente

Para esbozar la composición de la clase obrera argentina en la actualidad es imprescindible tener en cuenta la estructura socioeconómica del país que, en el marco de las relaciones capitalistas, está notoriamente condicionada por el elevado grado de dependencia del capital transnacional, por la explotación imperialista y por las deformaciones que provoca la presencia, últimamente fortalecida, de la burguesía terrateniente, en firme sociedad con las empresas transnacionales y con el gran capital local. Eso significa que en el país el grado de explotación de los trabajadores es más intenso y expropiador ya que debe enriquecer a varios amos a la vez.

La ley del desarrollo desigual que rige en el capitalismo, por la cual entre las empresas, actividades y regiones de un país, y entre

países, se establecen desigualdades que se acentúan, se intensifica con el trabajo precario, la especulación financiera, la corrupción y las economías en negro, un marco cada vez más injusto que se sostiene por medio de políticas pseudodemocráticas, reaccionarias e incluso muchas veces fascistas.

Una forma de medir el peso de la población que vive de un salario es comparar su evolución, en un largo período, con el total de los habitantes en actividad, es decir, la PEA. Esta incluye a los capitalistas y sus familiares ocupados, a quienes trabajan por su cuenta sin explotar mano de obra, a los desocupados. En cambio, están excluidos los jubilados y los niños de hasta 14 o 15 años. Sin embargo, en Argentina esta organización de los datos no refleja correctamente la realidad social, pues muchos niños trabajan, y también lo hacen muchos jubilados debido a sus bajos ingresos. Además hay muchas calidades diferentes de cuentapropistas, por la amplitud que han asumido la tercerización y otras formas de trabajo asalariado difundidas en los últimos años. Pese a todo, la estadística de concepción burguesa permite tener un conocimiento aproximado de la estructura social argentina.

Cuadro 30

Argentina. Población ocupada. Estructura de clases y capas sociales. Varios años

Año	**1947**	**1970**	**1980**	**2001**	**2007**
Total (en miles)	6.267	8.913	10.070	10.913	18.500
Estructura					
Patrones*	19%	9%	8,9%	8%	5%
Cuentapropistas	7%	17%	19,2%	20%	18%
Asalariados	74%	74%	71,9%	72%	77%

Fuente: Elaboración propia con base en PBI, Cuentas Nacionales 1993-2010, INDEC.
* Para 2007, los más ricos y poderosos son sólo el 0,4% de los patrones.

El Cuadro 30 refleja el carácter avanzado de las relaciones sociales capitalistas en el país, y si bien contempla los cambios que han tenido lugar en cada rubro, también pone en evidencia el elevado porcentaje de trabajadores asalariados, que ha sido además una característica de la Argentina. Asimismo, muestra el crecimiento de otras formas de explotación capitalista y capas sociales que existen tras el rótulo de cuentapropistas, y deja a la vista el alto grado de concentración operada en el sector de la burguesía local y de los capitales monopólicos del exterior.

Según datos de las mismas fuentes oficiales, en 2007 el total de asalariados ocupados en la economía argentina fue de 13.208.000, de los cuales 8.746.000 (66,2%) estaban registrados y los restantes 4.462.000 (33,8%) no lo estaban. "No registrados" es una forma elegante de rotular a los millones de trabajadores empleados en forma precaria, fuera de las leyes, privados de sus derechos laborales, de asistencia de la salud y otros, quienes por supuesto perciben remuneraciones inferiores a las de los trabajadores registrados. Este segmento ha crecido enormemente en las últimas décadas y sólo en los últimos años, por las luchas de la clase obrera, disminuye ligeramente.

Cuadro 31

Argentina. Distribución de asalariados por sectores. 2007 (en miles)

Sector	Registrados	No registrados	Total
Agro	321	500	821
Construcción	410	558	968
Pesca	16	4	20
Explotación de minas y canteras	47	23	70
Industria	1.132	496	1.628
Suministro de electricidad, gas y agua	72	8	80
Comercio	973	737	1.710
Hoteles y restaurantes	193	190	383
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	461	429	890
Intermediación financiera	200	22	222
Enseñanza, servicios sociales y de salud	1.960	240	2.200
Otras actividades de servicios comunitarios sociales y personales y servicio doméstico	657	1.255	1.912
Sector público	2.304	-	2.304
Total			**13.208**

Fuente: Elaboración propia con base en PBI, Cuentas Nacionales 1993-2010, INDEC.

Cuadro 32

Argentina. Distribución de la ocupación por actividad. 2007

Sector	Puestos de trabajo	%
Sector productivo		
Agro, minería, pesca, industria, construcción, electricidad, gas y agua	3.587	27,15
Sector semiproductivo		
Comercio, transportes, almacenamiento y comunicaciones	2.600	19,70
Sector no productivo		
Servicios, finanzas, sector público	7.021	53,15
Total	**13.208**	**100**

Fuente: Elaboración propia con base en PBI, Cuentas Nacionales 1993-2010, INDEC.

Con todos los resguardos que exigen los datos aproximados, puede verse que los sectores productivos y semiproductivos suman 6.191.000 trabajadores. Hay que considerar además que importantes sectores clasificados en servicios son en la actualidad, directa e indirectamente, esenciales para la producción. Por ejemplo, el transporte de cargas para el movimiento de las cosechas y el comercio exterior, o el entrelazamiento de las redes de computación en el desarrollo de las comunicaciones.

Con datos de las mismas fuentes es posible comparar la evolución de la economía y de la ocupación en los últimos años.

Cuadro 33

Argentina. Evolución del PBI (en millones de pesos a precios constantes, base 1993)

Año	Sectores productores de bienes*	Sectores productores de servicios
1993	**76.806**	**144.403**
2000	85.335	177.198
2003	81.852	160.978
2007	116.197	219.014

Cuadro 33 (continuación)

Año	Sectores productores de bienes*	Sectores productores de servicios
2008	119.603	236.874
2009	**115.422**	**244.560**
2010 (trim. I)	109.564	241.166
Variación 2009/1993 (en %)	**151,5**	**170**

Fuente: Elaboración propia con base en PBI, Cuentas Nacionales 1993-2010, INDEC.
* Agro, pesca, minas y canteras, industria; electricidad, gas y agua, construcción.

Los sectores productores de servicios comprenden el transporte, el almacenamiento y las comunicaciones, la intermediación financiera, las actividades inmobiliarias, empresariales y de alquiler, la administración pública y la defensa, la enseñanza, los servicios sociales y de salud, otras actividades comunitarias, sociales y personales, y el servicio doméstico. Como se ha visto en algunos conflictos gremiales, varios de estos sectores, como es el caso de los transportes por camión, ocupan ahora lugares de cierta importancia estratégica.

En definitiva, el resultado está lejos de las predicciones acerca de la disminución drástica de la clase obrera en la sociedad argentina.

Capítulo V
El movimiento obrero argentino

Entre las nuevas generaciones de trabajadores, pocos conocen que en la Argentina, al unísono con otras latitudes, el 1 de mayo de 1890 se hizo un gran mitin por la jornada laboral de ocho horas. Ese reclamo encabezó luego una petición con miles de firmas que fue entregada al Congreso Nacional, que también demandaba la prohibición del trabajo de los menores de 14 años, la abolición del trabajo nocturno salvo excepciones, la prohibición del trabajo de la mujer en los ramos de la industria que afectaran su organismo, el descanso semanal no interrumpido de 36 horas, la prohibición de ciertas actividades fabriles perjudiciales para la salud de los trabajadores, la prohibición del trabajo a destajo y por subasta, la inspección de talleres y de fábricas por delegados del Estado elegidos, al menos la mitad de ellos, por los mismos trabajadores, y el seguro obligatorio de los obreros contra accidentes, entre otras reivindicaciones. La petición "fue destinada a comisión, y ésta, por boca de su informante, el diputado [Lucas] Ayarragaray, produjo un informe muy parco, después la Cámara enterró el asunto"[5].

Las conmemoraciones del 1º de Mayo continuaron año tras año.

> Los trabajadores formaron una manifestación, la que con las banderas del Centro Socialista Obrero, agrupación Carlos Marx y la del club de la parroquia de Balvanera, siguió hasta la calle San Juan y [La] Rioja, donde se deshizo, siguiendo los manifestantes por la vereda hasta el local del Centro Socialista Alemán, a donde llegaron dando vivas al socialismo, todo con mucho orden [...]. Hablaron después los señores Roberto J. Pairó, el estudiante de medicina Borghi, Francisco Siza, Leopoldo Lugones y por último

5 Cuadernillo de la cátedra libre "Historia del movimiento obrero. Una aproximación desde los trabajadores", Universidad Nacional de Lanús, con charlas de Víctor de Gennaro, secretario de Relaciones Institucionales de la CTA, Remedios de Escalada, 2007.

> Adrián Patroni (*La Nación*, Sección "Cien años atrás", 2 de mayo de 1996).

El poco conocimiento de estos hechos se debe a que ciertos autores difundieron la idea de un pretendido corte en la gloriosa historia del movimiento obrero argentino, con un antes difuso, "extranjerizante", del que injustamente se sugiere que no vale la pena acordarse, y un después renovador, auténtico, nacional, con la presencia de Juan Perón en la vida política y sindical.

A condición de no mutilar la historia, puede hablarse de dos etapas. La primera, caracterizada por un alto componente de inmigrantes europeos y por la esforzada organización y consolidación de los sindicatos a despecho de crímenes y de persecuciones, concebidos como organismos defensivos de la clase ante los abusos capitalistas y con la meta de reemplazar el sistema de explotación del hombre por el hombre. La segunda, con mayor participación de inmigrantes del interior, en que los sindicatos fueron aceptados y promovidos por el gobierno, que además les otorgó ciertas funciones estatales para que actuaran como piezas del sistema, con un ideario que el marxismo denomina "nacionalismo burgués", porque no propugna la superación del capitalismo, sino la colaboración con la burguesía, en bien de la "Patria". Hay que decir, sin embargo, en honor de no pocos dirigentes y de multitud de militantes y de simples trabajadores peronistas, que esta política de asimilación y de redefinición del movimiento obrero no impidió que en todas las épocas escribieran páginas gloriosas de lucha por los intereses de los trabajadores al margen de los deseos de la clase dominante y de los arreglos de tal o cual dirigente, ni que en un vasto sector del peronismo fuera creciendo con el tiempo la conciencia de la necesidad de la revolución social y del socialismo.

Un pionero alemán fundador del periódico *El obrero*

Entre las contribuciones militantes al surgimiento del movimiento obrero argentino es justo recordar a Germán Avé Lallemant, uno de los primeros marxistas de la Argentina, quien llegó al país en 1868, bajo la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874). Avé Lallemant, quien había estudiado ingeniería de minas, trabajó como geógrafo, geólogo y agrimensor. La mayor parte de su vida transcurrió en la provincia de San Luis, donde se casó con la directora de una escuela. Fue profesor y rector del Colegio Nacional en 1872. Falleció el 3 de septiembre de 1910. "Midiendo terrenos y clasificando plantas, vio los latifundios, la atrasada economía de nuestro campos, la explotación irracional de nuestros bosques y descubrió las relaciones sociales existentes en el campo argentino y la explotación de la masa campesina criolla" (Paso, 1974).

Avé Lallemant, corresponsal del periódico alemán *Die Neue Zeit* (Los nuevos tiempos), dirigido por el líder revolucionario Karl Kautsky, fundó en Argentina el periódico *El obrero* el 12 de diciembre de 1890, como órgano de prensa de la Federación Obrera en formación, donde contó con la estrecha colaboración de Augusto Kuhn, quien en 1918 sería uno de los fundadores del Partido Comunista. En el primer editorial, titulado "Nuestro programa", el periódico se presentó como expresión de una nueva clase, el proletariado, "inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno" de "nuestro inmortal Carlos Marx", que puso en descubierto el misterio de la producción capitalista por medio de la plusvalía y las leyes del desarrollo social con la concepción materialista de la historia.

Sobre Argentina Avé Lallemant escribió:

> Había dominado hasta aquí en la República el régimen del caudillaje, despotismo nacido de la autoridad que ejercían los jefes conquistadores españoles, cuya constitución política nació de la organización de la producción en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, y aunque la Revolución de 1810 abolió la esclavitud de derecho, de hecho tanto ésta como el caudillaje se habían conservado hasta muchos años después, tan arraigadas estaban ambas en la costumbre de las gentes del país (Paso, 1974).

Respecto del campo afirmó:

> El grado de explotación o el tipo de supervalía del trabajo del puestero se calcula en un mil por ciento, o sea de once horas de trabajo, él trabaja una hora para sí, diez para el patrón y aun más. […] Durante ochenta y cuatro años la población rural argentina, la población productora del país, ha sido el objeto de innumerables injusticias, de una explotación sangrienta, de opresión y humillación (Paso, 1974).

También denunció la acción expoliadora del imperialismo inglés:

> Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capitalismo inglés exprime, pues, de la Argentina más que 17 veces en valor relativo de lo que extrae a sus súbditos indios […]. Y para peor, cinco o seis banqueros de Londres –Rotchild, Baring, Morgan y Greenwood– ordenan a través del embajador argentino al gobierno de Buenos Aires qué debe hacer y qué debe dejar de hacer (Paso, 1974).

Sus escritos sobre los negociados y sobre el papel deformador de los ferrocarriles en manos de los ingleses constituyen otro de sus valiosos aportes al conocimiento de la realidad nacional. Criticó asimismo la explotación de la mujer y de los niños en los talleres de Buenos Aires,

difundió las luchas de la clase obrera, defendió sus huelgas y denunció la represión y los asesinatos de dirigentes sindicales.

En la década del ochenta del siglo XIX habían aparecido en la Argentina importantes plantas fabriles, frigoríficos y ferrocarriles. Según el Censo Industrial de 1895 había 72.761 asalariados. La organización de los trabajadores basada en las nacionalidades o en los idiomas era producto de un proceso histórico muy particular, en el cual la inmensa mayoría de los trabajadores eran inmigrantes europeos. Muchos de ellos habían huido de las persecuciones en la Alemania de Bismarck y de la salvaje represión de la Comuna de París en 1871, que fue aniquilada con más de 40 mil fusilados.

Otra plaga del capitalismo, la desocupación, se sumó a la explotación implacable. Sólo en la ciudad de Buenos Aires afectaba a 40 mil trabajadores. Hubo movimientos huelguísticos en la actividad textil, panadera y maderera, en la estiba y en los ferrocarriles, que abarcaron también el interior del país. No siempre se lograba el triunfo con estas luchas. La sindicalización era aún muy precaria y el camino para unificar el movimiento obrero, más que arduo.

En tal situación incidió la existencia de distintas tendencias en las filas de los trabajadores. Entre las principales estaba el economicismo, que se limitaba a la lucha por mejoras sociales, como la reducción de la jornada de trabajo, la abolición del trabajo nocturno, la prohibición de emplear niños y la obtención del seguro contra accidentes, y que bregaba por estas mejoras sin salirse del sistema capitalista. El importante movimiento anarquista luchaba contra el régimen de explotación salarial, por la libertad individual y contra el Estado como órgano de opresión y represión. Los socialistas difundían las teorías de Marx y luchaban por la transformación revolucionaria de la sociedad mediante la supresión de la explotación del hombre por el hombre.

Recién el 2 de junio de 1901, en el primer Congreso de la Federación Obrera Argentina (FOA), se inició un camino de unidad, pero fue un corto recorrido. La primera década del siglo XX fue decisiva para la formación del movimiento sindical argentino. Se organizó la Unión General de Trabajadores bajo la influencia de los socialistas, y el Cuarto Congreso de la FOA cambió el nombre de la entidad por el de Federación Obrera Regional Argentina (FORA), que siguió adelante bajo la dirección de militantes anarquistas.

La década se caracterizó también por otros importantes hechos. A fines de 1902 se puso en vigencia la Ley 4144, de Residencia, que facultó al gobierno a expulsar trabajadores extranjeros a su país de origen. Centenares de luchadores fueron víctimas de esta medida fascista que rigió hasta 1958. Las celebraciones del 1º de Mayo de 1904 y de 1909 fueron blanco de sangrientas represiones. El 14 de noviembre de 1909, en respuesta al accionar criminal de la policía, el joven anarquista Simón

Radowitzky mató con una bomba al jefe de policía Ramón Falcón y a su secretario. En ese período también se logró la sanción de las primeras normas laborales: la Ley 4661, de Descanso Dominical; la Ley 5291, sobre el trabajo de mujeres y niños; y más tarde, en 1915, la Ley 9688, sobre accidentes de trabajo y enfermedades profesionales.

En 1912, dos años después de la muerte de Avé Lallemant, estalló el primer movimiento de masas de chacareros que se rebelaron contra la intensa explotación de la burguesía terrateniente. Fue una pena que aquel precursor no pudiera presenciar esa rebelión, después de haber denunciado el drama de los sin tierra y las múltiples formas de sometimiento de que eran objeto. El Grito de Alcorta, que se inició en Santa Fe a mediados de aquel año, abarcó a 200 mil campesinos que exigían la rebaja de los arrendamientos, la abolición de los contratos leoninos con los acaparadores de la tierra. En esas luchas se creó, el 15 de agosto, la Federación Agraria Argentina (FAA).

Las luchas, el problema de la unidad y la habilidad del enemigo de clase

A inicios del siglo XX se habían echado las bases materiales, políticas y sociales para acelerar en Argentina el desarrollo capitalista, condicionado por el dominio de los principales sectores en manos de los monopolios capitalistas, particularmente ingleses, ya en su etapa imperialista, con su aliado incondicional, la burguesía terrateniente y comercial. Distintos acontecimientos históricos fueron influyendo en los hechos en un proceso de mutua interrelación: el enorme movimiento inmigratorio de origen europeo; la irrupción en 1917 de la primera revolución socialista nada menos que en el vasto y poblado imperio zarista, que partió en dos un mundo donde prevalecían el capitalismo y los regímenes coloniales, cuyas disputas habían llevado a la trágica Primera Guerra Mundial (1914-1918); la gran epopeya de la Reforma Universitaria del movimiento estudiantil cordobés que en 1918 lanzó el grito anticlerical de una universidad al servicio de la ciencia y del pueblo.

> El movimiento de Reforma Universitaria, comenzado en Córdoba en julio de 1918, fruto en primer término de un cambio en la composición social del estudiantado, reclamó una transformación en la enseñanza impartida en nuestras casas de altos estudios, abriéndolas a las corrientes renovadoras; condenó el dogma colonial y clerical que subsistía en la Universidad y quiso derrumbar los obstáculos tendientes a impedir que se abriese paso la verdad científica [...]. No es casual que el movimiento reformista proclamara la unidad de acción de obreros y estudiantes, saludara a la Revolución Rusa, tomara posición contra

> el imperialismo y la oligarquía latifundista. Tuvo el apoyo, desde su primer momento, de los sectores avanzados de la clase obrera como el Partido Comunista, llamado en 1918 Partido Socialista Internacional; de la Unión Obrera Cordobesa, numerosas bibliotecas proletarias, etcétera (González Alberdi, 1968).

Fue un riquísimo período en el cual, además, estalló la primera gran crisis del capitalismo, la de 1929-1933, y en que, para detener la ola revolucionaria, el capital financiero promovió el hundimiento de la República Española mediante una guerra civil (1936-1939), de honda repercusión en el país, e impulsó la formación del régimen nazi-fascista en Europa, con vistas a perdurar mil años, pero que condujo a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), a costa de la vida de una parte importante de la humanidad y de la reducción a escombros de decenas de países.

Tales procesos tuvieron en Argentina gran impacto en el desarrollo del movimiento obrero, en sus luchas, en su organización y en su evolución política e ideológica. Apelando a instrumentos de la dialéctica materialista y sin ánimo de reduccionismo, es útil trazar tres aspectos principales de ese proceso, tan rico en contenido y en experiencias, tomando como fuente la *Historia del movimiento sindical*, de Rubens Íscaro (1973):

1. Un hilo rojo unió el gran estallido de la Semana Trágica de enero de 1919 con la gran huelga y masacre de la Patagonia en la década del veinte, y con el movimiento huelguístico de la década del treinta y de los primeros años de la del cuarenta.
2. Se fue poniendo en evidencia, por medio de múltiples y ricas experiencias, con victorias y fracasos, avances y retrocesos, la necesidad de la unidad obrera y de la lucha de clases por la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista.
3. El poder económico y financiero dio muestras de habilidad, sagacidad, audacia, y desplegó una serie de métodos, observados también en otros países, para influir política e ideológicamente en el movimiento obrero y obstaculizar, impedir o hacer fracasar cualquier intento de independencia de clase, así como de la toma de conciencia de su fuerza y de su papel histórico en la construcción de una nueva sociedad libre de toda explotación del hombre por el hombre, libre de corrupción, autoritarismo y represión estatal.

En 1919, los talleres metalúrgicos de Pedro Vasena, que más tarde se transformarían en Tamet con participación de capitales extranjeros, eran una de las fábricas más importantes del país, con 2.500 trabajadores, en su mayoría provenientes del interior. En enero se inició una huelga por mejores condiciones de trabajo. La respuesta patronal consistió en despidos masivos, toma de nuevo personal y utilización de

mercenarios armados para reprimir a los huelguistas bajo la acusación de que la huelga obedecía a un plan para "instaurar un sóviet".

La FORA declaró un paro general en apoyo de los huelguistas y contra la criminal represión policial y militar. Los trabajadores se defendieron con enorme valentía y arrojo, incluso levantaron barricadas, y finalmente triunfaron: lograron la jornada laboral de ocho horas, aumento de salarios, la libertad de los detenidos y la reapertura de sus sindicatos clausurados. Pero la defensa de sus derechos costó el terrible precio de más de 800 muertos, 4 mil heridos y millares de presos.

La brutal represión a los trabajadores originó tempranamente la figura del desaparecido como categoría política, porque el gobierno hizo incinerar decenas de muertos sin identificar. ¿Será completa casualidad que de la familia dueña de los Talleres Vasena procediera Adalbert Krieger Vasena, ministro de Economía del gobierno corporativo fascista del general Juan Carlos Onganía, surgido del golpe de Estado de 1966?

Aquellas luchas dieron aliento a otros grandes movimientos huelguísticos que estallaron en el noreste del país: en La Forestal, en el chaco santafesino, y en plantaciones de Formosa y de Misiones. Alfredo Palacios, el primer diputado socialista de América, escribió al respecto:

> Los delegados de la FORA han llegado al corazón de la selva, diciendo cosas desconocidas a los hermanos que viven en la miseria, en la abyección [...]. Han incorporado al movimiento sindical al indio y el criollo, al criollo sobre todo, que al adquirir conciencia de clase constituirá una fuerza incontenible en las reivindicaciones proletarias (Palacios, 1920).

La gran huelga de la Patagonia, de 1921, fue reprimida mediante una de las matanzas más terribles y salvajes que se hayan cometido en el país. Desde 1918 existía la Federación Obrera Regional de Río Gallegos, con jurisdicción sobre un extenso territorio de grandes latifundios, dedicados a la cría extensiva de ovejas, en manos de empresas inglesas y la burguesía local. La principal explotación, de la familia Braun Menéndez Behety, disponía de 2.855.000 hectáreas propias y de 3.759.000 hectáreas de tierras estatales, que luego, en el primer gobierno peronista, le fueron adjudicadas por la reforma de tierras fiscales. Los ingleses eran los principales exportadores de la zona. Había un frigorífico estadounidense en Río Gallegos. El negocio de la lana, los cueros y la carne estaba en manos de los principales integrantes de la Sociedad Rural de Santa Cruz. Los peones rurales eran sometidos a una explotación cruel. Trabajaban sin horario, los alojaban en piezas inhabitables sin camas y era común que se les pagara con vales sólo canjeables en proveedurías vinculadas con los dueños de las estancias. Las luchas por elementales derechos humanos y laborales fueron en ascenso. La mayoría de los

trabajadores eran anarquistas; también había comunistas y de otras concepciones, pero trabajaban unidos.

Declarada la huelga, el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) mandó tropas al mando del coronel Héctor Benigno Varela con el objeto de intimidar a los huelguistas. Como la organización obrera y la patronal llegaron a un acuerdo, se firmó un convenio que satisfizo en buena parte las exigencias de los huelguistas y las tropas se retiraron. Pero la Sociedad Rural instó a sus miembros a no cumplir con lo pactado y acusó de blandura al coronel Varela, mientras la Liga Patriótica, financiada por la oligarquía y por el capital extranjero, inició una campaña de asesinatos de dirigentes obreros. Para agosto se reanudaron las huelgas resueltas en asambleas y se llegó al paro general. Algunas estancias fueron ocupadas por los trabajadores sin ejercer violencia contra la propiedad, y se tomaron rehenes. Varela retornó con sus tropas a la región y desató una represión inédita en el país, como resultado de la cual muchos huelguistas fueron ejecutados, pese a que el movimiento al principio había confiado en la supuesta ecuanimidad del Ejército y había tratado de evitar cualquier enfrentamiento con las tropas. La matanza duró hasta marzo de 1922. Se estima que fueron fusilados más de dos mil trabajadores.

El coronel Varela fue ajusticiado el 27 de enero de 1923 en Buenos Aires por el dirigente anarquista Kurt Gustav Wilkens. Encarcelado, Wilkens fue asesinado por el guardia Jorge Pérez Millán, miembro de la Liga Patriótica, quien a su vez fue ajusticiado luego por otro anarquista. Se han escrito importantes testimonios y relatos sobre estas luchas heroicas, entre los cuales se destaca la valiosa documentación recogida en *Los vengadores de la Patagonia trágica*, de Osvaldo Bayer (1972), que a su vez inspiró la película *La Patagonia rebelde*.

Con la rebelión en la Patagonia apareció en la escena del movimiento obrero la lucha ejemplar de los trabajadores rurales. Otro rasgo a destacar de estas extraordinarias páginas históricas es la hermandad de las luchas de la clase obrera industrial con las del agro, que por supuesto no es producto de la casualidad sino todo lo contrario, porque surge de la propia naturaleza del sistema de expropiación capitalista. De allí que a nadie extrañe que la familia Braun Menéndez Behety apareciera muchos años después representada en la dirección del Consejo Empresario Argentino (CEA), el núcleo ideólogo, financista y beneficiario del terrorismo de Estado de los años setenta y ochenta, hoy representado por la Asociación Empresaria Argentina (AEA).

Crece la clase obrera, aumentan su organización y sus luchas

Entre 1930 y 1939 hubo 365 huelgas, con la participación de 286 mil obreros. El Censo Industrial de 1935 contabilizó 40.606 fábricas y

talleres en todo el país, con 472.074 obreros y 54.331 empleados. En su trabajo histórico, Íscaro señala:

> Esta realidad del proceso industrial del país muestra la concentración del trabajo en grandes plantas industriales, en las que desempeñaba un papel de fundamental importancia el capital extranjero. Son precisamente éstas las que ya entonces tenían el mayor volumen de producción; pues en 1935, en tanto que 37.650 empresas industriales y sociedades comerciales que ocupaban a 259.890 obreros producían por valor de $ 1.415.898.610, las 2.592 sociedades anónimas que ocupaban a 180.900 obreros producían por valor de $ 1.914.899.008 (Íscaro, 1973).

En mayo de 1932, se produjo la primera gran huelga de los frigoríficos, organizada por la Federación Obrera de la Industria de la Carne, fundada dos años antes. Relata Íscaro:

> La huelga se inició en el frigorífico Anglo, plegándose luego La Blanca y el Wilson, todos de Avellaneda. También adhirieron, aunque en forma parcial, los frigoríficos de Berisso y Zárate. Esta huelga, realizada contra poderosas empresas imperialistas en las cuales la mayoría de los obreros estaban desorganizados y donde existía un formidable aparato interno de represión y espionaje, fue una página heroica escrita por los obreros, cuyas vibrantes asambleas (del 20 de mayo en el patio del Anglo y del 22 en el salón Verdi) desafiaron el estado de sitio e hicieron historia. La policía realizó grandes redadas, como en los barrios precarios de la isla Maciel, donde detuvo a 400 huelguistas, trasladándolos al Departamento de Policía en camiones del Anglo. Ello no logró detener el empuje del movimiento que se prolongó durante 15 días (Íscaro, 1973).

Entre 1930 y 1935, en las luchas jugó un papel destacado el Comité de Unidad Sindical Clasista, que reunía a sindicatos autónomos y a minorías de militantes revolucionarios que actuaban en las principales organizaciones sindicales.

> El 6 de junio de 1934 se declaró la memorable huelga de los obreros madereros, en reclamo del aumento de los salarios y la semana de trabajo de 44 horas. Dirigida por el Comité de Unidad Sindical Clasista, esta huelga duró 46 días, y a pesar de la fuerte represión, del encarcelamiento de los comités de huelga y de gran cantidad de militantes, concluyó con un triunfo del gremio y le dio el estímulo para marchar el 21 de abril de 1935 a una nueva huelga por las 40 horas semanales (Íscaro, 1973).

En 1935 y en 1936 hubo grandes luchas del gremio de la construcción, hasta entonces disperso en sindicatos de una gran cantidad de

oficios. El paro general declarado el 23 de octubre de 1935, que duró 96 días, logró importantes mejoras. De esa etapa, el gremio emergió como una fuerza de primer orden en el movimiento obrero, ya unido desde noviembre de 1936 en la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC).

A mediados de la década del treinta la clase obrera sufría una acentuada desocupación y miseria y presentaba necesidades vitales insatisfechas de modo permanente. El movimiento sindical contaba con importantes sectores organizados, aun cuando todavía la inmensa masa trabajadora de la ciudad y del campo continuaba sin organizarse. La cantidad de sindicatos era menor que 15 años antes, por la fusión de las organizaciones por oficios en grandes sindicatos por actividad, cambio inducido por el propio proceso de concentración de la industria. En ese marco fue convocado para el 31 de marzo de 1936 el Congreso Constituyente de la CGT. La Central había sido creada formalmente seis años antes por un acuerdo entre las cúpulas de dos de las tres centrales existentes, la Confederación Obrera Argentina (COA) y la Unión Sindical Argentina (USA), con exclusión de los sindicatos clasistas, mientras que la FORA anarquista se mantuvo al margen. Esta dirección no sólo propugnaba una prescindencia respecto de los problemas políticos, sino que pasó a defender al gobierno del general José Félix Uriburu (1930-1932), surgido del golpe de Estado de 1930.

No obstante, el Congreso Constituyente de la CGT adoptó resoluciones de gran importancia sobre la unidad de la clase obrera, la protección de la mujer, contra la guerra y el fascismo, por la derogación de la Ley de Residencia, por la organización de los obreros del campo, de los obrajes y de los yerbatales, sobre los presos sociales y sobre la legislación del trabajo. Íscaro reseña las ideas directrices que los obreros comunistas llevaron a aquellas deliberaciones, ideas compartidas por importantes sectores del movimiento sindical, como los militantes socialistas y sindicalistas:

> Propugnar el engrandecimiento económico y cultural de la nación, y exigir para ello la transformación de nuestra economía agraria y la nacionalización de las empresas controladas por el capital extranjero. Luchar por asegurar el goce de la más amplia libertad en el ejercicio de los derechos de agremiación, reunión, huelga, prensa y libre expresión de las ideas, a la vez que se brega por ampliar y consolidar el régimen democrático y asegurar la vigencia de las garantías constitucionales, sin renunciar por ello a sus principios de reestructuración de la sociedad [...]. Ejercicio real y efectivo de la democracia sindical, y absoluta independencia respecto de los gobiernos, de la clase patronal y de los partidos políticos, sin que esa independencia en relación con los partidos

> significe neutralidad ante los problemas políticos, en cuya solución –que afecta a la clase obrera y al país– debe participar la central obrera nacional [...]. Tiene que constituir el primer objetivo de la central la unidad sindical, que debe abarcar a todos los trabajadores de la ciudad y del campo, empleados y profesionales. Para ello no sólo es necesario la incorporación a la central obrera nacional de todas las organizaciones existentes en el momento actual, sino procurar infatigablemente la organización de todo el proletariado en sindicatos por industrias, y la unidad de estos en federaciones nacionales por industria [...]. Cumplimiento de la legislación del trabajo, su ampliación y perfeccionamiento; conquista de convenios colectivos de trabajo que permitan establecer mejores condiciones de vida; capacitación intelectual y física de la clase trabajadora, y auspicio de la creación de una universidad obrera. Bregar por el desarrollo de la industria nacional; la creación de una industria pesada; la liquidación de los monopolios y trusts; la destrucción del latifundio y la entrega de la tierra a quienes la trabajan. En el orden internacional, propugnar la unificación de la acción sindical de los trabajadores argentinos con el movimiento obrero continental y mundial (Íscaro, 1973).

El estatuto de la CGT aprobado en aquel Congreso decía:

> El actual régimen social capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación y miseria [...]. La evolución de la sociedad capitalista obliga al proletariado a organizarse para defender sus intereses de clase y preparar su emancipación, creando un régimen social fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio (Íscaro, 1973).

El triunfo de estos postulados y el desplazamiento de la dirigencia amarilla de los primeros años dieron un nuevo ímpetu a las conmemoraciones del 1º de Mayo. Los delegados al Congreso Constituyente entendieron que, sin abandonar los postulados reivindicatorios, la demostración de ese año debía adquirir el carácter de expresión de lucha de todas las fuerzas progresistas contra la reacción y el nazifascismo, que por entonces perfilaba sus planes de expansión y de dominación mundial.

El acto alcanzó proporciones extraordinarias. Junto con la CGT participaron los partidos Comunista (PC), Socialista (PS), Radical (UCR), Demócrata Progresista (PDP), asociaciones estudiantiles y los sindicatos autónomos. Una multitud compacta se congregó sobre la avenida Rivadavia desde plaza Once hasta plaza Congreso. Luego marchó hacia

el centro hasta Diagonal Norte y Carlos Pellegrini, donde hablaron los oradores. Paulino González Alberdi, por el PC, destacó la impresionante demostración de unidad nacional bajo la convocatoria tutelar de la clase obrera, y denunció la política entreguista de la oligarquía, que se aferraba al poder y alentaba el avance del fascismo mientras en lo internacional coincidía con quienes propiciaban una guerra. Propuso entonces formar un frente nacional antifascista, antioligárquico y antibélico. Lisandro de la Torre, por el PDP, también denunció la entrega de la economía nacional a los monopolios extranjeros, y sobre la convocatoria señaló: "Se advierte el reconocimiento del espíritu cívico argentino. Palpita en el mitin el propósito de condenar la política de fraude y de violencia. Se advierte el deseo de ahuyentar a los déspotas ridículos, a los explotadores del trabajo ajeno" (Íscaro, 1973).

Duró poco la unidad. A fines de 1936 se retiraron varios sindicatos y formaron la mencionada USA. Según datos oficiales, por aquel entonces la CGT contaba con 317 sindicatos y con 262.630 cotizantes, la USA reunía a 31 organizaciones y 25.093 afiliados, y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleados (FACE), 25 y 8.012, respectivamente. Había además 83 sindicatos autónomos con 72.834 cotizantes.

Del 13 al 15 de julio de 1939 se realizó el Primer Congreso de la CGT. Se discutió la situación de los obreros de los frigoríficos, de la construcción, textiles, yerbateros, y de los ingenios azucareros. Se encaró la defensa de la Ley 11729 sobre despidos y el reclamo de mejores condiciones de trabajo de la mujer y de los jóvenes, prevención de accidentes y semana de 40 horas. Tras ese Congreso, los comunistas tuvieron 17 miembros en el Comité Central Confederal (CCC) y uno en la Comisión Administrativa, en una CGT que reunía a las más importantes fuerzas gremiales del país, con 311.000 afiliados sobre casi medio millón de trabajadores sindicalizados, y en un planeta conmocionado por el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

El gobierno de Ramón Castillo (1942-1943) dictó normas que limitaban la libertad sindical, pero la conducción de la CGT, lejos de enfrentarlo, colaboró con él desde un pretendido apoliticismo para trabar toda la acción de los obreros comunistas en los sindicatos. Durante dos años no se reunió el CCC, que debía hacerlo cada cuatro meses. Sólo lo hizo el 13 de octubre de 1942. Allí los delegados comunistas criticaron abiertamente la actitud de la conducción, y tras sesiones plagadas de incidentes por las provocaciones de que fueron objeto, se logró que el CCC le reclamara al Poder Ejecutivo, "atendiendo al clamor de la clase trabajadora", la ruptura de relaciones con Alemania, Italia y Japón, "y con todos aquellos países que de un modo u otro contribuyan al mantenimiento de tales sistemas de gobierno" (Íscaro, 1973).

En tanto, en el país, donde los partidarios de Alemania y sus aliados ganaban influencia, se habían creado también las condiciones

para la consolidación de un frente democrático antifascista y para su triunfo en las siguientes elecciones generales que debían realizarse a fines de 1943. Los comunistas reclamaban que la central obrera fuera una fuerza activa en el logro de ese frente. El 15 de diciembre de 1942 se celebró el Segundo Congreso de la CGT.

El desarrollo de la industria por la sustitución de importaciones durante la guerra había producido también un cambio en la relación de fuerzas en el movimiento obrero. Los comunistas dirigían ahora muchos sindicatos importantes: construcción, madera, metalúrgicos, carne, gráficos; los socialistas conducían a los empleados de comercio, los obreros municipales, los trabajadores del Estado y los maquinistas ferroviarios (La Fraternidad). Los sindicalistas retenían la adhesión de ferroviarios, tranviarios y cerveceros.

El grupo colaboracionista del titular de la CGT, el ferroviario José Domenech, estaba en minoría, como quedó en evidencia cuando se votó la presidencia del Congreso. Se convocó a un nuevo CCC para el mes siguiente para elegir nuevas autoridades, y Domenech fue nuevamente derrotado, pero desconoció la votación y quebró la central obrera. Se produjo la división entre la CGT Nº 1, con Domenech, y la CGT Nº 2, que retuvo el grueso de las fuerzas sindicales. Sin embargo, esta distribución duraría poco tiempo. Según relató Íscaro (1973), "el golpe de estado de 1943 creó una nueva situación y los dirigentes sindicales se acomodarían a ella, en su mayoría más por oportunismo que por convicción. Una nueva etapa se abriría así para el movimiento sindical argentino".

El Golpe del 43 y el cambio de curso de la Segunda Guerra Mundial

Al estallar la Segunda Guerra Mundial en 1939, en Argentina se mantenía la preeminencia de las inversiones británicas, mientras crecían las alemanas y las estadounidenses. La neutralidad argentina ante la guerra fue el resultado de una paradójica convergencia de los intereses alemanes y británicos ante un potente abastecedor de alimentos, en coincidencia con la burguesía latifundista que lucraba extraordinariamente con ello. Sin embargo, se trataba de una situación provisoria sujeta al curso del conflicto bélico, que se rompió en el momento de máximo alcance de la ofensiva alemana. "El golpe militar de 1943 se hizo para acabar con un equilibrio tan inestable y preparar al país para recibir la victoria del Eje", resumió Sergio Bagú (1961). No obstante, por esos días ocurrió la decisiva victoria soviética en Stalingrado y la historia empezó a cambiar de rumbo.

El pensador comunista Héctor Agosti escribía al respecto que "el golpe del 4 de junio de 1943 fue organizado y ejecutado por el GOU

[Grupo de Oficiales Unidos], logia militar de jóvenes coroneles y capitanes cuya figura más importante, aunque no por entonces la más visible, era [Juan Domingo] Perón. El GOU se estructuró sobre bases conspirativas, de orden estrictamente militar, para establecer una dictadura igualmente militar que cubrió todos sus cargos civiles con apologistas del fascismo; a los pocos meses disolvía los partidos políticos y establecía la enseñanza obligatoria del catolicismo en las escuelas. Es posible que no todos los integrantes del GOU fueran fascistas, pero es indudable que todos los fascistas rodearon y exaltaron al GOU, cuyos objetivos básicos eran 'la defensa contra la política' y 'la defensa contra el comunismo'", que en ese momento era la principal fuerza política del movimiento obrero (Agosti, 1970).

Efectivamente, el apoyo civil del golpe provino de corrientes "nacionalistas" de tono cerradamente aristocrático, que pretextaban la dependencia del predominio británico para atacar la democracia y la participación de las masas en la política mediante propuestas corporativas con pilares en el ejército y en la iglesia, y que hallaban su modelo en el fascismo italiano primero, y en el nacional-socialismo alemán después, lo cual combinaba con el adoctrinamiento prusiano recibido por las fuerzas armadas argentinas y era estimulado por los iniciales triunfos germanos en la guerra.

El general José Epifanio Sosa Molina, integrante del GOU, que había sido comisionado para observar la manifestación obrera del 1º de Mayo de 1943, dejaba sus impresiones en un testimonio ofrecido dos décadas más tarde:

> Fue realmente imponente [...] una enorme multitud, con banderas rojas al frente, con los puños en alto y cantando La Internacional, presagiaba horas verdaderamente trágicas para la República. Las fuerzas armadas no podían permanecer indiferentes [...] la revolución del 4 de junio tiende a anticiparse a los acontecimientos (Fayt, 1967).

El nuevo gobierno militar, que se anticipó a las elecciones previstas para ese año, lanzó una violenta represión contra los partidos democráticos, clausuró los sindicatos dirigidos por los comunistas, disolvió la CGT Nº 2 y también arremetió contra los centros de estudiantes.

Por otra parte, la clase obrera argentina ya no era la misma. En 1935 había en el país 538.439 obreros; en 1942, 927.364, y en 1946, la industria, excluyendo el sector público, ocupaba a 938.387 obreros y a 135.484 empleados. Los nuevos contingentes de asalariados provenían en su mayor parte del éxodo rural y se radicaban en Buenos Aires y sus alrededores.

Agosti (1970) sostuvo en la obra citada:

> La perspicacia política de Perón dentro del equipo de militares de 1943 consistió en procurar ese basamento de masas, aprovechando por un lado la fuerza estatal para hundir en la cárcel a los dirigentes sindicales clasistas que se oponían a la estatización del movimiento obrero y apoyándose por el otro en concesiones reales a los trabajadores en virtud de una coyuntura económica favorable.

El propio Perón reveló su acción psicológico-política hacia los trabajadores:

> Yo les hablaba un poco en comunismo ¿Por qué? Porque si les hubiera hablado en otro idioma en el primer discurso me hubieran tirado el primer naranjazo [...]. Porque ellos eran hombres que llegaban con cuarenta años de marxismo y con dirigentes comunistas [...]. Ellos querían ir a donde estaban acostumbrados a pensar que debían ir. Yo no les dije que tenían que ir a donde yo iba; yo me puse delante de ellos e inicié la marcha en la dirección hacia donde ellos querían ir; durante el viaje, fui dando la vuelta y los llevé a donde yo quería (Perón, 1952).

A la magnitud de las mejoras sociales concedidas por el gobierno militar, y a la influencia que esto le granjeó en el movimiento obrero, que iba en ascenso, hay que atribuir la masiva respuesta que tuvo el paro convocado por la CGT para el 18 de octubre de 1945 cuando el general Perón fue detenido, y la histórica movilización del día anterior. Así, el día 17 nació el peronismo.

El Comité Central Confederal de la CGT, reunido el 16 de octubre, declaró por 16 votos contra 11 la huelga general por 24 horas para el día 18, con un programa que reclamaba la normalización institucional y la libertad de los presos políticos, junto con las reivindicaciones obreras. La resolución decía textualmente:

> Contra la entrega del gobierno a la Corte Suprema y contra todo gabinete de la oligarquía. Formación de un gobierno que sea una garantía de democracia y libertad para el país y que consulte a la opinión de las organizaciones sindicales de los trabajadores. Realización de elecciones libres en la fecha fijada. Levantamiento del estado de sitio. Por la libertad de todos los presos civiles y militares que se hayan distinguido por sus claras y firmes convicciones democráticas y por su identificación con la causa obrera. El mantenimiento de las conquistas sociales y ampliación de las mismas. Aplicación de la Reglamentación de las Asociaciones Profesionales. Que se termine de firmar de inmediato el decreto-ley sobre aumentos de sueldos y jornales, salario mínimo básico y móvil y participación en las ganancias

y que se resuelva el problema agrario mediante el reparto de la tierra al que la trabaja y el cumplimiento integral del Estatuto del Peón[6].

El permanente aporte de las mujeres a las luchas obreras y populares

Otra injusticia flagrante en que incurren ciertas manipulaciones históricas es la omisión, o al menos la subestimación, de las luchas de las mujeres, que vienen haciendo valiosas contribuciones en forma ininterrumpida desde la época colonial hasta la actualidad.

Una breve lista de referencias de luchadoras del siglo XX, en particular en las actividades políticas y sociales, debería incluir por ejemplo a Julieta Lantieri, quien dirigió el Centro Feminista fundado en Buenos Aires en 1904, en una etapa en que se expandían los Centros de Mujeres Socialistas.

Cómo no destacar la extraordinaria figura de la médica Alicia Moreau de Justo y su activo papel político durante varias décadas. Gran luchadora por el voto femenino, había nacido en Londres en 1885, adonde habían sido expulsados sus padres, Armand Moreau y María Denanpont, tras su participación en la Comuna de París de 1871.

En el movimiento obrero, las mujeres escribieron una página memorable en las grandes huelgas de los tabacaleros y de la confección en 1903 y en 1904, y en el agro participaron muy activamente en 1912 en el Grito de Alcorta, el levantamiento campesino contra la burguesía terrateniente. Otro tanto ocurrió en las huelgas de los trabajadores de los frigoríficos en 1917 y en 1921, en la Semana Trágica de enero de 1919, y en los movimientos huelguísticos de 1940 y de 1942. La destacada y valiente dirigente de la industria de la carne Irma Othar es una de las figuras descollantes del movimiento obrero argentino.

En 1930 surgió la agrupación feminista América Nueva, de notable actuación, y en 1934 se creó la Agrupación Feminista Antiguerrerista, ante la creciente amenaza de un conflicto bélico. En julio de 1947 surgió, por iniciativa de los comunistas, la Unión de Mujeres de la Argentina (UMA), que desempeñó desde entonces un importante papel en la vida política y social, dirigida durante muchos años por la destacada y condecorada combatiente Fanny Edelman.

Fanny, quien en sus últimos años fue presidente del Partido Comunista, había sido voluntaria de las Brigadas Internacionales que combatieron junto a la República Española en la guerra civil de 1936 a 1939. Durante aquella confrontación fueron numerosas las

6 Cátedra libre "Historia del Movimiento Obrero. Una aproximación desde los trabajadores", Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2007.

organizaciones femeninas de apoyo solidario a los republicanos, y durante la Segunda Guerra Mundial se destacó la labor de la Junta de la Victoria, de ayuda material a los pueblos que luchaban contra el nazi-fascismo.

La nómina debe incluir, sin duda, a Alcira de la Peña, quien se destacó sobre todo en la lucha por los derechos humanos y contra la represión y el terrorismo de Estado, desde la década del treinta pero especialmente durante la dictadura cívico-militar de 1976 a 1983. También es justo mencionar la participación de las mujeres en la prestigiosa Liga Argentina por los Derechos del Hombre, de solidaridad permanente con los miles de presos políticos y torturados bajo los distintos gobiernos que han desfilado por la Casa Rosada en los últimos 80 años. Su figura ejemplar quizás sea la abogada Teresa Israel, detenida-desaparecida.

La visión de Horacio Badaraco en perspectiva

En agosto de 1988, a 42 años de la muerte del destacado militante obrero y revolucionario Horacio Badaraco, en un acto de homenaje auspiciado por los Seminarios de Historia de la librería Liberarte, un documento recordatorio decía:

> En la soleada mañana del 17 de octubre de 1945, cerca del café Tortoni, algunos obreros observan con interés el incansable pasar hacia Plaza de Mayo de trabajadores desde los barrios de la ciudad y del Gran Buenos Aires. Los que observan tienen distintas ideas políticas y hacen comentarios casi despectivos. Alguien le pregunta a Horacio Badaraco cuál es su opinión. "Ésta es la clase obrera que ustedes no conocen". Meses después, conocidas las cifras del escrutinio del 46, escribe: "El voto al peronismo ha sido, en cierto sentido, un voto revolucionario y social en grandes masas de la población. La política es el lenguaje y la acción de las clases y las situaciones sociales. Los obreros, los olvidados por nuestra burguesía y la oligarquía reaccionaria, movidos por el apremio de soluciones y castigados por el resentimiento fomentado por una expoliación sin límites, votaron a Perón, son peronistas. Aquí radica la profunda experiencia de estos días: ahora iremos más fortificados a las luchas próximas, y los obreros peronistas realizarán mientras tanto la experiencia Perón".

Conocí de cerca a Horacio Badaraco a su regreso de España, donde participó como voluntario en la guerra civil contra el fascismo. Quisiera detenerme sobre su comentario. Dijo: que el voto al peronismo en las elecciones de 1946 "ha sido, en cierto sentido, un voto revolucionario y social", y que "los obreros peronistas realizarán mientras tanto la

experiencia Perón". No era común escuchar en esa época tales apreciaciones de hondo contenido de clase. ¿Qué entendía Badaraco por voto revolucionario y social? Lo vinculaba con la participación de grandes masas obreras en la vida política, como pocas veces había sucedido. Eran trabajadores con poca o nula experiencia de vida sindical y política bajo influencia de la burguesía, sin hablar del desconocimiento por parte de muchos de la historia heroica del movimiento obrero argentino. Pero sin duda esa masa inmensa sí estaba curtida por las injusticias y el trato prepotente del poder político en el plano local.

En mis primeros años de militancia siendo obrero en diferentes gremios, tuve responsabilidades en los sindicatos respectivos, en su rama juvenil. Desde allí pude apreciar cómo el trabajador de esa época experimentó un profundo cambio en su vida bajo el gobierno peronista. Se llegó entonces casi al pleno empleo con notables mejoras en los ingresos decretadas por el gobierno; en el lugar de trabajo, el trabajador no se consideraba sometido ni explotado, ni debía inclinar la cabeza ante el capataz ni el dueño; veía que el delegado, en nombre del gobierno o del sindicato, lo amparaba, lo protegía, y sentía que cobraba dignidad y era respetado por primera vez en su vida. Ese trabajador valoró que un gobierno cumpliera con lo prometido en las elecciones y que un Estado lo amparara.

Aquellos trabajadores que masivamente se incorporaban a la industria creciente no se sentían discriminados por ser provincianos, podían viajar junto con los porteños en los medios de transporte de la ciudad, y no había carteles que prohibieran su ingreso en las salas de espectáculos como sucedía en las grandes ciudades de Estados Unidos, por ejemplo, con los descendientes de los esclavos y los inmigrantes latinoamericanos y sus hijos. El mote despectivo de "cabecitas negras", como los llamaban la derecha política y los sectores de la gran burguesía y sus medios de comunicación, no hacía mella en su conducta y participaban en la vida social sin rencor, junto con sus vecinos y compañeros de trabajo. No pocos usaban por primera vez trajes los domingos y los días de fiesta; sus hijos iban a la escuela pública, donde las cooperadoras los abastecían de libros, comida y ropa; gozaban de vacaciones con su familia en las mejores playas de la costa o en las sierras en los hoteles de los sindicatos a precios subvencionados, y el 1º de Mayo, ahora oficialmente Día del Trabajador, participaban en las grandes manifestaciones junto con ministros y dirigentes sindicales.

En definitiva, se consideraban ciudadanos amparados por el gobierno y atribuían particularmente al presidente Perón y a su mujer Evita las mejoras recibidas. Eran tiempos, además, en que la oficina de prensa gubernamental y los medios de comunicación oficiales, que ejercían de hecho un monopolio sobre el contenido de determinadas noticias, subrayaban esa interpretación.

Badaraco destacó que era la primera vez en la historia política y sindical de Argentina que grandes masas de trabajadores, y sobre todo el núcleo principal de la clase obrera, los trabajadores industriales, se sentían protagonistas y parte importante de la vida política nacional. A los oídos de la nueva generación de trabajadores, con escaso o nulo contacto previo con ideas clasistas, sonaban ajenos los conceptos que manejaban sus compañeros de trabajo, tales como nacionalismo burgués, explotación capitalista e imperialista, o demagogia. Hasta llegaron a sentirse inicialmente cómodos con la predica oficial que prescribía "de casa al trabajo y del trabajo a casa".

De allí que Badaraco señalara la trascendencia para la militancia sindical y política clasista de integrarse a la masa peronista, sin renunciar a su independencia ni a sus principios, y de estar junto a ella en estrecha solidaridad con sus vivencias diarias, haciendo conocer la rica memoria histórica, llena de heroísmo, del movimiento obrero argentino, continental e internacional, así como el papel histórico de la clase obrera de conquistar la liberación nacional y acabar con todas las formas de explotación.

La Unión Democrática y el Partido Comunista de Argentina

La participación del Partido Comunista en la Unión Democrática que enfrentó a Perón en las elecciones presidenciales de 1946 ha levantado más dedos acusadores en la política argentina que Eva entre los lectores de la Biblia por haber tentado a Adán a comer el fruto prohibido del árbol de la sabiduría. Dentro del movimiento peronista, sus sectores más derechistas utilizan desde entonces aquel episodio para demonizar a los comunistas hasta la eternidad por aquel pecado original.

No es cuestión de sumergirse ahora en aquel complejo momento político nacional e internacional, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial con la derrota aplastante del eje genocida nazi-fascista, que al pueblo soviético le costó 27 millones de muertos. Tampoco es oportuno desempolvar el programa de reformas profundas que había levantado la Unión Democrática. Pero viene bien destacar algunos hechos, que de todas maneras pueden consultarse también en *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (CCPC, 1947).

El mismo año del triunfo electoral de Perón se realizaron el XI Congreso del PC en agosto, que definió la posición ante el nuevo gobierno, y la V Conferencia, a fin de año, que se pronunció sobre el Plan Quinquenal. Las tesis preparadas para las discusiones en el Congreso trazaban la línea política de apoyar los aspectos positivos del gobierno y bregar por su cumplimiento en unidad de acción con los peronistas, y criticar los aspectos negativos, proponiendo alternativas concretas para un programa de liberación nacional.

En un acto preparatorio de aquel Congreso, celebrado en el Parque Romano, el secretario general del PC, Victorio Codovilla, expresó:

> Nuestra posición es y será la de continuar como siempre defendiendo los intereses inmediatos de la clase obrera, de las masas campesinas y de todo el pueblo [...]. Su programa es el de la revolución agraria y antiimperialista, que quiere decir la liquidación de los latifundios y la entrega de la tierra a los campesinos [...] la nacionalización de los servicios de transporte, de las materias primas, del combustible y de todos los elementos básicos para el desarrollo armonioso de la economía nacional agrícola e industrial (CCPC, 1947).

Agregó que para llevar ese programa al éxito "necesitamos que exista un gobierno democrático y progresista con coparticipación directa de los representantes de la clase obrera y de las masas campesinas y de todos los sectores progresistas de la economía nacional: un gobierno que se apoye en el pueblo, o sea un gobierno que lleve a la práctica la máxima de Lincoln: el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo" (CCPC, 1947).

Ya en el XI Congreso, Codovilla subrayó en su intervención que el gobierno peronista estaba sometido a la presión de dos fuerzas, una conservadora y otra progresista. Por lo tanto, señaló que el Partido no era ajeno a dicha confrontación de estas fuerzas y que los comunistas apoyaban a los trabajadores que habían votado por Perón y lucharían junto con ellos para que el gobierno desarrollara una política democrática y progresista.

Aquel Congreso tomó una actitud nada común para una fuerza con inserción en el movimiento obrero. Se decidió que los comunistas disolvieran los sindicatos en cuya dirección participaban, de gran peso en la clase obrera, y se incorporaran a las organizaciones paralelas que había constituido el gobierno, que eran las únicas reconocidas oficialmente por la patronal para firmar los convenios colectivos. Esa decisión tuvo un enorme valor político, de lucha concreta por la unidad, y demostró el grado de firmeza y comprensión de los comunistas, y la capacidad de sacrificar incluso aspectos individuales emocionales de muchos dirigentes obreros que habían dedicado parte de sus vidas, sin mencionar a quienes las perdieron en ese camino, a la construcción de organizaciones sindicales clasistas.

El congreso aprobó por unanimidad la histórica resolución en aras de la unidad de la acción, de llevar adelante la lucha en común con las masas obreras peronistas. Y tuvo enormes consecuencias, al disipar en los hechos el riesgo de enfrentamientos violentos entre peronistas y comunistas, que impulsaban no pocos dirigentes justicialistas con el aval del gobierno.

Otro aspecto muy poco divulgado lo constituye el análisis profundo del Primer Plan Quinquenal, que llevó a cabo la V Conferencia del Partido Comunista a fines de 1946, y su decisión de apoyar todo aquello que contribuyera al desarrollo progresista, de la justicia social y de la economía nacional, criticando a su vez las pautas que permitieran que la gran burguesía nacional y extranjera se enriqueciera a costa de la clase obrera.

La actitud de los comunistas era clara: mantener celosamente la independencia política del Partido y contribuir a la sagrada unión de la clase obrera y del pueblo, en aras de la independencia política y económica y de la mejora sustancial del nivel de vida del pueblo trabajador.

También era común escuchar en las filas peronistas que los comunistas, en nombre del internacionalismo proletario, se habían olvidado de las tradiciones patrióticas. Una vez más acudimos a Codovilla, en este caso a una conferencia de educación:

> Hoy debemos estudiar y asimilar más las experiencias dejadas por los próceres nacionales y entroncar las tradiciones patrióticas y revolucionarias de los que lucharon por la independencia nacional y por el progreso social, o sea las experiencias dejadas por Moreno, Belgrano, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Alem, Irigoyen, De la Torre, Juan B. Justo y Ponce, con las experiencias revolucionarias internacionales, cosa que sólo se puede conseguir estudiando y llevando a la práctica las luminosas enseñanzas teóricas de los grandes creadores y realizadores de la doctrina marxista: Marx, Engels, Lenin y los bolcheviques (Codovilla, 1964: 293).

Sin ánimo de idealizar, se puede decir que, considerando las épocas de ilegalidad, de persecución y de discriminación que sufrió el Partido Comunista de la Argentina, los intelectuales e historiadores comunistas se han destacado por una contribución valiosa en el estudio, la investigación y la difusión del proceso histórico nacional y de sus próceres. Quizás con demasiada insistencia, para algunos, en el papel heroico que jugaron las masas, el pueblo, sus hombres, mujeres y niños.

La asimilación de los sindicatos al aparato estatal

El primer gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1952), tras su triunfo en las elecciones presidenciales, inauguró un nuevo período en la historia del movimiento obrero argentino. La experiencia que, como había dicho Badaraco, haría la clase obrera con Perón partió de la instalación en el movimiento obrero del concepto de la conciliación de clases, “la armonía entre el capital y el trabajo”, y de la práctica a fondo del

economicismo, o sea, la política de lograr mejoras sin alterar el modo de producción capitalista, lo que en definitiva convertía a las organizaciones obreras en una correa de transmisión del Estado burgués, pero que con el tiempo evolucionó en un giro a la izquierda del peronismo con incidencia en el movimiento obrero.

La obra histórica de Íscaro (1973) reseña que desde un principio, cuando Perón se desempeñaba en la Secretaría de Trabajo y Previsión, organizada a fines de 1943 por un asesor de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española, contó con la colaboración de importantes dirigentes de la CGT Nº 1, como Ángel Borlenghi, Luis Gay, Aurelio Hernández, Antonio Valerga y David Diskin, y que para 1945 los principales sindicatos y federaciones obreras, por captación de sus dirigentes o por la invención de organizaciones paralelas, firmaban convenios colectivos con mejoras salariales y otros beneficios de los cuales quedaban excluidos los afiliados a sindicatos no reconocidos por el gobierno militar. Así, por primera vez en la historia del movimiento obrero argentino las organizaciones sindicales se incorporaron en forma abierta a la esfera estatal. Más adelante también se les atribuyó la facultad de administrar recursos públicos provenientes de un aporte legal obligatorio de todos los trabajadores, afiliados o no, para crear obras sociales. A ciertas organizaciones se les otorgó incluso la facultad de administrar la matrícula profesional, sin la cual, el trabajador directamente no puede ejercer su actividad.

Lo sustancial de este cambio radica en que el Estado no es neutral ante las clases sociales en pugna, es en última instancia el exponente y defensor de las clases dominantes, el gran instrumento del ejercicio de su poder en la sociedad. Las leyes de la historia social nos anticipan que sólo en la futura sociedad comunista se extinguirán las clases, y el aparato estatal pasará, como preveía Engels, al museo de las antigüedades. Mientras tanto, el Estado allí está, con tal carácter y finalidad. Lo que sí ocurrió durante la primera época peronista fue que la burguesía terrateniente fue desplazada de su condición dominante por la burguesía industrial, con los trabajadores como fuerza de apoyo, que recibieron parte de los beneficios del cambio, pero no por iniciativa propia.

También en la concepción marxista se ha precisado que bajo el dominio del modo de producción capitalista crece un submundo del aparato burocrático e instituciones de poder estatal que tienden a asumir cierta autonomía del gobierno de turno, y a tender lazos y complicidades con los factores permanentes de poder, en cuyo beneficio suelen resistir o al menos lastrar las decisiones que impliquen cambios en el statu quo. Este proceso adquiere nuevas formas en el actual capitalismo monopolista transnacional y especulativo, la globalización, que busca arrasar las defensas e intervenciones del Estado en los países capitalistas más débiles, y promueve como nunca un poder focalizado

en sus centros de origen, subordinando los Estados a sus objetivos, llegando ilusoriamente a esbozar un gobierno mundial. ¿Qué son si no el G7, el G8 o el G5?

Tener presente ese marco mundial y aquellas características del funcionamiento del Estado permite interpretar mejor qué fuerzas políticas y económicas han actuado sobre el movimiento obrero. También es útil para evaluar cómo han actuado las políticas del peronismo en el gobierno respecto de la base material que sostenía el poder económico y financiero dominante.

Colaboracionismo dirigente, independencia de los trabajadores

El tradicional principio clasista de independencia del movimiento obrero del Estado, así como de la patronal y de los partidos políticos, es el resultado de una vasta experiencia histórica. Es que tras 400 años de historia del capitalismo, las clases dominantes han sabido diseñar una moral que acepta y convalida que la sociedad funcione sobre la base de la apropiación y acumulación del trabajo ajeno. Así, en la lucha de intereses entre el trabajo y el capital actúan en forma permanente instrumentos de las clases dominantes para defender sus privilegios, y lo hacen por encima de la voluntad de los protagonistas. Esos instrumentos van desde el empleo de la fuerza del Estado para mantener el saqueo del pueblo trabajador, incluso hasta el límite de la guerra y el genocidio, hasta el empleo de los recursos públicos para corromper a quienes bregan por una sociedad más justa.

En Argentina, ese proceso se hizo particularmente complejo, porque a las propias manipulaciones e intrigas de la burguesía local se añadió el desembarco con sus inversiones, préstamos y comercio del capital imperialista inglés, razón de ser de un imperio que llegó a acaparar cincuenta veces más superficie y población que la de su país de origen. Los numerosos estudios sobre esa etapa apenas si revelan una pequeña parte de los negociados, las maniobras, la corrupción y los crímenes de que han hecho gala, en distintos períodos históricos, los piratas del capital en complicidad con la oligarquía argentina, que les abrió las puertas a la explotación de las riquezas y de la mano de obra del país a cambio de venderle granos y carne.

Por ese motivo, no es poco relevante que la dirigencia sindical adoptara en el gobierno de Perón una actitud colaboracionista con las esferas dirigentes de una burocracia estatal –nacional, provincial y municipal– que ya tenía frondosos antecedentes de décadas anteriores de haber fomentado la división del movimiento obrero argentino. No debe olvidarse al respecto que las primeras grandes organizaciones sindicales surgieron alrededor de los ferrocarriles, los frigoríficos, los

puertos, las empresas de energía eléctrica y de gas, y otras actividades dominadas por el capital imperialista inglés, a veces asociado con la oligarquía local. Inglaterra arribó a estas playas con una gran experiencia colonial, neocolonial y de su propio país en la formación de una burocracia afín a sus intereses de expoliación, y en la corrupción, la división y el debilitamiento de todo lo que se le opusiera. De todos modos, que los dirigentes se comprometieran en actividades del Estado no garantizó que los trabajadores los siguieran unánimemente y en toda ocasión. Al respecto, explicó también Agosti (1970):

> Cuando se buscan las raíces ideológicas más íntimas del peronismo, no tarda en descubrirse que no son otra cosa que las viejas teorías sobre la armonía y colaboración entre las clases [...]. Trasladada al movimiento obrero, esa doctrina sólo reconoce al conductor y a la masa como factores en el campo político-social: un conductor tomado como factor dinámico y una masa concebida como factor inerte del consentimiento [...]. El fenómeno peronista representa la incrustación del nacionalismo burgués en el seno de la clase obrera: un nacionalismo surgido en las condiciones singulares de la Segunda Guerra Mundial [...]. Pero este fenómeno tiene su contraparte en las masas populares influenciadas por la concepción peronista que nunca pudieron ser arrastradas a actitudes y pronunciamientos de tipo fascista. Esas masas obreras lucharon por sus propias reivindicaciones aún bajo el gobierno de Perón, soportando tantas veces la represión oficial –aquel "reaseguro" del Estado de que habló el líder en su discurso ante la Bolsa de Comercio– porque representan una fuerza donde el sentimiento antiimperialista, que pudo ser lanzado al voleo de una necesidad demagógica o de chantaje, ha penetrado hondamente, de verdad.

Una prueba se produciría en 1950 cuando Perón aceptó enviar tropas a Corea a pedido de Estados Unidos, pero debió rectificar la decisión ante las manifestaciones populares de protesta, la más importante de las cuales fue la marcha sobre Rosario de los obreros ferroviarios de la localidad de Pérez. "Si nosotros, en estos momentos –escribió–, entregásemos nuestro país para el esfuerzo guerrero, no tendríamos problema en lo internacional. Pero se me daría vuelta la batea en lo interno y el lío lo tendríamos adentro" (Perón, 1971).

El trabajo de Agosti, escrito al comenzar los setenta, sostuvo que de aquella afirmación del sentimiento antiimperialista en el peronismo "se desprende, sin duda, el problema táctico fundamental para el proceso de liberación nacional y social, porque se trata de conquistar para una auténtica conciencia de clase a masas revolucionarizadas que, aunque no desprendidas totalmente de la influencia de su líder,

ya no lo siguen incondicionalmente y asumen inclusive una actitud de desconfianza, cuando no de crítica".

Otro hecho significativo de esta época fue el Congreso Extraordinario de la CGT que tuvo lugar del 17 al 19 de abril de 1950, que introdujo en los estatutos de la central obrera una cláusula que auspiciaba la expulsión de los militantes comunistas de los puestos de dirección sindical. Fue en momentos en que en Estados Unidos se desplegaba oficialmente una intensa campaña anticomunista dirigida principalmente a su movimiento obrero y profesional mediante la ley Talf-Hartley. Aquella actitud discriminatoria en la CGT, promotora de la división de las fuerzas obreras, no tuvo eco en la mayoría de los trabajadores peronistas. Sin embargo, no parece casualidad que se adoptara en los comienzos de una crisis económica en el país, potenciada por dos grandes sequías con cosechas perdidas y por el aumento significativo del costo de la vida, en un marco de coyuntura económica desfavorable en el mundo capitalista. Los salarios quedaron prácticamente congelados durante dos años y se desencadenaron grandes luchas obreras, como la gran huelga de los metalúrgicos de 1954, que conmovió al país.

La actitud frente al golpe de 1955

En momentos en que crecía el descontento de distintos gremios de la CGT por el impacto negativo de la situación económica sobre los salarios y la estabilidad del empleo, en marzo de 1955 se realizó, impulsado por las entidades patronales, el Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social, que no llegó a satisfacer por completo las aspiraciones de sus promotores. Sin embargo, se aprobó una flexibilización de los derechos laborales dentro de las empresas y se adoptaron cláusulas de productividad que subordinaban los futuros aumentos de salarios al logro de una mayor eficiencia y de un aumento de la producción, además de posibilitar cambios de ubicación del personal según la conveniencia de los empleadores. Sin embargo, el acuerdo general empresario-sindical que impulsaba el gobierno no se afianzó, y la élite del poder económico-financiero aceleró su política de desestabilización y golpe de Estado.

A ese clima político contribuyó decididamente una ofensiva contra el gobierno de la dirección de la Iglesia Católica, escandalizada porque entre fines de 1954 y mayo de 1955 se sancionaron las leyes que permitían el divorcio y equiparaban derechos de hijos "legítimos" y "extramatrimoniales", se derogó la enseñanza religiosa en las escuelas, se suprimieron las subvenciones a los colegios religiosos, y se proyectaba en general la completa separación entre la Iglesia y el Estado.

También sumó inestabilidad política la propia orientación económica oficial, de acercamiento a Estados Unidos, con importantes

concesiones. El comercio con ese país llegó a niveles nunca antes alcanzados, y hubo negociaciones con los monopolios petroleros de ese origen. Influyó en esta orientación el vaticinio de Perón de que se vivían los momentos preliminares de una tercera guerra mundial, y que Argentina, por su ubicación y su potencial como abastecedor de granos, carnes, minerales y otros bienes, tenía posibilidades de obtener grandes beneficios con ese conflicto. No se aclaró que esos beneficios, en caso de producirse la tragedia de un nuevo genocidio entre los pueblos, irían a parar a los bolsillos de la gran burguesía terrateniente y de los capitalistas locales y extranjeros, porque eran ellos quienes controlaban las riquezas del país, y no pareció importar que tales especulaciones vaciaran dramáticamente conceptos fundamentales de la doctrina peronista como "el humanismo cristiano", "la función social de la propiedad", "el nacionalismo patriótico" y "la tercera posición".

Para colmo, cuando Estados Unidos lanzó el Plan Marshall para reconstruir el capitalismo en Europa, no cumplió su promesa de realizar grandes compras en Argentina, que mientras tanto dejó salir de sus puertos barcos soviéticos con sus bodegas vacías, por haberles negado la venta de lo que estaba supuestamente reservado por los norteamericanos. El episodio motivó un pronunciamiento del presidente Perón titulado "Así paga el Diablo". No debe soslayarse además que el gobierno hubiera firmado con la Unión Soviética y con otros países socialistas acuerdos comerciales, de asesoramiento técnico, de compra de maquinarias y de equipos para explotación petrolera y minera; que la República Checoslovaca hubiera instalado en el país una planta para producir combustible a base de maíz, y que en mayo de 1955 se hubiera abierto en Buenos Aires la primera exposición industrial soviética en América Latina.

Después del criminal bombardeo aéreo de la Plaza de Mayo de junio de 1955, con un saldo de centenares de muertos y heridos, a principios de septiembre la CGT, apoyándose en las palabras del presidente y ante la inminencia del golpe cívico-militar, aprobó la formación de una reserva armada de trabajadores. Muchos fuimos a alistarnos, y no pocos lo hicimos por el apoyo que el Partido Comunista brindó a esa determinación. Sin embargo, la dirección de la central obrera cambió su posición y lanzó la consigna de no resistir al golpe militar, mientras los conspiradores formaban sus comandos civiles armados para apoyarlo.

¡Cuántas tragedias y frustraciones posteriores se habrían evitado si el golpe hubiera sido derrotado o al menos si se hubiera obstruido su capacidad de represión física y política, que con intensidad inédita sufrieron luego el movimiento obrero y el pueblo todo! Pero, considerando que la doctrina oficial era la armonía entre el capital y el trabajo, ¿podían acaso permitir sus ideólogos el desafío de una

situación revolucionaria, con los trabajadores armados para defender sus conquistas y en condiciones de avanzar hacia la toma del poder político y de abrir la oportunidad de demoler las bases materiales de la explotación imperialista y capitalista?

En la organización y ejecución del golpe participaron en forma directa los círculos dirigentes de la gran burguesía, del clero, de sus servidores en las fuerzas armadas y de la represión, e intervinieron también tanto agentes del imperialismo inglés como del estadounidense; aquel, intentando restablecer su posición predominante en el país, y este, porque si bien aprovechó el debilitamiento del gobierno de Perón para arrancarle concesión tras concesión, temía que se sometiera a la presión de un movimiento obrero y popular cada vez más combativo, y alentó su reemplazo por un poder cívico-militar fuerte que detuviera esa amenaza.

Los cambios en el movimiento obrero tras la caída de Perón

Tras el derrocamiento del presidente Perón, el justicialismo estuvo proscripto casi dos décadas. En ese período el movimiento peronista buscó en varias oportunidades acuerdos con otras fuerzas populares y adoptó posiciones más críticas hacia los grandes intereses concentrados, extranjeros y locales. Esa evolución posibilitó, asimismo, importantes entendimientos con los comunistas y con otras corrientes del movimiento obrero que fructificaron en trascendentes pronunciamientos.

En 1957, en La Falda, Córdoba, un Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT aprobó el Programa de La Falda. Entre sus principales puntos incluía el control estatal del comercio exterior sobre la base de un monopolio estatal; una política de alto consumo interno, con altos salarios; el desarrollo industrial, la nacionalización de los frigoríficos, el control centralizado del crédito por el Estado y un programa agrario que contemplaba la expropiación del latifundio y la extensión del cooperativismo. También reclamaba el control obrero de la producción y la distribución de la riqueza nacional; el salario mínimo, vital y móvil; la previsión social integral, y la estabilidad absoluta de los trabajadores. Proponía asimismo la elaboración de un plan político-económico-social con participación hegemónica del movimiento obrero en su confección y dirección, y el fortalecimiento del Estado nacional y popular, tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y de sus aliados extranjeros (Baschetti, 1997).

Pocos días después, como emergente del frustrado Congreso de la CGT de ese año, se constituyó el nucleamiento de las 62 Organizaciones, integrado por sindicatos dirigidos por peronistas y comunistas. En 1958, sin embargo, los dirigentes peronistas adoptaron actitudes

antiunitarias y las 62 se convirtieron en el brazo gremial del Partido Justicialista. En 1962, en un centro vacacional sindical en Huerta Grande, Córdoba, el Plenario Nacional de las 62, entonces bajo influencia de la izquierda peronista, aprobó diez objetivos de lucha, desde entonces conocidos como el Programa de Huerta Grande:

1) Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.
2) Implantar el control estatal del comercio exterior.
3) Nacionalizar sectores económicos clave: acero, electricidad, petróleo y frigoríficos.
4) Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5) Desconocer los compromisos financieros del país firmados a espaldas del pueblo.
6) Prohibir toda importación competitiva de nuestra producción.
7) Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8) Implantar el control obrero sobre la producción.
9) Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10) Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el pueblo argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción (Baschetti, 1997).

Uno de los aspectos más importantes en la evolución de las ideas en el seno del peronismo es la percepción del papel de la burguesía nacional y del tipo de relación que le corresponde a la clase obrera establecer con ella, después de haber partido, en los primeros gobiernos de Perón, de la política de colaboración de clases, que en los hechos colocaba a los trabajadores tras el liderazgo de los sectores burgueses.

En 1964, John William Cooke, representante del entonces exiliado Perón, expresó su descreimiento sobre la capacidad de la burguesía nacional de actuar en forma independiente de los intereses del capital extranjero. Lo dejó escrito en un trabajo crítico hacia los contratos petroleros firmados por Arturo Frondizi (1958-1962), quien justamente había llegado al gobierno en buena medida gracias al apoyo electoral que el peronismo proscripto le brindó a su partido, la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), en las elecciones organizadas por los golpistas de la Revolución Libertadora que habían derrocado a Perón tres años antes. Cooke rechazaba que los trabajadores se "integraran" al proyecto que presidía el entonces mandatario. En la misma oportunidad expresó la necesidad de una política revolucionaria, de cambio estructural, "especialmente de propiedad de la tierra y de la gran industria, que sea un avance hacia el socialismo" (Cooke, 1964).

El Peronismo –escribió– admitía las posibilidades de que la UCRI sirviese de vehículo para expresar el repudio al continuismo y abrir un período de transición. En cambio, consideraba que los alcances programáticos que el ucrismo adjudicaba a su política no eran correctos: los objetivos de liberación fijados eran para ellos inalcanzables. La burguesía industrial había demostrado su proclividad a la capitulación frente al imperialismo; la clase media, librada a sí misma, sólo era apta para la lucha cívico-electoral, pero no para la clase de batallas que exige una política antiimperialista en serio. Esa deficiencia no se subsana con el aporte de los trabajadores en un acto comicial, simple medida defensiva después de la tenaz persecución aramburista. Cualquier cálculo que presumiese la transformación de ese apoyo electoral en participación solidaria de la masa obrera en el gobierno ucrista estaba atrasada con respecto al grado de conciencia del proletariado, que no aceptaría reducirse a "grupo de presión" dentro del ordenamiento imperante. El "integracionismo" plantea que los trabajadores puedan "agregarse" a una conducción de la burguesía: el general Perón lo descartaba, desde que, si las soluciones son revolucionarias, sólo la clase obrera podía, aparte de resolverlas, incluso proponérselas. Cuando el frondizismo violó la palabra empeñada, la transgresión moral era un aspecto secundario; lo principal fue que evidenció la incapacidad de los partidos burgueses para cumplir, aun con muchas limitaciones, etapas de evolución democrático-burguesa. Lo que está en quiebra es la burguesía latinoamericana y sus partidos, cada vez más rígidamente encuadrados por el imperialismo. Allí está la contradicción básica, esencial, insuperable, del integracionismo; la prueba de que tiene la misma filiación que las teorías represivas que pretende superar. Son fórmulas para someter al peronismo mediante el engaño o la coacción. Buscando sus prórrogas para un régimen de cuya violencia no somos cómplices, y de cuya frustración histórica no somos partícipes […]. Un programa [de gobierno], para que sea bueno, en primer lugar tiene que cumplirse, además de ser bueno, y creo que las soluciones burguesas están agotadas en la Argentina. Para que una política resuelva el problema nacional tiene que ser diferente, tiene que ser revolucionaria; una política que vaya a atacar las estructuras, pero no las estructuras en abstracto, sino las estructuras mismas del régimen de la propiedad, especialmente la propiedad de la tierra y el de la gran industria, que sea un avance hacia el socialismo (Cooke, 1964)[7].

7 Tras el prólogo del autor, se reproduce su declaración ante la comisión especial investigadora sobre petróleo de la Cámara de Diputados.

La mirada de los dirigentes comunistas en 1965

En mayo de 1965, pocos meses después de aquella intervención de Cooke, la revista comunista *Nueva Era* publicó un intercambio de opiniones entre dirigentes del Partido Comunista sobre las tendencias nacionalistas burguesas en el movimiento obrero.

Paulino González Alberdi citó en esa oportunidad a Lenin, quien consideraba natural el surgimiento recurrente de divergencias en el movimiento obrero como consecuencia de su propio crecimiento.

> El enrolamiento de nuevos "reclutas" y la incorporación de nuevas capas de las masas trabajadoras deben verse acompañados inevitablemente por las vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, por la repetición de viejos errores, la vuelta provisional a conceptos y métodos anticuados, etcétera. El movimiento obrero de cada país invierte periódicamente más o menos energía, atención y tiempo para la "instrucción" de los nuevos reclutas ("Las divergencias en el movimiento obrero", 1912, citado en *Nueva Era*, 1965).

González Alberdi señaló que en la Argentina el rápido crecimiento fabril de las décadas precedentes, junto con la paralización de la inmigración europea por la Segunda Guerra Mundial, "incorporó a la industria a grandes masas campesinas del interior, que fueron en su mayor parte influidas por las teorías 'justicialistas' y nacionalistas burguesas del peronismo". Por otra parte, el desarrollo de la técnica incorporó a la vez a la clase trabajadora "a sectores de ingenieros, químicos, calculistas, técnicos en diversas ramas, etcétera, entre los que encuentra campo apropiado la influencia ideológica burguesa". El dirigente subrayó, por tanto, la importancia de la educación ideológica de las masas trabajadoras, y destacó la acción partidaria comunista en favor de que giraran hacia la izquierda.

Por su parte, José M. Zárate remarcó que el nacionalismo burgués, "chovinista, demagógico, verbalista, claudicante casi siempre, nada tiene que ver con el sentimiento nacional de la clase obrera que toma en sus manos las mejores tradiciones patrióticas y las prolonga en la lucha antiimperialista". Rechazó asimismo la posibilidad de una "tercera posición" entre el capital y el trabajo así como la propuesta frondo-frigerista de "integración", porque propiciaban "la conciliación entre explotados y explotadores bajo la tutela de un Estado que, según ellos, representaría los intereses generales de la Patria". Zárate criticó que por influencia de dirigentes peronistas fuesen paulatinamente eliminadas de las declaraciones de principios de los sindicatos las ideas clasistas y el objetivo de construir una sociedad sin explotación para ser reemplazados por "la consigna abstracta de una 'Patria libre, justa y soberana', ubicada por encima de las clases". Afirmó:

> Mientras exista el modo capitalista de producción y apropiación, mientras haya explotadores y explotados, dichos derechos económicos [los de los trabajadores] no podrán asegurarse plenamente, serán siempre limitados y [estarán] expuestos a los vaivenes de la situación social; se hace preciso entonces luchar contra las causas, y no contra los efectos.

Asimismo, señaló:

> Los trabajadores, los militantes sindicales peronistas, tienen a diario motivos para verificar lo erróneo de las concepciones nacionalistas burguesas, que no resuelven sus aspiraciones más sentidas, así como motivos sobrados para proceder a su rectificación, cuyo primer paso es el abandono de las posiciones anticomunistas –inspiradas por el imperialismo– y el fortalecimiento de la acción común de peronistas y comunistas (*Nueva Era*, 1965).

José Ratzer explicó a su turno que "la composición obrera de las bases peronistas choca con los intereses burgueses aliados al latifundio y conciliadores con el imperialismo que han predominado entre los dirigentes". Aseveró que la dirección peronista, cuando contó con el apoyo del Estado, no se atrevió a promover un partido político bien organizado e integrado por grandes masas de trabajadores en su seno, que fácilmente pudieran desbordarla.

> Pero se necesitaba canalizarlas de alguna manera. El dilema se resolvió manteniendo a los trabajadores organizados en los sindicatos, se hizo que estos desempeñasen un papel político partidario importante y se estructuró un partido peronista compuesto preferentemente de un aparato burocrático y de políticos desvinculados de las masas. De tal manera se podía emplear a los obreros peronistas para sostén del gobierno, preservando el nivel tradeunionista de su actividad. El lema "de casa al trabajo y del trabajo a casa" no fue accidente (*Nueva Era*, 1965).

Pese a ello, Ratzer afirmó que "la fuerza sindical, a pesar de los jerarcas enquistados en su dirección, llegó a asustar a ponderables grupos de la burguesía industrial, comercial y agraria que antes veían con tranquilidad la actividad gremial y apoyaban o asumían una actitud benevolente con el peronismo". Ese temor "estuvo en la raíz de la caída de Perón en 1955". Tras el golpe, la necesidad de combatir a la dictadura militar unificó en la lucha a los trabajadores peronistas y marcó un nuevo nivel en sus acciones comunes con los militantes comunistas y de otros sectores, pese a lo cual "no se impuso una política de clase, independiente de la tutela nacionalista burguesa". Al respecto, Ratzer sostuvo:

> En toda la época de Frondizi y de los golpes sucesivos […] las luchas obreras fortalecen la unidad de acción, mientras se marca lo que se llamó giro a la izquierda de las masas y se acentúan los combates de clase. La base obrera marchaba hacia la izquierda. Las experiencias nacionales contra la voltereta de la UCRI y el influjo del socialismo, ahora triunfante en Cuba, hicieron que cobrase impulso un movimiento de esclarecimiento clasista entre los militantes sindicales, a la par que se abría paso una corriente antiimperialista y unitaria entre estos sectores y también en las formaciones "políticas" del peronismo […]. La iniciativa del proletariado y del pueblo impuso formas de lucha como la ocupación de empresas y obligó a adoptar el "plan de lucha" de la CGT […] las vacilaciones y el incumplimiento de programas y planes debilitaron las posiciones de estos dirigentes. Se entabló otra lucha interna más sin que surja con claridad una definición de las fuerzas progresistas y reaccionarias en su seno [pero] la coyuntura electoral vuelve a imponer el peso de los dirigentes gremiales (*Nueva Era*, 1965).

Athos Fava fue categórico:

> La unidad de acción de las masas trabajadoras, fundamentalmente de comunistas y peronistas, es la herramienta del triunfo popular. Esto ha sido comprendido también por centenares de cuadros medios y dirigentes de diversos niveles del peronismo que han trabajado y trabajan en común con los comunistas en las empresas, lugares de vivienda, en distintos órdenes de la vida social y política del país. Este proceso de acción común entre comunistas, peronistas y demás fuerzas de izquierda obedece a una necesidad objetiva de las masas, que por ello presionan constantemente sobre los dirigentes; el deseo unitario de estas masas se irá convirtiendo en realidad en la medida que se impulse la lucha por las distintas reivindicaciones, inmediatas y de más largo alcance […] pero ello no se opone al necesario esclarecimiento ideológico de las masas mediante el fraternal intercambio de opiniones, e incluso a través de la polémica elevada y respetuosa sobre los principios de cada fuerza social y política popular (*Nueva Era*, 1965).

El dirigente citó a Lenin cuando dijo que en materia de ideas "el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio. Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista, todo lo que sea alejarse de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa" (Lenin, 1960a). Fava afirmó:

> El nacionalismo burgués en el movimiento obrero es una expresión de la ideología burguesa. La cuestión histórica concreta del nacionalismo burgués en nuestro país, su influencia en el

> movimiento obrero, está representada fundamentalmente por la corriente peronista de derecha [...]. No pocos esfuerzos realizan algunos dirigentes peronistas de derecha para negar la lucha de clases y propiciar su política de conciliación de clases, sus posiciones reformistas.

En consecuencia, sostuvo:

> El movimiento obrero, para asegurar la unidad de sus filas y el éxito de sus luchas, debe desprenderse de aquellas ideas y métodos que la reacción introduce o trata de introducir de continuo en su interior para dividirlo y maniatarlo: los procedimientos antidemocráticos, los recursos fraudulentos en las elecciones sindicales, el sofocamiento o la negación del papel eminente de las asambleas, la exacerbación de las diferencias ideológicas y políticas de los trabajadores, la introducción de pugnas partidistas en los sindicatos, que son, o en todo caso, deben ser, organismos unitarios y escuelas de los principios de clase del proletariado (*Nueva Era*, 1965).

La CGT de los Argentinos

El Mensaje de la CGT de los Argentinos del 1º de Mayo de 1968, en cuya redacción participé como integrante de la Comisión de Estudios de esa central obrera, fue publicado en el primer número del periódico *CGT*. Allí se denunció crudamente la situación de los trabajadores en tiempos de la dictadura iniciada por Juan Carlos Onganía (1966-1973): "Un millón y medio de desocupados y subempleados son la medida de este sistema y de este gobierno elegido por nadie. La clase obrera vive su hora más amarga. Convenios suprimidos, derechos de huelga anulados, conquistas pisoteadas, gremios intervenidos, personerías suspendidas, salarios congelados", en el marco de una extrema degradación de las condiciones sociales y de una política económica signada por "la liquidación de la industria nacional, la entrega de todos los recursos, la sumisión a los organismos financieros internacionales". Es, en suma, el "poder de los monopolios que con una mano aniquilan a la empresa privada nacional y con la otra amenazan a las empresas del estado, donde la racionalización no es más que el prólogo de la entrega, y anudan los últimos lazos de la dependencia financiera" (*CGT*, 1968).

El mensaje afirmó también:

> La historia del movimiento obrero, nuestra situación concreta como clase y la situación del país nos llevan a cuestionar el fundamento mismo de esta sociedad: la compraventa del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción [...]. La

> estructura capitalista del país, fundada en la absoluta propiedad privada de los medios de producción, no satisface sino que frustra las necesidades colectivas, no promueve sino que traba el desarrollo individual. De ella no puede nacer una sociedad justa ni cristiana [...]. Los trabajadores de nuestra Patria, compenetrados del mensaje evangélico de que los bienes no son propiedad de los hombres sino que los hombres deben administrarlos para que satisfagan necesidades comunes, proclamamos la necesidad de remover a fondo aquellas estructuras (*CGT*, 1968).

El Mensaje de la CGT de los Argentinos enumeró entonces sus postulados: la propiedad sólo debe existir en función social; los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir no sólo en la producción sino en la administración de las empresas y en la distribución de los bienes; los sectores básicos de la economía pertenecen a la Nación: el comercio exterior, los bancos, el petróleo, la electricidad, la siderurgia y los frigoríficos deben ser nacionalizados; los compromisos financieros firmados a espaldas del pueblo no pueden ser reconocidos; los monopolios que arruinan nuestra industria y que durante largos años la han estado despojando deben ser expulsados sin compensación de ninguna especie; sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja; los hijos de obreros tienen los mismos derechos a acceder a todos los niveles de la educación que hoy gozan solamente los miembros de las clases privilegiadas (*CGT*, 1968).

El documento, que llevó la firma del secretario general Raimundo Ongaro y de todo el Consejo Directivo de la CGT, rechazó asimismo la actitud de un sector de la dirigencia sindical, reunido en la CGT Azopardo, partidario de la participación en el esquema de la dictadura:

> A los que afirman que los trabajadores deben permanecer indiferentes al destino del país y pretenden que nos ocupemos solamente de problemas sindicales, les respondemos con las palabras de un inolvidable compañero, Amado Olmos, quien días antes de morir, desentrañó para siempre esta farsa: "El obrero no quiere la solución por arriba, porque hace doce años que la sufre y no sirve. El trabajador quiere el sindicalismo integral, que se proyecte hacia el control del poder, que asegure en función de tal el bienestar del pueblo todo. Lo otro es el sindicalismo amarillo, imperialista, que quiere que nos ocupemos solamente de los convenios y las colonias de vacaciones" (Baschetti, 1997).

Agustín Tosco y el sindicalismo de liberación

La gran figura del movimiento obrero en los setenta fue el dirigente lucifuercista cordobés Agustín Tosco, de destacada participación en el histórico Cordobazo de 1969, y emblema de los sectores que cuestionaban el participacionismo de la cúpula de la CGT. Sus ideas fueron expresadas en artículos, entrevistas y debates, muchos de los cuales fueron recopilados bajo el título *Sindicalismo de liberación* (Tosco, 2004).

El sindicalismo de liberación, según lo definió Tosco, es "el que asume una misión y una responsabilidad global, social y nacional; que plantea la transformación revolucionaria de las estructuras y que reclama en lo inmediato que los grandes medios de producción y las palancas fundamentales de la economía sean de propiedad estatal-social y no privada". Sostuvo además que "el sindicalismo de liberación lucha en estos momentos contra los tres grandes responsables de la injusticia y de la opresión: el imperialismo, la dictadura y el participacionismo". Tosco señaló como participacionista al tipo de dirigente gremial "que condiciona todos sus actos según lo obligan la estructura del sistema y las medidas de los regenteadores del poder, que espera que crezca el costo del nivel de vida para pedir aumento de salarios y que termina conformándose, en la práctica, con el aumento de salarios que la Secretaría de Trabajo autoriza". También hizo hincapié en la democracia sindical. "Ya sea en el terreno institucional, en el de la resistencia e incluso en la clandestinidad, no hay otra relación posible que la democracia de bases. Es decir, el contacto directo entre los trabajadores y sus representantes o dirigentes" (Tosco, 2004).

Se definió ideológicamente como marxista socialista:

> Los fundamentos que tengo están elaborados en base al materialismo dialéctico. En lo político estoy por la unidad de las fuerzas de distintas tendencias sin discriminaciones ideológicas, pero siempre que coincidan con el progreso y la liberación nacional de los argentinos (Tosco, 2004).

Asimismo propugnó:

> La unidad de acción, la unidad de lucha de todos los sectores populares, democráticos y revolucionarios y trabajar constantemente para construir una fuerza capaz de expresar verdaderamente las aspiraciones de nuestro pueblo de una transformación a fondo de su situación económica, política, social y cultural. […] En breve tiempo, por las propias necesidades históricas que se plantean, regirá esa unidad orgánica, plasmada, respetando lógicas diferencias de enfoque y de prácticas y uniendo lo fundamental que es la común posición antidictatorial, antioligárquica

> y antiimperialista por la justicia social, la soberanía popular y la liberación nacional (Tosco, 2004).

Además, Tosco defendió la participación política de los trabajadores, porque "la clase obrera es un agente fundamental en el proceso de liberación nacional y social argentino y todo proceso de liberación nacional y social es político". Pero aclaró que los sindicatos deben llevar adelante una política "general y no partidaria, ya que las organizaciones obreras están compuestas por compañeros de distintos pensamientos políticos; la defensa del interés común de los trabajadores hace que la organización sindical en sí no deba ser partidaria", si bien sus integrantes pueden, "al margen de una organización sindical, actuar dentro de los partidos políticos". "El sindicalismo de liberación –añadió– asume su papel político general en su capacidad vanguardista, en unidad con los demás sectores populares, políticos, económicos y sociales".

Afirmó que "la única revolución posible es la que cambie la propiedad de los medios de producción y de cambio, ahora en manos de entes privados y privilegiados, para colocarlos en manos del pueblo; es la revolución socialista, con sus características y su desarrollo histórico según las condiciones nacionales de cada país". Advirtió también:

> En ningún país dependiente tiene la burguesía, su burguesía nacional, la posibilidad de desarrollarse, de desarrollar el capitalismo. En la época del imperialismo, los grandes monopolios, o las sociedades multinacionales como se las denomina, son los que marcan el ritmo de la economía de los países dependientes.

Valoró que "la inmensa mayoría de los mártires de la causa popular han sido jóvenes. La mayoría de los presos políticos y sociales son jóvenes; este heroico y expresivo testimonio de su sagrado compromiso con los ideales del pueblo nos hace enorgullecer vivamente de la juventud argentina" (Tosco, 2004).

Sobre el Cordobazo, la rebelión de los trabajadores, los estudiantes y el pueblo todo de Córdoba contra el neocorporativismo del dictador Onganía y la política de "estabilización monetaria" del ministro de Economía Adalbert Krieger Vasena, Tosco dejó un testimonio extraordinario, escrito en la cárcel de Rawson, donde lo había recluido la dictadura de entonces junto con otros dirigentes. Allí señaló, respecto de la preparación del paro del 29 de mayo de 1969 en Córdoba:

> No hay espontaneísmo, ni improvisación, ni grupos extraños a las resoluciones adoptadas. Los sindicatos organizan y los estudiantes también. Se fijan los lugares de concentración. Cómo se realizarán las marchas [...]. El día 29 de mayo amanece tenso. Algunos sindicatos comienzan a abandonar las fábricas antes de las 11. A esa hora el gobierno dispone que el transporte urbano

> abandone el casco céntrico. Los trabajadores de Luz y Fuerza y de la Administración Central pretenden organizar un acto a la altura de La Rioja y General Paz y son atacados con bombas de gases. Es una vez más la represión en marcha [...]. Mientras tanto, las columnas de los trabajadores de las fábricas de la industria automotriz van llegando a la ciudad. Son todas atacadas y se intenta dispersarlas. El comercio cierra sus puertas y las calles se van llenando de gente. Corre la noticia de la muerte de un compañero, era Máximo Mena, del Sindicato de Mecánicos. Se produce el estallido popular, la rebeldía contra tantas injusticias, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación. Es el pueblo. Son las bases sindicales y estudiantiles que luchan enardecidas. Todos ayudan. El apoyo total de toda la población se da tanto en el centro como en los barrios. Es la toma de conciencia de todos evidenciándose en las calles con tantas prohibiciones que se plantearon. Nada de tutelas ni de los usurpadores del poder, ni de los cómplices participacionistas. El saldo de la batalla de Córdoba –el Cordobazo– es trágico. Decenas de muertos, cientos de heridos. Pero la dignidad y el coraje de un pueblo florecen y marcan una página en la historia argentina y latinoamericana que no se borrará jamás (Tosco, 1970b).

Oficialmente hubo 34 muertos, 400 heridos y 2 mil presos. La mayoría de los detenidos fueron liberados de inmediato, y 34 de ellos recibieron condenas de varios años de prisión por parte del gobierno militar, entre ellos Tosco, pero las protestas nunca cesaron y finalmente fueron liberados a los siete meses de su detención. Tosco insistió en afirmar que el Cordobazo "no fue un movimiento espontáneo". Recordó que existía un comité de huelga integrado por seis sindicatos, encabezados por Luz y Fuerza, el sindicato de mecánicos SMATA y los trabajadores de IKA-Renault, y otro comité para el enlace con los estudiantes. La lucha comenzó cuando la policía y el ejército empezaron a reprimir. Tosco relató:

> Cuando se corre por la ciudad que habían matado a uno de los nuestros la indignación fue superior y la gente hacía barricadas, tiraba cables eléctricos abajo, tomaba las comisarías, tomó el Ministerio de Obras Públicas, o sea, hubo un germen de Comuna de París (Tosco, 1970b).

Nueve kilómetros cuadrados estuvieron repletos de barricadas. Se estima que participaron 50 mil personas en el levantamiento. Fue una rebelión obrera y popular. Comenzó el 29 de mayo y se extendió hasta el 2 y 3 de junio de 1969.

El líder lucifuercista cordobés también afirmó, como lo hizo en una conferencia ofrecida al año siguiente:

> Los sindicatos no son apéndice del sistema que nosotros combatimos y queremos cambiar […] nacieron como respuesta a la explotación de un mundo eminentemente liberal […]. El sistema evidentemente pretende transformarlos usando a sus dirigentes traidores, para ponerlos a su servicio […]. Los sindicalistas participacionistas se ponen al servicio de Onganía y de la dictadura, pero los sindicatos que representan los auténticos intereses del movimiento obrero fueron puestos contra la dictadura, por la justicia social y la liberación nacional […] los sindicatos que luchan no se mantienen porque el sistema se lo permita, sino porque tienen una fuerza propia y de apoyo general […]. Jamás vamos a renunciar a la denuncia de esos individuos que se sirven de las organizaciones de obreros para hacer los grandes fraudes, para entronizar en la conciencia de los obreros, en lugar de una conciencia de lucha, una conciencia de nihilismo y de frustración (Tosco, 1970a).

Tosco cuestionó la relación que la CGT, encabezada por el secretario general José Ignacio Rucci, estableció con el nuevo presidente de facto Roberto Levingston, colocado por el régimen en reemplazo de Onganía, y rebatió los conceptos de la solicitada del 20 de agosto de la central obrera "en la cual declaraban su esperanza en la dictadura y en el sistema". Señaló:

> Rucci creía que la dictadura quería respetar los derechos de los trabajadores y del pueblo, así como adoptar una política salarial de recuperación del poder adquisitivo perdido por los salarios de los compañeros y que quería la paz social para que nos reencontráramos todos los argentinos, en un reencuentro de felicidad: los Otto Bemberg, los explotadores, los dueños de los grandes capitales, y nosotros los trabajadores, los desocupados, los perseguidos, los estudiantes a quienes les aplican el test maldito, los compañeros que no tienen ni siquiera para su salud, ni para su vivienda, a todos nos iba a juntar este presidente Levingston en la creencia de Rucci, en un reencuentro feliz de todos los argentinos. Esto es lo que combatimos por todos los medios, y planteamos que no es posible la conciliación […] mientras estos opulentos tengan el poder no será posible corregir todas estas lacras, estas dificultades, estos padecimientos que sufre el pueblo argentino (Tosco, 1970a).

Sostuvo también que "el proceso de liberación implica liberarnos de las imposiciones de los monopolios extranjeros, de los créditos y de la 'ayuda' que nos proporciona el Banco Mundial, de la estabilidad monetaria que nos impone el FMI, de las 'ayudas' de desarrollo social que nos hace el BID, etcétera". Respecto del imperialismo, denunció:

> Históricamente, nos ha dejado una red ferroviaria y vial en forma de abanico, que ha provocado una macrocefalia en Buenos Aires, o sea en el puerto de los exportadores y los importadores, y la postergación y la incomunicación de todo el país. En la actualidad nos roba las empresas nacionales, nos transforma las empresas estatales en sociedades mixtas, evitando así que jueguen un papel de resorte de la promoción económica, a diferencia de casi todos los países en que el proceso de estatización es cada vez mayor. Y así vemos a sus representantes encaramados en el poder dictando "leyes" por las cuales YPF, YCF, etcétera, deben entregar el 49 por ciento de su patrimonio para seguir la política que le imponen quienes han de adquirir el paquete accionario, que no es el pueblo argentino precisamente (Tosco, 1970a).

Polemizó también con quienes pregonaban la libre competencia económica, porque "aquí no hay más competencia, aquí todo está regulado por esa tremenda sociedad imperialista, que nos mantiene en el subconsumo, en el subdesarrollo, y nosotros debemos cambiar esa política del dirigismo exterior, de la intervención exterior, por nuestra propia política elaborada por los argentinos" (Tosco, 1970a).

En consecuencia, convocó a "todos los sectores del pueblo a unirse y trabajar en forma conjunta con identidad de objetivos contra esa política imperialista", sin que ello significara abandonar matices y particularidades: "hay que unirse llevando en el corazón o en la conciencia esos aspectos particulares, pero llevando en el programa y en la acción los objetivos fundamentales que van a hacer a la liberación nacional". Puso como ejemplo la unidad mostrada por el pueblo del Cordobazo. "Cuando cayeron bajo las balas o fueron a la prisión ninguno se diferenciaba en ser radical, peronista, cristiano o marxista. Todos luchaban igual, todos eran reprimidos igual, todos fueron a la cárcel igual, y ahí estaba la unidad en la lucha". Tosco admitió:

> Es difícil la tarea, es sacrificada y tal vez sea larga, por eso es tan importante, por eso es tan combativa, por eso muchas veces se exacerban los criterios partidarios, por eso muchas veces se apela a cosas que son subsidiarias o secundarias para enfrentarnos unos a los otros [...]. No queremos ser un coro de lamentos de los problemas que padecemos, mientras peleamos nuestras pequeñas diferencias. Queremos unir toda la fuerza de argentinos y de patriotas para luchar contra la opresión, para luchar contra los monopolios, para luchar por nuestra liberación (Tosco, 1970a).

También hubo definiciones valiosas de Tosco en el recordado debate público que entabló precisamente con Rucci, en el programa Las Dos

Campanas, televisado por el Canal 11 de Buenos Aires el 13 de febrero de 1973:

> Creemos –dijo– que hay sugestivos motivos por los cuales se quiere dividir al país en peronistas y antiperonistas [...]. La división que debe hacerse no es así, sino entre quienes están consecuentemente con la lucha del pueblo y quienes están con la entrega [...]. Yo tengo raíz marxista, pero entiendo que el socialismo en la Argentina tiene una raíz heterogénea. Hay compañeros que levantan en el peronismo al socialismo [...]. El radicalismo como partido no plantea el socialismo. El socialismo, volviendo un poco, es levantado por el plenario de gremios confederados de Córdoba que marca la línea de la lucha, por la vía antiimperialista, hacia el socialismo. La heterogeneidad de nuestro socialismo está en que tiene raíz peronista, marxista, cristiana, por el Movimiento Sacerdotes del Tercer Mundo, que viene de distintos movimientos que lo levantan como bandera [...]. En la Juventud Radical debemos reconocer especialmente en los sectores ligados al movimiento estudiantil que también levantan el socialismo, esa nueva sociedad sin explotados ni explotadores, nueva sociedad socialista argentina, hecha según nuestra propia trayectoria y compuesta de heterogeneidad. Y por eso levantamos la unidad para construir [...]. Nuestra visión del socialismo nace incluso del programa de Huerta Grande, del Manifiesto del 1º de Mayo de la CGT de los Argentinos y del documento de Octubre del Movimiento Nacional Intersindical (Tosco, 2004).

En aquella oportunidad, Rucci, si bien se declaró admirador de la Revolución Cubana, tropezó con dificultades cuando, al tener que definir la revolución, señaló:

> La revolución que sostenemos los peronistas no es la revolución de decir aquello que tenés vos es mío y vos hoy no tenés nada. Es decir, acá, no se trata de apropiar nada. Acá la revolución tiene que tener como objetivo fundamental el respeto a la dignidad humana. Punto segundo, que el capital cumpla una función social y se integre a las necesidades del país [...]. El capital nacional, si se integra en la comunidad y ofrece al trabajador un salario digno que le posibilite vivir decorosamente, no explota (Tosco, 2004).

Tosco, por su parte, fue lapidario al definir a la burocracia sindical que reduce "todo al sindicalismo de administrar, desde posiciones de poder, los beneficios sociales, de discutir especialmente los convenios colectivos de trabajo, de quedarse gobernando al movimiento obrero desde posiciones administrativas [...] significa esto no asumir esa

proyección general de la lucha del movimiento obrero como factor de liberación nacional y social. Por eso nosotros distinguimos entre aquellos que se quedan para repartir lo que hay en los sindicatos y los que luchan desde dentro del sindicato por las reivindicaciones inmediatas y a su vez levantan la lucha permanente por esas reivindicaciones nacionales, por esas otras reivindicaciones latinoamericanas que hacen al cambio fundamental de la sociedad" (Tosco, 2004).

El nuevo gobierno de Perón

El peronismo emergente de los duros años de proscripción y resistencia logró llevar nuevamente a Perón al gobierno, en un país donde se habían acentuado los rasgos distintivos de la estructura económico-social, haciéndolo más dependiente y más desigual, y donde al mismo tiempo se había potenciado en forma extraordinaria la lucha antidictatorial y por la liberación nacional y social. En el plano internacional asombraba la epopeya vietnamita, la Revolución Cubana se consolidaba a despecho de las agresiones imperialistas, y la hermana República de Chile intentaba transitar una vía electoral al socialismo. Fue sin dudas un momento histórico en el cual la experiencia de los trabajadores con Perón se aceleró e intensificó.

El retorno de Perón al gobierno en 1973 marcó el momento de mayor virulencia en la lucha interna del movimiento peronista que desbordaba hacia el resto del campo popular, y hubo fundadas alarmas en los sectores populares, democráticos y revolucionarios de la sociedad por la aparición de tendencias fascistas en torno del mandatario. Tosco definió al fascismo como "esencialmente contrarrevolucionario", no como un hecho espontáneo, sino como "producto de un proceso histórico; el fascismo es el dique, el freno que quieren imponer las clases dominantes y el imperialismo al avance revolucionario de los pueblos […] el fascismo en un país dependiente es la garra del imperialismo […]. Por eso hay que propugnar el desarrollo de la conciencia de clase, de la conciencia popular, de la conciencia democrática y de la conciencia socialista que es lo único que nos va a permitir enfrentar al fascismo" (Tosco, 1973).

En aquella oportunidad merecieron una rotunda crítica del dirigente lucifuercista una serie de leyes que tendían a reforzar la dominación de los capitales extranjeros sobre la economía argentina:

> Porque hay una política al servicio del régimen económico proimperialista que quiere hacer descargar sobre las espaldas de los trabajadores, sobre su propio derecho a la subsistencia, la crisis inexorable del sistema. ¿Por qué ellos aprueban una Ley de Prescindibilidad? […] Porque el déficit del presupuesto burgués se resuelve siempre a costillas de menguar el escaso

> salario de los trabajadores. Nunca a costilla de las ganancias de las grandes empresas ni de los monopolios imperialistas. […] La ley de Asociaciones Profesionales es un instrumento para reforzar el aparato burocrático, el aparato de todos esos sirvientes de la patronal, de todos estos que han firmado un pacto social a espaldas de los trabajadores, de todos estos que no protestan por la ley de Radicación de Capitales Extranjeros […] para deshonra para muchos compañeros que tienen una trayectoria de lucha en el movimiento peronista, hicieron una ley a favor del imperialismo (Tosco, 1973).

Asimismo, Tosco cuestionó:

> Perón, en una actitud muy ambigua, en la clásica actitud pendular que tenía fuera del país, ha dicho que cuando se critica a algún compañero de la burocracia se lo critica a él. Nosotros respetamos el pronunciamiento popular de siete millones y medio de argentinos, lo respetamos porque ese pronunciamiento popular quiere cambios, no quería un pacto social que no fue votado […]. Nosotros nos sentimos hermanos de clase, hermanos de sangre de los compañeros peronistas revolucionarios, pero de esos peronistas que como [el dirigente peronista tucumano Armando] Jaime ya no ocultan la verdad sino que la señalan. La derecha peronista, o sea la tendencia fascista, tiene copados los principales ministerios […] y nosotros debemos unirnos con los peronistas revolucionarios para rescatar el valor histórico de clase que tiene el movimiento peronista (Tosco, 1973).

El terrorismo de Estado se ensañó con el movimiento obrero

El golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976 aplicó un plan criminal contra el movimiento obrero. Las clases dominantes, alarmadas por el giro a la izquierda del peronismo, especialmente de sus jóvenes, y consternadas por la incapacidad de la dirigencia que sobrevivió a Perón para contener, incluso con la violencia fascista, la expansión de ideas y demandas revolucionarias, lanzaron el terrorismo de Estado para sofocarlas y barrieron a sangre y fuego los obstáculos para instaurar un nuevo diseño del país que robusteciera sus privilegios.

Diez mil cuadros sindicales fueron asesinados sin hacer distinción alguna entre peronistas, comunistas, socialistas, anarquistas o sindicalistas sin partido. Pocos han enfocado el análisis del terrorismo de Estado desde este punto de vista, salvo por las denuncias de la CTA, la Liga por los Derechos del Hombre, el Centro de Estudios Legales y Sociales, y algunas otras entidades. Tampoco se debatió lo suficiente

la actitud conciliadora hacia la dictadura de no pocos dirigentes sindicales peronistas y también, por primera vez ante una situación similar, de los comunistas.

No sin debate interno prevaleció en el seno del Partido Comunista la idea de que los responsables del golpe estaban divididos en dos grandes sectores, pinochetistas y no pinochetistas, y se instaló la ilusión de que, en lugar de oponerse en bloque a la dictadura, valía la pena incidir en favor de la preeminencia de estos últimos, para negociar una salida democrática. Los hechos demostraron luego que se cometió un grave error, que acarreó un enorme descrédito político al PC, por haber permitido que el doble discurso y las acciones de contrainteligencia del enemigo, así como los propios deseos, se impusieran sobre la realidad.

Sin embargo, los errores de quienes vacilaron en enfrentar a la dictadura no tienen punto de comparación con la traición de no pocos burócratas sindicales, cuya colaboración con la sangrienta represión es aún un capítulo oscuro pese a todo lo que se ha avanzado en la investigación de los crímenes del terrorismo de Estado. Más visible fue años después la vergonzosa actitud del grueso de la dirigencia sindical peronista que, cuando el gobierno de facto comenzó a retirarse, apabullado por la presión popular antes y después del fracaso de su aventura bélica en las islas Malvinas, negoció con los militares recibir en herencia directa los sindicatos a cambio de hacer silencio sobre sus crímenes y negociados. En ese proceso se destacó, por contraste, una parte del sindicalismo peronista, representada en la figura de Saúl Ubaldini, que dio batalla contra el régimen y por eso reunió a su alrededor a todo el espectro de fuerzas obreras y populares combativas, que mostraron su capacidad de lucha en heroicas jornadas, como la potente movilización del 30 de marzo de 1982, brutalmente reprimida.

Otro análisis comunista tras la recuperación de la democracia

En 1985, la situación del movimiento obrero fue analizada por dirigentes comunistas en un seminario organizado por el Centro de Estudios Marxistas-Leninistas "Victorio Codovilla" y la *Revista Internacional*, que fue publicado en forma sintética (AA.VV., 1986).

En esa reunión, Enrique Salvi apuntó que la normalización de los sindicatos tras las intervenciones del gobierno militar mostró al peronismo como primera fuerza sindical, atravesada por corrientes internas contrapuestas:

> Es evidente la confrontación de quienes sostienen abiertamente la conciliación de clases y se adjudican el monopolio de un supuesto "sentido nacional" del sindicalismo, con los que

> sostienen las banderas de la liberación nacional en la lucha contra el imperialismo y la oligarquía. De esa y de otras maneras comienzan a delinearse los sectores que procuran que el peronismo supere su crisis por el camino de la convocatoria para luchar por un cambio social progresista, como respuesta a la alineación derechista de otros. […] Los comunistas somos, después de los peronistas, la segunda fuerza organizada en el movimiento obrero. En la batalla por la normalización sindical hemos mejorado sustancialmente la representatividad dirigente de nuestros militantes en la estructura sindical. […] El movimiento obrero recibe también algunas influencias del exterior […]. La Iglesia actúa para afirmar su influencia directa como vocero de los trabajadores y ser factor de acuerdos basados en la conciliación. Pero su principal preocupación es evitar la influencia del marxismo entre los trabajadores (AA.VV., 1986).

Salvi destacó el mérito de que el movimiento obrero argentino exhibiera en aquel momento uno de los más altos índices de agremiación del mundo y estuviera organizado en una sola central, lo que a su vez determinaba que hubiera una sola comisión interna en cada lugar de trabajo, un solo sindicato, una sola federación por actividad. Esa unidad estructural –más allá de que algunos la promovieran con un propósito corporativo– constituía una ventaja para avanzar también en la unidad política, "en la lucha orgánica del movimiento obrero en función de la lucha por la liberación nacional y social".

> El enemigo de clase –dijo– trata de romper el peronismo en mil pedazos […] sabe que romper al peronismo significa romper una parte del movimiento obrero […] va a depender de la actitud que adoptemos no solamente los comunistas, sino también los peronistas y otras fuerzas políticas, la posibilidad de impedir que esto ocurra. No podemos decir que el peronismo que está en tal corriente o detrás de tal o cual dirigente es el peronismo positivo, el peronismo revolucionario, y tal o cual otro grupo que está en tal corriente es el peronismo negativo. Básicamente, en todas las corrientes del peronismo hay peronismo revolucionario, que quiere la liberación del país (AA.VV., 1986).

Salvi criticó a quienes fomentan la creación de sindicatos paralelos, a veces incluso sectores de izquierda, "con una política que se reduce a una lucha antiburocrática, contra la dirigencia sindical, contra la 'patota', pero en los hechos dejan de lado el problema del enemigo fundamental […]. No niego que hay dirigentes sindicales que son instrumento de la derecha, algunos ideológicamente dentro del peronismo. Pero nosotros tenemos que ubicar en su punto claro cuál es el enemigo principal. Por

eso no coincidimos con algunos sectores de izquierda que plantean que la tarea principal e inmediata es hoy resolver la contradicción burguesía-proletariado. Creemos que ahora lo que urge es una política de alianzas que contribuya a la formación del Frente de Liberación Nacional y Social, en el que la clase obrera cumpla un papel esencial y decisivo. Es decir, construir el frente que garantice la victoria en la lucha antioligárquica y antiimperialista –lucha que contiene la antinomia burguesía-proletariado– para poder poner proa al socialismo" (AA.VV., 1986).

Respecto del Golpe del 76, el dirigente subrayó:

> Realmente fue a fondo, golpeó en el corazón de los trabajadores. Fueron destruidas sus organizaciones básicas y ahora estamos en una etapa de reconstrucción [...]. Y para eso tenemos necesidad de que el Partido [Comunista] se meta a fondo en esto, sin preconceptos; ir a conocer la realidad tal cual es y ver cómo, entre todos, ayudamos a transformarla, porque el futuro apunta a eso. En el sentimiento de la gente están las ideas de la unidad, las ideas de la liberación y existe determinado rasgo de conciencia en esa masa; de ahí la gran responsabilidad que tenemos (AA.VV., 1986).

Alicia Álvarez abordó la cuestión de los trabajadores por cuenta propia, aquellos que, desde profesionales hasta vendedores ambulantes, trabajan fuera del sector formal de la economía, sin personal asalariado y viviendo de sus ingresos personales, y que representaron tradicionalmente alrededor del 20% de la PEA. Este sector mostró, según la expositora, un aumento de 5 puntos entre 1976 y 1980, el primer lustro de la dictadura, que fue simultáneo con una gran expulsión de asalariados del sector formal de la economía, lo que alimenta la sospecha de que el cuentapropismo sirvió como refugio y no como destino de una libre elección de los asalariados. En cuanto a ingresos, la mitad de los cuentapropistas que ganan mejor tienen ingresos superiores a la mitad de los asalariados de mejor sueldo, pero la mitad de los trabajadores por cuenta propia de ingresos más bajos perciben en promedio un 40% menos que la mitad de los asalariados con peor paga. Además, los cuentapropistas trabajan en promedio más horas, alrededor de un 60% de ellos aprendieron su oficio en trabajos anteriores y un 40% carece de calificación. Una gran proporción de los trabajadores por cuenta propia han sido asalariados en la misma rama, y llegaron a su nueva situación, según una encuesta del Ministerio de Trabajo, por bajos salarios, por tareas por debajo de su calificación, por quiebra del empleador, por despido, por falta de trabajo y por deseos de independencia laboral.

Clara del Franco, en referencia a la mujer trabajadora, recordó que la ley que establecía la creación de salas maternales en las empresas con más de 50 trabajadoras se dictó en 1924 y se reglamentó en 1925. Sesenta años después, la Ley de Contrato de Trabajo avanzó en

la materia, pero como seguía sin ser reglamentada y había anulado la anterior, los empleadores estaban eximidos de esta responsabilidad. Del Franco subrayó que, según cálculos de la Organización Mundial de la Salud, las mujeres agregan al horario del taller o de la oficina entre 20 y 40 horas semanales más de trabajo en su hogar. Reclamó además el reconocimiento de la maternidad como función social, tal cual lo estableció el Plan de Acción Mundial de las Naciones Unidas para el Decenio de la Mujer.

Sobre la juventud trabajadora, María Cristina Seminara remarcó que, según datos del INDEC, el 30% de los jóvenes de entre 13 y 25 años "viven en una pobreza crítica, hacinados, sin posibilidades de adquirir empleo estable y mucho menos educación [...]. Este flagelo de la desocupación se expresa de manera especial en el joven, quien al no poder incorporarse a la vida productiva de la sociedad, se siente rechazado por ésta, hecho que lo va convirtiendo en un marginado social y lo vuelve propenso a ser absorbido por lacras del sistema como son la droga, la delincuencia, la prostitución, así como diversas psicopatologías".

Describió que los cambios en la producción industrial registrados entre 1960 y 1970, con el desarrollo de ramas más dinámicas, impactaron en el perfil del proletariado, al exigir mano de obra más calificada, joven, en condiciones físicas y psíquicas de soportar los ritmos de producción. Hubo una incorporación mayor de jóvenes al mercado laboral y ello provocó un rejuvenecimiento del movimiento obrero. Del total de asalariados, 3.500.000 (43%) tenían menos de 30 años, y 2 millones, menos de 25. Los jóvenes representan entre el 60% y el 70% de la fuerza laboral en la industria automovilística, entre el 70% y el 80% en la alimentaria, el 80% en el comercio y el 70% en el magisterio. En los ferrocarriles, la mitad de los trabajadores que se incorporan son jóvenes; en el sistema telefónico, un 60% de los afiliados al sindicato tienen menos de 30 años. La nueva composición del movimiento obrero incidió en el proceso de normalización sindical cuando la dictadura se retiraba, y ayudó a darle contenido pluralista y antiburocrático.

> La juventud obrera de hoy, que es la segunda o tercera generación de obreros y empleados, posee diferenciaciones significativas con relación a las anteriores camadas de jóvenes trabajadores. Es una generación nacida entre los años 1955 y 1970, es decir en pleno proceso de giro a la izquierda de las masas peronistas y se desarrolla en tiempos de profundos cambios en la conciencia de las masas trabajadoras [...] la mayoría de los jóvenes asalariados sigue siendo peronista, pero con características diferenciadas a las anteriores generaciones de obreros peronistas [...]. Los que desarrollan una militancia, lo hacen principalmente en el movimiento sindical [...]. Existe un rechazo generalizado hacia

> los dirigentes peronistas que han traicionado el mandato de su clase [...]. Todavía no aparece un proyecto del peronismo que englobe a la juventud trabajadora , hecho que fundamentalmente tiene que ver con sus divisiones internas [...]. Si queremos caracterizar a la juventud con un término, ese término se llama búsqueda, y esa búsqueda es por izquierda (AA.VV., 1986).

Luis Heller, por su parte, afirmó que la dictadura no logró destruir la organización del movimiento obrero, pero sí debilitarla seriamente. Tras destacar las batallas parciales de la clase obrera y aquel gran paro antidictatorial del 30 de marzo de 1982, sostuvo que no se logró derrotar totalmente a la dictadura.

> El movimiento obrero no cumplió todavía su papel de vanguardia. Aunque libró importantísimos combates, aunque soportó sobre sus espaldas el mayor peso de la represión, el grueso de las medidas económico-sociales que tomó la dictadura, no desempeñó su papel de vanguardia, no nucleó en torno de sí a las otras fuerzas capaces no solamente de obligar, actuando en común, a retirarse a la dictadura sino de presentar una alternativa democrática, antiimperialista para nuestro país [...]. En esto tienen una responsabilidad fundamental determinados dirigentes corrompidos y que responden a una determinada ideología que no es la proletaria (AA.VV., 1986).

Heller desalentó cualquier expectativa de que recomponer el movimiento sindical fuera sencillo, porque requiere "enfrentar al aparato estatal y a la gran patronal, así como al aparato de los propios dirigentes sindicales". Subrayó que la batalla apropiada era apuntar "al desplazamiento de los sectores más corrompidos y lograr ir creando las condiciones para tener en la CGT, en las organizaciones sindicales, direcciones más acordes con lo que las bases quieren, con lo que la clase necesita para poder desempeñar ese papel".

> [Hay que] lograr una política de alianzas amplias, con aquellos sectores, particularmente peronistas y no sólo peronistas, pero particularmente peronistas, porque el peronismo era y aún es hoy la mayoría de la clase obrera argentina [...]. Nuestro partido, en 1946, en el XI Congreso se trazó una táctica en relación con el peronismo. Se la trazó a partir de una realidad; la masa obrera, en lo fundamental, había sido ganada por las ideas del peronismo. Había que acompañar a esa masa en su experiencia a fin de ganarla para la ideología del proletariado [...] esa conciencia se adquiere fundamentalmente a través de la práctica [...] esa práctica hay que acompañarla con la labor ideológica" (AA.VV., 1986).

Respecto de ese momento, el dirigente evaluó:

> Esa clase obrera está en un nivel de conciencia superior […] hay una generación nueva más antiimperialista, que ve con mucha simpatía la Revolución Cubana y la Revolución Nicaragüense, y que comienza a trabajar cada vez más codo a codo con los comunistas donde los comunistas estamos […]. Hoy tenemos una fuerza no desdeñable de comunistas con cargos sindicales. De muy pocos que teníamos después del golpe de Estado, hoy tenemos más de 3 mil con cargos sindicales […]. Necesitan una atención especial, necesitan de un apadrinamiento especial, necesitan que se los ayude a formarse en las concepciones marxistas-leninistas. […] Tenemos planteado un objetivo central básico […] una corriente de opinión dentro del movimiento obrero argentino, una corriente de opinión que nuclee a distintos sectores, a distintas corrientes que han surgido como consecuencia del proceso electoral sindical, con vistas a crear condiciones para que del próximo Congreso General de la CGT pueda surgir una dirección más acorde con las necesidades de la clase obrera y el propio país […] es la Coordinadora Nacional de Agrupaciones "Agustín Tosco", que ha nucleado a alrededor de 300 agrupaciones en el orden nacional (AA.VV., 1986).

La irrupción de la CTA hizo frente a la ofensiva neoliberal

El 17 de diciembre de 1991, 164 dirigentes sindicales reunidos en el complejo recreativo de los obreros navales, en la localidad bonaerense de Burzaco, se comprometieron a echar los cimientos de una nueva central obrera al margen de la CGT. Integraban aquel núcleo germinal principalmente las conducciones de ATE (estatales) y de CTERA (docentes) junto con delegaciones de jerárquicos ferroviarios, bancarios, trabajadores de prensa, telefónicos, gráficos, papeleros, municipales, judiciales, y la Coordinadora de Jubilados encabezada por Miguel Zárate.

> La situación que afronta nuestra comunidad –señaló el documento firmado ese día– ante la destrucción de muchas de sus organizaciones políticas y sociales, nos plantea el desafío de concretar nuevas formas de construcción política y social, capaces de reinstalar el poder de los trabajadores y el pueblo en el escenario nacional […]. El viejo modelo sindical sostenido por su dependencia del poder político y su grado de complicidad con el poder económico no sirve para canalizar las demandas de sus representados ni defender sus conquistas e intereses (Del Frade, 2004).

El grupo promotor dotó a su propósito fundacional de claros principios: "autonomía sindical con respecto al Estado, los patrones y los partidos políticos; democracia sindical, rechazando las estériles divisiones y el sectarismo; apertura a otras organizaciones sociales que expresen las múltiples demandas de los sectores populares. [...] Se hace necesario entonces abordar nuevas formas organizativas que tengan en cuenta que un mismo grupo empresario controla diferentes ramas productivas y que han transnacionalizado su funcionamiento controlando inclusive al Estado" (Del Frade, 2004). En materia internacional, el grupo postuló la realización de encuentros sectoriales y multisectoriales entre las diversas organizaciones populares de nuestro continente, y "la solidaridad incondicional con el pueblo cubano, hoy avasallado en sus derechos soberanos como nación a partir del bloqueo impulsado por el gobierno de los Estados Unidos". Se pronunció también contra las privatizaciones de las empresas estatales YPF, Hidronor, Gas del Estado, Ferrocarriles Argentinos y Sierra Grande, y denunció a la dirigencia sindical cómplice de ese proceso.

El 4 de abril de 1992, en Rosario, un plenario con 1.571 dirigentes de 20 provincias, en representación de 10 organizaciones nacionales, 122 sindicatos de base y 38 comisiones internas, convocó a un Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA), que deliberó el 14 de noviembre de ese año en el porteño Parque Sarmiento. En aquel congreso fundacional se aprobó un estatuto democrático que estableció la posibilidad de afiliarse personalmente a la nueva central y no únicamente a través de una entidad de primer grado, y también adoptó el sufragio directo para elegir a los dirigentes. Las centrales locales y provinciales gozarían de autonomía. La mesa provisoria quedó formada por Mary Sánchez, Víctor De Gennaro, Cayo Ayala, Roberto Miller, Eduardo Fernández Novoa, Elido Veschi, Miguel Zárate, Amando Pafundi, Roberto Mandrik, Alberto Piccinini y Danilo Mesa, con mandato hasta las primeras elecciones por voto directo de los trabajadores afiliados. Aquel congreso incluyó la última intervención pública del respetado dirigente Germán Abdala, de los empleados del Estado:

> A pesar de los muchos conversos, de los muchos que se han cambiado la ropa lavada; de los muchos que se han lavado la cabeza; nosotros seguimos creyendo que hay un país para cambiar, una sociedad nueva para construir, un camino nuevo para alumbrar y por eso, compañeros, mi esfuerzo es el de ustedes, es una punta muy chiquita de todo lo que ustedes expresan por abajo (Del Frade, 2004).

Abdala, que en 1989 había sido elegido diputado nacional, fue uno de los integrantes del Grupo de los Ocho, que renunció al Partido Justicialista para denunciar la política de entrega del menemismo.

El 8 de julio de 1993, el CTA realizó su primera jornada de protesta nacional "contra el modelo neoliberal de exclusión", al que denunciaba como "un proyecto estratégico de mayor dependencia y de traspaso de poder a manos de los grupos económicos concentrados". El 2 de septiembre del mismo año realizó, en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, el Congreso del Trabajo y la Producción, con la participación del movimiento universitario, la Federación Agraria Argentina, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios, y dirigentes políticos, para fijar las pautas de un nuevo proyecto socioeconómico y político, en momentos en que crecían las protestas obreras y populares contra la política del gobierno de Menem, con picos en La Rioja y en Santiago del Estero.

En el interior del CTA se desarrolló por esos meses un intenso debate entre quienes proponían desarrollar una central sindical y quienes querían formar un partido político, uno de cuyos argumentos era que el menemismo había dejado en orfandad política y organizativa a la dirigencia combativa y clasista del peronismo. El debate no detuvo la acción, y 1994 se convirtió en un año memorable para el movimiento obrero y popular cuando una "Marcha Federal por una Argentina para Todos", convocada por el CTA, demostró que el pueblo, sumándose desde todas las latitudes del país, no bajaba los brazos frente a la ofensiva neoliberal. La marcha se inició el 3 de julio en la norteña La Quiaca, aunque también partieron contingentes desde otros puntos cardinales del país, y todos confluyeron masivamente el 6 de julio en la Plaza de Mayo, donde los esperaban columnas del Movimiento de Trabajadores Argentinos, encabezado por Saúl Ubaldini, Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios, opuestos al grupo mayoritario en la CGT. Fue una concentración inédita por la enorme presencia popular del interior del país. Víctor de Gennaro lo expresó gráficamente: "Este es un gesto epopéyico para recuperar la plaza del pueblo".

Otra jornada importante fue el primer Encuentro Nacional sobre la Desocupación, en abril de 1996. En ese año, la entidad –que dejó de llamarse Congreso para denominarse Central, "el CTA" pasa a ser "la CTA"– participó en el juicio iniciado en España contra el terrorismo de Estado de los años setenta en la Argentina. Allí se documentó la participación de los grandes intereses económicos en los crímenes de lesa humanidad de la dictadura, y cómo la represión se había ensañado con la militancia sindical.

El año se completó con el Primer Congreso Nacional de Delegados, que tuvo lugar el 4 de noviembre en el Luna Park, con 5 mil participantes de todo el país que se comprometieron a luchar por la unidad del movimiento obrero, por la defensa y la profundización de los espacios multisectoriales, y contra la desocupación. Se lanzaron a alcanzar

el millón de afiliados a la CTA y reclamaron una Ley de Emergencia Ocupacional, Educativa, Sanitaria, Social y Previsional.

La historia de los primeros años de la CTA fue recogida en *Nosotros los trabajadores* (2004), del dirigente de la primera hora de la central, Carlos del Frade, quien incluyó la siguiente cita de Agustín Tosco:

> Los trabajadores luchamos por nuestro digno lugar en esta sociedad. Luchamos para que se nos reconozca nuestro verdadero ser, que no es el de objetos de explotación, sino de protagonistas fundamentales en la construcción y desarrollo de una sociedad, de una civilización más humana y más justa [...] y desde hace años el camino que venimos recorriendo rescata del hombre del trabajo su auténtica dimensión social. Continuamos la obra que otros emprendieron y el trabajo y la lucha no cesarán hasta que lo que hoy se conoce por justicia y por derecho correspondan a su verdadero significado.

También Rodolfo Walsh fue citado en el libro:

> Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de las otras cosas. Esta vez es posible que se quiebre ese círculo.

Y el propio Del Frade añadió:

> La historia escrita y la todavía por venir desde la CTA apunta al futuro. A ese sentido profundo que anida en los que siguen enamorándose y trayendo hijos a estos arrabales del mundo porque saben que, a pesar de los pesares impuestos, la verdad, la memoria, la justicia y la solidaridad alumbrarán el nuevo horizonte.

La CTA, como organización sindical nacional, ha estado presente en los últimos años en múltiples movilizaciones en todo el país, en defensa de los derechos humanos, por mejoras salariales, por los jubilados, por la vigencia de una democracia auténtica y participativa, en directo intercambio y solidaridad con el movimiento obrero y popular del continente. Además ha hecho proliferar iniciativas de carácter político y social, constituido comisiones de estudio, formado cuadros y editado valiosas contribuciones al conocimiento de la realidad nacional.

Una de sus iniciativas originales más destacadas, que abrió camino al desarrollo de un movimiento pluripartidario, multisectorial, con gran participación juvenil, fue promover una Constituyente Social. En un documento del 20 de mayo de 2009 declaró:

> Para nuestro pueblo, para los trabajadores, para la militancia social de nuestro país, el camino hacia una Constituyente Social es un desafío, una tarea y una fiesta. Un desafío porque nos estamos convocando a protagonizar una experiencia política nueva en la Argentina, y queremos hacerlo recuperando lo mejor de nosotros, en el pasado, el presente y el futuro. Una tarea, porque este sistema le ha puesto un certificado de defunción al planeta, a la vida y a los pueblos. Cada día que retrasamos en construir la unidad popular lo pagamos con la muerte de nuestros chicos y la ida anticipada de nuestros viejos. Pero este camino también es una fiesta, porque no hay nada más alegre e impredecible que un pueblo construyendo su poder y sus capacidades. Un trabajo feliz, que nos está integrando, que nos está mezclando, que nos constituye. Una Constituyente Social.

Al respecto, el premio nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel comentó en noviembre de 2009:

> Pienso que la Constituyente tiene que transformarse. Hay que darle la dimensión política que debe tener. Este es un eje. Segundo: hay problemas que son estructurales en el país. Uno es el problema de la tierra. Lo otro es que es un país multicultural y multilingüístico, es un aspecto que se tiene muy poco en cuenta y se lo deja como un hecho marginal. Pero eso es central en cuanto a la cultura, valores y condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas (Pérez Esquivel, 2009).

La lucha por la unidad obrera y popular siempre ha sido ardua, y esto se ha constatado una vez más en la CTA. La elección del 23 de septiembre de 2010 dejó a la conducción dividida. Sectarismos y mezquindades han ocupado el lugar que correspondía a las coincidencias y al consenso. La minoría de las minorías, que vive de la explotación y la dependencia, lo observa complacida.

Reflexiones sobre el peronismo en primera persona

Sesenta y cinco años de historia del peronismo dejan a mi juicio dos grandes interrogantes políticos: ¿Por qué el movimiento fundado por el general Juan Perón y Eva Perón, siendo la fuerza política que más estuvo en el gobierno de la Argentina en este período, no pudo consolidar, pese a todas las transformaciones que encaró, sus banderas de una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, y mucho menos enfilar hacia el socialismo nacional, como proclamó en cierto momento? ¿Por qué, pese a todo, el peronismo mantiene su influencia hegemónica sobre el pueblo trabajador, cuando en

países hermanos fuerzas políticas similares, con balances parecidos en cuanto a logros y frustraciones, han perdido ese predicamento?

Buscar las respuestas me condujo, por un lado, a analizar las bases y condiciones estructurales de la sociedad argentina que abortaron o dejaron inconclusos objetivos estratégicos de la clase obrera; por otro lado, me llevó a indagar en la historia del movimiento obrero argentino las causas de la declinación de los principios clasistas y revolucionarios.

Mucho se ha escrito acerca de "vivir juntos la experiencia de Perón". Incursionar en ese campo con profundidad requiere un plan de trabajo que sobrepasa los propósitos de este libro. Lo que sí me permito señalar es que, de haber estado unidas las fuerzas populares y revolucionarias, muchas tragedias de la Argentina, como el terrorismo de Estado de la dictadura de 1976 a 1983, podrían haberse prevenido y aun evitado. Deseo citar otras de las claras y orientadoras reflexiones de Badaraco: "La clase obrera tampoco la idealizamos. Nos basta saber que es la clase del porvenir y que sin sus soluciones no habrá soluciones para el país".

Desde joven he participado también en diferentes movimientos sociales junto con dirigentes peronistas y he podido apreciar el hondo compromiso de muchos de ellos, en sus pensamientos y en sus actos. Tanto que no pocos han ofrendado sus vidas en la larga lucha por la liberación nacional, sintiéndose parte de un proyecto histórico para terminar con las injusticias del capitalismo. He podido apreciar además sus enormes expectativas y a veces su admiración, no exenta de honestas críticas, por el desarrollo de la nueva sociedad que se estaba construyendo en el mundo socialista que yo defendía, y que más tarde colapsó. Eso sin mencionar todo lo que la Revolución Cubana y la figura del legendario Che Guevara han penetrado en los corazones y en la conciencia de gran parte de los trabajadores peronistas.

Cómo no subrayar las agudas reflexiones de John William Cooke, por entonces representante de Perón, en la introducción a su exposición de 1964 ante la Comisión sobre Petróleo de la Cámara de Diputados, ya comentada en este capítulo, que proponía "una política que vaya a atacar las estructuras, pero no las estructuras en abstracto, sino las estructuras mismas del régimen de la propiedad, especialmente de propiedad de la tierra y de la gran industria, que sea un avance hacia el socialismo" (Cooke, 1964).

Un antecedente que sin duda refuerza los interrogantes iniciales. En la historia argentina no hubo, salvo el peronismo, una fuerza política que haya tenido tanto acceso al gobierno, con todas sus vicisitudes. Ningún otro movimiento ni partido ha podido comprobar de modo tan directo la fortaleza de la estructura de dominación imperialista y de explotación capitalista, ni se ha frustrado tanto tratando de crear un

ambiente de justicia social en un país independiente y soberano ante la resistencia feroz del sector del privilegio. Decía muy bien Perón que el trabajo es la fuente principal de la riqueza del país. Sin embargo, al margen de los deseos y de las declaraciones oficiales, al mantenerse en lo sustancial la estructura de clases y la base material que las sustentaba, los millonarios de adentro y de afuera siguieron acumulando fortunas apoderándose de las riquezas que creaba el trabajo de la mayor parte del pueblo. Objetivamente, pese a todos los cambios que promovió, el peronismo no llegó a modificar esa situación de fondo y la prédica de su gobierno apuntó más bien a naturalizar la convivencia armónica de los trabajadores con los capitalistas en un supuesto capitalismo humanizado.

Le cabe por tanto al peronismo la distinción incluida en los Objetivos del Plan Trienal del último gobierno del propio general Perón (1973-1974):

> Es necesario distinguir los planes de continuidad y los de cambio. Cuando se procura prolongar en el tiempo los rasgos fundamentales del sistema vigente, se acepta como dato no cuestionable la estructura social y económica que rige [...]. Históricamente, todos los gobiernos han tenido a su alcance –en mayor o menor medida– los instrumentos que le hubieran permitido elegir entre una amplia gama de opciones. Lo que ha faltado ha sido la voluntad política de utilizarlas al servicio de la liberación nacional y en beneficio de las mayorías populares (PEN, 1973: 15 y 23).

Pese a todo, el peronismo sigue vigente. En tanto, movimientos nacionalistas y populares que han actuado en países hermanos con sus propias características, y que muchos estudiosos han agrupado simplificadamente como "gobiernos populistas", se han quedado en el camino. ¿Por qué esta diferencia notable? Algunas hipótesis al respecto, relacionadas entre sí, se presentan a continuación sin que la numeración implique orden de importancia:

1. El peronismo se inició con un movimiento de masas encabezado por la clase obrera organizada sindicalmente, lo que no sucedió en otros países hermanos. Desde entonces, la clase obrera no ha desaparecido ni mermado, al contrario, se ha extendido y ampliado, acorde con el avance del desarrollo capitalista en el país, la incorporación de los avances de la Revolución Científica y Técnica y la mayor presencia de las empresas transnacionales de capitales extranjeros.
2. La militancia marxista y revolucionaria esperaba que los nuevos obreros hicieran su experiencia con el gobierno peronista y asumieran su rol histórico clasista. Ese proceso quedó trunco,

entre otros factores, por una labor ideológica inadecuada para la circunstancia de que muchos de los nuevos contingentes obreros procedieran del interior. Pese al trabajo consecuente de muchos militantes, que incluso sufrieron persecuciones y cárcel, la dirigencia política y sindical clasista no acertó a producir un esclarecimiento efectivo sobre la política de conciliación de clases.

3. El grueso de la dirigencia obrera peronista ha estado desde sus comienzos comprometida en alianzas y complicidades de todo nivel con la burguesía industrial nacional, la cual supo influir política e ideológicamente en las filas obreras por medio de la educación, los medios de comunicación, la corrupción, el crecimiento de la burocracia y la participación en el manejo discrecional de las obras sociales, la construcción de viviendas y otras actividades.
4. La burocracia, por su propia naturaleza, comenzó a privilegiar su propio interés, al margen y aun en contra del interés de los trabajadores que debía defender, y se aferró con uñas y dientes a los cargos, las estructuras y las cajas gremiales. Fue una sistemática supresora de la democracia sindical, cuyo ejercicio creaba riesgo para sus negociados, y una eficaz difusora del virus del anticomunismo, para beneplácito de los enemigos de la unidad popular, porque veía en las corrientes clasistas, así como en los peronistas revolucionarios y en general en cualquier luchador obrero honesto, al adversario que podía desalojarla de los sindicatos que parasitaba e inutilizaba para la lucha.
5. La gran burguesía argentina y los monopolios extranjeros comprendieron tempranamente el valor estratégico de la existencia de este tipo de sindicalismo como gran contención al avance del clasismo, y por eso lo fomentaron y protegieron.
6. La corrupción del grueso de la dirigencia sindical peronista alcanzó un nivel superior en los años noventa con la política neoliberal de Menem. Los tradicionales sobres patronales por debajo de la mesa se cambiaron por acciones de las compañías privatizadas y por la inclusión de sindicalistas como patrones en los ferrocarriles, el petróleo, la energía eléctrica, la siderurgia, los peajes. La aparición del sindicalismo empresario, entrelazado de esa forma nueva con los amos de la economía concentrada, insufló nuevos argumentos y recursos a los dinosaurios del sindicalismo y sumó un factor de peso a la crisis del peronismo.
7. Persiste en la prédica de muchos peronistas, especialmente cuando ocupan cargos públicos, la ilusión de un estado neutral y la posibilidad de establecer la justicia social mediante la mera llegada al gobierno y la administración del país, sin preocuparse por su estructura. Esta idea errónea es alimentada por las

notorias mejoras alcanzadas por los trabajadores en el primer gobierno de Perón, que dejaron una fuerte impronta en el debut político de toda una generación obrera formada por inmigrantes del interior.

8. Los poderosos del país también actuaron, directa e indirectamente, para mantener al movimiento peronista como un proyecto político de reserva, para valerse de él, ya fuera como actor condicionado o en calidad de proscripto, según aconsejaran las circunstancias políticas e históricas para mejor mantener el statu quo. Sin embargo, cuando esos manejos se vieron desbordados por la creciente concentración de la clase obrera y por el ascenso de las corrientes combativas y revolucionarias adentro y afuera del peronismo, no vacilaron en desatar el terrorismo de Estado de la dictadura.

Hay que juntar y cohesionar a los partidarios de los cambios profundos

Los profundos cambios en la estructura económica y social argentina en el último medio siglo, y en particular en los últimos treinta años, determinaron entre otras consecuencias que el aliado histórico del movimiento peronista, la burguesía industrial, haya perdido por completo su peso y su relativa autonomía, como consecuencia del inédito grado de transnacionalización alcanzado por la economía del país.

La idea de que la burguesía nacional podía jugar un papel histórico en alianza con el movimiento obrero ha perdido vigencia. Sin embargo, en los gobiernos peronistas posteriores a Perón se siguió alimentando esa ilusión, con lo cual sólo se consigue ampliar la distancia entre los deseos y la realidad y contribuir así a la inestabilidad.

Para colmo, valiéndose de la idea de alianza de clases, la derecha peronista, con Carlos Menem, se alió con las transnacionales, vaciando por completo los valores y la historia del peronismo. No fue un hecho episódico ni espontáneo, sino el resultado del empeño del sector del privilegio por establecer el orden neoliberal. Fue la hábil táctica encontrada para completar el trabajo iniciado en la dictadura, aprovechando la aparición de un gobernante sin principios ni voluntad política alguna en favor de las mayorías populares. Por eso, si el peronismo no revisa su base teórica y política seguirá expuesto a las maniobras de los grupos dominantes.

Por otro lado, gobierne o no el peronismo, la democracia burguesa argentina camina sobre una cuerda floja debido al poder económico y financiero acumulado en el país por el imperialismo en unión simbiótica con la burguesía terrateniente. Es una debilidad sustancial que requiere un amplio debate de toma de conciencia.

En el balance de la experiencia política nacional, hay que revalorizar la experiencia frentista más lograda de las últimas décadas, el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), de fines de los sesenta y comienzos de los setenta, cuya plataforma de 25 puntos daba respuestas políticas, económicas y sociales a las necesidades inmediatas y mediatas del pueblo, bajo una dirección compartida de peronistas, comunistas, socialistas, radicales e independientes de todo el país. Si la derecha peronista y otras fuerzas afines no hubieran logrado dividirlo y disgregarlo, los responsables del sangriento golpe de Estado de 1976 habrían encontrado un escenario considerablemente más adverso para su plan criminal.

En tanto, América Latina y el Caribe no son hoy lo mismo que en el siglo XX. El continente exhibe un nuevo mapa político con las revoluciones bolivarianas de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua y otros procesos. Con el acuerdo ALBA se está poniendo en acción una inédita integración económica, política, cultural y social que recoge la herencia de los próceres latinoamericanos y lleva a la práctica reivindicaciones que el peronismo siempre ha levantado: la reforma agraria, la nacionalización de recursos naturales, el abierto enfrentamiento con la política imperial de los monopolios transnacionales, la lucha por la soberanía y el derecho a la autodeterminación. La izquierda, más allá de matices, no está poniendo el empeño suficiente para difundir en el movimiento obrero este momento que vive el continente, y para discutir y desmitificar la propaganda adversa.

No obstante estas limitaciones, hay un nuevo surgimiento de luchas en el movimiento sindical por la democratización y por mejoras sociales, que incluye las banderas por la recuperación del patrimonio nacional, en las cuales lo novedoso es la participación de los jóvenes y lo absurdo es que la dirigencia pretenda ignorar que esto ocurre en un mundo capitalista envuelto en una crisis fenomenal. Las grandes potencias capitalistas, encabezadas por Estados Unidos, atraviesan la mayor crisis económica, financiera, ecológica y política jamás vivida por el sistema. Es imposible que Argentina eluda todas las consecuencias de semejante proceso, y sin embargo la dirigencia trata esa realidad como si fuera completamente ajena.

Se trata, por el contrario, de un momento extraordinario para desplegar las enseñanzas científicas sobre el origen de las crisis capitalistas e imperialistas, el talón de Aquiles del sistema. Hablar de la excepcionalidad argentina es postular que aquí el sistema funciona bien, es avalar la estructura capitalista del país, el proceso de dependencia y, sobre todo, el saqueo voraz al que está sometido. Las nuevas generaciones peronistas buscan las respuestas a los grandes desafíos que se presentan. Su principal dirigencia actual no se las está ofreciendo. Se tapan en forma ficticia muchos problemas con créditos blandos

para consumo, subsidios y planes sociales, y se van acumulando deficiencias en infraestructura de transporte, comunicaciones, energía y también en la industria, atrasando el propio desarrollo capitalista del país. En tanto, el aumento del PBI del 70% registrado en la década no se ha traducido en una mejora sustancial para los trabajadores.

En este cuadro no faltan quienes especulan con sacar provecho material o ideológico de la crisis del peronismo, en beneficio de alternativas que se traducen en la práctica en el fortalecimiento del poder económico y financiero dominante. Otros, ubicados en la izquierda, vuelven al posibilismo político, olvidándose de la experiencia recogida. Proponen ir atrás del movimiento peronista con un proyecto difuso, abstracto, revestido de modernismo y falsas conciencias o, en el mejor de los casos, ceñido a problemas coyunturales, tácticos, borrando objetivos estratégicos y principios de clase. ¿No es acaso la hora de construir un amplio frente antiimperialista contra la política de guerra y la crisis económica de las potencias capitalistas? En ese frente, el movimiento peronista debe jugar un papel destacado y empeñarse, junto con las demás fuerzas populares y con el movimiento obrero, en la lucha por las soluciones verdaderas a los grandes problemas.

En resumen

En este tomo se han expuesto las causas principales de la crisis económica, política y social que estalló en 2001, y el destino de sus principales víctimas. Las consecuencias aún perduran, a pesar del notable crecimiento económico de la última década. Se mencionó asimismo el ajuste de cuentas que tuvo lugar entre las clases dominantes, que dio lugar a una mayor concentración y monopolización de la vida nacional, de alcances no conocidos hasta la fecha.

No se podía pasar por alto el rol de la clase obrera, la más perjudicada por la crisis, y el papel trascendental que continúa desempeñando en la sociedad argentina.

En nuestro análisis, considerando nuestra realidad y sus particularidades, nos hemos guiado por las concepciones del materialismo dialéctico e histórico, que lejos de ser una pertenencia exclusiva de los marxistas, constituye, como subrayaba el Dr. Luis Viaggio, "una conquista de la civilización […] abierta a todos los que luchan por la felicidad humana" (Viaggio y Viaggio, 2003: 85).

En el segundo tomo, de próxima edición, abordaremos el objetivo de la conquista definitiva de nuestra independencia económica y política, con vistas a terminar para siempre con la miseria, la explotación y las injusticias. Y alcanzar el goce pleno del derecho a una auténtica democracia participativa del pueblo.

Las tareas de la liberación nacional y social implican, a nuestro entender, suscitar y tratar de responder algunos interrogantes en este Bicentenario del nacimiento de nuestra Patria.

¿Hacia qué dirección deberíamos concentrar el objetivo central de nuestras luchas?

¿Tenemos conocimientos reales de las consecuencias y las oportunidades que enfrentamos en medio de una crisis profunda e inédita de las grandes potencias capitalistas?

¿Somos conscientes de los cambios políticos y económicos que tienen lugar en nuestra América Latina?

¿El capitalismo argentino puede ofrecer soluciones a los múltiples problemas y angustias que afligen a nuestra ciudadanía?

¿Cómo doblegar el individualismo, que aún encandila a sectores medios, y que socava la esencia humana de sus existencias en un mundo que embarga el presente y el futuro?

¿Por qué no han culminado exitosamente los múltiples intentos de construcción de una fuerza unida y combativa?

¿Es posible la vigencia de una democracia auténtica, participativa, con un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo?

Las respuestas a estos y otros interrogantes hay que buscarlas en el propio proceso histórico de nuestra sociedad, tanto en su formación material como espiritual, en sus leyes objetivas, en sus contradicciones y tendencias, con la vista puesta en la necesidad histórica de transformaciones revolucionarias para lograr una vida más digna, plena de humanismo, con disfrute de los bienes materiales y culturales, y de los extraordinarios descubrimientos de la ciencia.

Tales son las orientaciones del segundo tomo de esta obra que queda abierta al debate crítico y a la reflexión del lector.

Bibliografía

AA.VV. 1986 *La clase obrera argentina: cambios y tendencias* (Buenos Aires: Editorial Anteo).

Agosti, Héctor P. 1964 *Tántalo recobrado* (Buenos Aires: Editorial Lautaro).

Agosti, Héctor P. 1970 *Perón y la Segunda Guerra Mundial* (Buenos Aires: Editorial Polémica).

Azpiazu, Daniel 1998 "Las privatizaciones en la Argentina". FLACSO, Documento de Trabajo, mayo.

Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín 2004 *Crónica de una sumisión anunciada* (Buenos Aires: Siglo XXI).

Bagú, Sergio 1961 *La Argentina en el mundo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Banco Mundial 1995 "El mundo del trabajo en una economía integrada" en *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1995* (Washington DC: Banco Mundial).

Banco Mundial 2005 "Crecimiento económico en los '90. Enseñanzas de una década de reformas", Banco Mundial, Washington DC, marzo.

Bär, Nora 2009 "Conflictos de interés" en *La Nación* (Buenos Aires) 11 de noviembre.

Baschetti, Roberto (comp.) 1997 *Documentos de la resistencia peronista* (La Plata: Editorial de la Campana). Disponible en <www.bibliotecacta.org.ar>.

Basualdo, Eduardo; Schorr, Martín y Lozano, Claudio 2002 "La transferencia de recursos a la cúpula económica durante la administración Duhalde". Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores de la Argentina, CTA, Buenos Aires, marzo.

Bezchinsky, Gabriel et al. 2007 *Inversión extranjera directa en la Argentina. Crisis, reestructuración y nuevas tendencias después de la convertibilidad* (Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas) Colección Documentos de Proyectos.

Bialet Massé, Juan 1904 *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas* (Buenos Aires: Editorial Adolfo Grau).

Boyer, Robert y Neffa, Julio César 2004 *La economía argentina y su crisis (1976-2003). Visiones institucionalistas y regulacionistas* (Buenos Aires: CEIL-PIETTE/Miño y Dávila).

Boyer, Robert y Neffa, Julio César 2007 *Salida de crisis y estrategias alternativas de desarrollo. La experiencia argentina* (Buenos Aires: Miño y Dávila/CDC/CEIL-PIETTE).

Bruzzone, Elsa 2008 *Las guerras del agua* (Buenos Aires: Capital Intelectual) Tomos 1 a 3.

Cabral, César Augusto 1979 "La Generación del Ochenta" en *Problemas de Economía* (Buenos Aires) Nº 57, julio.

Camelo, Heber 1998 "Subdeclaración de ingresos medios en la Encuesta de Hogares". CEPAL, Naciones Unidas, Buenos Aires.

Campal, Esteban F. (ed.) 1972 *Regionalización ganadera en la Cuenca del Plata* (Montevideo: Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA).

Castro, Fidel 2007 *Tanques llenos, estómagos vacíos. La amenaza de los agrocombustibles* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).

CEMOP-Centro de Estudios Económicos y Monitoreo de las Políticas Públicas 2009 "Argentina, dos proyectos de país en disputa. La encrucijada ante la crisis mundial". Serie Divulgación de la Situación Económica Argentina, Buenos Aires, junio.

CEP-Centro de Estudios para la Producción 1999 *Reporte Industrial 1999* (Buenos Aires: Secretaría de Industria, Comercio y Minería).

CEPAL-Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993 "La inversión en la industria argentina". Documento de Trabajo Nº 49, febrero.

CEPAL 2003 *Componentes macroeconómicos, sectoriales y microeconómicos para una estrategia nacional de desarrollo* (Buenos Aires: Ministerio de Economía/Banco Interamericano de Desarrollo, BID). Disponible en <www.eclac.org/argentina/noticias/paginas/8/12248/resumengral.pdf>.

CEPAL 2008 *La inversión extranjera en América Latina y el Caribe 2007* (Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas).

CGT 1968 "Mensaje de la CGT de los Argentinos" (Buenos Aires) mayo.

CIA-Agencia Central de Inteligencia 1974 "Implicancias potenciales de las tendencias en la población mundial, la producción de alimentos y el clima". Oficina de Investigación Política, CIA, Washington DC, agosto.

Cimoli, Mario; Novick, Marta y Palomino, Héctor 2007 "Estudios estratégicos sobre el trabajo y el empleo para la formulación de políticas" en *Estructura productiva y empleo. Un enfoque transversal* (Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social).

Civitaresi, Héctor Martín 2007 "Consumir energía como un acto agrícola. Impactos de la producción de biodiesel en el sistema agroalimentario argentino". Ponencia en el Segundo Seminario Internacional "Nuevos desafíos del desarrollo en América Latina. La perspectiva de jóvenes académicos y profesionales", Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba.

Codovilla, Victorio 1964 *Una trayectoria consecuente* (Buenos Aires: Editorial Anteo) Tomo II.
CCPC-Comité Central del Partido Comunista 1947 *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Anteo).
Cooke, J.W. 1964 *Peronismo y petróleo* (Buenos Aires: Ediciones Segunda Etapa).
Del Frade, Carlos 2004 *Nosotros los trabajadores* (Buenos Aires: El Farol Cooperativa de Trabajo Cultural Limitada).
Engels, Friedrich 1973 "Introducción a la edición de 1891 de *Trabajo asalariado y capital* de C. Marx" en *Marx y Engels. Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomo IV.
Fanelli, J.M. 2003 "El sistema financiero argentino. La crisis y los desafíos" en Bruno, Carlos y Chudnovsky, Daniel *Por qué sucedió: las causas económicas de la reciente crisis argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI).
Fayt, Carlos S. 1967 *La naturaleza del peronismo* (Buenos Aires: Editorial Viracocha).
Fedóseiev, Piotr 1983 "La clase obrera y el progreso científico-técnico" en *Revista de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS* (Moscú).
Ferreres, Orlando J. (dir.) 2005 *Dos siglos de economía argentina (1810-2004)* (Buenos Aires: El Ateneo/Fundación Norte y Sur).
Finkman, Javier y Montenegro, Maximiliano 1995 "Vientos de cambio: los nuevos temas centrales sobre las empresas transnacionales". Documento de Trabajo Nº 63, CEPAL, Naciones Unidas, Buenos Aires, junio.
FMI-Fondo Monetario Internacional 2004 *Informe sobre la evaluación del papel del FMI en Argentina, 1991-2001* (Washington DC: FMI, Oficina de Evaluación Independiente).
FMI 2006 *Finanzas y desarrollo* (Washington DC) marzo.
Fuchs, Jaime 1965 *Argentina, su desarrollo capitalista* (Buenos Aires: Editorial Cartago).
Fuchs, Jaime 1982 *Argentina: actual estructura económico social* (Buenos Aires: Ediciones Estudio).
Fuchs, Jaime 1994 *Las transnacionales* (Buenos Aires: Editorial Letra Buena).
Fuchs, Jaime 2003a "Acerca del enemigo principal". Ponencia en el Primer Encuentro Regional por la Soberanía y la Integración de los Pueblos contra el ALCA, la Deuda y la Guerra, La Habana, 10 al 13 abril.
Fuchs, Jaime (dir.) 2003b "El Yo Acuso del pueblo argentino: ¿A cuánto asciende aproximadamente la deuda de los supuestos acreedores a nuestro país?". Cátedra de Economía Política Social, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires.
Fuchs, Jaime y Vélez, José Carlos 2001 *La argentina de rodillas* (Buenos Aires: Tribuna Latinoamericana).
Fuchs, Jaime; Grande, Fernando y Chenier, Juan 1976 *Defendamos YPF para autoabastecernos sin monopolios extranjeros* (Buenos Aires: Edición de los Autores).

González Alberdi, Paulino 1968 *Los estudiantes en el movimiento revolucionario. A 50 años de la Reforma Universitaria* (Buenos Aires: Ediciones Medio Siglo).

Grana, Roberto y Heller, Amado 1989 "Estructura y conciencia de la clase obrera" en *Cuadernos de* FISYP (Buenos Aires) Nº 11, febrero.

Grupo Sophia 2006 "Distribución de ingresos en la Argentina", Buenos Aires.

Guerrero, Irene 2005 "Cambios en la estructura productiva" en *La década de los 90 en la Provincia de Santa Fe* (Escuela de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Estadísticas) Cuadernos del Gran Rosario, Año 10, Nº 7.

Heiger, Anneli 1989 "Efectos del uso capitalista de la revolución científica y técnica sobre la estructura, situación y fuerza de lucha de la clase obrera". Instituto Ernst Thalmann, Berlín, febrero.

Herrero, Félix 2006 "Sed de petróleo y gas en el futuro inmediato" en *Le Monde diplomatique* (Buenos Aires) abril.

INDEC-Instituto Nacional de Estadísticas y Censos 1998 *Grandes empresas en Argentina* (Buenos Aires: INDEC).

Iñigo Carrera, Nicolás y Podestá, Jorge 1985 "Análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual" en *Cuadernos de* CISCO (Buenos Aires: CISCO) Nº 46, noviembre.

Íscaro, Rubens 1973 *Historia del movimiento sindical* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomos 1 a 4.

ISEPCI-Instituto de Investigación Social Económica y Política Ciudadana 2007 "Datos macroeconómicos, sociales, financieros y tributarios". Cátedra Arístides H.M. Corti, Buenos Aires, septiembre.

Kosacoff, Bernardo 1984 "El proceso de industrialización en la Argentina en el período 1976-1983", CEPAL, Naciones Unidas, Documento de trabajo Nº 13, julio Buenos Aires.

Kosacoff, Bernardo 2007 *Hacia un nuevo modelo industrial* (Buenos Aires: Editorial Claves para Todos).

Kulfas, Matías; Porta, Fernando y Ramos, Adrián 2002 *Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía argentina* (Buenos Aires: Oficina de la CEPAL, Naciones Unidas) Serie Estudios y Perspectivas Nº 10, septiembre.

Lage, Agustín 2007 "Propiedad y expropiación en la economía del conocimiento". Ponencia presentada en el IX Encuentro sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana, 5 al 9 de febrero.

Laughin, Robert 2010 "Reflexiones dramáticas de un premio nobel de Física" en *La Nación* (Buenos Aires) 20 de abril.

Laurent, Serge 1992 "A propósito de las clases sociales" en *Economie et Politique* (París) Nº 186-187.

Lenin, Vladimir I. 1960a *¿Qué hacer?* (Buenos Aires: Editorial Anteo) Pequeña Biblioteca Marxista-Leninista.

Lenin, Vladimir I. 1960b *Quiénes son los amigos del pueblo. Obras completas* (Buenos Aires: Editorial Cartago) Tomo I.
Lenin, Vladimir I. 1960c *El imperialismo, etapa superior del capitalismo. Obras completas* (Buenos Aires: Editorial Cartago) Tomo XXII.
Llorens, Javier y Cafiero, Mario 2002 "El vaciamiento del sistema financiero argentino en el 2001", Buenos Aires, mimeo.
Lojkine, Jean 1992 "Sobre la alianza capital de la clase obrera y los trabajadores intelectuales" en *Economie et Politique* (París) Nº 186-187.
Martínez de Hoz, José A. 1991 *Quince años después* (Buenos Aires: Emecé).
Martínez, Enrique 2008 "Tratando de entender (La cuestión agraria en la Argentina de hoy)". Instituto Nacional de Tecnología Industrial, INTI, Buenos Aires, marzo. Disponible en <http://www.inti.gov.ar/pdf/conflicto_agrario.pdf >.
Marx, Karl 1954 *Salario, precio y ganancia* (Moscú: Editorial Lenguas Extranjeras).
Marx, Karl 1970 *Contribución a la crítica de la economía política* (Buenos Aires: Ediciones Estudio).
Marx, Karl 1971 *Fundamentos de la crítica de la economía política* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) Tomo II.
Marx, Karl 1973a "Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*" en *Marx y Engels. Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomo IV.
Marx, Karl 1973b *El capital. Crítica de la economía política* en *Marx y Engels. Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomo I, II y III.
Marx, Karl 1973c *Trabajo asalariado y capital* en *Marx y Engels. Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomo IV.
Marx, Karl y Engels, Friedrich 1973 *Correspondencia* en *Marx y Engels. Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre) Tomo VIII.
Ministerio de Economía y Producción 2004 *Análisis Nº II. Argentina, el FMI y la crisis de la deuda* (Buenos Aires) Año 1, Nº 2, julio.
Minujin, Alberto 1997 "Estrujados. La clase media en América Latina" en *Empleo y globalización: la nueva cuestión social en la Argentina* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).
Minujin, Alberto y Kessler, Gabriel 1995 *La nueva pobreza en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Planeta).
Naciones Unidas 2008 *World Investment Report 2008* (Nueva York/Ginebra: Naciones Unidas).
Neffa, Julio César 1988 *Procesos de trabajo, nuevas tecnologías informatizadas y condiciones y medio ambiente de trabajo en Argentina* (Buenos Aires: CEIL/Editorial Humanitas).
Nueva Era 1965 (Buenos Aires: Comité Central del Partido Comunista de la Argentina). Director Paulino González Alberdi.
Obschatko, Edith; Ganduglia, Federico y Román, Florencia 2006 *El sector agroalimentario argentino 2000-2005* (Buenos Aires: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA).

Osádchaia, Irina 1975 *De Keynes a la síntesis neoclásica: análisis crítico* (Moscú: Editorial Progreso).
Palacios, Alfredo 1920 *El nuevo derecho* (Buenos Aires: Editorial Claridad).
Palomar, Jorge 2009 "La deuda interna" en *La Nación Revista* (Buenos Aires) 23 de agosto.
Palomino, Héctor y Schvartzer, Jorge 1996 "Del pleno empleo al colapso. La evolución del mercado de trabajo en la Argentina" en *Encrucijadas. Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Nº 4.
Paso, Leonardo 1974 "Introducción" en Avé Lallemant, Germán (comp.) *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Anteo).
PEN-Poder Ejecutivo Nacional 1973 "Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional 1974-1977", PEN, República Argentina, diciembre.
Pengue, Walter Alberto 2007 "Extranjerización del territorio argentino" en *Le Monde diplomatique*, abril.
Pérez Esquivel, Adolfo 2009 "La Constituyente es necesaria para profundizar un proyecto de país" en *Voces. Hacia una Contituyente Social en Argentina*. Disponible en <http://voces.constituyentesocial.org.ar/?p=59>.
Pérez Sosto, Guillermo (coord.) 2005 *Las manifestaciones actuales de la cuestión social* (Buenos Aires: Instituto Di Tella/Cátedra Unesco sobre las manifestaciones actuales de la cuestión social).
Perón, Juan Domingo 1952 *Conducción política* (Buenos Aires: Editorial Mundo Peronista).
Perón, Juan Domingo 1971 *Conducción política* (Buenos Aires: Editorial Freeland).
Perry, Guillermo y Servén, Luis 2002 "La anatomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y qué podemos aprender de ella" en *Desarrollo Económico*, Vol. 42, Nº 167, octubre-diciembre.
Pesenti, Antonio 1965 *Lecciones de economía política* (Caracas: Edición de la Universidad Central de Venezuela).
Prebisch, Raúl 1979 "Teorías neoclásicas del liberalismo económico" en *Revista de la* CEPAL (Santiago de Chile: Naciones Unidas) Nº 7, abril.
Premici, Sebastián 2007 "Geopolítica del conocimiento" en *Página/12* (Buenos Aires) 3 de diciembre.
Problemas de Economía 1979 (Buenos Aires: Ateneo de Estudios Económicos "Ricardo Olivari") Nº 58.
Rey, Luis 1985 *Análisis del desarrollo petrolero* (Buenos Aires: FLACSO).
Rosental, Mark M. 1961 *Los problemas de la dialéctica de* El Capital *de Carlos Marx* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos).
Rosenberg, David 1979 *Comentarios a los tres tomos de* El capital (La Habana: Editorial Ciencias Sociales).
Rumiántsev, Alexei et al. 1982 *Economía política* (Moscú: Editorial Progreso).
Sader, Emir 2006 "Un acteur majeur de l'intégration régionale" en *Le Monde diplomatique*, diciembre. Disponible en <http://www.monde-diplomatique.fr/2006/12/sader/14232>.

Sánchez Arnau, Juan Carlos (comp.) 2003 *Crisis económica y políticas públicas. Las experiencias de Rusia y Argentina* (Buenos Aires: Instituto Di Tella/Siglo XXI).

Tosco, Agustín 1970a "El papel de los sindicatos en la lucha por la liberación nacional". Charla en el Centro de Estudiantes de Derecho, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 19 de septiembre.

Tosco, Agustín 1970b "Testimonio del Cordobazo" en *Revista Mensual de Noticias*, junio.

Tosco, Agustín 1973 Intervención en el 5º Congreso del Frente Antiimperialista y por el Socialismo. Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco, 24 de septiembre.

Tosco, Agustín 2004 *Sindicalismo de liberación* (Buenos Aires: *Nuestra propuesta. Semanario del Partido Comunista de la Argentina*) febrero-marzo.

UNCTAD-Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo 2008 *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo, 2008* (Nueva York/Ginebra: Naciones Unidas).

Viaggio, Luis y Viaggio, Julio J. 2003 *Volver a las fuentes* (Buenos Aires: Ediciones de la Asociación Héctor P. Agosti).

Vólkov, F. y Vólkova, T. 1986 *¿Qué es la plusvalía?* (Moscú: Editorial Progreso).

Volkov, Genrikh Nikolaevich 1976 *El hombre y la Revolución Científico-Técnica* (Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos).

Zardoya Loureda, Rubén 1996 "Qué marxismo está en crisis" en *El derrumbe del modelo eurosoviético* (La Habana: Editorial Félix Varela).

Zardoya Loureda, Rubén 2000 *La filosofía burguesa posclásica* (La Habana: Editorial Félix Varela).

¿El capitalismo argentino en su etapa final?

Impacto de la presencia del imperialismo
y de la burguesía terrateniente
Un ensayo marxista

Tomo II

Jaime Fuchs